

EL
MENDIGO

PQ7297

.Z3

M4

v.1

00284F



1080019439

EX LIBRIS
HEMETHERII VALVERDE TELLEZ
Episcopi Leonensis



H. de Valverde

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
Niceto de Zamacois

EL MENDIGO.

NOVELA HISTORICA ORIGINAL

POR

D. Niceto de Zamacois.

TOMO I.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
Biblioteca Valverde y Tellez
Capilla Alfonsina
Biblioteca Universitaria

MEXICO.
IMP. LITERARIA, 2^a DE STO. DOMINGO N. 10.
1864.

FONDO EMLETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

40202

PQ 7297

23

E
HEMET



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

20001

A MI BUEN AMIGO

Y EXCELENTE ESCRITOR

Don Juan E. Delmas.

ESTE libro es la expresion de mi cariño y gratitud á México, y el fiel mensajero que te envio de mi amistad.

Las dos mil leguas que me separan de tí y de Vizcaya, de esa nuestra poética provincia que es la pequeña Suiza de la España, él las salva para llevarte en las páginas que encierra, los recuerdos que te consagro.

Cada una de sus líneas es la voz de tu amigo que se complace en referirte la historia de estos lejanos países, mientras llega el feliz dia en que, de vuelta á mi

002846

patria, te las refiera yo mismo despues de haber tenido la inefable dicha de abrazarte.

Léelas; y cuando á orillas del Nervion que pasa murmurando por la risueña villa de Bilbao, en que rodaron nuestras cunas, te pasees, dirije una mirada al horizonte, y acuérdate que á través de él tienes, en la apartada region de México, un amigo que no se olvida ni un instante de tí ni de su patria.

“El Mendigo” es una novela del género á que pertenece “El Capitan Rossi,” que escribí en esa al volver de México para dar á conocer este hermoso país nunca de mí olvidado, y que el público se dignó acoger favorablemente.

Tú que fuiste el primero en elogiar mi humilde produccion, y que al separarnos y poner mi pié en el vapor, próximo á partir para la América, me animaste á que siguiera describiendo el rico suelo del Anáhuac en nuevas novelas históri-

cas, tienes derecho á las primicias que, al volver á México, ha producido mi pluma, y por eso te las dedico.

En esta produccion no encontrarás rasgos atrevidos que, sorprendiendo la sublimidad del paisaje que me rodea, cautiven al lector y revelen al poeta. En las páginas de mi humilde libro solo hallarás la sencilla verdad ingenuamente y sin atavíos expuesta; trazadas con exactitud las escenas mas palpitantes que encierra la historia del Anáhuac; descritos en llano estilo los sitios mas notables dignos de ser visitados por privilegiadas inteligencias; y en la parte que corresponde á las originales costumbres de sus habitantes, y que no requieren otra cosa del escritor que sencillez y verdad, cuadros exactos, copias fidelísimas, verdaderas fotografías que den á conocer el original hasta en sus mas ligeros detalles.

Dios quiera que el “Mendigo” encierre para tí el interes que creiste encon-

trar en el "Capitan," no porque este deseo entrañe sentimiento ninguno de loca vanidad, que nunca, por fortuna, he sentido, sino porque así corresponderia al anhelo que tengo en presentarte la produccion menos imperfecta de mi limitado talento.

Recibelo, pues, querido amigo, no como obra digna de estima por su mérito literario, que es ninguno, sino como prueba sincera de desinteresado aprecio, de gratos recuerdos y de franca y leal amistad.

México, Noviembre 1º de 1864.

Niceto de Zamacois.

CAPITULO I.

La confidencia.

ESTAMOS en 1845 y en una de las bellísimas casas de campo de San Angel, de ese pintoresco pueblo, situado deliciosamente sobre unas colinas en forma de anfiteatro, que se eleva risueño y poético á tres leguas de la grandiosa capital de México, presentando, con deliciosa cortesanía, las deliciosas campiñas y fértiles huertas que forman el matizado traje con que le engalanó la exuberante naturaleza.

El edificio en que van á dar principio las primeras escenas de nuestra historia, se levantaba magnífico y airoso, como uno de

trar en el "Capitan," no porque este deseo entrañe sentimiento ninguno de loca vanidad, que nunca, por fortuna, he sentido, sino porque así corresponderia al anhelo que tengo en presentarte la produccion menos imperfecta de mi limitado talento.

Recibelo, pues, querido amigo, no como obra digna de estima por su mérito literario, que es ninguno, sino como prueba sincera de desinteresado aprecio, de gratos recuerdos y de franca y leal amistad.

México, Noviembre 1º de 1864.

Niceto de Zamacois.

CAPITULO I.

La confidencia.

ESTAMOS en 1845 y en una de las bellísimas casas de campo de San Angel, de ese pintoresco pueblo, situado deliciosamente sobre unas colinas en forma de anfiteatro, que se eleva risueño y poético á tres leguas de la grandiosa capital de México, presentando, con deliciosa cortesanía, las deliciosas campiñas y fértiles huertas que forman el matizado traje con que le engalanó la exuberante naturaleza.

El edificio en que van á dar principio las primeras escenas de nuestra historia, se levantaba magnífico y airoso, como uno de

esos palacios de hadas, que parecen desprenderse de la tierra para perderse en el éter con fantástica sublimidad.

Serviale de entrada una espaciosa portada de orden dórico con elegante puerta y enverjado de fierro con exquisito gusto labrada. A la izquierda descubriase una casita pintoresca, pintada de encarnado, donde el entendido arquitecto había sabido colocar diestramente, aunque ex-profeso, el aire rústico que debía distinguirla; y en seguida se presentaba una hermosa calzada, sombreada por los copudos fresnos y sonantes chopos que á uno y otro lado levantaban su tupido follaje, proyectando una elevada bóveda que conducía á un despejado terrado circular, donde se destacaba esbelto el elegante edificio.

Sostenia el segundo cuerpo de esta deliciosa casa, un peristilo corintio con enlosado de mármol de Génova; y al lado izquierdo y derecho, que daban entrada al edificio, se descubrian dos magníficos pórticos, también corintios, en que el artista había dejado escrita una página honrosa

que le colocaba entre los mas distinguidos arquitectos de la antigüedad.

El espacioso patio de este, que bien merecia ser llamado palacio, estaba cerrado por una bóveda de cristal, y las anchas galerías que dentro de él se encontraban, se veian sostenidas por elegantes columnas de jaspe de colores en que el arte supo dejar satisfechas las exigencias del pensamiento.

En los ángulos de este despejado patio, de cuyo techo pendia una rica araña de luciente cristal, admirábanse cuatro esculturas de mármol del tamaño natural y de sobresaliente mérito, que hubiera envidiado el mismo Lisipo, sostenidas sobre bellísimos pedestales de la misma materia.

Enfrente, y dejando á izquierda y derecha dos descansadas escaleras de mármol blanco que conducían á la parte alta del edificio, se elevaba una preciosa puerta de vidrios de variados colores que daba entrada á una extensa huerta cultivada con el mayor cuidado y con el mas delicado acierto. Allí, cercado de un delicioso balaustre con finas barandillas de fierro, manifestába-

se un profundo estanque, en cuyas dormidas aguas, perfumadas por el dulce azahar de los naranjos que á su derredor crecian, jugueteaban millares de peces de pintadas escamas que cruzaban en todas direcciones.

Cerca de este sitio, y atravesando una calle de chirimoyos y limoneros, cuyo delicado aroma, volaba en alas de una brisa primaveral, se ostentaba una gran pajarera con faisanes dorados y otras exquisitas aves de brillante plumaje, traídas de Asia, Africa y Europa.

En medio de un delicioso parterre, cubierto de las mas exquisitas flores, veíase, á flor de tierra, otro cristalino estanque, en cuyas abundantes aguas, se bañaban magistrosamente los candidas ánsares, los cálidos patos, y unos blancos cisnes de Inglaterra, cuyo extraño graznido formaba pronunciado contraste con la belleza de sus formas y con la gallardía de su nevado cuello.

Junto á este estanque, y sentadas en uno

de los elegantes bancos de piedra que le circundaban, se veian dos personas de un mismo sexo, aunque de diversa edad.

En las frescas mejillas de la una, brilla el nacarado color de la naciente rosa al recibir los primeros albores de la aurora: en sus ojos negros, grandes y rasgados, velados por largas y sedosas pestañas, se descubria la mirada melancólica y tierna de un corazon noble y sensitivo que esprime bondadoso los afectos mas íntimos del alma; en los frescos y carmíneos labios de una boca perfecta, vagaba una de esas sonrisas dulces por su misma melancolía, interesantes por la pureza que entrañan, indefinibles por el espiritualismo que las rodea, y elocuentes porque forman el idioma mudo pero expresivo del sentimiento: en su blanco y ovalado rostro, bello y simpático como el de la casta esposa de José que nos pinta Rafael en su divino cuadro llamado La Perla, extendíase suavemente esa leve sombra que externa dulcemente el oculto dolor de un pecho virginal y sin mancha: sus finas cejas, negras y arqueadas, destacán-

dose sobre el blanco mate de una frente espaciosa y limpia, dejaban adivinar en su despejada franqueza, los pensamientos nobles y elevados de una inteligencia privilegiada que se revelaba en las formas perfectas de una elegante cabeza velada de negra, suave y abundante cabellera, recogida en gracioso peinado: en sus pequeñas y torneadas manos, blancas como el ampo y finas como la seda, sostenía negligentemente una sencilla y elegante sombrilla, cuyo mango de marfil cedía en blancura á los delicados dedos que distraidamente lo acariciaban: su pié pequeño, de elevado empeine y de perfecta hechura, estaba calzado por un zapato de raso negro que contrastaba notablemente con la nevada seda de una media exquisita: un vestido de gasa azul de airoso corte, envolvía las mórvidas formas de un cuerpo aéreo y esbelto como el de Vénus al nacer de la blanca espuma de los mares, vaporoso y encantador como las concepciones de un poeta, noble y airoso como el de Minerva al brotar de la fecunda cabeza de Júpiter. Era una de esas per-

fectas hermosuras, blancas, de cabos negros, que exceden á lo creíble y realizan lo ideal: uno de esos tipos seductores que embellecen el rico país de Moctezuma; dulces como el cielo de su patria, tiernas como las embalsamadas brisas de sus vírgenes florestas, puras como los límpidos arroyos de sus escondidas selvas, sensitivas como la flor de este nombre, y hermosas como el ángel de la esperanza que sonríe al enamorado jóven en sus ensueños de ventura.

¡Bellas descripciones de poeta!—exclamarán algunos—¡séres ideales, hijos de una imaginación que se alimenta de ficciones y á quienes la ilusión presta sus colores y sus formas! ¡Heroína de novela que, como todas las de igual linage, reasume en sí sola, al par de las perfecciones físicas, las mas altas virtudes!

Pero ¿han existido y existen esas privilegiadas criaturas de seductoras formas, cuyo celestial conjunto apenas bosquejaría el mas diestro pincel de celebrado artista, y que la elocuente pluma del mismo Homero

dudaria abrazar la difícil misión de describirlas? Sin duda alguna.

En el largo catálogo de la gran familia humana hay seres privilegiados en quienes Dios ha vertido el inagotable manantial de su benevolencia y de sus dones, y que desuellan sublimes, tiernos y apacibles como el astro misterioso de la noche entre las fulgentes estrellas que bordan el rico pabellón del cielo: son las perfumadas y pintadas rosas que elevan su purpúrea y virginal corola en medio de las multiplicadas flores de un risueño pensil: el poeta las escoje, y forma de las mas bellas y exquisitas, el delicado ramillete que anhela presentar al mundo.

Esto es lo que yo he practicado con la heroína de mi novela: era uno de tantos hermosos lirios esparcidos en el vasto jardín del mundo: lirio sorprendente, pero que ha existido realmente.

Admirador de su fragancia y hermosura, yo no he hecho mas que elegirlo para formar con otras flores, el desaliñado ramo de mi pobre y humilde concepcion.

Junto á este ángel, en quien las auras de diez y seis tranquilas primaveras habian contribuido al desarrollo de todos sus hechizos, se encontraba una hermosa mujer de treinta y cinco años, de aire melancólico y tierno, de fisonomía llena de dulzura y de expresion. Dejábanse ver en su noble rostro ligeras y suaves sombras, severos denunciadores de tiernos y melancólicos recuerdos: el tiempo habia disminuido en algo la suavidad de su delicado cutis, pero no le habia podido despojar de un suave y purpúreo color que conservaba aún toda la frescura juvenil, como conservan su brillante colorido, al través de los siglos, los bellísimos cuadros de Rafael y de Murillo: en sus negros ojos, bellos y apacibles, se retrataba toda la dulzura de un alma que cifra toda su felicidad en esa satisfaccion interna, inefable, que experimenta el justo tras la práctica de una buena accion: su cuerpo, de agradables formas, conservaba toda la flexibilidad y morvidez de los floridos años: sus manos, esa parte en que distingue el hombre observador el nacimiento y educa-

cion de la persona á quien habla, dejaban ver su alto nacimiento y la selecta escuela de sus principios: su traje, aunque de valor y cortado á la moda, era sencillo en sus adornos y de un color que cuadraba perfectamente con el carácter y edad de la persona que lo llevaba: aspecto, mirada, modales y movimientos, todo era noble y agradable en este sér que, si no estaba en la edad en que la mujer descuella la fuerza de todos sus hechizos, conservaba aún el suficiente mérito para poder inspirar afectos profundamente amorosos.

A juzgar por la gentileza de su cuerpo y la perfeccion de sus facciones, aquella mujer debió haber sido muy hermosa: tan hermosa sin duda como la encantadora jóven que estaba á su lado, cuya alabastrina mano estrechaba con cariño maternal en la suya, y en cuyo apacible rostro tenia fijos los ojos con un interes mezclado de ternura y de compasion que predisponia en el instante en su favor.

Entre aquellos dos séres que se hallaban uno en el oriente y otro en el cénit de la

vida, habia tal semejanza, tal aire de familia, que quien por primera vez llegaba á verlas, las tomaba por madre é hija.

Sin embargo, la de mas edad de aquellos dos ángeles nunca habia sido casada, y aunque la jóven habia sido expuesta recién nacida á las puertas de la casa de un hermano con quien vivia, á la cual se la trataba como á hija, y se le habia dado una educacion esmerada, nadie puso en duda jamas su virtud, ni mancilló su buen nombre con injuriosas sospechas: tan distante la ponía su conocida virtud, de la bastarda maledicencia del vulgo siempre suspicaz, malicioso y murmurador.

Su cariño hácia la jóven, jamas se tradujo ni se interpretó de una manera que pudiese empañar el limpio lustre de una reputacion por nadie desmentida.

Su mismo hermano, hombre altamente celoso de la honra de sus mayores, á pesar del amor sin límites que le veia consagrar á aquella seductora niña, jamas dió entrada, ni remotamente, á la mas ligera sospecha que envolviera un pensamiento ofensi-

vo á la virtud del sér que llevaba su mismo apellido y su misma sangre.

En la idéntica semejanza de aquellos dos séres, no veia otra cosa que los efectos de la casualidad de que tantos ejemplos nos presenta la caprichosa y fecunda naturaleza.

Así como en el vasto catálogo de la familia vegetal se encuentran plantas parecidas en la forma, aunque de distinta especie, así en la larga lista de la gran familia humana, se ven con frecuencia individuos iguales en fisonomía y aun en ideas y modales, pero distintas, sin embargo, en procedencia y nacimiento.

Pero no es esto solo; la educacion igual, el trato frecuente con las personas con quienes se vive, la tendencia natural que nos obliga á imitar todo lo que en ellas vemos de agradable, sin saber nosotros mismos que los imitamos, nos hace adquirir de tal manera sus modales, su gesticulacion, sus movimientos, la manera de vestirnos, de accionar, y hasta de expresarnos, que todas estas circunstancias reunidas concur-

ren á darnos cierta identidad recíproca que fácilmente se atribuye á origen de familia.

Pero ninguna de estas ideas habia cruzado por la mente de aquel hombre á quien, mas que á otro alguno, interesaba la honra de su hermana.

Don Emilio, que este era el nombre del que amparó á la inocente expósita, se constituyó en un verdadero padre, y se hizo cargo de ella con la benevolencia y afabilidad que caracterizan á las personas bien nacidas de América.

Don Emilio era solo; no tenia mas familia que su hermana, entonces jóven hermosa, y dotada, como él, de un corazon tierno y compasivo.

Ambos, pues, acogieron á la niña como á un ángel que Dios les enviaba para que velasen cuidadosos su existencia.

La niña fué mirada desde entonces como hija, pero como hija idolatrada, en quien sus amorosos padres cifran el encanto de su vida.

Su educacion, desde que tuvo edad para recibirla, fué esmerada; y tal fué el tesoro

de virtudes y de hermosura que desplegó bajo el influjo de entendidos maestros y á la sombra benéfica de la que se habia constituido en cariñosa madre, que D. Emilio abrazó la idea de no contraer jamas matrimoniales lazos, sin que le impulsase á tomar resolucion tan extraña otro objeto que el de no privar á su hija adoptiva de los cuantiosos bienes que poseia, y de los cuales se habia propuesto dejarla por heredera única.

He aquí trazados á grandes rasgos, hasta el instante en que principian los acontecimientos que vamos á narrar, los caracteres de los tres personajes que van á jugar un papel principal en nuestra historia.

La noble mujer y la simpática jóven continuaban sentadas, como llevamos indicado, junto al pintoresco estanque: la segunda, miraba distraida y como enajenada por un pensamiento profundo, la tersa superficie del agua, plateada en aquel instante por los primeros rayos del sol y cubierta de multitud de peces de variados colores que cruzaban en todas direcciones, en tanto

que la primera no apartaba la vista del apacible rostro de la hermosa jóven á quien contemplaba con interes maternal.

Absorta cada cual en la idea que le dominaba en aquel instante, parecian dos estatuas que representaban la dulce benevolencia estrechando cariñosa la mano de la melancolia.

—¿Qué tienes, hija mia?—dijo por fin la hermosa mujer con amoroso acento, rompiendo el silencio en que estaban sumergidas.—Dias hace que advierto en tu semblante el tinte del pesar y de la tristeza, y esto me tiene inquieta: ¿te sientes mala? dímelo por Dios.

—No, madre mia; no tengo nada: tal vez el exceso del cariño que vd. me profesa, le hace ver en mi fisonomia lo que en realidad no existe.

—Sí, te quiero mucho: te quiero tanto como una madre tierna ama al único sér que tiene en el mundo.—Dijo la hermosa llevando á su corazon la mano de la jóven que no soltaba de las suyas.—Pero no es, Clotilde hermosa, el exceso del amor el

que me engaña; por el contrario, él es quien me hace notar lo que al ojo del indiferente pasaria desapercibido.

—Yo estoy contenta, muy contenta.

Contestó Clotilde, tratando de sonreirse; pero dos lágrimas que asomaron á sus ojos hicieron traicion á sus palabras.

—¡Contenta, y lloras!

—¡Madre mia!....

Y la jóven reclinó su seductora cabeza en el seno de la cariñosa protectora para ocultar su dolor.

—No, Clotilde; tú padeces y me ocultas algun secreto que te mata: el llanto es la sangre del corazon, y solo hay lágrimas cuando el corazon está herido por el pesar, ó por el amor.

La jóven se estremeció como el enfermo al tocarle con la máquina eléctrica: su amiga advirtió aquel movimiento que implicaba una confesion, y leyó en él todos los secretos que la triste huérfana trataba de ocultar en el fondo de su alma.

—Tu emocion te denuncia, hija mia. Añadió la amable protectora acariciando la

suave cabeza de su protegida que contestó abatida.

—¡Cree vd., señora, que yo....

—Sí, Clotilde: creo que tu corazon está herido; pero sé tambien que esas heridas son menos dolorosas cuando se muestran á la amistad que puede verter sobre ellas el bálsamo consolador del cariño y de la compasion.

—¡Oh! si: las penas confiadas á una amiga deben descargar el pecho del horrible peso que le oprime y le ahoga. ¡Cuán feliz la que cuenta con una amiga!

—¡Ingrata!.... ¡Y no tienes tú una que daria gustosa por tí su sangre y su vida...?— Dijo tristemente conmovida la bondadosa mujer.—¡Hay alguién en el mundo que sea capaz de amarte como yo te amo....? ¡Echas de menos una amiga cuando tienes á tu lado á la mujer que solo piensa en tu felicidad y en tu ventura!....

—¡Ah!.... perdóneme vd.: tiene vd. razon: vd. es cuanto hay que ser para mí en la tierra, mi amiga, mi compañera, mi madre....!

La hermosa dama la estrechó en sus brazos con una emoción de amor indefinible, y exclamó con acento conmovido.

—Sí, tu madre: tu madre que no tiene mas placer que tus caricias, que tu confianza, que tu amor. ¿Y temes aún abrir tu corazón á la que te das tan dulce título?

La jóven vaciló un momento, y por toda respuesta le apretó la mano en señal de gratitud.

—Vamos—continuó la excelente señora—no me ocultes la verdad. ¿Miras con repugnancia al hombre que se ha dirigido á mi hermano pidiéndole tu mano?—Clotilde dudó otro instante.—Quiero que me le digas con franqueza; con la franqueza con que se confía un secreto á una amiga que solo anhela nuestro bien.

—¿Usted lo exige, Doña Inés?

—Yo.... te lo suplico: y te suplico tambien—dijo besando la frente de la jóven—que no salga de tus labios para mí en lo sucesivo sino el nombre daleísimo de madre.

—Pues bien, madre mia: toda vez que vd. anhela que le abra mi alma, deber mio

es confesarle á quien ha formado mi corazón, lo ha alimentado con saludables máximas y le ha enseñado á obrar siempre con rectitud cristiana que....

Clotilde se detuvo temiendo desagradar á su protectora con lo que iba á decir.

—Continúa, hija mia, continúa:—exclamó Inés tratando de vencer la timidez de la huérfana!—Decias que....

—Que el señor Duval no me inspira el menor afecto agradable.

Exclamó Clotilde haciendo un esfuerzo extremo, y dejando ver en sus mejillas el carmin del virginal pudor.

—Lo sospechaba así.

—¿Y lamenta vd., madre mia—prosiguió la jóven alentada por las palabras de Inés—que no tenga hácia ese hombre, la simpatía y el cariño que serian indispensables para corresponder á su amor?

—No, querida Clotilde: antes me llena esa repugnancia de satisfacción, porque así veo que marchan uniformes lo mismo nuestros sentimientos que nuestros gustos.

—¡Ah! vd. me abre las puertas de la felicidad, y vierte en mi pecho la consoladora esperanza que lo ensancha y arroja de él la pesada carga del dolor que le oprimia.

—¿Y tendrás aún secretos para mí? ¿Lamentarás la desgracia de no tener una amiga á quien confiar tus penas cuando yo me encuentro á tu lado...?

—¡Nunca, nunca, madre mia!

—¿Y crees que siempre tendrás hácia el señor Duval la misma antipatia que hoy te obliga á temer este enlace que proyecta mi hermano?

—Siempre; pero sabré vencerla si es preciso, para pagar, aun á costa de la felicidad de toda mi vida, los favores que debo al que hasta hoy me ha servido de padre. Mi deber es estar dispuesta, como lo estoy, á no tener sobre este asunto mas voluntad que la suya, y no titubearé en sacrificar mi reposo á su voluntad.

Y la jóven se cubrió el rostro, para ocultar su dolor, con el pañuelo blanco que llevaba en la mano, semejando en su hermosura y actitud al númen de la Honestidad, á

quien nos pintan los poetas cubierta de un velo en ademan de llevar el dedo índice á la cara, para indicar que nada tenia de que avergonzarse.

Inés comprendió todo el valor que encerraba aquella heróica resolucion, que solo la mujer tiene la suficiente virtud para cumplirla; y exclamó con dulzura.

—Muy digna es de tí esa contestacion; pero yo no trato de consultar con tu gratitud sino con tu corazon.

—El deber hácia quien me recogió en mi abandono, es sagrado para mi, madre mia.

—¿Y juzgas que no es mas sagrado el deber hácia Dios?

—¿Y acaso lo pospondria yo llenando el deseo de mi padre?

—Sí; porque Dios nos ordena que no juremos contra lo que nos dicta la conciencia, y al jurar tú que contrarias por tu voluntad unos lazos que repugnaba tu corazon, faltabas á la verdad ante Dios que leía en el fondo de tu alma.

Clotilde levantó la cabeza como el girasol al sentir los benéficos rayos del astro

bienhechor del día; aquellas palabras penetraron dulcemente en su corazón como las gotas del rocío en el cáliz de la purpurina rosa al abrir su delicado botón: las densas nubes de los falsos deberes humanos que oscurecían el grato porvenir de su vida, se desvanecieron de repente ante los vivos rayos de la obligación de conciencia, en armonía, por fortuna entonces, con los sentimientos de la naturaleza. Vió en aquella mujer, no ya solo una dulce amiga á quien confiar sus penas y sus lágrimas, sino al número de la Felicidad, cuya benéfica mano era el caduceo que la reconciliaba con la vida, y su bello corazón el cuerno de la abundancia henchido de benevolencia, de cariño y de compasión hacia ella.

En el apacible rostro de la joven, velado hasta entonces por la profunda tristeza y el dolor, brilló el expresivo tinte de la dulce confianza: en sus bellos ojos, humedecidos poco hacia de abundantes lágrimas, apareció la luz del placer y de la inteligencia, brillante cual los ígneos rayos del sol después de la terrible tempestad: en su peque-

ña boca, envidia de los claveles y de las rosas, vagó seductora la sonrisa de los ángeles; y sus labios, frescos como el rocío entre las flores, y encendidos como la flor del granado, se entreabrieron dulcemente, dejando percibir una perfecta hilera de menudos dientes, émulos de las perlas en el brillo, y en lo blancos afrenta de la nieve.

—¡Cuán buena es vd., madre mía....!

Exclamó Clotilde con emoción profunda, echando sus ebúrneos y torneados brazos al nevado cuello de la hermosa Inés, y colocando en su frente uno de esos ósculos que envuelven todo el sentimiento de un corazón agradecido: uno de esos besos llenos de mística dulzura que descienden al alma como el celestial maná que la embriaga y la alimenta.

—Bien, hija mía: no quiero analizar las causas de tu repugnancia hacia el señor Duval. Por mi parte nunca lo he juzgado digno de tu mano; y si no te he manifestado hasta ahora la antipatía que me inspira, ha sido porque temía causarte un disgusto si acaso le amabas.

—¡Amarle! No, madre mia: ¿cómo podría yo amar al hombre que ha arrastrado á mi bienhechor al detestable vicio del juego, arrebatándole la tranquilidad en que vivía?

—Tienes razon: él ha venido á emponzoñar nuestra vida; á llenarnos de temores y de inquietudes; sí, de temores y de inquietudes; porque el juego es una sirena de irresistible encanto que nos atrae brindándonos con los tesoros ajenos para absorberse los nuestros, la paz del alma, y muchas veces hasta nuestro honor.

—¡Es mucha verdad!

—Mi hermano que no se separaba de nuestro lado, ahora dedica su ternura y su pensamiento al azar de una carta, y pasa el día, y gran parte de la noche, en casa de ese hombre, junto á una mesa en que se aventura la fortuna de mil familias que pasarán, de un golpe, del mas alto grado de opulencia, á la miseria mas espantosa.

—Por fortuna D. Emilio es prudente, y estoy segura de que no comprometerá las riquezas que le proporcionan á vd. todas

las comodidades de la vida, al capricho de la inconstante fortuna.

—La prudencia cesa desde el instante en que el hombre se aparta un ápice de la senda trazada por la virtud: el camino del vicio es pendiente y resbaladizo, y puesto en su orilla una vez el pié, la planta resbala insensiblemente: el humo de las pasiones nos venda los ojos, embarga nuestros sentidos, halaga nuestra alma, y alucinada la razon con los deslumbrantes y fáciles placeres con que se le brinda, pierde la facultad de dirijirnos, y nos precipita en la profunda sima del mal, donde nos espera un pronto desengaño y un arrepentimiento tardío.

—En mala hora salió de los Estados- Unidos ese hombre y puso los piés en nuestra patria. ¡Eramos tan felices antes de conocerle!

Y la huérfana volvió á perder la alegría y la esperanza á que poco antes se habia entregado alentada por las palabras de su protectora.

—No te aflijas, hija mia: — dijo Inés

acariciando á la sensible huérfana—el mal, por fortuna, tiene remedio todavía.

—¿Lo cree vd. así?

—Sí, Clotilde: mi hermano, como tú has dicho hace un instante, es hombre de recto juicio: en su corazón aun no puede estar arraigada la funesta pasión al juego, puesto que él siempre, hasta la llegada del señor Duval, ha detestado ese aborrecible vicio. Pues bien, yo le hablaré; le haré saber la inquietud en que vivimos por su cambio de conducta: lo peligroso que es admitir la amistad de un hombre cuyos antecedentes no conocemos, y cuya casa sirve de centro de reunión á las personas que arriesgan sus intereses á la fragilidad de una baraja.

—Sí, madre mía.

—Y le diré también que no comprometa la menor palabra con respecto á tí, sin consultar antes con los sagrados deberes que, al recibirte por hija, se impuso de labrar tu felicidad, y sobre todo, sin contar con tu corazón.

—¡Ah! Usted es un ángel que la Provi-

dencia se ha dignado enviarme para que embalsamara mi existencia.

—No, no soy un ángel; no soy más que una pobre mujer que comprende el tierno corazón que abriga nuestro desgraciado sexo.

—¡Ah....! si los hombres lo comprendieran como vd., madre mía...!

—¡Los hombres!... Los hombres jamás harán justicia á nuestro sexo: ¿se han tomado por ventura alguna vez la molestia de estudiar el tierno corazón de la mujer para comprender los exquisitos grados de sensibilidad, de amor y de pureza que atesora? Para ellos nosotras no debemos tener voluntad propia: nuestra alma debe estar dispuesta á amar al primero á quien nos manden que amemos, y á arrojar del fondo de ella al sér que la haya hecho latir tiernamente de amor. Incapaces de sentir como nosotras sentimos, no titubean en medir las afecciones íntimas, puras y desinteresadas que abriga nuestro sensitivo pecho, por los pronunciados quilates de su ambición y de su egoismo, y tratando de subor-

dinar nuestra voluntad á la mezquina pauta de sus bastardos intereses, nos niegan el derecho de deliberar y de elegir, de pensar y de querer, y hasta el afecto natural del sentimiento amoroso concedido á todos los séres de la creacion. Acostumbrados desde la niñez á dominarnos por la fuerza física con que les dotó la naturaleza, traducen nuestra humildad por hipocresía, nuestro recato, de apocamiento, de insensibilidad nuestra modestia, y de indiferencia nuestra moderacion, y empezando por no comprendernos, acaban por ultrajarnos y oprimirnos.

—Y por eso alejan la confianza de nosotros; por eso, aunque reviente el corazon de pena, ocultamos el dolor á sus ojos, porque tememos que no sea comprendido; que en vez de conmoverles nuestras lágrimas, les cansen y les molesten. Hé aquí por qué no he sido franca con mi protector: hé aquí por qué al hablarme del señor Duval y proponerme su mano, he enmudecido, he llamado la pena que me prensaba el pecho, y me he resignado á ser sacrificada sin abrir mis labios para exhalar una queja.

Y tenian razon aquellos dos séres para quejarse de la injusticia de los hombres.

El corazon de la mujer, ese tesoro inagotable de benevolencia y caridad, en cuyo fondo colocó Dios con sublime inteligencia todos los gérmenes de virtud, todas las celestes sensaciones que subliman á la criatura humana; que la embellecen, que la constituyen en un ángel de amor, de piedad y de consuelo: ese corazon, manantial de donde parten todas las venturas, todos los consuelos, todas las esperanzas; tierno como el de una madre; casto como la sensitiva que cierra su corola al contacto de la palma del hombre para que no manchen su pureza; cándida como el alma del niño que sonríe en la cuna; puro como el tibio rayo de la plateada luna al resbalar sus nítidos rayos sobre el leño de la cruz, y religioso como la oracion que elevan al Eterno las púdicas esposas del Señor; ese corazon siempre dispuesto al bien, á la caridad, á la compasion y á la ternura; ese corazon no lo comprende el hombre, porque para comprenderlo, mas que el estudio profundo de

las ciencias á que asiduamente se dedica, se necesita un corazon que sepa sentir, que no se haya endurecido en la ambiciosa escuela de la intrigante política, y que no haya saciado los placeres en el turbulento océano de los ilícitos deleites en que se embotan los delicados sentimientos del alma.

La mujer, ángel de hechiceras formas donde residen en perfecta consonancia y armonía las bellezas físicas y los afectos morales, donde se hallan combinados sabiamente el talento y la modestia, el recato y la afabilidad, el amor y la honestidad; ese benévolo sér enviado al mundo para endulzar el amargo destierro de los descendientes de Adán, enjugar sus lágrimas, consolar sus penas y cicatrizar las heridas que abren en el corazon las vicisitudes y las desgracias, solo ha encontrado en el árido sendero de la vida, la injusticia, la ingratitud, la murmuracion y la crueldad de parte de esos mismos hombres á quienes ha colmado de venturas.

Nadie en el mundo mas injustamente calumniado como esa dulce mitad del género

humano, y nadie tampoco, por lo mismo, mas digno de nuestras consideraciones como la mujer.

Inocente y pura á la vez que sensible y débil, es semejante á un límpido arroyo que vivifica las plantas todas de un risueño jardin: riente y apacible siempre, toma la direccion que el hábil jardinero quiere darle, porque no tiene mas voluntad que la de obedecer; pero si el jardinero sin respeto y sin piedad á tanto amor, penetra en él y pisotea el fondo, el agua se enturbia, pierde la marcha dulce que llevaba, y por mucho tiempo muestra en sus linfas la señal constante de la crueldad con que fué tratado.

Sé cariñoso con la mujer, y tu amor será correspondido, porque la mujer no tiene mas voluntad que la del hombre á quien una vez entregó su corazon; pero no la hieras por piedad, porque entonces enturbiarás el contenido de su alma, y la condenarás á padecer y á que lleve por mucho tiempo impreso sobre su frente el dolor y la tristeza que le causara tu insultante ingratitud. Si no la encuentras despues com-

placiente y risueña como en el instante de haberla conocido, culpate á tí solo que turbaste su alegría, como el jardinero que en turbó el límpido cristal del arroyuelo.

—Decís que la mujer es una flor hermosa que brinda sus perfumes á todo el que á ella se aproxima.

Yo no puedo participar de esa opinion.

Es, sí, una flor; pero es la flor del narciso que dice, soy vuestro esclavo, pero me habeis de amar á mí solo; es la pasionaria azul que indica creencia religiosa; es la rosa silvestre que expresa sencillez y ternura.

Estas son mis creencias, mis convicciones con respecto á la dulce compañera que el Eterno envió al mundo para embalsamar la amarga existencia del hombre.

Ahora sigamos el hilo de nuestra historia.

Inés y Clotilde permanecían mirándose tiernamente y estrechándose la mano, reproduciendo en su expresiva actitud, la grata alegoría de la Fidelidad á quien repre-

sentaban los antiguos por dos mujeres que sencillamente se están dando la mano.

—¿Estás ya tranquila, hija mia?

Dijo la primera sonriendo con maternal agrado.

—Si señora: me tenia triste el proyecto desagradable de ese enlace; pero sus palabras de vd. han hecho renacer la confianza en mi pecho.

—Pero, ¿me responderás á la pregunta que voy á hacerte, con la franqueza con que se responde á una amiga?

—¿Puede vd. dudarle, madre mia?

—¿Sin reserva?

—Sin reserva.

—Pues bien, dime: ¿tu tristeza reconocia por único origen el temor de pertenecer al señor Duval, ó se agregaba á ese temor el sentimiento inspirado por otra persona á quien te verias precisada á cerrarle las puertas de tu corazon?

El apacible semblante de Clotilde se tiñó con las suaves tintas del vergonzoso pudor, y reclinó su linda cabeza sobre el seno de su bienhechora para ocultar el encendi-

do carmin de sus mejillas, como oculta el frondoso cerezo entre las amantes ramas que le adornan, su purpúreo fruto.

—Lo he adivinado:—continuó la hermosa Inés leyendo en la marcada mutacion que se operó en el semblante de su protegida la confesion de su oculto amor.—Tu pecho está ya ocupado por la grata imágen de un sér que ha cautivado tu voluntad: ¿no es así, hija mia?

—Señora....

Contestó sin alzar los ojos la jóven.

—¿Para qué callarlo? ¿No me has prometido ser franca?

—Es cierto.

—¿O crees que no he sido yo tambien jóven como tú lo eres? Sí, querida Clotilde; antes de que el severo tiempo dejara impresa en mi rostro la profunda huella de su constante curso, mi rostro habian acariciado las frescas brisas de la risueña juventud; antes que mi corazon sintiese el hielo de la reflexion, habia latido violentamente abrasado con el fuego del verdadero amor; la gra-

ta esperanza, las dulces ilusiones y el risueño porvenir volaban en torno mio agitando sus doradas alas, cual vagan lucientes mariposas en torno de la fragante rosa del ameno pensil. Mas ¡ay! las horas del placer y de las soñadas venturas mueven inquietas sus pintadas alas y pasan veloces con la rapidez de una exhalacion celeste: las del pesar y del dolor se ciernen lentamente sobre nuestras cabezas y marchan con pesada lentitud, señalando en su curso perezoso los dulces recuerdos del pasado y las punzantes amarguras del presente.

—¿Conque vd. tampoco, madre mia, se ha sustraído al poderoso influjo del amor.

—¿Y quién es el sér que no ha pagado tributo á su universal imperio?—dijo Inés con aire melancólico y como recordando con grato sentimiento una época mas feliz de su vida.—¿Podia ser mi corazon mas insensible que el de las selváticas fieras y que la dureza de las mismas rocas? El casto amor, el amor que brota en un alma virgen y sin mançilla, no es un sentimiento vulgar y vergonzoso; es, sí, un afecto delicado y

tierno que ennoblece á la criatura y que Dios ha infundido en nuestra alma para sublimarla y enaltecerla. Pero nada hay inmutable bajo la bóveda del cielo: todo está sujeto á continuos cambios y mutaciones: todo subordinado á la inestabilidad de la mudable rueda de la caprichosa fortuna y á la inexorable severidad del tiempo. Así como las aguas de un torrente se desprenden con estrepitoso ímpetu de su espumoso seno, y á medida que descienden por apartadas sendas van perdiendo insensiblemente su violenta fuerza, y ya lejos del punto de partida marchan dulces y serenas hasta quedar dormidas en el seno de un tranquilo lago, así en los floridos años de la juventud brota del corazon el amor impetuoso, ardiente, irresistible, modera su ímpetu al entrar en la reflexiva senda de la edad viril, dulcificase al pasar los lindes de ella, y duerme tranquilo al penetrar en el frio desierto de la ancianidad.

—¿Con qué gusto le escucho á vd., madre mia!

—Ese es el curso natural señalado por

Dios á la humana criatura que recorre todos los grados de la existencia: esa la senda trazada por su dedo divino á todos los mortales, y de la cual solo consigue separarse aquel á quien ha negado uno de sus mas preciosos dones, el de la sensibilidad.

—¿Y cuándo es uno mas feliz, madre mia, en los distintos grados de pasion que el tiempo imprime en el alma?

—Cuando está mas tranquila la conciencia. La Providencia, en su alta sabiduría, ha sabido dar á cada edad sus exigencias y sus goces, sin que ninguna envidie las prerogativas de la otra. ¿Cambiarías tú por todos los tesoros de la tierra la dulce esperanza de unirte algun dia al hombre que ha hecho latir tu corazon de amor?

—Jamás.

—Pero á pesar de tu solemne promesa, todavía no me has dicho su nombre. ¿No me crees digna de esa confianza?

—Sí, madre mia.

—¿O temes que yo denuncie á alguno tu secreto?

—No soy capaz de ofenderla á vd. con esa suposicion.

—¿Entonces á qué es tú reserva? ¿Lo crees acaso indigno de tu amor?

—El hombre que amo, señora—exclamó con entusiasmo y dignidad la jóven—es merecedor de la pobre expósita, cuyo corazon habeis formado con vuestro ejemplo y con vuestras virtudes.

—Lo creo así, hija mia:—exclamó Inés estrechando con cariño entre sus brazos á la hermosa Clotilde.—¿Pero cuál es su nombre?

La jóven inclinó la cabeza para ocultar su rubor, y contestó:

—Leopoldo.

—¿Leopoldo Cabrera?

—El mismo.

—¿El distinguido pintor, cuyos cuadros han llamado la atencion tanto de nacionales como de extrangeros?

—Sí señora.

—¿Y sospecha algo mi hermano?

—Todo lo ignora.

—Pues es preciso que no llegue á descubrir tu secreto.

—¿Por qué?

Preguntó aterrada la jóven.

—Te lo explicaré mas tarde: veo salir del pomar y acercarse al parterre al señor Duval, y pudiera oirnos.

—¿Duval! ¡siempre ese hombre!

—Silencio: vamos hácia adentro que es ya la hora del almuerzo.

Y la bella protectora se levantó de su asiento.

—Una palabra nada mas.

Dijo afligida la jóven.

—¿Cuál?

—¿Juzga vd. digno de mi amor al hombre que ha hecho latir mi corazon?

—Sí, hija mia.

—¿Debo seguirle amando?

—Yo te lo permito.

Clotilde estrechó la mano de su bienhechora con la efusion de una alma agradecida, y se preparó á seguirla.

No bien acababan de poner la planta fuera del delicioso parterre, cuando vieron sa-

lir del espeso pomar de delicadas frutas al señor Duval, que venia al encuentro de ellas.

—Acaba de llegar el ómnibus de México con varias familias, y jóvenes de festivo humor.

Exclamó acercándose.

—Así estará animado el baile de esta noche y el paseo del Cabrío mañana.

Contestó Inés.

—Y no lo estará menos mi partida de juego

—¿Y sabe vd. quiénes son los jóvenes aptos para el baile que vienen á favorecernos?

—El señor Miranda, Landero, Zurita, Rodríguez y otros muchos, á quienes no conozco.

Clotilde quedó desconsolada; Inés que leía lo que pasaba en su corazón, preguntó.

—¿Y solo á esos conoce vd. de los que han llegado?

—No; hay otros dos, cuyos nombres se me habían olvidado.

—¿Y quiénes son?

—Uno de ellos, Mendiola: el otro lleva

un apellido de tristes recuerdos para vd. y su hermano.

—¿Cuál?

—Leopoldo Cabrera.

La joven se estremeció de placer al escuchar este nombre, y se puso pálida como la muerte: Inés advirtió aquella emocion y le dirigió una mirada de ternura y de confianza.

Duval, que no estaba en el secreto de la mujer que amaba, les ofreció contento el brazo para acompañarlas á la casa.

Inés aceptó en el acto, y Clotilde hizo lo mismo despues de haber cortado una siempreviva, que colocó en el pecho.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



CAPITULO II.

El lenguaje simbólico.

Por enfrente á una casa de bellísima apariencia, situada en la calle principal de San Angel, había pasado ya tres veces, mirando á sus balcones, un hombre que al fin se había ido á colocar en la esquina, desde donde, al parecer, esperaba que se asomase alguna persona.

Era alto, jóven y bien formado: su rostro, lleno de expresion varonil, blanco y algo pálido, realzaba la dulzura de sus ojos negros y rasgados, donde brillaba la luz de la inteligencia y del sentimiento amoroso: un

bigote fino y negro, y una perilla abundante y bien cortada, hacian resaltar el encendido carmin de sus frescos labios y una dentadura perfecta y blanca que brillaba al entreabrir su pequeña boca, como brillan las transparentes gotas del rocío al partirse en dos el rojo y naciente clavel: sus cejas arquedas, suaves y del color del ébano, y su onduloso, flexible y lustroso cabello negro y naturalmente rizado, velando una cabeza griega, concurrían á dar á su fisonomía una gracia y una dulzura irresistibles.

Vestia una levita negra de finísimo paño, perfectamente cortada, que ostentaba en el ojal del pecho la flor del girasol, pantalon de casimir claro de cuadros, chaleco negro de seda que contrastaba con la hermosa cadena de oro del reloj, corbata azul, colocada con suma gracia, sombrero negro de rigorosa moda, y lustrosa bota de charol.

La ropa la llevaba con aire y facilidad, y en sus maneras y movimientos se descubría á un jóven de la buena sociedad.

Colocado, como dejamos dicho, en la esquina de la calle, aquel jóven no apartaba

la vista del balcon de la casa, por enfrente de la cual habia pasado tres veces.

Parecia que olvidado del mundo entero, habia hecho abstraccion de todas sus potencias y sentidos, excepto del de la vista que estaba pendiente de la puerta vidriera del balcon por donde esperaba apareciese el objeto que anhelaba.

Preocupado en la sola idea que le dominaba, no pudo ver á un hombre mal vestido, envuelto en un capote raído, metido hasta las cejas el roto sombrero de fieltro, y casi descalzo, que, sentado en el poyo de la puerta de una casa, frontera al sitio que él ocupaba, le observaba de hito en hito y seguía con los ojos la direccion de su mirada sin perder ninguno de sus mas leves movimientos.

¡Natural confianza de todos los amantes que creen que nadie les observa, cuando tal vez está fija, sobre ellos la mirada de los curiosos, de los murmuradores, y muchas veces de las personas de quienes tienen mas particular interes en ocultarse!

El jóven permaneció como otra media hora en la misma actitud.

El balcon permanecia cerrado.

El hombre andrajoso que le observaba se sonreia de vez en cuando.

Un gesto de impaciencia y de disgusto se marcó de repente en el rostro del que esperaba.

El pobre observó aquel gesto y volvió á sonreirse.

El misterioso elegante se dispuso á pasar por cuarta vez la calle.

El mendigo, conociendo su intencion, se puso en pié y se embozó en su viejo capote.

Nuestro impaciente desconocido cruzó lentamente por enfrente al edificio de agradable apariencia, sin apartar los ojos del balcon, y volvió á colocarse poco despues en la misma esquina de la calle.

El pobre que le observaba y que le habia ido siguiendo por la otra acera, se sentó otra vez en el poyo en que le vimos.

En aquel momento se abrieron las puertas vidrieras del ansiado balcon, y se pre-

sentó en él una mujer hermosa, como del centro del océano y de la blanca espuma de los mares apareció sobre nacarada concha tirada por sencillas y amorosas palomas la risueña y voluptuosa Vénus.

El hombre que esperaba, se estremeció de placer, y llevó la mano al ojal de la levita en que se ostentaba la flor del girasol.

Una sonrisa de satisfacción y amor vagó por los labios de la hermosa; envió una mirada de gratitud al joven, le indicó con su alabastrina mano que permaneciese allí otro instante, y desapareció.

Nada de esto se escapó á la vista del andrajoso personaje que permanecía sentado en el poyo.

Clotilde, pues no era otra la seductora joven que con tanto afán habia sido esperada, penetró rápidamente y sin hacer ruido en su cuarto; tomó de uno de los anaqueles de un elegante armario un lazo pequeño formado con gracia de una cinta blanca, otra azul, otra tornasolada y otra amarilla claro, y prendiéndolo en el pecho, volvió á presentarse en el balcon.

Pero á pesar de la prontitud y del sigilo con que habia obrado para sustraerse á las miradas de los que pudieran vigilarla, no faltó quien notase aquel movimiento.

El señor Daval que la habia visto asomarse, entrar luego callada y prontamente, y volver á salir prendido el pecho con aquel lazo, receló de la conducta de la hermosa, y sin hacer ruido la siguió hasta colocarse detras de ella junto al alfeizar de la vidriera.

Leopoldo, pues no era otro el enamorado joven, se dirigió entonces hácia el balcon, pero marchando siempre por la acera contraria; y al llegar enfrente, fijó los ojos en el pequeño lazo que ostentaba sobre el pecho su amada, así como ésta clavó los suyos en la flor que él llevaba, y ambos dejaron ver en su rostro el océano de felicidad en que se inundaba el alma.

Aquel lazo y aquella flor, simple adorno para los profanos al misterioso y simbólico idioma de la galantería y el amor; para los que no están iniciados en los expresivos afectos que indican las delicadas flores y

las pintadas cintas en el simbólico y poético lenguaje que entrañan; para los que no ven en el tesoro inagotable de pintadas florecillas con que la mano benéfica de Dios engalanó los valles, los bosques y las montañas, mas que el simple adorno de la naturaleza, y pasan por encima de ellas sin comprender sus misterios, sin analizar su misión, sin descubrir sus secretos, sin que nada les digan al corazón, sin que nada les hablen á los sentidos, hollándolas con la fría indiferencia con que las huella el salvaje, para esos, repito, aquel lazo y aquella flor con que se presentaron los dos amantes que nos ocupan, nada decían, nada expresaban. Pero para los hombres de viva y ardiente imaginación, de corazón fogoso y sensible, de inteligencia y de voluntad; para los hombres que no hallan nada sobre la tierra que no haya sido creado sino con los elevados fines que deben acompañar al pensamiento del Criador; para los que comprenden que no existe pensamiento alguno ni aun palabra ninguna que no pueda traducirse y simbolizarse por medio de los brillantes obje-

tos que se hallan sábiamente derramados por todo el haz de la tierra, para esos las cintas y las flores, las perlas y los brillantes encierran tesoros inagotables con que expresar en delicados conceptos los mas íntimos secretos del corazón.

Así, al menos, lo comprendían nuestros dos jóvenes: y aquel lazo y aquella flor, entrañaban para ellos un idioma celestial, un idilio dulcísimo de amor; un armonioso poema de mística dulzura, donde leían en éxtasis divino un presente lleno de realizables esperanzas y un porvenir de inagotable ventura, de deleites sin guarismo y de felicidad sin término.

Pero no fueron solo ellos los que pararon la atención en los objetos parlantes, aunque no comprendían su significado, y en la emoción de sus semblantes.

Otros dos habían fijado también los ojos en el misterioso lazo y en la expresiva flor, aunque, como llevamos dicho, sin comprender sus misterios.

El señor Duval, junto al alfeizar de la

vidriera, y el hombre del capote raído que iba siguiendo los pasos de Leopoldo.

Clotilde, embebecida con el inmenso placer que embargaba su alma y su pensamiento, seguía con la vista á su adorado amante que se alejaba, y que volvía con frecuencia la suya para fijarla con dulcísima pasión en aquella mujer que era el ángel cariñoso de sus bellísimos ensueños, que reasumía en sí sola toda la pasión, todos los encantos, todas las virtudes que adornan con celestial encanto á algunas heroínas de la Biblia.

Daval, ocultando bajo un exterior amable y engañoso la rabia de los celos, se asomó al balcón, se reclinó en el barandal, y se puso á mirar con indiferencia aparente, pero con gran cuidado, la gente que transitaba por la calle, entre la que sorprendió á Leopoldo dirigiendo la última mirada de despedida.

—Está haciendo un día precioso.

Exclamó Daval con sonrisa hipócrita, echando mano del tiempo como recurso general y eficaz para entablar una conversación.

—Con efecto.

Contestó distraída la jóven sintiendo que la distrajeran de sus agradables pensamientos, y con la tristeza de aquel á quien despiertan de un delicioso ensueño de ventura, de libertad y de amor, para que palpe las miserias de la oscura prisión en que gime sin esperanza.

—No hay duda de que el cielo de México es hermoso como sus mujeres.

—¿Es acaso el de vuestra patria menos bello?

—En los Estados-Unidos no gozamos de la igualdad de estaciones que aquí reina: allí el invierno es crudo, y el cielo encapotado despide abundantes copos de nieve que despojan á los árboles de sus hojas, á los campos de sus flores, y á la campiña de su verdor.

—Eso debe ser muy triste.

—Sí; y por lo mismo debemos dejarlo para ocuparnos de cosas más risueñas, de cosas que estén más en armonía con las gracias que brillan en vd. y de que soy el más ardiente admirador.

tienen su significado especial para expresar los sentimientos mas íntimos.—Clotilde se inmutó, y Duval que advirtió el cambio de su semblante, continuó.—¿No ha oído vd. decir lo mismo?

La huérfana logró volver de su sorpresa y contestó.

—¿Y quién es el que no ha escuchado hablar de ello?

—¿Y conoce vd. ese lenguaje simbólico?

—No puedo jactarme de poseerlo.

—¿Es decir que la reunión y enlace de esas cintas blanca, azul, tornasolada y amarilla claro, que forman el gracioso lazo que ostenta vd. en el pecho, no es mas que una combinacion casual que no encierra significado alguno?

—¿Pues qué, vd. cree otra cosa acaso?

Contestó Clotilde tratando de eludir una respuesta categórica.

—El que ama como yo amo á vd., lee en todo lo que lleva la mujer que adora; adivina sus pensamientos en el color de sus vestidos, en el adorno de su cabeza, en los simples lazos que realzan su belleza.

La huérfana temió que hubiera sido descubierto su secreto; pero persuadida despues, de que le habia oido otras veces lamentarse con Inés de no conocer lo que expresaban las flores ni los colores, contestó con aire tranquilo.

—¿Entonces qué desea vd. saber?

—Oír de su boca de vd. su significado, ver si era exacta mi traduccion. Ya he dicho que todo no es mas que un puro deseo de satisfacer una curiosidad pueril.

Clotilde se acabó de convencer de que Duval ignoraba completamente lo que expresaba el lazo, y contestó con la mayor amabilidad.

—Aun cuando vd. no se hubiese tomado la molestia de advertirme que su deseo no es mas que una pueril curiosidad, y me creyese con la necesaria capacidad para interpretar los colores, jamas creeria que su pregunta de vd. pasara los límites de una inocente chanza, pues ni podia suponer que vd. tratase de avergonzarme, si mi traduccion, como es de esperarse

inferior á la suya, ni esperar que me cegase la vanidad hasta el punto de corregir á quien debo respetar por su conocida instruccion.

Duval se mordió los labios al escuchar esta respuesta inesperada que le ponía fuera de combate.

La hermosa huérfana temió un nuevo ataque y se preparó á la defensa.

Por fortuna suya se oyó en aquel instante la campana de la iglesia que llamaba á misa, y la hermosa Inés se presentó en el balcon.

—Vamos, hija mia, que están llamando.

Clotilde bendijo interiormente al cielo porque tan oportunamente habia interrumpido el molesto diálogo en que estaba comprometida, y entró á su cuarto para ponerse un rico pañolon de China, exquisitamente bordado; se quitó el lazo del pecho como impropio de llevar á la casa del Señor recuerdos terrenos; lo colocó en el anaquel de donde lo habia tomado; cojió un libro de devociones con pasta de labrada y

luciente concha adornado con manecillas de oro, y se presentó á su protectora que se habia quedado hablando con Duval.

—Salgamos cuando vd. guste, madre mia.

—Ahora mismo.

—Tendré el gusto de acompañar á vdes., si vdes. me permiten esa honra.

Dijo Duval ofreciéndose á ir con ellas, mas por cerciorarse de si era verdad lo que ya temía, que por el placer que de acompañarlas le resultaba.

—No quisiéramos que vd. se molestase.

Respondió con prontitud Clotilde.

—Todo lo contrario: encontraré en ello una satisfaccion imponderable.

—Pues como vd. guste—exclamó Inés:—pero salgamos sin detenernos mas, porque oigo que están dando el último toque.

En el semblante de la jóven se dejaron ver las marcadas señales del disgusto y del pesar: en el de Duval las de la satisfaccion de vencer y la de los zelos.

Entretanto que Clotilde apoyada á su pesar en el brazo del hombre á quien D. Emi-

lio estaba dispuesto á unirla, marchaba reprimiendo el dolor que le oprimia el corazon, para no dar á conocer á los extraños en su semblante la repugnancia que sentia hácia Daval, Leopoldo se hallaba en el atrio de la iglesia, esperándola sin duda, saboreando en su interior el placer que proporcionan los gratos recuerdos de un amor correspondido.

Aunque en compañía de otros elegantes jóvenes que se entretenian en ver entrar en el templo á las señoritas que acudian á misa, y hablando de lances amorosos, de bailes y de serenatas, salpicando la conversacion con oportunos dichos y algun picante epigrama, su imaginacion estaba distante de allí; se encontraba fija en otro objeto que embellecia su existencia, que le trasportaba á un mundo florífero de realizables ilusiones, derramando por todos sus poros el dulce bálsamo de un porvenir lleno de amor y de inefables placeres; estaba fija en el misterioso lazo con que se habia presentado á sus ojos, bella como la aurora al descorrer las flotantes cortinas del oriente,

la pudorosa jóven de sus ensueños, el ángel puro de su esperanza, la encantadora Clotilde.

Aquel lazo envolvía para él, en sus bellísimos colores y en las breves palabras que expresaban, todo lo que un apasionado amante puede ambicionar que pronuncien los dulces labios de la mujer que adora. No contenía mas que cuatro ligeras cintas enlazadas; pero aquellas cintas blanca, azul, tornasolada y amarilla, graciosamente colocadas, encerraban los afectos mas tiernos de una alma apasionada y los dulcísimos juramentos de un amor inestinguible con que las almas enamoradas viven y se alimentan: aquel lazo simbólico expresaba estos afectuosos sentimientos que inundaban de felicidad el tierno corazon de nuestro apasionado jóven: "*Os amo, os adoro con puro amor; y os amaré hasta el sepulcro si me quereis.*"

¿Qué mas se pudiera decir en todas las multiplicadas páginas de un selecto libro de amores? Aquel concepto breve, pero expresivo, satisfacía las exigencias mas exagera-

das del amor, sin profanar los delicados encantos del misterio.

¡Cuán bello es expresar por medio de los magníficos caracteres con que la pródi-ga naturaleza nos brinda, reproduciendo y renovando por todas partes sus mas exquisitos tesoros, los íntimos afectos que nos conmueven!

La naturaleza fué el gran libro que Dios abrió primero que ningun otro á nuestros ojos, para que leyésemos su magnificencia, su sabiduría, su inagotable amor y su infinito poder. ¿Por qué, pues, los hombres despreciamos esos tiernos caracteres que á nuestros piés brotan pintados y olorosos en los amenos valles y en los floríferos verjeles?

En otra época en que la humanidad era menos metalizada que en la nuestra; y cuando las ideas elevadas de religion, de caridad y de amor se mantenian incólumes y no habian cedido su lugar á la revolucionaria política, al refinado egoismo y á la irreligion, las cintas y las flores merecieron la distinguida atencion de toda la sociedad

que expresaba por medio de sus colores sus mas delicados conceptos. El negro indicaba tristeza y luto; el encarnado magestad y grandeza; el blanco y rosa, inocencia, castidad y virtud; el verde esperanza y libertad; el azul, zelos, y el morado viudez. Pero qué mucho que los hombres se utilizasen de tan celestiales dones, cuando Dios mismo se valió de ellos para anunciarnos alegría y bienandanza, colocando en el cielo el bellissimo arco-íris, formado de todos los colores como lazo de paz que une á los cielos con la tierra.

Pero no nos detengamos en consideraciones que cada uno sabrá apreciar segun sus inclinaciones, y volvamos á ocuparnos de los jóvenes que dejamos en el atrio de la iglesia en compañía de Leopoldo.

Los primeros se ocupaban ya de elogiar la belleza de alguna hermosa jóven que penetraba en el templo, ya de ridiculizar el traje de otra no tan bonita; ya, en fin, de burlarse en voz baja de todos aquellos que tenian la desgracia de no parecerles bien.

Leopoldo, aunque no podia separarse de

ellos por no faltar á los deberes de la urbanidad, no tomaba parte en las chanzas en que estaban entretenidos, y permanecía pensativo, entregado á la dulce satisfaccion que imprime en el alma el amor correspondido.

Sabia que aquella era la misa que oia Clotilde, y estaba esperándola para verla pasar y que viese en su pecho la flor del girasol que aun llevaba en el ojal de la levita.

¿Y el hombre del capote raído? Tambien estaba allí, enfrente á él, mirándole sin cesar y pidiendo de vez en cuando algun socorro á las personas que entraban á la iglesia.

—Chico, chico, mira qué hermosa matrona: tiene todo el aire de una reina.

Dijo uno de los jóvenes, refiriéndose á una mujer de notable belleza que llegaba apoyada en el brazo de un hombre de buena presencia, aunque de severo aspecto.

—Sí; la conozco hace tiempo: es española; suele ir á la misa de nueve en la Profesa.

—¿Quién es el que la acompaña?

—Su marido.

—¿Sabes si va á permanecer en San Angel toda la temporada?

—No: ha venido hoy por capricho de su esposo, y sin duda se marchará á México pasado mañana.

—¿Y es empleado su marido?

—No; es un aficionado al libro de cuarenta hojas, que no sale de la casa del señor Duval, donde dejó hace tiempo su fortuna.

—¿Magnífico! así la dejará sola todo el dia. ¿Y dónde vive?

—En la calle de Tacuba.

—Mañana mismo voy á rondar su casa.

—Pierdes el tiempo.

—¿Tan rígida es?

—Otra Susana.

—¿Lo sabes por tí mismo?

—No; pero lo sé porque el médico Willey está perdido por ella, y solo alcanza desprecios y desaires.

—¿Willey?...

—Sin duda.

—¿El facultativo escocés?

—El mismo.

—¡Imposible!

—¿De qué te admiras?

—De que estés en un error tan craso; pues de quien está enamorado el doctor no es de Elisa, sino de la simpática Luz Estrada.

—Lo estará de las dos.

—¿Pues qué, se puede amar á dos mujeres á la vez?

—¡Tomal! El doctor Willey es capaz de amar á ciento en una hora, y á todas con el mismo fuego, con el mismo afán: es uno de esos hombres de elástico y ardiente corazón que aman, ó mejor dicho, que quieren á cuantas el Eterno crió hermosas.

Entre tanto que habian estado hablando, la hermosa española se habia acercado, y se dirijia esbelta y seductora hácia el templo.

—¡Es hechicera! —Dijo uno de los jóvenes.—No se puede negar que el doctor Willey tiene buen gusto en amar á todas las hermosas.

—Y sin embargo, no deja de ser para él una gran desgracia.

—¿Por qué?

—Porque si en todas halla la correspondencia que en la graciosa Luz, no dejará de pasar agradables ratos.

—¿Pues qué, le corresponde?

—Al contrario; me consta que le aborrece cordialmente.

—¿Pues por qué le recibe en su casa?

—Porque él entra con pretexto de la amistad que lleva con los padres de ella; pero á quien la linda jóven ama, es al apreciable médico Rafael Valle, con quien debe casarse.

—Y sabiendo éste que el otro es su rival, ¿cómo es que siempre anda con él como si fuese su amigo mas íntimo?

—Es que yo creo que Rafael ignora la pasión que Willey consagra á su amada; y como ejereen una misma profesion y visitan los dos á la familia....

—Pues hombre, aquí sí que se ve cumplido el refrán de *quien mucho abarca poco aprieta*. Igual cosa le sucede con Elisa; la sigue á todas partes, entra á su casa á todas horas, se ha hecho amigo del marido, y no alcanza mas que desaires.

—¡Afortunado esposo!

—Ya sabes, fortuna de bribon. Mientras Diego Rondal pone á una sota el dinero con que debiera atender á las necesidades de su familia, la hermosa Elisa, muchas veces acosada por el hambre, y sin un real para dar de desayunar á dos tiernas y celestiales criaturas que tiene, le espera inquieta rogando á Dios por él.

—¿Pues cómo ahora la trae con tanto lujo?

—Grandeza de jugador: hoy abundancia y fausto, mañana hambre y miseria.

—Chico, mira si te decia bien: ahí llega la divina Luz con su mamá, acompañadas de Rafael y de Willey.

—¿Y cómo se compondrá ahora el doctor al encontrarse en la iglesia con Elisa?

—Ya sabrá él quedarse á regular distancia para no dar á entender que la ha venido acompañando.

—¿Y qué hermosa es....! Al verla tan esbelta, graciosa y aérea, se me representa á la ninfa Cloris de las islas Afortunadas, á quien Céfito la dió en dote, al casarse con ella, eterna juventud, el imperio de las flo-

res y el nombre de Flora. Os juro, amigos míos, que si me concedéis una muchacha de ese garbo y de esa gracia encantadora, á pesar de mi aversión á la coyunda nupcial, me reconcilio con el matrimonio.

—Y yo.—Dijo otro.

—Y yo.—Añadió un segundo.

—Y nosotros.

Exclamaron todos.

—Señores —advirtió interrumpiendo el diálogo uno que continuaba pasando revista á todos los que llegaban:—¿quiénes son esas émulas de Cloto y de Medusa que se acerean haciendo dengues y coqueteando?

—Esa es una familia que tiene privilegio exclusivo de ser fea.

—Pero ¿por qué habrán nacido con caras tan antiguas?

—¿Pues qué, no ves el molde?

Agregó uno señalando á la mamá que las acompañaba.

—Es verdad; tales padres, tales hijos. Pero, hombre, no habíamos reparado en

una notabilidad mendigante, satírico-poética, que puede divertirnos.

—¿Cuál?

—Pues ¡qué, no ven vdes. allí al improvisador poeta?

—Es verdad: vamos allá.

—Vamos allá.

Repitieron todos, y pasaron riéndose y levantando una confusa algarabía, adonde estaba el hombre del capote raído. Leopoldo les siguió, pero no con el objeto de tomar parte en la humillación del desgraciado, sino con el de procurar que no se ensañasen con él.

El mendigo, al ver que le rodeaba aquella turba de alegres pisaverdes, les miró con desden, y tomó un aire resignado y tranquilo.

—Vamos á ver—exclamó uno de los jóvenes mas bulliciosos—dinos alguna sandez de las que acostumbrabas, vate descamisado, que nos haga reir de fastidio.

—Sí, vamos; tú que bebes, no en las cristalinas aguas de Hipocrene, sino en las eructantes de Baco.

—Sí, improvisa; que nosotros te pagaremos honrándote con oír lo que dices, sin bostezar.

Leopoldo se sintió mortificado al escuchar aquellas palabras con que se trataba de herir á un desgraciado.

El mendigo se mordió los labios, pero ocultó el enojo que le devoraba.

Leopoldo se retiró un poco para no escuchar las pesadas chanzas de sus amigos.

—¿Estás hoy de muda?

Le preguntó uno.

—Tendrá seca la lengua, y para que anda seria necesario que la remojase en pulque.

—No; que está esperando á que se le dé el pié.

—No cometeré yo desacato semejante con el mío, porque podría empañarme la bota con su vinoso aliento.

—Vamos, yo se lo voy á dar, y adecuado á su situación, porque vdes. le exigen lo que no puede dar.

—Véamos, pues, dáselo.

—Aquí está: "*Es pedir peras al olmo.*"

El paciente mendigo alzó la cabeza como si recobrarla su dignidad de hombre hasta entonces oculta entre los harapos en que iba envuelto: brilló en su rostro, marchito por el duro peso de la miseria, el fuego sublime de un corazón educado en la escuela del honor, y sus facciones se iluminaron con una luz indefinible, y adquirieron una expresión noble y enérgica, que contrastaba notablemente con la humildad de su esfera y con el desgarrado traje que le cubría.

—¡Silencio, que va hablar!

Dijo uno de los jóvenes con seriedad burlesca, no viendo en el cambio que se operó en aquel desgraciado, mas que un motivo á la risa general y á la burla de los que no ven el mundo sino como un teatro en que divertirse.

—Sí, sí; está inspirado: ¿no veis cómo el fuego del caliente mosto ilumina sus facciones?

—Va á vaticinar algo grande.

—Pero tiene la misma desgracia que Apo, lo dió por castigo á Casandra; de profetizar y no ser creída.

A estas palabras, las facciones del mendigo fueron perdiendo marcadamente la expresión altiva con que se habían revestido por un instante; desapareció de su rostro el fuego que lo enalteciera; sucedió á la luz de la inteligencia que brilló en sus ojos, la de la tristeza profunda; y su cabeza, que poco antes se había levantado erguida y orgullosa, volvió á caer abatida sobre el pecho.

—¿Lo veis? se ha marchado la inspiración.

—Repítele el pié para que vuelva el número.

—Querer que improvise un tonto es pedir un imposible; es, lo que le dije para que le sirviera de pié, y que ahora repito con el mismo fin: "*Es pedir peras al olmo.*"

El mendigo dirigió una mirada despreciativa á todos, excepto á Leopoldo, que no había tomado parte ninguna en aquellas burlas, y contestó sin detenerse:

—De los necios que hasta el colmo llegan de la fatuidad,

pedir juicio, honra y bondad,
es pedir peras al olmo.

Un grito de indignacion salió del círculo de jóvenes que le rodeaba.

—¡Se habrá visto osado semejante!

Exclamó uno de los aludidos elegantes.

—¡Lo dices por nosotros, insolente?

Añadió otro alzando el puño del baston para descargar sobre él.

El improvisador no se alteró por la amenazadora actitud que tomó su contrario, y respondió con una serenidad y un tono que nada tenían de comun.

—Yo no aludo á personas determinadas: digo lo que Iriarte en su conocida fabulita: *á todos y á ninguno*....

—¡Hola, hola! ¿sacas textos?

Exclamó riéndose uno.

—Señores, propongo que abramos una suscripcion para que establezca una cátedra de literatura en la pulquería de "El Sueño."

—¡Aprobado!

Gritaron todos.

—Dejemos á ese necio con ribetes de be-

llaco y descaro de mendigo bebedor, y sigamos ocupándonos de las que van llegando á misa.

—Tienes razon.

Y se retiraron un poco de él.

—Hombre, ¿de qué tapiz se habrá escapado esa tarasca que viene ahí, mas compuesta que ensalada de Nochebuena y mas fea que la necesidad?

—Atencion, amigos, y formalidad. Detras de la negra noche colocó Dios el dia; detras de la tempestad, el refulgente sol: aquí llega la simpática y encantadora Clotilde.

Leopoldo tembló de emocion al escuchar aquel nombre que ejercia un mágico poder sobre su alma, y palideció de placer.

—Mirad—exclamó uno;—se parece á la diosa Calipso que nos describe Fenelon, descollando magestuosa como una enhiesta palmera por encima de las voluptuosas ninfas que la rodean.

—¡Y quién es el que la acompaña?

—El señor Duval, dueño de la partida á donde todos los que vienen á pasar la tem-

porada, van á pagar un tributo de plata, y amigo íntimo de su padre D. Emilio Landeta.

—¿Y es novio de ella?

—Dicen que la ha pedido, ya por esposa.

—¡Qué lástima que se lleve un gringo un palmito que estaria mejor empleado, por ejemplo.... en mí!

—Y mas un hombre cuyos antecedentes nadie conoce.

—Pues yo apuesto á que ella no se casa á gusto con él.

—¿En qué fundas tu opinion?

—¡No veis la indiferencia y aun repugnancia con que contesta á las palabras que le dirije?

—Tal vez esté zelosa.

—O quiera á otro menos antipático que él.

—¿Qué dices tú de esto, Leopoldo?

Leopoldo se encojó de hombros como escusándose de omitir su opinion.

En aquel momento llegó Duval dando el brazo á la hermosa y su protectora, al grupo de jóvenes que guardaron silencio para admirarla.

Clotilde fijó los ojos en Leopoldo que estaba algo retirado de los otros, y que llevó disimuladamente la mano á la flor del girasol.

La joven advirtió aquella indicacion amorosa, y leyó en la flor estas palabras: "*Yo te amo: eres mi ídolo: mi pensamiento está constantemente en el objeto amado.*"

Duval no perdió ni el movimiento que su rival hizo con la mano, ni la mirada de la huérfana, aunque no pudo comprender lo que el girasol significaba.

El mendigo, no solamente advirtió la señal del enamorado joven, sino que tambien sorprendió el gesto de disgusto que arrugó el entrecejo de Duval.

La misa empezó á poco, y el zeloso prometido de Clotilde salió al atrio, esperando á que concluyese la ceremonia.

El grupo de alegres jóvenes penetró en el mismo instante en el templo, y solo quedaron afuera Leopoldo, entretenido con las dulces esperanzas y la risueña perspectiva de un delicioso porvenir, el mendigo que le observaba, y el envidioso rival que le

miraba desde junto á la puerta con implacable saña.

Leopoldo era el mas feliz de los hombres; estaba persuadido del amor de Clotilde, y aquel amor encerraba para él tesoros inapreciables, dichas sin guarismo, dias de felicidad que cada instante no cambiaria el alma por todas las riquezas de la tierra.

Su mente estaba fija en la memoria de la hechicera beldad que amaba, revistiéndola de mil formas á cual mas hechicera, aérea y celestial; sus ojos no veian otros encantos que los que le ofrecia el virginal decoro del ángel que embellecia con su mirada la naturaleza entera; sus oidos no percibian mas que el dulce eco producido por las amorosas palabras de su amada, mas sonoro que el leve murmullo del manso arroyo que halaga las flores y que el armonioso canto de las aves. Un delicioso éxtasis embargaba todas sus potencias, y las horas, velando su existencia, hacian de su vida una sucesion de delicias que realizaban el Eden perdido.

El alma de Duval estaba dominada de

afectos contrarios: en ella disputaban el dominio, los zelos y la venganza; su envidioso corazon daba fuerza á los primeros, y su mente acariciaba la segunda como remedio salvador á los desprecios.

En cada dulce emocion que reflejaba el interesante rostro de su favorecido rival, se retrataba en el suyo la marcada señal del odio y de la envidia de los réprobos.

Era el Caín altanero y vengativo que proyectaba la muerte de su inocente hermano, sacrificándole á un sentimiento bastardo y despreciable.

El mendigo que, colocado á regular distancia de uno y otro, habia estado leyendo en la fisonomía de ambos los diversos afectos del corazon, se dirigió lentamente hácia Duval, no con objeto de tomar parte en sus ideas de venganza, sino con el de ver si alcanzaba de él algo con que atender á las necesidades de aquel dia.

—¿Tiene vd.—le dijo con humildad extrema—la bondad de socorrerme con algo?

—Perdone vd. por Dios.

Contestó Duval, sin mirarle siquiera.

—Crea vd. que estoy en una necesidad extrema.

—Lo siento.

—Siquiera medio real para que almuerce.

—Nada.

Replicó con aspereza Duval.

—Soy una persona de educacion á quien su mala cabeza ha conducido al miserable estado en que me encuentro.

—¿Y cree vd. que yo trabajo para mantener holgazanes?

El semblante del mendigo se vistió de un gesto de ira.

Aquel hombre parecia formado de dos naturalezas diametralmente opuestas: llena una de dignidad y de nobleza, pronta á pedir reparacion completa de una ofensa hecha á la honra; otra degenerada, degradada y envilecida. Soberbio unas veces hasta la exageracion: humilde otras hasta la degradacion; lanzando aquí un epigrama contra los vicios, y entregado mas allá al de la embriaguez, aquel hombre presentaba una mezcla extraña que le hacia misterioso.

En las primeras palabras dirigidas á Du-

val, su actitud fué humilde, su acento respetuoso; pero al escuchar el denigrante epíteto de holgazan, todo su sér sufrió una mutacion completa; la indignacion se dejó ver en su rostro; miró con altanería á su ofensor, y le dijo con entereza, aunque reprimiendo su enojo.

—Insultar la desgracia, es accion indigna de un hombre honrado: nada quiero de vd.: si me diese vd. todos los tesoros de la tierra, no los recibiria, porque la caridad dada con altanería, remedia, pero ofende y humilla.

—No tema vd. que cometa yo tal disparate: lo que es por mí siempre se quedará vd., como dice el refran, *á la luna de Valencia*.

El mendigo, con la prontitud que le era natural, contestó:

—De tu orgullo y tu inclemencia
me vengará al fin tu novia,
cuando deje, á quien me oprobia,
á la luna de Valencia.

—¡Cómo!.... ¡qué quieres decir con eso? Exclamó volviendo la cara que hasta entonces la había tenido en dirección opuesta al improvisador: pero éste, sin atenderle, y dirigiéndole una mirada de desprecio, echó á andar con dirección á Leopoldo.

—No hay duda: éste es algun agente de mi rival, y éste rival está ante mis ojos.— Exclamó Duval sin poder ya contener su ira.—¡Oh! es preciso que yo le obligue á ese infame mendigo á que me explique el sentido de esas palabras.

Pero no pudo por entonces satisfacer su deseo: la gente que empezaba á salir de la iglesia, le dió á entender que la misa había terminado, y se vió en la obligacion de esperar á Inés y á Clotilde, aplazando para otra vez aquella aclaracion.

Poco tardaron la huérfana y su protectora en salir; Duval las tomó del brazo, y pasó por junto á Leopoldo con exterior triunfante, pero humillado y vencido en su interior.

Leopoldo no advirtió aquel alarde de satisfaccion, pues sus ojos estaban ocupa-

dos en objeto mas interesante que la vanidad de un hombre que ignoraba aspirase á la mano de la que él amaba. Su mirada estaba en la del ángel de su amor, que le correspondió al alejarse, con otra llena de passion, dulce y consoladora.

—¿Tiene vd. la bondad, caballero, de darme un socorro?

Dijo el mendigo con voz humilde. Leopoldo no le contestó, porque estaba extasiado, viendo alejarse aérea, esbelta y gentil á la mujer que absorbía todas sus potencias.

El mendigo volvió á decir con voz mas fuerte.

—¡No quiere vd. darme algo, por amor de Dios?

Leopoldo le miró, pero por no perder aquellos instantes que aún podia dedicarlos á contemplar el aire seductor de su adorada, volvió á fijar sus ojos en ella, y no le respondió una palabra.

—Vea vd. que le pido con mucha necesidad.

Clotilde había desaparecido ya, y Leo-

poldo metió la mano al bolsillo del chaleco y le dió dos reales, diciendo con aire jovial y cariñoso: aquel que porfia alcanza.

El mendigo, agradecido y deseoso de manifestarse interesado por él, le contestó sin detenerse:

—No hay que perder la esperanza, luchad contra hado y traidores, que en las batallas de amores, aquel que porfia alcanza.

Leopoldo miró sorprendido á aquel hombre que bajo un traje tan miserable encerraba un talento claro y despejado.

La oportunidad de aquella cuarteta y lo en armonía que se hallaba con su situación, le hicieron creer que aquel desgraciado, no era lo que representaba su desgarrado vestido.

Despertada, pues, su curiosidad, le preguntó.

—¿Quién le ha dicho á vd. que yo amo, ni que tengo contrarios con quienes combatir?

—Nadie.

—¿Nadie?

—Yo que le he sorprendido á vd. esperando con impaciencia desde la esquina de la calle B.... á que se abriera el balcon de la casa del señor D. Emilio Landeta.

—¿Usted?

—Sí señor, yo, que dije para mí, los enamorados son generosos, y este sin duda me favorecerá hoy. Yo le seguí á vd. con objeto de pedirle un socorro; pero luego desistí por no interrumpirle en su amorosa tarea.

—¿Pero contra quién cree vd. que tengo que luchar para vencer?

—Contra el señor que vino acompañando á la señorita y su mamá.

—¿El señor Duval?

—Yo no sabia su nombre; pero es él mismo.

—Gracias; y pídame vd. algo en premio de su aviso.

—Un pantalon que ya no le sirva á vd.

—Bien; y agregaré tambien una levita todavía en buen uso, chaleco y zapatos.

—¡Ah, señor...!—dijo el mendigo trasper-

tado de gozo:--el cielo le premiará á vd. esta accion generosa.

--Pero aquí no le puedo proporcionar á vd. esa ropa: yo no he venido mas que á pasar el domingo, y mañana lúnes me vuelvo á México. Si vd. quiere verme allí, puede vd. pasar cuando vd. guste.

--¿En dónde vive vd?

--En la calle de Tacuba.

--¿Qué número?

--Tres, segundo piso á la izquierda, vivienda principal.

--¿Por quién pregunto?

--Por Leopoldo Cabrera.

--¿Leopoldo Cabrera!

Dijo asombrado el mendigo.

--¿Qué le admira á vd?

--¿Es vd. hijo de D. Ignacio Cabrera?

--Sí.

--¿Comerciante de Leon?

--Sí.

--¿Acusado de haber cobrado unas libranzas enviadas por el señor D. Emilio Landeta, padre de la señorita Clotilde, de quien vd. está enamorado?

--Pero vd. ¿cómo sabe....?

--Ese es un cuento largo de contar.

--Pero mi padre era inocente.

--Nadie mejor que yo conoce esa verdad.

--¡Vd....! ¡Ah....! hable vd.: la revelacion de vd. desarmaria el odio que D. Emilio me consagra; y entonces me atreveria á pedirle la mano de su hija.

--Tal vez llegará el dia en que lo revele.

--Ahora.

--No puede ser. Iré á ver á vd. á la calle de Tacuba.

--¿Cuándo?

--Dentro de tres dias.

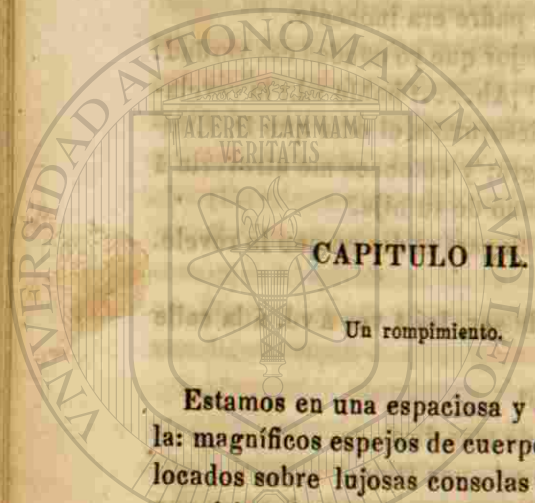
--No falte vd., por Dios.

--Estaré allí, y le revelaré á vd. cosas que le interesan sobremanera.

--¿Y no sabré quién es vd?

--Ahora no; entonces. Adios: hasta dentro de tres dias.

--Hasta dentro de tres dias: adios.



CAPITULO III.

Un rompimiento.

Estamos en una espaciosa y elegante sala: magníficos espejos de cuerpo entero, colocados sobre lujosas consolas de caoba de exquisitas labores, se ven simétricamente repartidos: ricos sofás de damasco de seda encarnado con flores blancas y cómodas butacas de lo mismo, haciendo juego con sillas vestidas de igual manera, resaltaban junto á las vistosas paredes pintadas de oro y azul: exquisitas cortinas de gró punzó entrelazadas con otras de muselina blanca, velaban las puertas vidrieras de los balcones y de las piezas que comunicaban con la

sala: un piano excelente de cola con elegantes encrustaciones de oro y plata, ocupaba el espacio que mediaba entre los dos balcones de la pieza: una lujosa araña de bruñido cristal de doce luces, pendía de un cielo raso, pintado con maestría y gusto: una alfombra turca verde, con graciosos dibujos de matizados colores, cubria el terso pavimento: elegantes rinconeras, ostentando costosos floreros de hechuras primorosas, vestían los ángulos: un brillante reloj de primorosa construcción, colocado sobre una mesa redonda en medio de la estancia, rodeado de mil caprichosas figuras de porcelana, marcaba las horas, asomando al hacerlo, un pajarillo autómatas que cantaba y agitaba sus pintadas alitas, ocultándose luego dentro del reloj; y sobresalientes cuadros de un mérito notable, representando los mas sublimes pasajes de la Biblia, completaban el regio adorno de aquella sala.

Las últimas vibraciones del piano espiraban dulcemente en el espacio, heridas las teclas por la delicada presión de los nevados dedos de una hermosa jóven de tornea-

da mano, de apacible rostro y celestial mirada.

—¡Admirablemente! Nunca has tocado con mas sentimiento y expresion.

Dijo una señora que estaba arrellanada en su butaca y haciéndose aire con un rico abanico que cerraba con maravillosa rapidez.

—¿Le ha parecido á vd. mejor que otras veces?

—Siempre estás admirable; pero ahora has estado sublime.

—¿No será debido ese parecer mas que á mi mérito, á la benevolencia de vd. que va en aumento cada dia?

—No puede aumentarse lo infinito, hermosa mia. Por lo mismo no es el aumento de cariño que siempre ha sido y será inmenso hácia tí, sino el delicado sentimiento con que has tocado, quien ha dictado mi elogio.

—Pues en lo sucesivo trataré de interpretar de la misma manera los pensamientos del autor, solo porque vd. disfrute del placer que ha sentido en este instante.

—Eres muy buena para mí!

—¿No debo serlo acaso?—Dijo la hermosa dejando el piano y sentándose en el sofá, junto á la butaca de su interlocutora, á quien estrechó con indecible cariño la mano.—¿No es vd. la única amiga que tengo en el mundo? ¿No es vd. la que comprende mi corazon, se identifica con mis sentimientos y me presta su amoroso apoyo en mis penas y desgracias?

—¡Sí, sí....!—exclamó enternecida la interrogada, imprimiendo un ósculo en la serena frente de la jóven.—Todo lo soy para tí; para tí sola que eres un ángel....! Sí, sí; ¡soy tu amiga, tu hermana, tu madre....!

—Sí, mi madre; porque solo una madre tierna y cariñosa pudiera amarme con la pasion que vd. me ama.

—Tienes razon.

Exclamó visiblemente conmovida la señora de la butaca.

—Si vd. se hubiese unido á un hombre, ¡cuán felices hubieran sido sus amados hijos....!

—¡Casada....! ¡casada....!—Interrum-

pió sin poder contener las lágrimas que se asomaron á sus ojos.—Pero no lo he sido, hija mia.... no lo he sido nunca....!

Y quedó tristemente abatida.

—¿Nunca ha encontrado vd. un hombre digno de su amor?

—¡Un hombre....!

—¡Ah! ¡madre mia! ¿ha sido vd. tambien desgraciada?

—¿Y quién no lo es en el mundo, hija mia....? Con el universo nació la desgracia que affige á la humanidad. El mundo que ahora se presenta deslumbrante á tus ojos, no es mas que la reunion de novecientos millones de desgraciados que gimen acosados de distintas necesidades que emponzoñan la existencia de la miserable descendencia de Adan!

—Luego ¿ha amado vd?

—Sí, hija mia; he amado, y he amado con toda la pasion con que amamos las mujeres.

—Y fué vd. amada sin duda, ¿no es verdad?

—¡Sí! como pocas lo son en la tierra.

—Y sin embargo no se unió vd. al hombre que amaba!

Exclamó Clotilde tristemente, viendo que, á pesar del amor que se consagraban ella y su amante, el destino podria separarles.

—Comprendo lo que pasa en tu corazon, hija mia; pero á tí no te amenaza la desgracia que se complació en desgarrar mi pecho.

—¡Ah....! ¿por qué no me confia vd. sus penas, madre mia....?

—Porque es un secreto que nadie hasta ahora conoce mas que yo.

—Nadie conocia tampoco el mio, y sin embargo, no me pesa de habérselo á vd. confiado, porque desde entonces soy feliz.

—Sí, sí, tienes razon; las penas comunicadas desahogan el corazon.

—Deposítelas vd., pues, en el mio, madre adorada, para que se dulcifiquen.

—El amor, hija mia, es un génio violento que halaga martirizando la mejor edad de la vida. Tú lo conoces bien, porque te hallas en esa edad; yo tambien me encontré

en ella, y por eso conozco los terribles efectos de su despótico señorío. Amé y fui amada como tú lo eres: soñé en un mundo de delicias que me brindaba el amor: acaricié en mi mente la seductora idea de una felicidad sin guarismo, de una vida de glorias sin término; pero todo ello no fué mas que un sueño que tenia que pasar ligero, como pasan todos los bienes de la tierra,

—¡Qué triste debe ser eso, madre mia!

—¡Muy triste, sí; muy triste! Mi amante era militar; habia sostenido con calor al gobierno de Victoria hasta 1828, en que se retiró horrorizado por los tristes acontecimientos y saqueo del Parian, y por no estar de acuerdo con las ideas del general Guerrero, que sucedió en la presidencia en 1829 al general Victoria. Los partidarios del nuevo presidente, temiendo que mi amante conspirara, trataron de desterrarle del país, y desde entonces empezó el largo período de mis penas. Ricardo venia á verme de noche, disfrazado y con mil precauciones para no ser descubierto; yo le recibia con amor, temor y sobresalto: cada vez que nos veía

mos, renovábamos los juramentos de ser el uno para el otro.... Una noche, poco antes de despedirnos, oímos ruido extraño en la calle; asomo con sigilo la cabeza por el balcon, y veo que un oficial daba órdenes de cercar la casa á una patrulla de soldados, porque un espía habia asegurado haber visto entrar á Ricardo en la casa.

—¡Qué desgracia!

—Al oír esta noticia, no me detuve un instante; informé á mi amante del peligro que le amenazaba; le conduje por un pasillo secreto hasta la puerta del jardin, y abriendo ésta y saltando la tapia, pudo burlar la vigilancia de los que le perseguian.

—¿Y luego?

—Viendo que el gobierno trataba de apresarle á todo trance, huyó de la capital, y no he vuelto á saber mas de él.

—¡Dios mio!

—¡Sin duda le debieron descubrir y asinarle!

—¡Lo cree vd. así?

—¡Cómo era posible, de lo contrario, que no me hubiese escrito amándome como me

amaba? Su fuga sirvió de apoyo á las acusaciones de sus enemigos, y sus bienes le fueron confiscados.

—¿Y hace mucho de eso, madre mia?

—¿No te he dicho ya que tuvo lugar mi desgracia en el año de 1829?

—Es decir, hace diez y seis años.

—¿Sí: hace diez y seis años....!

Contestó con tristeza Inés.

—El mismo tiempo que tengo yo de adad: ¡qué casualidad!

—Sí, hija mia; el mismo tiempo que tienes tú, que eres mi bien sobre la tierra.

Exclamó abrazándola, y profundamente conmovida.

Un criado se presentó á interrumpir el diálogo, anunciando la llegada de un caballero, cuyo nombre dijo.

—Dile que pase.

Dijo la que ocupaba la butaca.

—Permítame vd. que me retire, madre mia.

—¿No quieres quedarte?

—Ya es tarde, y quisiera irme preparando para asistir al baile.

—Dices bien; marcha á engalanarte, hija mia.

La jóven colocó sus labios en la frente de aquella bondadosa mujer, y se retiró á su cuarto.

En aquel instante se presentó en la sala un hombre vestido ricamente, pero sin gusto: su ropa, aunque de exquisito paño y cortada á la moda, carecía de gracia y elegancia, sin duda porque no sabia dárselas quien sin naturalidad ninguna la llevaba.

La fisonomía de este personaje no era fea; pero habia en ella cierta dureza, cierta aspereza en sus facciones y un no sé qué de duro y de vulgar en toda su persona, que predisponia á que se le mirase con desagrado. Largos cabellos rubios que tiraban á rojo, velaban su cabeza enteramente redonda: su boca grande y de encendidos labios dejaban ver una dentadura limpia, pero separada: su frente era despejada, pero velada por una sombra desagradable que imprimia á su rostro un ceño imponente y adusto: su nariz alzada dejaba ver dos anchas ventanas que respiraban con fuerza: sus

ojos eran azules y vivos, pero carecian de gracia y de dulzura: su cuerpo era fornido, pero sin flexibilidad, ancho de espaldas y elevado de hombros: calzaba lujosas botas de lustroso charol, que perdian su mérito por la anchura desmedida del pié que cubrian: un rico alfiler de diamantes, pero charro y de mas valor que gusto, ostentaba en el pecho de la camisa, y una gruesa y larga cadena de oro cruzando por encima de su chaleco de terciopelo carmesí con flores negras, completaban el traje de nuestro personaje.

Nada habia en él de noble ni de elegante que revelara en un solo movimiento, en la simple manera de presentarse, al hombre de fina educacion.

Su aire era duro y forzado, que denunciaba al hombre que ha sabido hacer fortuna, pero no ser elegante.

Le faltaba ese delicado barniz que solo dan la cuna y la fina educacion que se recibe en la niñez.

En vano tratará el fuerte marinero de dar á sus manos la suavidad de un cútis delica-

do: el jabon podrá prestarles mas limpieza, mas brillo, pero nunca podrá ocultar los recios callos contraidos en su larga carrera.

Inútilmente el hombre de descuidada educacion que ha crecido con bruscas maneras tratará de confundirse con la gente de la alta sociedad: podrá cambiar de traje; llevar en vez de la chaqueta de paño burdo el rico frac y el pantalon bien cortado; pero no podrá ocultar los movimientos duros y forzados, los toscos modales en que creció, y que son los pronunciados callos que denuncian su nacimiento ante la sociedad escogida.

No es esto criticar ni al marinero porque se jabone con frecuencia las manos, ni al hombre que habiendo hecho fortuna honradamente se presente bien. No; eso es muy loable, muy honroso, muy digno. Mi intento no es otro que demostrar, que la ropa no puede ocultar la educacion: que ésta resalta sobre el traje cuanto mas lujoso sea, como resalta en el fondo de un estanque un objeto cuanto mas cristalina y brillante se conserva el agua; y que un movimiento cualquiera, denuncia en el acto

tanto al ser bien nacido á quien la desgracia le ha envuelto en asquerosos harapos, como al hombre de baja cuna, á quien la fortuna le ha proporcionado ricos vestidos y lujosas carrozas.

—A los piés de vd., señorita.

Dijo el recién llegado haciendo una cortesía respetuosa, pero poco elegante.

—¿Vd. á ésta hora por aquí, señor Duval?

—En efecto es extraño, porque de noche siempre tengo grandes ocupaciones.

—Luego debo creerme muy favorecida cuando las descuida vd. por honrarme con su agradable visita.

—Grande es, en efecto, el aprecio que vd. me merece; pero me veo precisado á confesar que en este momento me trae un asunto menos galante, por lo cual solicito su indulgencia.

—Sírvase vd. tomar asiento y decirme con franqueza el asunto que le conduce.

Duval tomó asiento enfrente á Inés; cruzó la pierna derecha sobre la izquierda, acto poco urbano entre personas de respeto, y mucho mas entre señoras, y le dijo.

—Usted sabe que amo á su recomendable hija, y que, aunque sin mérito para alcanzarla, solicito su mano.

—Sí señor: mi hermano ha tenido la bondad de informarme de la honra que vd. quiere dispensarnos.

—Bien: de esa manera sabrá vd. que cuento con el beneplácito de D. Emilio.

—Nada me ha ocultado que tenga relación con ese asunto.

—Ahora, pues, quisiera saber si tengo también la dicha de contar con la voluntad de vd.

—Para responder á esa pregunta, permítame vd. que me tome la libertad de hacerle otra.

—¿Cuál?

—Vd. cuenta con el asentimiento de mi hermano, sospecha vd. contar con el mio, pero ¿cuenta vd. ya con el de Clotilde?

—Si alcanzo la dicha de obtener el poderoso apoyo de vd., cuya menor insinuación es una orden agradable para quien no tiene mas satisfacción que complacerla, mi felicidad es segura.

—Cuente vd. con ella en el acto.

—¿De veras?

Exclamó Duval lleno de júbilo, no dudando ya del triunfo sobre su rival, y haciendo tronar los huesos de los dedos, dejando entrever por segunda vez con este acto grotesco, los toscos hilos de su poca esmerada educación.

—Mas con una condicion.

—Ponga vd. la que guste.

—Pero antes, prométame vd. respetarla, por ridícula que á vd. le parezca.

—Lo prometo.

—¿Bajo su palabra de honor?

—Bajo mi palabra de honor.

—Admitido.

—¿Cuál es esa condicion?

—Que me traiga vd. el consentimiento de mi hija.

—Señorita....

Exclamó sorprendido Duval.

—Solo con esa condicion.

—Pero si ella, llevada de sus pocos años, y desconociendo sus intereses, no pensase

con el juicio que requiere asunto tan delicado?

—No es muy lisonjero para mí el concepto que se ha formado de la educación que de mí ha recibido Clotilde.

—Yo no he pretendido decir tal cosa.

—Pero sin pretenderlo lo ha dicho vd., aunque en otros términos.

—Mas aun cuando así fuera, eso no seria ofender a vd. en lo mas mínimo. No en todos los terrenos fructifica con el mismo vigor, ni en el mismo tiempo, la buena semilla, aunque la tierra encierre su germen.

—Conozco perfectamente, señor Duval, el corazón en que he sembrado los sentimientos generosos, las virtudes y los deberes para con los padres y la sociedad, y respondo de que resolverá lo mas justo y conveniente.

—¿Y si me dá una negativa?

—Entonces, tengo el sentimiento de decirle, que nada podré hacer por vd.

—Señorita, veo que es preciso que me explique con franqueza y sin rodeos.

—Hable vd. sin temor.

—No creo conveniente dirijirme primero á Clotilde, porque estoy firmemente persuadido de una repulsa.

—¡Una repulsa! ¿y por qué?

—Porque ama á otro.

—¿A otro?

—Estoy seguro de ello.

—Siendo así, ¿cómo quiere vd. que yo disponga de su corazon, que ella ha entregado ya á otro?

Duval se admiró de la imperturbabilidad con que habia sido escuchada aquella revelacion conque él creyó alarmar el corazon de Inés.

¿Qué debia, pues, creer de aquella fria indiferencia?

¿Era que miraba con descuido el porvenir de Clotilde, ó era estudiado disimulo para desarmarle á él?

De lo primero era imposible que se persuadiera: le era demasiado conocido el excesivo cariño que profesaba á su hija adoptiva: lo segundo, pues, era consecuencia forzosa.

Convencido de esta verdad, y resuelto

por lo mismo á vencer á todo trance á su rival, exclamó.

—No intento, señorita, que vd. disponga de su corazon para dárselo á otro, sino que vigile vd. sobre él, para que no lo entregue á uno indigno de poseer tan celestial tesoro.

—Estoy tranquila. La eleccion de Clotilde no puede desdecir de la educacion que ha recibido.

—Y sin embargo, el hombre á quien ama ha heredado un negro borron de su familia.

Exclamó con intencion, y marcando las palabras, Duval.

—¿Está vd. seguro de ello?

Dijo con calma imperturbable Inés.

—Segurísimo.

—¿Sabe vd. el nombre de ese favorecido amante?

—Leopoldo Cabrera: el hijo del hombre que, abusando de la confianza de vuestro hermano cobró una cantidad de veinte mil duros que luego negó, diciendo que le habian sido robadas las libranzas.

—Y tal vez no mentia.

—¡Cómo!... ¿se atrevería vd. á defenderle?

—Estoy mas inclinada á eso que á condenarle.

Daval se mordió los labios.

—Señorita—dijo con acento desagradable—eso es llevar hasta la exageracion la indulgencia y la bondad.

—Ademas, suponiendo, sin conceder, que fuese cierto que el padre se habia apoderado de esa cantidad, ¿seria justo que su hijo, siendo honrado cómo es, pagase el delito del primero?

—Un robo de esa naturaleza, un abuso de confianza cometido por el jefe de la casa, alcanza á todos los individuos de la familia.

—Y sin embargo, aquel robo—contestó Inés cansada de la tenacidad de su interlocutor—es de menos importancia para nosotros, que el que vd. nos ha hecho.

—¡Yo...!

Exclamó desconcertado con aquella inesperada acusacion Daval.

—Sin duda alguna:—agregó sonriendo la hermosa:—porque aquel, sea quien fuere

el que lo cometió, fué un robo de dinero, en tanto que vd., señor Daval, nos ha robado el sosiego de mi hermano, en cuyo pecho va adquiriendo mayor fuerza cada dia la funesta pasion al juego que vd. le ha infundido.

—El juego, señorita, no es un crimen.

—No; pero es el vehículo seguro que nos conduce á él insensiblemente.

—Veo que me juzga vd. con excesiva severidad, cuando yo venia buscando su poderoso apoyo.

—Siento que califique vd. de severidad lo que no es mas que justo homenaje tributado á la verdad de que soy apasionada.

—Bien; no trato de discutir con vd. de la mas ó menos propiedad de las palabras; pero sí me veo precisado á decir á vd., en defensa del cargo que me ha hecho vd., que el juego no le ha correspondido hasta hoy con la ingratitude que el desleal amigo que abusó de su confianza.

—Será así, y por lo mismo no quiero insistir mas sobre este punto. El juego le habrá sido tan fiel como vd. quiera; el amigo,

el mas ingrato de los hombres; pero suplico á vd. que me responda con ingenuidad á lo que voy á preguntarle.

—Puede vd. contar con ella.

—Bien: ¿Cree vd. que Leopoldo es honrado?

—En tal concepto le tengo.

—¿Cree vd. que es un artista distinguido?

—Tengo que participar de la opinion general.

—¿Cree vd. que su talento y su pincel le proporcionan una renta no despreciable para facilitar á la jóven con quien se una, las comodidades que hacen agradable el matrimonio?

—No pongo duda en ello.

—¿Cree vd. que los círculos mas elevados se desdennan en recibirle?

—Veo, por el contrario, que todos se complacen en contarle entre sus sócios.

—Pues si hay en él honradez, que es la garantía de una vida tranquila; si le adorna un talento despejado, rico patrimonio que solo se acaba con la muerte; si la sociedad le cede en sus círculos un lugar preferente;

y si, por último, reúne una figura interesante y modales distinguidos, ¿qué madre, si es prudente y cariñosa, podrá negarle la mano de su hija, cuya felicidad es consecuente?

—Pero todo eso, señorita, no borra la mancha que echó su padre sobre toda su familia: las faltas en la honra se heredan, como hereda la raza humana el pecado de Adán.

—Pues bien, ese pecado se quita con el bautismo: ¿no seria fácil quitar el de Leopoldo con nuestra caridad?

En el semblante de Duval se pintó un gesto de sorpresa y de indignacion.

—Pero vd. debe buscar para su hija—dijo disimulando su disgusto—un hombre que no le haga descender de la alta posición que ocupa, y el jóven de quien acabamos de hablar no cuenta con un capital suficiente para atender al lujo de que es merecedora Clotilde.

—¿Cree vd. que en la riqueza estriba la felicidad?

—Por lo menos es un agente poderoso para proporcionarla.

—Pues bien; á mi hermano y á mí nos sobran bienes de fortuna; Clotilde es nuestra heredera única, y nada puede codiciar.

—Señorita—dijo Duval en tono duro y levantándose de su asiento—vd. olvida que D. Emilio no participa, por fortuna, de las romanescas ideas de vd., y que cuento con su apoyo.

—¿La súplica la ha convertido vd. en amenaza?—Exclamó á su vez Inés revistiéndose de un aire resuelto y severo.—Pues bien, señor Duval, si mi hermano tiene la debilidad de favorecer á vd. en una causa injusta; si mi hermano, despues de escucharle, insiste, que no lo espero, en dar la mano de su hija al hombre á quien no ama, y si vd., en fin, cuenta con el firme apoyo de él, Clotilde cuenta desde ahora con el mio. Vd. introduce la guerra doméstica en esta familia que hasta conocerle vivia dichosa y tranquila, y Clotilde, oígalo vd. bien, Clotilde jamas será, mientras yo viva, la esposa del que no ha sabido respetarme.

—Cualquiera diria al oír á vd.—replicó Duval con risa maliciosa y estudiada—que esa jóven le debe á vd. mas que la educacion y los cuidados.

—¿Cómo!

—Sí:—repuso clavando los ojos en el rostro de Inés para ver el efecto que producian sus palabras—cualquiera diria que le debe á vd. la vida.

Inés se puso encendida como la grana.

—¿Habré acertado?...—dijo para sí Duval:—¿será en efecto lo que tantas veces he sospechado contra el parecer de la generalidad?... ¡Ah! entonces mi triunfo seria seguro.

—Caballero—dijo Inés recobrándose un poco de su sorpresa;—siento decirle á vd. que desconoce por completo los deberes y consideraciones que son debidas á las señoras, cuando se ha tomado vd. la libertad de aventurar palabras que nunca esperé escuchar de labios de ningun hombre.

—Vamos—pensó Duval interiormente;—se dá por ofendida; buena señal; no hay du-

da.—Y luego agregó en alta voz.—Señorita, mi intencion no era otra que decir....

—No quiero saber cuál fué la intencion de vd., señor Duval:—le interrumpió Inés sin dejarle acabar.—Lo que deseo es que tenga vd. la bondad de ahorrarme la pena de sostener una conversacion que ni á vd. ni á mí nos puede ser de provecho alguno.

—Comprendo, señorita; voy á complacer á vd.—Duval tomó el sombrero que habia dejado al entrar sobre una silla, y añadió haciendo una inclinacion respetuosa.—Adios, señorita.

—Adios.

Dijo Inés con sequedad.

Duval salió con aire de triunfo; y la hermosa, al verse sola, dejó caer tristemente la cabeza sobre el lado derecho del respaldo de la butaca.

Aquella entrevista le habia llenado de amargura.

Vió en el novio que su hermano destinaba á Clotilde, un hombre sin educacion, de altanero carácter, de corazon vengativo y de conducta muy poco ceñida á la moral.

Sobre todo, las últimas palabras sonaban en su oido con fatídica vibracion.

—Ese hombre—dijo—ha sospechado lo que hasta ahora ni mi hermano mismo se ha atrevido á suponer. ¡Ah! si por vengarse de la oposicion que en mí ha encontrado, divulga esa funesta idea que empañaria mi honra y me presentaria á los ojos del mundo como una mujer indigna del distinguido aprecio y respeto que hasta hoy se la ha dispensado, ¡ah! entonces no sé qué seria de mí: en vano trataria de vindicarme: las palabras que rebajan el mérito de aquellos cuyas virtudes se han preconizado y con las que se creen humillados los que carecen de nobles sentimientos, hallan eco entre los que, careciendo de ideas elevadas, creen justificar sus defectos y debilidades, presentando á todas las personas, dominadas de las mismas debilidades y defectos. Sí, ese hombre es capaz de todo; lo he conocido en su aire insultante y orgulloso. ¡Dios mio, Dios mio, qué vergüenza si se realizan mis temores!....

Y la infeliz se escondió el rostro entre

las manos, abrumada con el peso de aquellas tristes reflexiones.

Duval, entetanto, se dirijia á su casa dominado por ideas de venganza.

—Sí;—pensaba en su mente:—La turbacion que noté en su rostro; el subido carmin de la vergüenza que se asomó á sus mejillas; su idéntica semejanza con Clotilde, y el excesivo cariño que le dispensa, todo me hace creer que, en efecto, bajo el modesto título de protectora, se esconde la verdadera madre. ¡Ah...! yo indagaré con empeño; y si, como sospecho, es la que le dió la vida, no puedo dudar del triunfo. Entonces volveré á presentarme á ella; le diré que sé su secreto, y le amenazaré con publicarlo si aun insiste en negarme la mano de Clotilde. Sí; mi plan es infalible. Inés no querrá perder en un solo dia la reputacion de virtuosa que disfruta en la sociedad, y accederá, estoy seguro, á mi deseo. Pero si mi sospecha carece de fundamento; si el resultado de mis investigaciones es contrario á mis intentos, entonces me queda otro camino, aunque mas peligroso: la muerte de

Leopoldo: ¿cómo? No lo sé; pero no faltará medio para llevarla á cabo sin comprometerme. Las revoluciones en que se agita el país, presentan medios seguros de ejecucion para satisfacer venganzas personales.

Y acariciando ambas ideas, entró en su casa, llena en aquel momento de gente que estaba ocupada al rededor de una mesa en poner al azar de una carta el producto de sus trabajos y de sus ahorros.

120

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MEXICO

ALERE PLAMMAM
VERITATIS

CAPITULO IV.

El baile.

Las nueve de la noche señalaba el cuadrante del lujoso reloj, que adornaba la sala en que habia tenido lugar el diálogo entre la hermosa Inés y Duval.

Acababa de ocultarse, despues de agitar sus pintadas alas el autómeta pajarillo que aparecía trinando cada vez que la brillante campana sonaba la hora.

En el cuarto contiguo y enfrente de un dorado espejo de cuerpo entero, colocado encima de un exquisito tocador, cubierto de brillantes pomitos con pomadas y esencias de especiales olores, se veía una jóven, so-

121

bre cuya graciosa cabeza acababa de colocar su predilecta camarista una elegante corona de flores blancas que resaltaban notablemente sobre el gracioso peinado de su luciente cabellera negra. Velaba su bellissimo cuerpo un delicado vestido de gró perla, bordado de blanco, de primorosa hechura, con preciosos adornos, sobre cuyo pecho resaltaba un gracioso lazo punzó figurando una fragante rosa. Su diminuto pié estaba calzado por un precioso zapato de raso blanco, perfectamente trabajado, que dejaba entrever su delicada forma: un rico hilo de iguales y preciosas perlas, cerrado por una cruz de brillantes, adornaba su redondo y alabastrino cuello, mas blanco y esbelto que el del nevado cisne sobre la tersa superficie de un tranquilo lago: sus delicadas manos, pequeñas y torneadas, cubiertas de finisimos guantes de cabritilla, finos como la seda y blancos como el ampo, jugaban graciosamente con un primoroso abanico de finisimas plumas con doradas barillas de marfil admirablemente caladas, en cuyo remate brillaba un precioso anillo de dia-

mantes por donde pasaba el rico cordon de oro que descansaba en el mórvido brazo de la hermosa.

Al verla velada con aquella blanca y flotante vestidura; adornada su negra y ondulosa cabellera con la graciosa guirnalda de flores blancas; rodeada por todas partes de luz y de esencias; reflejando su bellissimo rostro toda la pureza y tranquilidad de una alma tiernamente enamorada y sin manecilla; dejando ver en sus expresivos y negros ojos el candor de los ángeles y la dulzura de los cielos; al verla aérea, vaporosa y gentil, mover su flexible y delicado talle como una blanca gaviota que cruza besando á penas la blanca espuma de los mares, cualquiera la hubiera tomado por una vision beatífica, por una aparicion celeste dispuesta á abandonar la tierra, ó por una de las bellisimas huris que habitan risueñas el prometido Eden del profeta.

Era la realizacion de un bello ideal de contornos divinos, envuelto en oscilantes y trasparentes nubes, en cuyo ovalado rostro brillaba el suave resplandor que circunda á

los alados ángeles, bañando sus delicadas facciones de una luz indefinible que las prestaba un colorido y una frescura celestiales.

—¿Estás ya dispuesta, hija mia?

Dijo Inés penetrando en la aromatizada estancia de la hechicera jóven.

—Sí, madre mia.

Contestó la interpelada con voz dulce y melodiosa.

—Veo que has tenido buen gusto en la eleccion de traje.

—¿Le gusta á vd?

—Mucho; estás hechicera.

—No lo está vd. menos.

—¿Yo, hija mia...? No lo creas: mi edad me separa del arte de agradar.

—Es que el arte sobra donde hay dotes naturales que brillan mas cuando menos ataviados se presentan: la sencillez es el mejor adorno de la hermosura, y á vd. le sobra la segunda para ser admirada en todas partes.

Inés abrazó á Clotilde con tierna efusion

de amor. Sabia muy bien que de los labios de su protegida no salian jamas palabras li-sonjeras que no dictase el corazon; y en las que acababa de oir, veía el ciego cariño que las formulaba, obligando á sus ojos á que la viese por un prisma favorable.

—Tu parecer me envanecería si aspirase á otra dicha que á vivir consagrada únicamente á tí. Se anhela ser hermosa, y apreciamos los atractivos que nos ha concedido la naturaleza, y aun procuramos aumentarlos con el arte, cuando nuestra mente acaricia la memoria de otro sér que nos hechiza, y á cuyo lado soñamos recorrer una vida llena de placeres. Pero cuando esa bella imágen con que hemos tenido entretenida la mente no existe; cuando ha desaparecido de nuestra alma el grato dolor que imprime una pasion verdadera y tierna, y nuestro corazon muere á la esperanza del risueño porvenir que acariciaba, entonces la belleza ó la fealdad, los aplausos ó el olvido del mundo nos son indiferentes.

Y como si su alma despertase herida por aquellas palabras á otra vida mas dulce y

encantadora, llena de risueños atractivos, llevó á su hermosa faz el tinte de la melancolía, y á sus bellos ojos las lágrimas de un recuerdo de amor.

Clotilde, conmovida, le tomó la mano.

—¿Qué lejos estaba yo de pensar que no era vd. feliz....!

—Sí; lo soy, hija mia: ¿me falta algo te- niéndote á mi lado....? Estos no son mas que recuerdos pasados de felicidad que, lejos de atormentarme, tienen cierta tristeza agradable, cierta pena hechicera, un atractivo mezclado de placer y de dolor á la vez que inundan el alma de encontrados, pero dulces sentimientos. ¿Y qué afeccion íntima no está cercada de esa misma mezcla de esperanzas y de zozobras, de risa y llanto, de placer y de tristeza? El amor, ese tierno sentimiento que opera una revolucion completa en nuestra existencia al tomar posesion de nuestra alma; ese dulce soplo de la Divinidad, derramado por la creacion para felicidad de los mortales, belleza de los campos y sostenimiento del mundo; ese amor, de quien el orbe entero es su trono

y el ancho mundo su esclavo, ¿no se presenta á nuestros corazones con los mismos encontrados efectos?

—Tiene vd. razon, madre mia.

Exclamó la jóven conmovida por la exactitud de aquella pintura.

¿Y cómo no asentir á la opinion de la desgraciada Inés?

¿El amor!.... ¡quién no ha sentido las inefables emociones que vierte su poder en el corazon del hombre?... ¿Quién es capaz de contar las infinitas sensaciones que en el reducido termino de un dia, de una hora, de un minuto, se suceden una tras otra ó todas juntas, con una rapidez inconcebible, con una variedad inexplicable?....

¿Quién no ha pasado, en un mismo dia, de una alegría y de un placer sin límites á la mas profunda y amarga melancolía, de la satisfaccion mas completa á los celos mas ardientes, de la confianza á la duda, del regocijo al abatimiento, formando infinitas veces el misterioso espectáculo de vagar á un mismo tiempo la sonrisa de un temor

desvanecido en los labios, y en los ojos las lágrimas de la felicidad presente?

¿El amor....! si no fuese difícil empresa el hacer su definicion, yo diria, que el amor puro, el amor tierno, el amor desinteresado y profundo por lo mismo, es aquel sentimiento tierno, incommensurable, que domina todo lo existente, que entretiene la imaginacion con una idea siempre seductora y risueña: que nos presenta á todas horas la bella imágen del objeto que embellece nuestros paseos, nuestra soledad, nuestros sueños, rodeada siempre de nuevos hechizos y de atractivos celestiales; aquel afecto que oprime el alma con un dolor dulcísimo, con un grato penar que embalsama nuestra existencia; que nos abre las puertas de la felicidad con el mas leve presente de cariño que recibimos del bien amado, así como la menor indiferencia nos abisma en una sima de tormentos sin término: que nos hace sonreir de dicha con una mirada cariñosa; que nos hace llorar con un gesto que envuelva el mas ligero desden: que nos hace esperar y temer casi

al mismo tiempo: que vierte en el corazón un cielo de dulces esperanzas, para amarlas á poco con un infierno de zelos; que nos hace vivir penando, y penar gozando: reñir un instante con el objeto amado, para volver luego á contentarnos, solicitando su perdón: que rasga el corazón y oprime nuestro pecho cuando nos separamos por un instante de él, y que al volverle á ver sentimos el placer que siente el navegante al descubrir la playa de su amada patria, de quien ha estado ausente muchos años: objeto cuya mano no podemos tocar sin sentirnos conmovidos hasta la médula de los huesos, por quien daríamos la vida, á quien llamamos nuestro cielo, nuestro mundo y nuestra existencia, y para el cual nada juzgamos digno en el triste planeta que habitamos.

Este es el amor como yo lo comprendo, grande, noble, generoso: mezcla extraña, pero sublime que enaltece al hombre, y que le arrastra á las mas dificultosas empresas.

Las nueve y media marcó la clara campana del reloj de la sala, y Clotilde y su pro-

tectora salian de la estancia; bajaron á la puerta, subieron en el coche que les esperaba en ella, y se dirijieron al baile que todos los domingos hay en San Angel, durante la temporada que acostumbran pasar en aquel pintoresco pueblo las principales familias de México.

El salon del baile se veia lleno de una escogida y numerosa concurrencia.

La juventud mas elegante de la sociedad mexicana se eucontraba reunida en aquel sitio destinado al placer, á la música y al amor.

Allí las seductoras hijas del país de Moctezuma, hermosas como la esperanza, dulces como el limpio cielo de su patria, candidas como el blanco lirio de sus verjeles, y esbeltas como las palmeras de los trópicos, descubrian sus irresistibles hechizos, sus delicadas maneras y su esmerada educacion. En ellas residian la belleza sin orgullo, la amabilidad sin coquetería, la franqueza sin licencia, la instruccion sin vanidad, y finalmente, el conjunto de todas las gracias y todas las perfecciones.

En medio de tantas jóvenes hermosas, descollaba gentil y esbelta como la fragante rosa entre las delicadas flores, una encantadora señorita, en la cual estaban fijas, como en un centro de atracción todas las miradas de los elegantes jóvenes.

—¡Qué linda está Luz!—Dijo uno de los muchos que la contemplaban, á varios amigos con quienes estaba en conversacion.—Se me representa á la diosa de las gracias y de la belleza cuando fué presentada á los inmortales en el Olimpo.

—Es la luna en medio de un cielo limpio y estrellado.

—La perfeccion del sexo que nos quita el seso.

—La hermosa Elena que nos pinta Homero en su bella Iliada.

—La perfeccion mas perfecta de la perfectibilidad perfeccionada que salió perfecta con toda perfeccion del Perfecto perfectificador.

—¿Te burlas?

—Nada de eso: por el contrario; digo que es la reina de la hermosura, y la joven

de mas atractivos de cuantas embellecen San Angel en la presente temporada. ¡Ay!... tiene unos ojos azules.... y como yo me muero por los ojos azules....

—¿Y dónde dejas á Clotilde?

—¡Ah!.... es verdad: Clotilde rivaliza con Luz, sin duda alguna. ¡Tiene unos ojos negros!.... y como yo me muero por los ojos negros....

—Tú te mueres por los azules, por los negros, por los garzos y por los verdes....

—Es verdad; ¡para qué lo he de negar? Pero si me dan á escoger....

—¿Qué?

—Me quedo con todos.

—¿De veras?

—Para poder dar razon despues de cuál les me gustan mas,

—Pero lo que me llama la atencion, ya que hemos recordado á la encantadora Clotilde es, que hoy se tarda tanto en venir. ¿Estará mala?

—No; porque entonces no estaria aquí Leopoldo. ¿No le veis allí enfrente á la puerta, en espera de alguno que entre?

—Es verdad; y trae, como siempre, en el ojal de la levita una flor.

—Ahora es un clavel pequeño y de un rojo subido.

—Es muy aficionado á las flores.

—Todos los pintores y poetas lo son.

—Así como los políticos lo son á cruces y distinciones que son menos sencillas....

—Y que cuestan mucho mas. Pero, amigos, la contradanza la anuncian ya los músicos, y es preciso que vayamos á sacar á nuestras compañeras.

—Sí, vamos.

—Y se separaron para dirigirse cada cual á la señorita con quien debía bailar.

Los músicos que, en uno de los extremos de la sala pulsaban los animadores instrumentos que se acostumbran en todo baile en México, y que se componian de dos flautas, dos bandolones, arpa y bajo, especie de guitarra, pero mucho mayor y sin prima, preludiaron, en efecto, los primeros compases en señal de aviso.

Las parejas empezaron á colocarse en sus correspondientes sitios, dejando en medio

á los bastoneros que vigilaban de que nadie saliera del lugar que le correspondia.

—¿Me concede vd. el placer y la honra de bailar conmigo esta contradanza, hermosa Lucecita?

Dijo acercándose á la jóven de quien ya nos hemos ocupado, y con acento extranjero, un hombre como de cuarenta y cinco años, rubio, blanco, pero de fisonomía poco simpática.

—Estoy ya comprometida á bailarla con otro, señor doctor.

—Con Rafael; ¿no es así?

La jóven se sonrojó, y contestó con algun embarazo.

—Sí señor.

—Ya me lo suponía. Rafael es mas dichoso que yo.

—Llegó antes que vd., y yo no podia negarle la contradanza.

—Es que yo siempre llego tarde.

—No es mia la culpa, señor doctor.

En aquel momento se acercó á la jóven un caballero de elegante porte, que al ver

al doctor le tendió la mano con seductora franqueza, diciéndole:

—¿No baila vd., señor Willey?

—Era mi deseo; pero me dice Lucecita que he llegado tarde.

Contestó el doctor marcando con intencion las últimas palabras.

—Es verdad; yo le supliqué hace mas de media hora que tuviese la bondad de cederme la primera contradanza, y he venido á tener la satisfaccion de bailarla con ella. Pero ahí tiene vd. muchísimas jóvenes á quienes dirigirse.

—Sí.

Exclamó Willey disimulando su disgusto.

Rafael presentó el brazo á su hechicera compañera, y se fué á reunir con las otras parejas.

El doctor le echó una mirada que envolvía un odio reconcentrado, y vagó en sus labios una satánica sonrisa al verlos alejarse. Luego, como inspirado por otra idea, y dejando ver en su rostro la señal de un deseo fácil de realizar, dijo entre dientes.

—Marchemos á casa de Elisa: su esposo está en la partida de Duval entregado al juego: ella ha quedado sola.... ¡Ah! esta es la ocasion mas oportuna de alcanzar lo que anhelo con toda el alma.

Y salió del salon del baile precipitadamente, acariciando la idea que se habia apoderado de él.

Éntretanto la contradanza seguía cada vez mas animada, cada vez mas interesante.

En los rostros de la alegre juventud que bailaba, estaban pintados la satisfaccion y el placer; en sus ojos la ternura y el amor; en sus palabras las mas tiernas afecciones que embargan el corazon en esos deliciosos momentos en que la vida se desliza en un mundo de esperanza y de felicidad, de ilusiones y de inefables placeres; en que las horas pasan con la rapidez de un segundo, con la dulzura de un celestial ensueño; en que miles de Génios protectores acarician nuestro pensamiento brindándonos un Eden de felicidad sin término, de goces siempre nuevos, siempre celestiales: momentos de suprema delicia, presididos por la diosa del

Amor y el númen de la esperanza, á cuyos piés se escuchan tiernas declaraciones de apasionados amantes que recogen en una intensa mirada de profundo cariño, el premio á que aspiraba un alma que se confunde, que se identifica con el objeto por quien vive y para quien alienta.

¡Dichosos instante del amor y de los ensueños....!

¡Dichosas horas de olvido del mundo y de sus miserias, en que los placeres salen del capullo de esa deliciosa edad que se desliza serena desde la risueña adolescencia á los primeros lindes de la juventud: edad encantadora en que se acarician como realizables todas las esperanzas, todos los deseos, todas las venturas: en que se siente toda la mágia que encierra la melíflua voz del sér que divinizamos, y de cuyos frescos labios salen para habitar en nuestro pecho, los encantos, los deleites mas puros, los suspiros mas tiernos que hacen de esa edad el paraíso de la vida.

¡Ah....! ¿por qué pasan con tanta rapidez esos deliciosos años en que el hombre

solo vive para amar, para la alegría, para el placer?

¿Por qué pasa tan pronto ese risueño período de la vida en que se aprecia una sonrisa, una mirada, un juramento de amor, en mas que todos los tesoros de la tierra, porque en esa sonrisa, en esa mirada, en ese juramento bebemos todas las delicias de los ángeles?

¿Por qué corre tan precipitadamente ese limpio arroyo de los mejores años, y cruza con indecible rapidez por los floridos verjeles de la felicidad, en que los ojos no conocen otros encantos que la belleza y el deleite celestial del ser amado, los oídos no escuchan otros sonidos que los que en coro levanta por todas partes la naturaleza diciendo *amor*, y en que las horas, velando la existencia, hacen de la vida una sucesion de delicias y de amorosas ocupaciones?

Sí; ¿por qué pasa tan pronto ese límpido arroyo, y se precipita en el océano severo de la edad viril en que mueren las dulces emociones, se despierta de los miríficos ensueños de la felicidad á la triste realidad

de los desengaños, donde poniendo todo bajo el inflexible dominio del microscopio analítico, se vé al través del seductor barniz con que se presentan los placeres, á los ojos de la juventud, el negro fondo en que se encierran sus miserias, sus falacias, sus perfidias, sus amarguras, su falsedad y sus remordimientos....?

¡Es tan triste tocar la realidad de una ilusion perdida....! ¡despertar de un ensueño de perfecta salud á una enfermedad de continuas dolencias y penalidades....!

Vivir de ficciones, dicen, es hacer la vida del niño que juzga los objetos por la parte exterior que halaga sus sentidos sin conocer sus efectos. ¿Y no es feliz entonces, digo yo, tanto cuanto es desgraciado cuando reconociendo su poco valor no puede sustituirlos con otros de mas valor y que le proporcionen la misma satisfaccion que con los falsos disfrutaba?

¿No es mas feliz el jóven sin tesoros de experiencia, y que sin mas riquezas que su imaginacion todo lo reviste de encantadoras formas, de colores divinos y de atracti-

vos celestiales, que el hombre rico de desengaños, para quien no existe mas verdad que el dolor, la amargura y las miserias de la vida, cuyos ojos no ven en torno de sí mas que engaños y traiciones, y cuyo corazon, como las plantas arrancadas de raíz por el huracán y secadas por la fuerza del sol no reciben el salutífero rocío que las vivifica y las conserva en su primitiva galanura?

Las ilusiones son las hojas que engalanan el árbol de la vida.

Yo quiero frescas hojas que murmuren al ténue halago de las brisas del placer que perfuman la existencia.

De las verdades del mundo, solo amo la verdad eterna; la verdad que nos conduce al conocimiento de la grandeza de Dios, de la práctica de la virtud, de la caridad, de la religion.

Fuera de este sagrado terreno, es decir, en el círculo de las ficciones de la imaginacion que conmueven tiernamente el alma sin envilecerla, y el de la triste realidad de los desengaños que amargan y envenenan

los días del hombre; entre esos dos círculos de superficiales, pero bellas flores, y los tristes y positivos frutos que produce el desengaño, prefiero el dulce aroma de las primeras que adormece, á los segundos que secan y amargan el corazón.

Quisiera que nunca se agotase la fuente de las ilusiones, y que se deslizara continuamente la vida por el verjel de soñadas delicias hasta hundirse en el océano de la eternidad.

Goza, venturosa edad; goza de las seductoras quimeras que te hacen ver el mundo como una mansion de imperecedera ventura.

No despiertes de ese delicioso sueño que te presenta en cada hombre un fiel amigo que se interesa en tu felicidad, y en cada mujer un ángel de pureza y de candor, que tiende sus alas para inundarte de ventura y de amor. Y cuando los que han entrado en el período de los desengaños, en esa edad en que todo se analiza, se burlen de tus fútiles, inofensivos y deliciosos goces, diles que son menos reprobables tus inocentes

deleites, que la desmedida ambicion á los empleos, á los honores, al mando, á la avaricia, á la tiranía que domina en los que, muertos para las dulces ilusiones, viven para trastornar el órden social.

En aquella escogida reunion de jóvenes de ambos sexos, que bailaba al compás de una música delicada y armoniosa, nadie pensaba mas que en el amor,

Una mirada tierna, en que iba envuelta toda la ternura y el cariño del alma, era el único afán, la única ambicion de aquellos seres para quienes el mundo entero estaba encerrado en los límites de aquel salon, mas rico en atractivos para ellos que el florífero Paraíso en que fué colocada la primera criatura.

Rafael y la encantadora Luz iban tan honesta y graciosamente enlazados, que parecian dos figuras aéreas que se deslizaban por la mullida alfombra, impulsados por un resorte mágico.

Los ojos de ambos estaban fijos en los ojos del otro, pero con una expresion, con una embriaguez de amor y de ternura, que evi-

taba á los labios la necesidad de expresar lo que el corazon sentia.

—¡No hay sér ninguno que pueda compararse á mí en felicidad, hermosa mia!—
Dijo Rafael á la hermosa Luz al concluir la media cadena y empezar las vueltas de vals.—La imaginacion mas fecunda no puede inventar un placer que se aproxime al que embarga en este instante todas mis potencias, entera mi alma, sumergiéndola en un océano de delicias.

—Yo conozco otro sér—contestó Luz—que siente la superabundancia de felicidad que embarga tu corazon.

—¿Sí?

—A no dudarlo.

—¿Y quién?

—Yo.

Rafael estrechó la mano de su amada trasportado de júbilo.

—Es verdad—exclamó—tu amor es igual al mio, y nuestra satisfaccion debe ser idéntica. Nuestras almas sienten de la misma manera, piensan de la misma manera y gozan de la misma manera.

—Y sin embargo, hay momentos en que tú no participas de mis temores.

—¿Cuáles?

—Nuestra union no puede verificarse hasta que tu buen padre, que se halla en Veracruz, no vuelva de su destierro.

—Pero yo estoy trabajando para alcanzar que le alcen su condena, y lo conseguiré.

—Dios lo quiera.

—¿No es inocente?... ¿se ha mezclado alguna vez en la política....? De qué se le acusa?

—Con la elástica ley que hoy rige, basta una ligera sospecha, una acusacion de un enemigo oculto para que el gobierno expulsa á quien juzgue que no participa de sus ideas.

—¿Y quién debe, quién puede ser enemigo de un hombre que jamas ha abierto su mano sino para hacer un favor, ni sus labios sino para formular palabras de consuelo?

—Deber, ninguno, porque nadie debe ofender al que solo vive haciendo el bien;

pero poder.... puede hacerlo cualquiera que trate de perjudicarlo.... ó de retardar nuestra felicidad.

—¡Cómo....! explícate: ¿hay alguno que se interese en retardar nuestra union?

La jóven vió pintado en el rostro de su amante el temor y la ansiedad: conoció que la menor palabra afirmativa podria destruir la ventura que pocos momentos antes disfrutaba, y para tranquilizarlo contestó.

—No; no sé, ni sospecho nada.... era una suposicion nada mas.

Rafael sintió que le volvian la vida.

—Pues desecha esos vaos temores que empezaban á robarme la tranquilidad, y ten confianza en la promesa que me ha hecho un amigo de gran influencia con las personas que hoy conducen la nave del Estado, de poner muy en breve en libertad á tu querido padre.

—Estoy tranquila.

Rafael iba á dirigir nuevas palabras de esperanza; pero la música dió fin, y no pudo satisfacer su deseo, y fué á sentar á su

amada junto á la mamá con quien habia ido al baile.

Al dejarla le apretó dulcemente la mano, indicándola así este pensamiento: "*yo te amo*:" la jóven le miró con dulzura, y le estrechó la suya tres veces, que equivalia á contestarle: "*yo correspondo con toda mi alma á ese amor*."

Solo Leopoldo permanecia triste en aquel sitio en que todos se entregaban á las mas lisonjeras esperanzas: quieto enfrente de la puerta de entrada, esperaba ver llegar el objeto de su amor.

Eran tres cuartos para las diez, y Clotilde no parecia.

Leopoldo sufría horriblemente.

Cada instante le parecia una eternidad.

La sala, para otros animada y concurrida, era para él un árido desierto, cuyo cielo y horizontes se presentaban negros y cargados, amenazando una próxima tempestad.

—¿Le habrá sucedido algo....? ¿Estará mala....?

Pensó interiormente, y volvió á esperar

inquieta con aquella tardanza que le oprimía el corazón como la losa del sepulcro.

El cartel colocado en el salón, anunciaba un vals.

Los músicos lo indicaron tocando los primeros compases.

Leopoldo sacó el reloj y vio que eran las diez.

—¡No; ya no viene....! es demasiado tarde.... ¡Ah....! soy el más desgraciado de los amantes.

Dijo para sí, y se cruzó de brazos; fijó los ojos en el suelo, agoviado con un pensamiento doloroso, y sin cuidarse de los que pasaban á su lado mirándole con asombro y curiosidad.

Un elegante joven se acercó entonces á él, y pegándole cariñosamente en el hombro, le dijo:

—¿En qué piensas, amigo Leopoldo?

Leopoldo levantó los ojos, y los fijó en el hombre que le interrumpía en sus tristes meditaciones, y tendiéndole afectuosamente la mano al reconocerle, exclamó:

—En mi fatalidad, querido Rafael.

—¿Cómo!

—¿No ves que no ha venido Clotilde; la mujer cuya presencia me es necesaria como á las plantas el sol, como á las aves el viento?

—Sí; ya había echado de menos su falta.

—¿Y ha venido Luz?

—Sí; mírala allí al lado de su benévola madre.

—Tú siquiera eres feliz; y me alegro por que eres digno de serlo, amigo mío: tú no has encontrado en sus padres obstáculos que yo encuentre y que no sé cómo los podré allanar.

Y volvió á quedar abatido con aquel pensamiento.

—Vamos, no desesperes, Leopoldo: los artistas deben tener un corazón grande como su imaginación.

—Grande es el mío, y si de él solo se tratara, yo vencería todos los imposibles. Pero tú sabes, querido Rafael, que pesa sobre mi desgraciado padre un cargo que me ha cerrado las puertas de la estimación de Don Emilio: para él tengo un borron hereditario

que mancharia la existencia del ángel puro que adoro.

El jóven artista dejó caer la cabeza sobre el pecho, abrumado por el peso de aquella idea.

—Pero ese borron no existe: tu padre fué un hombre honrado que solo te dejó ideas nobles que imitar.

Contestó Rafael, tomándole la mano y estrechándosela con cariño.

—Sí, es verdad; pero eso lo sabes tú, porque tu buen padre era íntimo amigo del mio, y no le retiró su aprecio hasta verle morir: los demas....

—Los demas le harán justicia algun dia; y D. Emilio no podrá menos de reparar la ofensa que le hizo dudando de su lealtad, sino concediendo á su hijo la mano de la hechicera Clotilde.

—¡No lo creas!

El vals empezó en aquel momento.

—Dispénsame si te dejo:—dijo Rafael:— Pero he pedido esta pieza á una señorita, y voy á sacarla á bailar.

—Ve con Dios, y diviértete tanto cuanto yo padezco.

Rafael se separó de su amigo pronunciando palabras de consuelo, y se acercó á una jóven para bailar con ella.

El doctor Willey asomó al mismo tiempo en la sala, y se dirigió á la hermosa Luz.

Esta tembló al verle.

—¿Seré tan feliz, señorita, que tenga la dicha de haber llegado á tiempo?

Dijo el doctor con acento irónico y enviando una mirada hácia donde estaba Rafael.

—Al menos no tengo empeñada mi palabra para bailar el vals con ninguno hasta ahora.

Contestó la jóven haciendo un esfuerzo para sonreir.

—Pues si tiene vd. la bondad de favorecerme....

—Con mucho gusto, pues el favor lo recibo yo.

El doctor y Luz se mezclaron con las demas parejas.

Aunque á la esbelta jóven le repugnaba

la compañía de aquel hombre que le inspiraba con su amor un miedo invencible, sin embargo, estaba muy bien educada para que dejase ver en su rostro la mas mínima señal de disgusto.

Por el contrario: en su faz iban pintadas la franqueza y el placer, y de sus labios no salian, al contestar á una galantería, mas que palabras de gratitud.

Engañado Willey por aquella delicada manera de contestar á sus intencionales palabras, trató de aventurar una disimulada, pero expresiva declaracion, y le apretó la mano, diciéndola con aquella presion: "*yo amo á vd.*"

Luz no correspondió á aquella demostracion, y su mano se puso fria y permaneció quieta.

El doctor repitió su declaracion simbólica, pero sin que alcanzase de Luz la correspondencia que anhelaba.

Sin embargo, no desesperó, y aventuró por tercera vez su muda, pero significativa protesta de amor.

Luz entonces le miró con noble gravedad

y retiró su mano de la del doctor, dándole á entender con aquella mirada y accion este concepto: "*siento mucho no poder corresponder á vd.; estoy comprometida.*"

El doctor quedó cortado, disimuló el disgusto que le causó aquel desaire, y siguió bailando en el mayor silencio por un rato sin volverla á molestar, hasta que no pudiendo contenerse por mas tiempo, y aprovechando un instante en que todos valsaban y ellos descansaban marchando del brazo detras de las parejas, le dijo en voz baja y con ahogado acento.

—Siempre desdeñosa conmigo!

Luz sintió una desazon interior al ver que trataba de entablar un diálogo que le debía ser en extremo odioso.

—No señor—contestó casi entre dientes temiendo ser oída y bajando los ojos para no fijarlos en su compañero—no es por desden, sino por....

—Porque ama vd. á Rafael.

Repuso el doctor viendo que ella titubeaba en acabar la frase.

—Sabe vd. que cuando conocí á vd. es-

taba ya prometida á él, y que á no ser porque constantemente me está vd. amenazando con que hará vd. que el gobierno decapite á mi desterrado padre tan pronto como me una á Rafael, ya estaríamos desposados.

—Y lo cumpliría, y lo cumpliré tambien el dia que cometa vd. la imprudencia de decir á mi odioso rival ni una sola palabra sobre este asunto, ni sobre mi amor.

—Nunca se lo diré.

Contestó con resignacion heróica Luz, temiendo por la vida de su padre.

—¡Ah! hermosa mia—dijo el doctor tomando un acento mas dulce y mas galante—¡por qué me obliga vd. á ser cruel?... ¡Por qué esa resistencia en pronunciar una palabra que labraria mi felicidad y la de su anciano padre, cuyo destierro lograría yo que se le alzase al momento?

Luz iba á contestar; pero en aquel instante cesó la música, y el doctor la condujo á la silla que antes ocupaba al lado de su mamá. Al dejarla volvió á apretarle la mano sin que alcanzase correspondencia.

Willey arrugó el entrecejo, le dirigió una

mirada terrible que le hizo estremecer, y en seguida se fué á sentar á un rincon de la sala desde donde podia observarla á su satisfaccion sin ser notado.

La conversacion entre los jóvenes de ambos sexos que acababan de bailar era entretanto cada vez mas viva, mas grata y animada.

Solo Leopoldo, para quien la agena alegría era insoportable contraste que le recordaba su tormento, exhaló un suspiro, dejó la melancóica actitud en que habia permanecido hasta entonces; dejó ver en su rostro la señal de la resignacion; volvió á sacar el reloj, y salió á la calle diciendo:

—Espero en vano: salgamos de este infierno y marchemos á casa.

Luego, al poner los piés en la calle, exclamó.

—¡El cielo tendrá piedad!

A estas palabras dichas con la fé de un corazón religioso y en voz alta, contestó la de un hombre que se hallaba sentado en el dintel de la puerta.

—De la honradez y bondad
que luchan contra un malvado
en el mundo despiadado,
el cielo tendrá piedad.

Leopoldo volvió la cabeza hacia donde
le dirigian la palabra.

—¡El mendigo!....

Exclamó con agradable sorpresa al cono-
cerle.

—Sí; señor D. Leopoldo; el mendigo cu-
yos andrajos ofenderian el lujo del régio sa-
lon en que bailan, y que por lo mismo ha
permanecido aquí esperando á que vd. sa-
liera.

—¿Le hace á vd. falta dinero?.... Ten-
ga vd.

Y Leopoldo le alargó una moneda que el
mendigo guardó diciendo.

—Gracias; pero no venia con intencion
de pedirle.

—¿Pues con cuál?

—Con la de decirle que no esperase vd.
esta noche á la señorita Clotilde.

—¿Cómo!.... ¿está mala?

—No señor.

—¿Lo sabe vd?

—Lo sé.

—¿Cómo!

—Porque la he visto.

—¿Usted!

—Yo.

—¿Cuándo?

—Esta noche: á las nueve y media.

—¿Dónde?

—Al subir en el coche con su mamá pa-
ra venir al baile.

—¿Luego iban á venir?

—Sí señor.

—¿Y sabe vd. por qué no han venido?

—Seguramente.

—¿Por qué?

—Porque en el momento de poner el pié
en el estrivo, llegó su padre acompañado
del extranjero que las llevó esta mañana á
misa, y las hizo entrar en casa, mandando
al cochero que desengachase las mulas y
metiese el coche.

—¿Dios mio!...!—exclamó alarmado con
aquella noticia Leopoldo:—¿Qué habrá pa-

sado....? ¿Y está vd. persuadido de que venian al baile?

—Segurísimo.

—¿En qué se funda vd?

—En que estaba en traje de baile.

—¿Sabe vd. qué adornos llevaba?

—Una corona de rosas blancas en la cabeza, y un lazo punzó, figurando una flor, en el pecho.

—Una corona de rosas blancas y una cinta punzó!....—exclamó Leopoldo henchido de placer.—¡Ah!.... no hay duda: venia á verme. ¿Y sabe vd. si ha salido ya de su casa el señor Duval?

—Lo ignoro, porque en el acto vine para ver si le encontraba á vd. fuera, y avisarle de lo que pasaba.

—Gracias por el interes que se toma vd. por mí.

—¿Por qué no pasa vd. por su calle? Aca-so estará esperando á vd. en el balcón.

—Puede ser muy bien. Sí; voy á pasar ahora mismo.

—¿Quiere vd. que le acompañe?

—No, mil gracias; iré solo.

—Como vd. guste.

—Adios, y si no nos volvemos á ver mañana, en México, dentro de tres dias.

—Allí estaré.

—Calle de Tacuba núm. 3, segundo piso á la izquierda.

—Calle de Tacuba número tres.

Leopoldo se alejó á paso veloz.

—Parece—decia hablando consigo mismo mientras se dirijia á la calle en que Clotilde vivia—parece que habia adivinado que traeria yo el clavel rojo diciéndole en él: *“te amo como rendido, galante y apasionado caballero,”* cuando se colocó la corona de rosas blancas, contestándome en ellas: *“y yo tambien te amo.”* ¡Ah....! sí; ella me ama, me ama: ¿qué me importa que el mundo entero se oponga á mi felicidad y trate un rival de robarme su corazon, cuando en la cinta punzó me dice ella: *“te amo mas que á mi vida....”* ¡Mas que á su vida!

Y Leopoldo caminaba repitiendo las últimas palabras, hácia la casa de Clotilde.

Llegó con temor y esperanza á la calle; fijó los ojos con avidez en el sitio en que creía le estuviese esperando, pero solo alcanzó á ver cerrado el balcon.

Esperó un momento quieto enfrente, y nadie se presentó.

El más profundo silencio reinaba dentro del edificio.

Ningun rayo de luz se vislumbraba al través de las cortinas que velaban las puertas vidrieras de la sala.

Leopoldo temió que hubiese tenido lugar alguna escena desagradable.

Conocía el carácter de Duval, y sospechó que tratase de alcanzar con alguna medida violenta la mano de la mujer que amaba.

Agobiado con esta idea, y viendo que esperar por mas tiempo era inútil, se alejó triste y afligido.

—Mañana sabré lo que ha pasado;—dijo:—Clotilde tiene costumbre de ir al Cabrió con su protectora y las señoras que están de temporada, y la hablaré; me impondrá de cuanto ha pasado esta noche, y en consecuencia de lo que me diga, obraré.

Diciendo esto llegó á la casa en que se alojaba cada vez que iba á San Angel, tocó á la puerta, abrió el portero, y penetró en su cuarto, inquieto por los acontecimientos futuros.



CAPITULO V.

El encuentro.

Era de noche. El cielo estaba oscuro y tempestuoso como la conciencia del impío.

Gruesos nubarrones, impelidos por un fuerte viento norte, cruzaban la atmósfera como vagarosos fantasmas de caprichosas formas.

El relámpago lucía de tiempo en tiempo precediendo al trueno que interrumpía, con imponente ruido, el silencio de la noche.

Las doce daban en la torre de la iglesia de San Angel.

Multitud de jóvenes de ambos sexos salían de una casa en que hasta entonces se

habían escuchado los alegres acordes de la música que indicaba un magnífico baile.

La gente salía satisfecha y contenta, y se despedía hasta el siguiente día para ir al Cabrío muy de madrugada á tomar leche.

El placer se marcaba en el semblante de todos.

Cada cual repetía interiormente las palabras de amor que había escuchado de los labios del objeto amado.

Nadie hubiera cambiado su posición por el más potentado de la tierra.

Solo el doctor Willey salía despechado por la mala acogida que habían encontrado en Luz sus palabras. La joven se había agarrado del brazo de Rafael al salir, y el doctor se vió obligado á dar el suyo á la mamá.

Todos, pues, excepto él, salían del salón llenos de dicha y de esperanza.

En medio de tanta satisfacción, regocijo y placer, se veía un hombre envuelto en miserables andrajos, colocado al lado de la puerta de la calle, y tendido sobre el suelo.

Los concurrentes al baile habían desaparecido.

La calle volvió á quedar solitaria.

Los relámpagos seguían.

Los truenos interrumpían el sepulcral silencio que reinaba.

Y el hombre tendido en el suelo, y envuelto en sus sucios arapos roncaba fuertemente.

Era el único sér viviente que no se había puesto al abrigo de la tormenta que amenazaba.

Las puertas de todas las casas permanecían cerradas.

Ni una sola luz se divisaba en todos los edificios.

San Angel era la imágen de un panteon donde todo yace muerto á la vida.

De repente interrumpió el silencio el ruido de una puerta que se abría.

Poco despues se escucharon los pasos de un hombre que avanzaba á paso acelerado.

A los pocos instantes se oyó una imprecacion y se le vió caer encima de otro cuerpo.

El hombre había tropezado en el miserable que dormía en la calle.

—¡Maldito seas, amen!

Exclamó con ira al caer, el que había tropezado.

El desgraciado que dormía, despertó al golpe que había recibido, y contestó:

—Tú que me quitas el bien
que me hace olvidar mis cuitas,
tú que mi sueño me quitas,
¡maldito seas, amen!....

—¡El mendigo poeta!

Exclamó el caído, enderezándose un poco.

—¡Cielos, qué veo....!—gritó á su vez asombrado el andrajoso.—¡Es una vision la que se presenta á mis ojos....!

—¡Cómo....! ¡me has visto alguna otra vez?

Dijo el nuevo personaje examinándole y mirándole con recelo.

El mendigo notó la atencion con que era examinado, y contestó fingiendo el mas inocente candor.

—Si.

—¿Cuándo?

Preguntó palideciendo y con marcada inquietud su interlocutor.

—Hace mucho tiempo.

Contestó el mendigo sin perder una sola de las señales que se marcaban en el rostro del que le interrogaba.

—¿Dónde?

—En Guadalajara.

El hombre se inmutó.

—¿En Guadalajara.....! ¿Y en qué sitio?

El mendigo que parecía complacerse en mortificar y jugar con su interlocutor, como el gato juega con el ratón soltándole cuando esperaba morir, y volviéndole á cojer cuando se creía en libertad, contestó:

—¿En qué sitio?

—Sí; ¿en qué sitio?

—En..... ¡Ja, ja, ja, ja.....!

Exclamó soltando de repente una careajada intempestiva, contemplando con una curiosidad estúpida la faz de su asombrado interlocutor.

—¿De qué te ries?

Dijo temeroso y atónito aquel hombre,

que tembló al escuchar de los labios del mendigo que le había conocido en Guadalajara.

—Pues ¿no me he de reir....? ¡qué cosa tan parecida....!

—Pero.... ¿á quién....?

—¿A quién....? ¿Pues no se lo he dicho á vd. ya?

—Ni una palabra.

Contestó cada vez mas inquieto el misterioso personaje. El mendigo temió despertar sospechas que asustaran la caza, y contestó figiendo haberse excedido en la bebida.

—Pues á la muestra que está en la pulquería de los Beodos enfrente á la alameda de Guadalajara.

El pecho del que escuchaba se ensanchó con aquellas palabras, y respiró con libertad: desaparecieron las muestras de terror que se habían fijado en su semblante, y de sus ojos la mirada recelosa que los hacia imponentes.

—Vamos, está borracho;—dijo luego para sí:—¡y yo que me había alarmado....

—¿No se acuerda vd?... Pues es todo igual á vd.: barba larga, gran bigote; sino que vd. lleva sombrero alto y baston, y aquel tiene en vez de sombrero una corona de pámpanos, y en lugar de baston un gran vaso de pulque. ¡Ja, ja, ja!.... Me gusta mas el vaso de pulque que el baston.

—Lo creo.

—¿Y á vd. no? La casa del que ha bebido, aunque sea pobre, siempre está iluminada de lucecitas.

—Como las que tú ves ahora.

—¿Se acuerda vd. de aquel versito—dijo fingiendo embriaguez y torpeza para pronunciar las palabras—no versito, sino soneto, que tenia vd. en su casa de Guadalajara?

—¿En mi casa?...—Volvió á contestar con alteracion el interpelado:—Pues, ¿qué tú has estado en mi casa?

—Sí; en la casa en que está vd. de muestra; en la pulquería de los Beodos: ¿No se acuerda vd?

—¿Eh!... ¡déjame en paz!

Dijo disponiéndose á marchar.

—Pues empieza así:

Blanco licor del suelo mexicano;
producto de magueyes dulce y fino;
no hay para qué envidiar de España el vino,
cuando á tí te produce el suelo indiano.

—Pero ¿qué, se va vd?

Preguntó interrumpiendo su soneto y viendo que el otro echaba á andar.

—Sí; adios.

—¿No me da vd. algo para mojar la garganta?

—La fuente está muy cerca; te permito que bebas toda el agua que quieras.—Le contestó alejándose; y luego añadió para sí.—No me ha hecho pasar mal susto ese maldito borracho.

El mendigo le estuvo mirando atentamente mientras se alejaba: al verle algo retirado se levantó del suelo con indecible rapidez; brillaron sus ojos con una expresion de placer inmenso, y preparándose para seguirle, exclamó:

—¿Es él.....! ¡Le he reconocido.....! Su temor al hablarle de Guadalajara..... su sobresalto..... su barba hasta el pecho..... su mirada de espanto..... no me cabe duda.

Y echó á andar á distancia conveniente del primero para no despertar sospechas, pero sin perderle nunca de vista.

La noche estaba cada vez mas oscura y nebulosa.

La naturaleza triste y misteriosa.

Un profundo silencio reinaba por todas partes, que solo era interrumpido por los continuos truenos que rasgaban la atmósfera, y por los pasos del hombre de la gran barba y del mendigo que le seguía.

Las negras nubes cabalgaban sobre el viento en caprichosas formas, y los pocos faroles que iluminaban á trechos la poblacion, amenazaban apagarse á cada instante.

El misterioso personaje llevaba una direccion extraña.

Habia atravesado el centro del pueblo, y se dirigía hácia la última casa situada á la salida de la poblacion.

El mendigo continuaba marchando tras él, pero á regular distancia, resuelto á descubrir á todo trance el sitio á que entraba.

Eran las dos únicas personas que transitaban por la calle.

Al cabo de media hora, el desconocido se detuvo á la puerta de una casita aislada y de humilde apariencia. Miró hácia todas partes para ver si alguno le habia seguido; y persuadido de que nadie le veía, llamó á la puerta con golpes extraños.

Los pasos de alguna persona que venia del interior de las piezas, se oyeron á poco.

Brilló por el agujero de la llave una luz.

Los pasos cesaron de repente, y se escuchó una voz de mujer que preguntaba desde adentro.

—¿Qué deidad?

—Poderosa Témis.

Contestó el de la barba larga.

Entonces se escuchó descorrer un cerrojo, quitar la cadena que aseguraba la puerta por la parte interior, y el ruido de ésta que giraba sobre sus goznes, dando entrada al misterioso personaje que habia llamado.

—¿Han venido los demás?

Preguntó el que entraba.

—Sí señor.

- ¿Y han traído á ese hombre?
 —Sí señor.
 —¿En litera?
 —En litera.
 —¿A qué hora llegaron?
 —A las diez.
 —Sin ruido, por supuesto.
 —Con el mayor sigilo.
 —Está bien. ¿No falta alguno para entrar?
 —Nadie; á vd. solamente esperaba.
 —Mejor: cierra, y ven á darnos de cenar al momento.

Y penetró en el interior de la casa.

La puerta volvió á cerrarse; la luz desapareció, y el mendigo que se había detenido á algunas varas para no ser visto, se aproximó al edificio y se puso á examinar cuidadosamente la casa y el sitio en que estaba situada.

—¿Vivirá aquí?—Dijo despues de un rato de observacion minuciosa.—No; imposible: la habitacion es muy humilde, y él debe guardar una posicion brillante, si ha sa-

bido dar muchos golpes como el que yo presencié en Guadalajara.

Al decir esto se acercó á la puerta y aplicó el oido á la cerradura.

—Nada se escucha:—volvió á decir.—Y sin embargo, el corazon me anuncia que á ese hombre le han conducido á este sitio siniestros fines. La azotea no está muy alta.... si pudiese subir á ella ayudándome de las rejas de las ventanas.... véamos.

Y convencido de que una vez en la azotea, le seria fácil descender por ella al interior de la casa y descubrir lo que en ella pasaba, se avalanzó á la ventana, y emprendió la subida.

Deseaba convencerse de que realmente aquel hombre era el mismo que él sospechaba, y se propuso conseguirlo, aun cuando sabia que escalando la azotea, se exponia á graves consecuencias.

Entretanto el hombre á quien habia ido siguiendo penetró á una pieza provista de una mesa en medio, junto á la cual se veian sentados en sillas ordinarias cinco hombres que le esperaban.

Al verle, los cinco se levantaron y le saludaron con respeto.

—Buenas noches, amigos míos.—Dijo el que acababa de entrar, dando la mano á cada uno de los que le esperaban.—¡Ha sospechado nuestro cautivo á dónde le traían!

—No señor:—contestó uno de mala cara y bigotes retorcidos:—no se le ha permitido sacar la cabeza de la litera, y ha entrado sin saber en qué sitio se encuentra.

—Perfectamente. Cuando por pretextos políticos cayó en poder de vd., que era entonces militar, convenimos que en vez de entregarlo al gobierno me lo entregase vd. á mí por las miras de interes pecuniario que vd. no ignora, y fué una medida muy acertada conservarle oculto á los ojos del mundo que le juzga muerto despues de tan larga ausencia.

La mujer que habia abierto la puerta al hombre de la barba larga, entró con una gran fuente de pollos asados y varias botellas de vino.

—Para lo que tardará en morir.

Dijo el de los bigotes retorcidos.

—Mejor. Entonces no me remorderá la conciencia;—dijo poniéndose á trinchar el de la barba:—ni tendré miedo á que ninguno me dispute los bienes que le fueron confiscados, y que vd. compró....

—Pero no para mí, sino para vd.

—Es verdad. Vd. se presentó como comprador, porque así nos convenia, aunque el negocio fué realmente para mí que facilité el dinero.

—Y un negocio como hay pocos.

—Ciertamente: los bienes fueron comprados....

—Casi de balde.

Le interrumpió sonriendo el que habia sostenido la conversacion, vaciando un vaso de vino.

—¡Y tengo yo la culpa de que el gobierno los vendiese en un precio insignificante?

Exclamó haciendo lo mismo el de la barba.

—Estoy muy lejos de pensarlo.

—Ademas, nosotros no hemos venido á México á mudar temperamento, sino á explotar sus minas; y ningunas mejores que

aquellas que producen, sin gran trabajo, metal acuñado.

—Tiene vd. sobrada razon.

—¿Ha dejado vd. su hermosa Nápoles, ni vd. Polonia, ni vd. á Florencia, ni vdes. dos los Estados-Unidos, ni la buena mujer que nos cuida á Niza, ni yo mi patria, sino con el objeto de sacar de las revoluciones en que se agita México, el provecho necesario para volver á nuestros respectivos países?

—Sin duda alguna.

Respondieron todos.

—Tomamos parte—continuó el de la barba larga—en la revolucion de la Acordada, para sacar provecho de las riquezas que estaban reunidas en el Parian: azuzamos la expulsion de los españoles, último de los actos del gobierno de Victoria, para apoderarnos de su comercio y adquirir á insignificante precio ricas posesiones que no se podian llevar: influimos luego para que Guerrero que le sucedió en la presidencia, ordenase que se ocupara la mitad de las rentas de los españoles que habian

salido del país, en cuyas cobranzas logramos tomar una parte muy activa.

—Pero ninguno ha sabido aprovecharse como vd. de esos continuos trastornos: vd. que se fué á disfrutar una larga temporada fuera del país, de las inmensas riquezas que habia improvisado, dejándonos aquí el encargo de cuidar sus intereses, y de vigilar al prisionero.

—Sí, es cierto; pasé una época muy feliz; pero me parece que vdes. no carecen de un capital envidiable para vivir con decencia, y hasta con lujo, en las principales capitales de sus respectivos países. ¿Gertrudis?—añadió luego, llamando á la mujer que servia—traiga vd. una botella de Baldepeñas.

—No lo negamos:—respondió uno de ellos;—pero aun no está satisfecha nuestra codicia.

—Pronto espero que ha de quedar; y entonces nos separaremos para siempre, como buenos amigos, para que cada cual vaya á disfrutar de los bienes que honradamente hemos adquirido. Nosotros somos aves de paso que tomamos el trigo, y vamos

á anidar á otra parte. No debemos imitar á los españoles que han anidado aquí, levantando suntuosos templos, sorprendentes acueductos, colegios magníficos, hechos por simples particulares, de que se envanece-
 rían príncipes y reyes, para verse despues expulsos y calumniados.

—Pero la calumnia y la expulsion es debida, no á los mexicanos, sino á algunos individuos de extrañas naciones, en cuyo círculo nos contamos, y cuyo objeto no ha sido otro que extraviar la opinion pública para alejarlos del país y ocupar nosotros todos los ramos de industria y de comercio; pintarles como rapaces y Nerones, á los que en general estaban may distantes de serlo, para que las simpatias que á ellos se tenían, se volviesen hácia nosotros.

—Y no se puede negar que lo hemos conseguido en gran parte.

—Pero no entre la gente pensadora. Esta, por mas que se escriba y se clame que los españoles eran enemigos de la independencia, vee que los que mas trabajaron por ella fueron Echávarri y Negrete, ambos ge-

nerales españoles que contaban con la mayor parte de las fuerzas, el último de los cuales prestó grandes servicios á México, saliendo herido en el asalto dado á Durango, cuya ciudad se rindió al fin á su esfuerzo. “La patria—le decia Iturbide despues de este triunfo—que admira y reconoce en V. S. uno de sus mas ilustres y decididos defensores, jamas olvidará esta memorable jornada, así por su importancia, como por el valor y sufrimiento de ese ejército de reserva, acreedor á la consideracion y gratitud de cuantos conocen su mérito y participan de sus buenos servicios. Ni de oficio ni en lo particular me participa V. S. la herida que recibió en el rostro de resultas del último choque. Siento este accidente, porque siento los padecimientos de V. S.; pero al mismo tiempo le envidio una cicatriz que todos observarán con pasmo, señalando á V. S. como á uno de los principales agentes de la libertad de este suelo.” Pero no solamente los españoles que tenían el poder de las armas, sino hasta los hombres dedicados al comercio, á las ciencias y á la

religion, anhelaban separar este país de la metrópoli. El doctor D. Matías Montegudo, español, fué el principal jefe en las reuniones tenidas en la Profesa, en Noviembre de 1820 para conseguir la Independencia de México: á su lado se encontraba Battaller, español también, regente de la audiencia: el ex-inquisidor Tirado; muchísimos eclesiásticos, y todos los europeos opuestos á la constitucion promulgada en Cádiz. Y era tal el cariño al suelo en que se habian radicado, que no contando el ayuntamiento de México con los fondos necesarios para los cuantiosos gastos que era indispensable hacer para celebrar el año de 1821 la entrada de Iturbide, franqueó D. Juan José de Ache, español, veinte mil pesos, sin interes ninguno. Estos son los españoles que nosotros hemos llamado déspotas, tiranos, enemigos del país y de la independencia, cuya expulsion hemos conseguido, y cuyos nobles hechos hemos logrado desfigurar inventando absurdos cuentos y ridiculas consejas.

—Era la única arma con que podiamos

enagenarles las simpatías del país. Brinde-mos á su buen éxito.

Y todos chocaron los vasos y bebieron.

—Y no ha faltado—dijo uno despues de apurar el vaso—quien haya criticado ese paso de los españoles como contrario á los deberes con la madre patria.

—Esa es una acusacion inmerecida—contestó el de la barba larga:—los españoles, amantes de su rey y de su religion, vieron ambas cosas perseguidas por los liberales en España, y como el plan proclamado en Iguala por Iturbide halagaba las ideas de ellos, pues llamaba á que gobernase independientemente este país á Fernando VII, y en su defecto á un príncipe español, no titubearon en entrar en el referido plan que conciliaba la independencia del país en que tenian sus hijos, con el amor á sus reyes y con la religion.

—Y por eso al principio de la independencia fueron tan considerados.

—Y por eso nosotros trabajamos por desconceptuarles, atribuyéndoles miras siniestras para volver el país al dominio español.

—Con lo que conseguimos enagenarles las simpatías de los que antes les respetaban.

—Repito que esas simpatías existen y existirán entre la gente pensadora que no cierra los ojos á las páginas de la historia.

—Pero nosotros hemos publicado otras mil historias para el vulgo, desfigurando esos hechos, y ya hemos empezado á recoger el fruto de nuestros trabajos.

—Todos estamos ricos.

—Yo—dijo uno—necesito recuperar lo que dejé de adquirir durante la administración de Bustamante en el poder desde el 1º de Enero de 1830 hasta Diciembre de 1832, época muy feliz para la República, pero en que no se podía hacer negocio mas que por el estrecho camino que señala la Santa Madre Iglesia.

—Por eso—añadió otro—entramos todos luego en el plan de Zavaleta, que vino á echar por tierra el poder de Bustamante, y á elevar á Santa-Anna como presidente, y como vice-presidente á D. Valentin Gomez Farías.

—¡Buen chico fué este último...!—agregó otro de los cinco rompiendo contra la mesa el cuello de una botella de Champaña—pues aunque él era honrado y liberal de buena fé, hombre patriota, de saber y probo, y no se aprovechó de la ley que dió contra los bienes eclesiásticos y fundaciones piadosas, los extranjeros, menos escrupulosos que los mexicanos, supimos hacer nuestro agosto.

—Y combatir, de palabra—advirtió el primero—contra los generales Arista y Durán, que se pronunciaron por “Religion y Fueros.”

—Sin embargo—dijo el de la barba larga—ningun paso de la administración de Gomez Farías, nos dió tan buenos resultados pecuniarios, como la llamada ley del “Caso,” dada en 23 de Junio de 1833, por el congreso, recien vuelto yo al país. Por ella se enviaron confinados al navío Asia, que estaba de depósito en Veraacruz, á todos los que se hallasen en el caso que expresaba la ley, sin definir cuál fuese éste. Todos han dicho despues, y dijeron enton-

ces, que aquella medida fué la mas injusta que han dictado los hombres; pero yo que solo estoy á los resultados pecuniarios que las leyes y las revoluciones me dejan, digo que fué la mas provechosa, pues compré varias fincas á los confinados, en menos de la octava parte de su valor.

—Y no sacó vd. menos provecho de la prision de Santa-Anna, que fué á combatir á Durán y Arista, y hecho prisionero por éstos.

—Es cierto; porque los pocos españoles que fueron exceptuados de la expulsion, no fueron olvidados entonces. Atribuyéndoles siempre todas las revoluciones que se suscitaban, como si todo lo pudieran los que no podian protegerse á sí mismos, se les quiso hacer responsables de la prision del presidente Santa-Anna, con cuyo motivo se presentaron en el senado, en la sesion del 12 de Junio, estas proposiciones: 1.^o Se tomarán en rehenes para asegurar la vida y libertad del Exmo. Sr. presidente, á los españoles y americanos notoriamente desafectos á las instituciones federales y enemigos

de la actual administracion: 2.^o Se anunciará á los jefes de los pronunciados, que no se pondrán en libertad, mientras no entreguen la persona de S. E., y que en el momento que se atentare contra la vida del ilustre prisionero, serán decapitados los tomados en rehenes, inmediatamente.

—¿Y quién le sugeria tan bella idea al congreso?

—Yo que tenía muchos amigos en él, y que juzgaron salvadora:—contestó el de la barba.—De esta manera me hacia de prestigio: intercedia, en privado, por algunos españoles ricos que recompensaban mis servicios con oro abundante, y pasaba con los primeros por ardiente patriota, y con los segundos, por filántropo y compasivo.

—Perfectamente.

—Así es que al volver Santa-Anna á México, despues de haber derrotado en Guajuato á Durán y Arista, y empuñar las riendas del gobierno, derogando la ley de patronato eclesiástico, haciendo que los obispos fugitivos se restituyesen á sus sillas, y que los expatriados volviesen á su patria,

yo quedé perfectamente puesto, pues tenía en mi favor á todas las personas que juzgaban deberme el beneficio de no haber salido desterradas del país.

—Para todo es menester tener talento y fortuna, como vd. la tiene.

Dijo uno acabando de cenar y encendiendo un gran puro habano.

—¿Y dónde está el cautivo?

Preguntó haciendo lo mismo y levantándose de la mesa el de la barba.

—En el último cuarto de la casa.

—Voy á verle: pueden vdes. acostarse cuando gusten. Hasta mañana.

—Hasta mañana.

Y dándoles la mano, penetró, despues de descorrer un cerrojo, en el cuarto que le habian indicado.

Al entrar en él se encontró con el hombre á quien llamaba su cautivo y que se paseaba á largos pasos y pensativo por la estancia. Su estatura era regular y su cuerpo bien formado: vestia una levita corta gris y pantalon oscuro: era su espalda ancha

ysu cintura estrecha; sus brazos sueltos y nervudos, y elevado y bien formado el pecho. Su rostro era blanco, pero sus mejillas, que revelaban haber sido encendidas, estaban pálidas por los sufrimientos y el encierro: sus ojos eran garzos y grandes, velados por delicadas y largas pestañas de un mirar dulce y expresivo que revelaban al hombre de valor y de corazon sensible: su cabello castaño y onduloso, se rizaba naturalmente cayendo sobre su erguido cuello, velando una cabeza perfecta, en cuya despejada frente se vislumbraba la luz de la inteligencia y de la resignacion varonil: proporcionados bigotes retorcidos sin exageracion y abundante perilla, hacian resaltar una boca de un corte delicado, en cuyos labios vagaba un aire de melancólica ternura, que le daba á su simpática fisonomía un interes indefinible: su nariz era una de esas que vemos en las bellas estatuas de los tipos griegos, y todo su conjunto, uno de los mas interesantes que pueden delinear los pintores y fingir la imaginacion mas poéticamente creadora. La edad de este hombre á

quien no se podía ver sin sentirse interesados por él, parecía ser como de treinta y siete años: época en que la naturaleza del individuo ostenta los mejores tesoros de la juventud, reglados por el juicio, y en que ha desaparecido la volubilidad inherente á los primeros años en que el hombre empieza a figurar.

El que acababa de entrar se detuvo un momento; y dirijiéndose luego con la mano extendida hácia el prisionero, le dijo con acento agradable.

— Buenas noches.

— Buenas noches.

Contestó con sequedad el saludado sin dejar de pasearse.

— ¿Rehusa vd. estrechar en la suya la mano que le ofrezco?

— Darse dos hombres la mano indica *simpatía mútua*: estrecharla, *amistad íntima*; y yo no puedo tener simpatía, ni mucho menos amistad íntima al hombre que me ha privado de la libertad.

— Me hace vd. un cargo que estoy muy lejos de merecer.

— Será así.

— Yo no le he privado á vd. de la libertad; yo no le conocía á vd.; el gobierno habia dispuesto su muerte, y un amigo mio, encargado en aquella época de perseguirle, confió su custodia á mi cuidado y dió parte, á instancias mias para salvar su vida, pues me interesó vd. desde que le conocí, de no haber conseguido su captura, dándole á vd. por cárcel una casa donde he procurado que nada le faltase.

— Mil gracias. ¿Y quién formuló contra mí la terrible acusacion de conspirador, sino ambiciosos aventureros de otros países, que azuzan las revoluciones y los destierros, sacando provecho de los desgraciados y de las convulsiones que enervan y aniquilan nuestro edificio social?

— ¡Ha dado vd. en eso!

— Es la verdad.

— Cree vd. que los extranjeros. . . .

— No hablo de ellos en general; son industriosos y honrados en su mayor parte, y esto basta para que los aprecie.

—Pues entonces....

—Yo hablo de los que no teniendo cabida en su país, han venido á este, no con una industria, oficio, ó profesion, sino á atizar la tea de la discordia para sacar provecho de ella, indisponiendo á los hijos de una nacion que los ha recibido con altas consideraciones de aprecio.

—¿Y vd. cree que yo....

—Yo creo que vd. se encuentra entre el número de los que aspiran á elevarse con la ruina del suelo que le ha dado hospitalidad.

El de la barba se sonrió, y dijo sin dar muestras de enojo.

—Veo que está vd. muy mal prevenido contra mí.

—Y me veo precisado á decirle á vd. que difícilmente cambiaré de opinion.

—Lo siento.

—Y seré franco. Nunca he creído en la sinceridad de los extranjeros que han tomado parte en nuestras revueltas; y cuando me dió vd. por prision su casa, asegurándome que lo hacia con el noble fin de salvar-

me la vida, creí que no era sino un lazo tendido para asegurarse de mis bienes y prohibir que los reclamase.

—Le perdono á vd. esas sospechas que me ofenden altamente.

—Nunca he sabido dónde estoy: me han traído aquí, y sigo ignorando dónde me encuentro: se trata de hacerme creer que el mismo gobierno que me perseguía hace ya muchos años, existe al presente: me veo custodiado siempre por extranjeros, y no se me deja comunicar con mexicano ninguno.

—¿No ve vd. que si mi anhelo hubiera sido apoderarme de sus bienes, para que vd. no los reclamase en ningun tiempo, el medio mas fácil hubiera sido hacerle desaparecer de la lista de los vivientes?

—Creo que cuando se me conserva la vida, es porque se teme á los remordimientos, ó por que de ella espera vd. aún algun buen resultado.

—Veo que no hay modo de entenderse con vd.

—Los hombres como vd. es imposible que comprendan el corazón de los que piensan como yo.

—¿Es decir que nunca seremos amigos?

—Nunca.

—¿Y que rechazará vd. cualquier proposición que yo le haga?

—Todas, porque no pueden envolver mas que iniquidad.

—Sin embargo, mi intento hoy era proponer á vd.

—Ahorraos la molestia de decirlo, y á mí de escucharlo: no envileceré yo el apellido, que con orgullo llevo, dando, ni por un instante oídos á proposiciones indignas.

—¿Y si en mis propuestas, pues, me han asegurado que vd. amaba en la época en que cayó prisionero, hubiese una que condujese á vd. al lado de la mujer que ama?

—¿De la mujer que amo?

Exclamó el prisionero sin poder contener su alegría y su sorpresa, y operándose en su rostro un cambio completo.

Su interlocutor advirtió aquella violenta

mutación que le anunciaba su triunfo, y contestó.

—Sí: de la mujer que ama vd.

La fisonomía del prisionero fué perdiendo poco á poco el fuego del placer que le habia animado por un momento, como ilumina el relámpago los témpanos de nieve que vuelven á quedar pálidos y helados: sus ojos se fijaron en el suelo con aire reflexivo; su pecho quedó oprimido con el peso de un recuerdo poderoso: cruzó los brazos con ademán melancólico, levantó luego la cabeza con aire resuelto, y exclamó con una energía que daba á conocer el terrible combate que habia sostenido su corazón.

—¿Jamás!

El hombre de la barba hizo un gesto de disgusto.

El cautivo le dirigió una mirada de desprecio, y volvió á cruzar á largos pasos la pieza en que estaba preso.

—Creo que no me ha oído vd. bien.

Dijo el de la barba mirándole con atención.

--Perfectamente.

--Le he dicho á vd. que la aceptacion de mi proposicion le conduciria á vd. al lado de la mujer que ama.

--Lo he oido sin perder una palabra.

--¿Y rehusa vd. mi risueña propuesta?

--La rehuso.

--Piénselo vd. detenidamente.

--Lo he meditado con conciencia.

--Es vd. tenaz en sus resoluciones.

--Soy caballero para saber cómo me toca proceder.

--No amará vd. mucho cuando no está dispuesto ni aun á oír lo que exigia para dejarle volar al lado del objeto de su cariño.

--¿Y quién le ha dicho á vd. que yo amo?

Exclamó el prisionero haciendo sobre sí un terrible esfuerzo.

--No falta quien haya conocido á vd. antes de estar bajo mi cuidado.

--Es que habrá muchos que hayan conocido mi persona, pero ninguno los secretos de mi corazón.

--¿Luego no es cierto que ama vd?

--He dicho que ninguno ha conocido los

secretos de mi corazón, y se me olvidó agregar otra palabra.

--¿Cuál?

--Que nadie los conocerá.

--Es decir....

--Que la pregunta de vd. no puede ser satisfecha.

--Para vd. será el mal.

--Y para vd. el bien, lo sé.

--Consulte vd. con su conveniencia.

--Antes de consultar con ella, consulto yo con mi honor.

En aquel momento se escucharon los ladridos de un enorme perro de presa, y los gritos de algun desgraciado.

El hombre de la barba larga se sobresaltó y aplicó el oído.

El ruido era en la azotea.

--Sin duda anda alguno arriba;--exclamó el de la barba.--Es preciso correr al instante.

Y sin detenerse salió de la pieza; echó el cerrojo á la puerta de la prision; sacó un par de pistolas que llevaba debajo de la le-

vita, y se presentó en la azotea en el instante en que un hombre bajaba apresuradamente de ella, agarrado de los fierros de la ventana.

El extranjero disparó sobre él sus armas en el momento en que el prófugo se deslizaba por la calle que, por una fatal casualidad cruzaba al mismo tiempo otra persona.

Un ¡ay! se escapó de los labios del que huía, y un lastimero quejido de la inocente persona que pasaba, y todo volvió á quedar despues en el mas profundo silencio.

—¿Qué ha sucedido?

Dijeron presentándose armados en la azotea los cinco que poco antes vimos cenando.

—Que ha penetrado un hombre aquí.

—¿Y el perro no le ha devorado?

—No; porque estaba entretenido en rasgar ese capote raído que le arrojó sin duda para poder huir el asaltante.

—Como no sea alguno que sospeche algo y trate de delatarnos.

—De todas maneras, es preciso que abandonemos ahora mismo este sitio y vuelva

á ser conducido el prisionero al lugar en que estaba.

Un bulto oscuro que habia permanecido gran rato tirado en la calle, se arrastró conteniendo los quejidos, y como una sombra, hácia los árboles que crecian á la espalda de la casa, dejando en el suelo un reguero de sangre que salia de una herida.

—Sí, bajemos á ensillar los caballos.

Contestó uno de ellos.

—Y tú—dijo el de la barba, dirigiéndose á otro,—dispon la litera sin perder momento.

—Voy volando.

Pocos instantes despues se abrió con muchas precauciones la puerta del zaguan.

El bulto que habia logrado penetrar en la arboleda arrastrándose y sufriendo acerbos dolores de la herida, marcando su marcha con la abundante sangre que de su cuerpo manaba, se acercó á la pared del edificio, y asomó la cara por la esquina, tendido siempre sobre el suelo.

Una litera salió entonces de la casa y se detuvo en la puerta.

En seguida se vió á uno de los extrange-

ros aparecer, conduciendo de las riendas seis caballos ensillados.

A los pocos instantes se presentaron sus compañeros custodiando al prisionero.

La mujer, que tambien habia salido con ellos, abrió la portezuela de la litera.

El arrogante cautivo se dispuso á entrar.

El bulto, que tirado en tierra y empapado en sangre observaba sin exhalar un gemido, alargó cuanto pudo el pescuezo para reconocer á alguno.

Pero la noche estaba oscura como un terciopelo, y envolvía en espesas sombras los objetos.

De repente, y al mismo tiempo que el prisionero penetraba en la litera y se cerraba la puerta de ésta tras él, vió caer al suelo una cosa blanca.

Ninguno advirtió en aquel objeto blanco que se habia caido del bolsillo del cautivo al dar el salto para entrar en la litera.

Solo el herido tenia fijos los ojos en él.

A los pocos instantes todos estaban á caballo.

El de la barba habló en secreto con sus

compañeros; les dió algunas instrucciones, y esperó á que partieran.

Poco despues la litera echó á andar, custodiada por los cinco extrangeros y la mujer que con ellos iba.

El enorme perro de presa los seguia mirando receloso hácia todas partes.

El de la barba, al verles partir, se alejó penetrando á poco en las calles de la poblacion.

El hombre que tendido en tierra habia estado observando, empezó á arrastrarse con direccion hácia donde estaba el objeto blanco; pero habia perdido tanta sangre, que temió espirar sin conseguir su intento.

—¡Dios mio....!—exclamó con el mayor fervor aquel hombre—tú que ves la intencion recta que me guía, dame fuerzas para llegar.

Y reanimado por aquel deseo, que debia ser ardiente á juzgar por la expresion enérgica que se marcaba en su semblante, hizo un esfuerzo supremo, y avanzó arrastrándose, un gran trecho.

Pero al movimiento extremo que hizo, se

le abrió mas y mas la herida que empezó á brotar en mayor abundancia la sangre.

Entonces se sintió desfallecer.

Se encontraba ya á pocas varas del objeto que habia visto caer: fijó desde allí su amortiguada vista, y reconoció que era un cuaderno.

Un secreto presentimiento le decia que en aquel cuaderno se encerraban secretos importantes.

Esta conviccion le hizo cobrar nuevo vigor: hizo un extraordinario empuje, y llegó hasta donde estaba el papel.

La luz del placer iluminó sus ojos, cogió el cuaderno con débil mano y fijó la vista en él.

De repente sintió que se le helaba el corazón; que la sangre le faltaba, y que el velo de la muerte empañaba su vista.

—¡Morir....! ¡morir....!—murmuró—cuando en este papel tal vez....

No pudo concluir: sintió que las fuerzas le abandonaban: guardó el cuaderno dentro del pecho, y quedó sin movimiento.

CAPITULO VI.

El Cabrío.

Leopoldo pasó una noche inquietísima, ocupado en adivinar el motivo que podia haber obligado á D. Emilio á que su hermana y Clotilde no concurriesen al baile.

Temia las tramas de Duval, y estaba sobresaltado, sin poder conciliar el sueño por mas esfuerzos que hacia para conseguirlo.

El corazón del que ama está siempre despierto para llorar sus penas si es desgraciado, y acariciar sus favores si es venturoso.

Su sueño es como el del febricitante; inquieto y cercado de mil fantasmas, ya ri-

le abrió mas y mas la herida que empezó á brotar en mayor abundancia la sangre.

Entonces se sintió desfallecer.

Se encontraba ya á pocas varas del objeto que habia visto caer: fijó desde allí su amortiguada vista, y reconoció que era un cuaderno.

Un secreto presentimiento le decia que en aquel cuaderno se encerraban secretos importantes.

Esta convicción le hizo cobrar nuevo vigor: hizo un extraordinario empuje, y llegó hasta donde estaba el papel.

La luz del placer iluminó sus ojos, cogió el cuaderno con débil mano y fijó la vista en él.

De repente sintió que se le helaba el corazón; que la sangre le faltaba, y que el velo de la muerte empañaba su vista.

—¡Morir....! ¡morir....!—murmuró—cuando en este papel tal vez....

No pudo concluir: sintió que las fuerzas le abandonaban: guardó el cuaderno dentro del pecho, y quedó sin movimiento.

CAPITULO VI.

El Cabrío.

Leopoldo pasó una noche inquietísima, ocupado en adivinar el motivo que podia haber obligado á D. Emilio á que su hermana y Clotilde no concurriesen al baile.

Temia las tramas de Duval, y estaba sobresaltado, sin poder conciliar el sueño por mas esfuerzos que hacia para conseguirlo.

El corazón del que ama está siempre despierto para llorar sus penas si es desgraciado, y acariciar sus favores si es venturoso.

Su sueño es como el del febricitante; inquieto y cercado de mil fantasmas, ya ri-

sueños ó aterradores, segun el estado mas ó menos impresionado de la fantasía.

Anhelante de conocer la causa que le habia robado la felicidad de respirar al lado de su amada las preciosas horas del baile, que él habia esperado como el supremo bien de la vida, y receloso su corazon por el pensamiento de un rival temible, se levantó de su lecho no bien penetró la primera luz del sol por las ventanas de su cuarto.

Aun no habia acabado de vestirse, cuando escuchó la voz del eriado que preguntaba si podia pasar.

—Sí; entra.

La puerta se abrió dando entrada al mozo.

—¿Qué se te ofrece?

Dijo Leopoldo viéndole llegar.

—Darle á su merced esta tarjeta, que anoche trajeron para su merced.

—¿Y por qué no me la diste entonces?

—Porque la recibí cuando su merced estaba ya acostado.

—Dámela.

—Aquí está.

—Bien.

—¿No se le ofrece nada á su merced?

—Nada; puedes irte.

—Está muy bien, señor amo.

Y el mozo salió cerrando la puerta.

Leopoldo, que habia cogido maquinalmente la tarjeta, al verse solo, se puso á leerla, y vió que contenia el nombre de Emilio Landeta, y que estaban dobladas las puntas en los dos lados opuestos, lo que equivalia á decirle: "*necesito ver á vd. pronto; buscadme en mi casa.*"

Un vuelco dióle el corazon en el pecho.

—¿Sin duda quiere hablarme de Clotilde, y va á exigir de mí un sacrificio!—Exclamó aterrado.—Sí; esta entrevista que solicita, no puede reconocer otra causa.... ¿Para qué puede llamarme á su casa sino para quitarme toda esperanza....? El no haberla permitido ir al baile.... el marchar acompañado de Duval cuando ellas salian... todo, todo me hace creer que se acerca el momento de mi desgracia....!

Y Leopoldo quedó abatido con aquella idea.

Amaba de veras; amaba con todo su corazón al objeto que divinizaba; había acariciado toda su vida la esperanza de unirse al ángel cuya sola memoria embellecía cuanto le rodeaba, y temía perder en un día, en una hora, en un solo instante cuanto le hacía amable la existencia y embalsamaba sus padecimientos.

Había creído que el hombre, en el desierto arenal del mundo, podía ser tan feliz como los bienaventurados.

El cielo le había concedido la dicha de tener un Dios á quien adorar y una mujer á quien amar; y estos dos seres llenaban de una gloria superabundante su noble corazón.

Adoraba á Dios, y amaba con todas sus potencias á la mujer que ese mismo Dios, todo amor y compasión, había colocado en el camino de su vida para conducirlo por la senda de la felicidad, á otro mundo de inagotable ventura.

Leopoldo acabó de vestirse mientras bullían en su mente todos estos pensamientos. Luego, tomando una resolución irrevocable, dijo.

—Iré primero al Cabrío, y hablaré con ella: sabré lo que se prepara contra mí, y veré de qué manera se puede conjurar la tempestad, si, en efecto, se trata de separarme de Chutilde.

Alentado con esta idea, en vez de dirigirse á la casa de D. Emilio, tomó el camino del Cabrío.

Pero mientras él marcha acompañado de sus temores y sus esperanzas al sitio en que espera ver al sér que lleva dentro de su corazón, digamos algo con respecto á este punto en que tienen lugar los primeros acontecimientos de nuestra historia.

San Angel es una de las poblaciones más risueñas y pintorescas que rodean á la hermosa emperatriz de las ciudades del Nuevo-Mundo, á la antigua Tenochtitlan, ciudad potente de los emperadores aztecas.

Bajo los piés de ese poético pueblecillo,

cercado por todas partes de árboles, cuyas casas blanquean como otros tantos nidos de palomas entre las verdes ramas de un frondoso bosque, se extiende como una inmensa alfombra de flores, la mas brillante campiña, cubierta de verdura y delicadas frutas, cuyos encantos preludian en deliciosos tonos los límpidos arroyos que cruzan en todas direcciones. Su limpio cielo es un sólio de zafiro: su perfumado ambiente, el que aspiraban los dioses del Olimpo: su temperatura suave y apacible como las templadas auras del Paraíso, y el sol que dora sus montañas, limpio y brillante como el fulgente globo de oro y perlas.

A este delicioso sitio, recinto que engalanó la pródiga naturaleza con sus mas preciosos dones, acuden en los ardientes meses de Junio, Julio y Agosto, las principales familias de la capital, que buscan en las deliciosas huertas y fértiles campiñas de San Angel, grato solaz y daleísimas alegrías.

Los sábados, á la magestuosa caída del sol, tan bella en la region de América; cuando se oculta el astro de la luz en una osci-

lante tumba de matizadas nubes, vestidas con los mil colores de sus moribundos rayos, los comerciantes, los empleados, los propietarios, y todos aquellos, en fin, que por sus precisas ocupaciones no pueden abandonar en el resto de la semana la capital, salen en sus carruajes y en los ómnibus de la línea, á visitar á sus encantadoras hijas, esposas y hermanas, que les esperan con la impaciencia conque el tierno amante espera la vuelta del ídolo de su amor.

Ya hemos asistido al animado baile que tiene lugar todos los domingos por la noche.

Ya ha visto el lector en ese sitio de encanto y de placer á la fina sociedad mexicana, instruida, amable y deferente: ya ha visto á las bellas hijas de este fértil suelo, de amena conversacion, de claro talento, lucir en el baile su diminuto pié y sus esbeltos cuerpos, flexibles como las palmeras que sombrean las fértiles llanuras del Anáhuac: á los elegantes jóvenes de corteses modales, de cuyos labios jamas sale una palabra disonante que repugne la decencia; obsequiosos con el sexo encantador, pero

sin traspasar jamas los límites del respeto y del decoro, indicando de esta suerte, la alta idea que tenemos formada de la mujer á quien nos dirigimos, y del verdadero aprecio que la consagramos, y que la juventud mexicana observa religiosamente en todas las clases de la fina sociedad.

Seria yo un ingrato si no confesase estas bellas cualidades que adornan á los hijos de este delicioso suelo, cuando tan de cerca he tocado sus agradables efectos.

No cabe en mi carácter vizeaino, y sobre todo, español, tamaña ingratitud, y debo hacer justicia á una sociedad de quien he recibido siempre distinciones señaladas.

Las deliciosas mañanas, pero muy particularmente la del lunes, están destinadas á dar un paseo al pintoresco Cabrio hácia donde hemos dejado caminando á Leopoldo.

Ved ese numeroso concurso de lindísimas jóvenes, cabalgando sobre humildes y mansísimos pollinos

En sus negros ojos brilla la pureza; en sus hechiceros rostros la alegría mas sencill-

lla, y en sus dulces palabras su esmerada educacion.

No van envueltas ahora en los costosos trajes que ostentaban en el baile.

Al lojo de los salones, ha sustituido la sencillez de los campos.

Anoche eran brillantes estrellas que cautivaban deslumbrando: ahora son cándidas flores que cautivan sin abrasar.

Blancos y vaporosos vestidos de finísima muselina velan sus delicados talles.

Saben muy bien que la limpieza y el aseo son en el bello sexo como los polos de la hermosura, y todo en ellas es puro y cándido como la nieve de los volcanes.

En medio de ellas, pero ocultando en un exterior placentero el temor y la inquietud, se ve á la hermosa Clotilde al lado de su linda protectora.

No lleva ahora ni corona de flores blancas, ni cinta punzó. Solo adorna su pecho un boton de rosa con espinas y hojas, que mira de vez en cuando con profunda melancolia.

Junto á ella va tambien el lirio del Anáhuac, la simpática Luz, obsequiada por el galante Rafael y devorada por los ojos del doctor Willey, que va haciendo esfuerzos inauditos para ocultar la ira de los zelos.

Los elegantes jóvenes marchan alegres al lado de sus lindas compañeras, caballeros tambien sobre pacíficos asnos.

Era una deliciosa cabalgata campestre.

Las hechiceras mexicanas, respirando juventud y alegría, envueltas en finísimos trajes, mas blancos que el ampo y que el rocío; recogido en gracioso peinado su ondulado y negro cabello, semi-oculto bajo preciosos sombreritos que velaban sus seductoras cabezas; sonriendo con la dulzura de la brisa de los campos, y aéreas y vaporosas en sus delicados movimientos, parecian una bellísima tropa de vagarosas ninfas, de misteriosas Napeas que recorrian los bosques y las florestas.

El contento era general.

Los dichos agudos y los epigramas de buea género amenizan la animada conver-

sacion, y hace mas corto el breve trecho que hay al delicioso Cabrío.

Solo Clotilde y el doctor no participaban del comun regocijo.

Willey, dominado por los zelos camina silencioso, abrazando mil ideas á cual mas terribles para vencer á Luz y perder á Rafael, de quien se finge sincero y leal amigo. La amistad de este hombre se parecia en sus efectos á esos bellos árboles que se encuentran en América, que convidan con su abundante sombra, y que matan al confiado viajero que, halagado por la grata frescura que le brinda con su verde y extendido ramaje, busca su amparo á los rayos de un sol canicular.

El pensamiento de la jóven, por el contrario, está muy lejos del círculo de las personas que le rodean: su cuerpo está entre ellas, es cierto, pero su alma ardiente y cariñosa vuela hácia el objeto de su amor, como exhala amorosa la delicada flor su regalado perfume al astro que le vivifica, mientras ella se ve precisada á permanecer sujeta al tallo en que ha nacido: sus hojas son

de la tierra y por eso permanecen en ellas; pero su aroma es de Dios, y por lo mismo se eleva suave hasta su trono.

—¿Quién pone á prueba la ligereza de su pacífica cabalgadura con la mia?

Dijo á sus compañeras una linda, simpática y pizpereta jóven que entretenia á la concurrencia con su amena conversacion.

—Yo.

—Yo.

—Y nosotras.

Contestaron todas.

—¡Bravo, bravo....!—exclamaron los del otro sexo:—vamos á ver esta carrera de burros, conduciendo ángeles encima; nosotros iremos por detras por si algun pollino tiene la descortesía de dejar caer su bellísima carga.

Y las bellas, á una voz, echaron á correr seguidas de los jóvenes, dando alegres gritos.

Luz, el doctor y Rafael, fueron los únicos que no tomaron parte en aquella apuesta, y que por lo mismo se quedaron atrás, entretenidos los dos amantes en dirigirse pa-

labras de cariño, y el doctor preocupado con ideas de venganza.

—Muy callado viene vd. hoy, señor Willey.

Dijo Rafael, viendo que no tomaba parte en la conversacion.

—Es que no queria incurrir en la nota de imprudente, interrumpiendo el interesante diálogo de vdes.

—Espero que ya le habrá dicho á vd. anoche Lucecita, que estoy en vísperas de conseguir que le alcen el destierro á su papá.

—No.... nada me habia dicho.

Contestó el doctor con extrañeza y fijando la vista en Luz, que se puso pálida.

—¿Cómo!—añadió Rafael, dirijiéndose á su amada—¿pues no me aseguraste....

—Es verdad.... creí habérselo dicho, porque esa era mi intencion; pero seguramente se me olvidó con la música y el baile....

—Pues es un olvido que ha retardado mi felicidad:—dijo Willey con hipócrita sentimiento.—Sabe vd. lo mucho que me intereso por su pronto regreso, puesto que él

pondrá término á ese plazo fatal que la hermosa Luz ha puesto para unirse con el mejor de mis amigos.

—Mil gracias, compañero.

Contestó Rafael apretándole la mano con el mas profundo reconocimiento, mientras que la jóven lamentaba interiormente que su amante hubiese comunicado á aquel falso amigo lo que tanto le interesaba ocultarle. Ella estaba persuadida de que aquel hombre era un intrigante temible, y temía que destruyera con nuevas maquinaciones todo lo que su amante habia conseguido á fuerza de tiempo, constancia y empeños. En su concepto, el doctor habia influido en el destierro de su padre para poner travas á su enlace, y era imposible que al saber su próxima libertad, no pusiese en juego nuevas intrigas para nulificar los pasos dados por Rafael.

¿Por qué, dirá el lector, no comunicaba la hermosa Luz á su amante estos temores, y le ponía al corriente de cuanto le acontecia con Willey?

Parece á primera vista que este paso la

hubiera salvado de todas sus asechanzas; pero no lo creia ella así: el doctor estaba en relaciones íntimas con lo mas exaltado del partido que dominaba; le habia amenazado con que la vida de su padre, y aun la de su amante, terminarian tan pronto como advirtiese en la amistad de Rafael el mas ligero cambio, la mas insignificante accion de desconfianza y de reserva: conocia á fondo el pérfido corazón de Willey; estaba convencida de que llevaria á cabo su venganza á la menor señal, á la menor palabra que despertase sus sospechas, y esto la tenia supeditada á aquel hombre, cuya sola presencia le horrorizaba, y al que, sin embargo, estaba precisada á tratar con deferencia y amabilidad.

La cabalgata llegó por fin al pintoresco Cabrio, y todos descendieron de sus mansos pollinos para sentarse debajo de los verdes y copudos árboles en que se escondía una preciosa casita, como una fatigada y cansada gacela entre la verde espesura que le brinda una sombra protectora.

Luego se dirigieron á tomar la sabrosa

leche, y cada cual buscó la compañía de aquella persona cuya conversacion mas le cautivaba.

Solo Clotilde no encuentra otro sér que mas le comprenda que su benévola protectora.

Mira por todas partes y no encuentra al objeto de su amor.

¡Cosa extraña.....! ¡es la vez primera que no concurre á ese paseo.....!

La infeliz pierde el color y se siente desfallecer.

—¿Y qué se habrá hecho de Leopoldo?—
Exclamó en aquel momento uno de los jóvenes:—nunca ha faltado á este paseo, y extraño mucho su ausencia.

Clotilde se estremeció al escuchar el nombre de su amante.

—Tendria que concluir algun cuadro—añadió otro—y se habrá marchado á México.

—Eso debe ser—repuso un tercero—porque anoche le ví muy triste en el baile y se salió sin bailar con nadie.

Clotilde sintió que se le oprimia el cora-

zon: las lágrimas asomaron á sus ojos, y exclamó para sí con la mayor tristeza.

—¡Marchar sin haberme visto primero...!

—Pues yo creo—añadió Rafael—que anda por esos floridos bosques copiando alguna bella vista del natural, porque le ví salir de su casa esta mañana con direccion á este sitio.

La alegría volvió al corazón de Clotilde, y latió con violencia su corazón.

—¿Estás seguro de que era él?

Le preguntó uno de los interlocutores.

—Segurísimo; y en prueba de que es así, míralo, allí viene.

Dijo señalando á Leopoldo que osomaba á la entrada del bosque, y que se dirigia hácia ellos.

Lo que sintió la jóven en aquel momento no es dable poderlo expresar al idioma humano.

El simpático pintor saludó cortesmente á la concurrencia, y despues dirigió una mirada tierna á Clotilde; fijó sus ojos en el boton de rosa con espinas y hojas, y palideció.

¿Qué habia leído en él?... Habia leído

el prólogo de terribles desgracias para un amante que ama con todo el corazón.

Aquel botón con espinas y hojas le decía estas palabras: "*temo, pero espero.*"

Leopoldo comprendió lo que había pasado la noche anterior, y tembló por su suerte.

Afligido con el obstáculo que se presentaba á su paso, sacó tristemente, como para limpiarse el sudor, un pañuelo azul y caña, que equivalía á decirle: "*acuérdate de mí, no me olvides.*" Y Clotilde, dejando ver en sus ojos la expresión del amor más firme, sacó el suyo tornasolado en que le contestaba: "*te amaré aun en el sepulcro.*"

El corazón del joven pintor se sintió bañado por un celestial deleite que embalsamaba con su suave esencia la profunda herida que había abierto en lo más delicado de su alma el infero temor.

La hermosa campiña que pocos momentos antes se presentaba á sus ojos triste, árida y cubierta de abrojos, ahora la contempla risueña, alegre, engalanada de aromáticas plantas y de flores que perfaman

con su delicioso aroma el ambiente que respira.

Esta es la vida del que ama. Subir de un mundo de tormentos y de inquietudes, donde cada lijera duda es un fantasma que gira á nuestro derredor señalándonos con su dedo las debilidades de la humanidad, á un despejado cielo de goces sin término, donde todo es luz y armonía, para volver á caer de repente al antro oscuro de las sospechas, donde los zelos desgarran despiadados nuestro pecho.

El amor es una balsámica flor colocada por Dios en el desierto arenal de la vida. Sus celestiales y pintadas hojas, su delicado aroma, y su seductora belleza, son los deleites inefables del alma correspondida, los juramentos dulcísimos de amor, las caricias y los besos que embriagan con el exceso de la felicidad. Las espinas de que está rodeada esa flor, son los temores, la desconfianza, el desden del objeto amado, los tiranos zelos que emponzoñan y hieren la existencia del amante.

El amor es esa alternativa de placer y

de dolor, de risa y llanto que invade el corazón, sin que le deje descansar un solo momento.

La menor acción del objeto amado, la mas lijera de sus palabras, cada movimiento y cada mirada suya, preocupa de una manera poderosa el corazón del que ama, que, inquieto y cuidadoso sigue con los ojos sus mas leves movimientos, dejando ver en su fisonomía, á cada impresion que recibe, los distintos afectos que le impresionan y dominan. Para él todo entraña un pensamiento de inestimable valor y digno de un escrupuloso exámen. Las miradas, la sonrisa, el mas leve movimiento de sus labios, las palabras mas sencillas, un gesto involuntario, todo lo recoge, todo lo guarda cuidadosamente. Su corazón es un amplio almacén de encontrados sentimientos, y su memoria el libro de caja con su *debe y haber*, donde toma razon detenidamente de los bienes y los males que disputan el dominio de su alma.

Leopoldo, que habia pasado las primeras horas de la mañana pesando la solidez de los

temores y la inestabilidad de las esperanzas, al ver que su amada colocaba del lado de éstas su pañuelo tornasolado, vió correr la balanza del lado favorable, y sintió que su corazón se abria á una vida de felicidad.

—Señores—dijo uno de los jóvenes—voy á poner á discusion un pensamiento que creo oportuno.

—Véamos cual.

Exclamaron casi todos á la vez.

—Que vayamos á dar una vuelta por las huertas, y que despues almorcemos en este delicioso sitio.

—Está á discusion.

Dijeron varios.

—Pido la palabra.

Gritó uno de los mas festivos dando un salto.

—Tiene la palabra el ciudadano A. B.

C. D.

—Antonio Bermudez Castro Diaz tiene la palabra.

—Señores, le ha concedido la palabra al

señor A. B. C. D. nuestro amigo F. G. H. ó sea Francisco Gonzalez Hermosa.

—Pues yo, el ciudadano I. J. K. Ignacio Joaquin Kienast se la concedo tambien y pido que hable pronto.

—He pedido la palabra yo, A. B. C. D., no para combatir la feliz idea de mi digno amigo M. L. N., ó sea Leonardo Martinez Nuñez, sino para suplicar que el almuerzo se admita por unanimidad.

—Aprobado.

Gritaron todos.

—¿Hay algun ciudadano que tome la palabra en contra?

—Ninguno.

—Entonces que se digne acercarse el autor de la idea al dueño de la casa del Cabrío para tener la bondad de suplicarle nos disponga un almuerzo digno de las distinguidas personas con cuya compañía me honro.

El encargado de avisar penetró en la casa del Cabrío: suplicó dispusiesen el almuerzo que habian dispuesto, y á poco fué á reunirse con sus amigos diciendo:

—Señores, á las huertas: cada caballero dé el brazo á las señoras, y marchemos á gozar de los encantos de la naturaleza hasta la hora de almorzar.

Leopoldo, que estaba próximo á Clotilde, le ofreció el suyo, y la jóven se apoyó en él irradiando sus ojos de alegría.

Pocas veces habia disfrutado el jóven pintor de aquel placer.

Iba al lado de la mujer que amaba.

Sentia los latidos de su corazon tocar su brazo convulso de amor.

—¡Ah....! ¡cuán feliz soy ahora!

Exclamó con una emocion indefinible de amor al penetrar en la primer huerta á que se dirijieron:

—¿Y nunca me olvidarás?

Le dijo Clotilde enviándole una de esas miradas que encierran todas las delicias del cielo.

—¡Olvidarte....! Donde quiera que estés, aunque me separen de tí distancias infinitas, te encuentra mi corazon; porque mi pensamiento te sigue á todas partes; nos

me como á un solo individuo, y confunde nuestras almas y nuestras voluntades.

—Te creo; te creo, Leopoldo.

—Desde donde quiera que esté mi espíritu vuela siempre á encontrarte; porque la fuerza del amor le arrastra hácia un centro de atracción que eres tú sola. Soy tan dichoso con tu amor, que renunciar á él sería renunciar á la única felicidad de la tierra; al único bien que me resta en la desgracia á que me han arrojado los hombres; porque tu amor es mi vida; es el sol de mi existencia, y jamás olvidaré que en él encontré el bálsamo consolador de mis penas, y en tus ojos el cielo de mi felicidad.

—Amame, ámame siempre así, Leopoldo.

—Siempre, Clotilde. Yo te amo, y te amaré como un corazón fiel que sabe sentir las delicias del amor verdadero; que comprende todo el valor de tu ternura, de tu virtud y de tu amor: como me amo á mí mismo, porque eres mía, y tu corazón está identificado con el mío. Sí; y este amor será tan firme y duradero como las leyes de la creación, puesto que mi ley es amarte, y

la tuya se cifra en la correspondencia de tu amor.

—¡Ah, querido Leopoldo...! ¿Por qué Dios habrá presentado obstáculos á la realización de nuestra felicidad. . . .!

Exclamó Clotilde con acento triste y conmovido.

—Para probar los quilates de nuestra pasión: todos los caminos que conducen á la ventura, tanto celestial como terrena, están sembrados de ásperos abrojos; quien está dotado de virtud y de fuerza no desmaya jamás; marcha con la fe en el corazón, que le sirve de luz y de guía hácia el fin de su jornada, y al terminar la senda estrecha de los padecimientos, encuentra el ancho vergel de imperecederos goces que le recompensan con usura sus pasados desvelos.

—Así debe ser sin duda.

—Y esos obstáculos que hasta hoy se han interpuesto entre nosotros, van á desaparecer muy en breve.

—¿Lo crees tú así?

—Estoy seguro de ello.

—¿Cómo!

—Hay un hombre que conoce la inocencia, la intachable conducta de mi padre, tan vilmente calumniado; del sér cuya memoria jamás se aparta de la mia, y que murió al peso de una acusacion infame que no pudo soportar.

—¿Y ese hombre?

—Lo vi ayer: está aquí, y me ha prometido revelarme secretos importantes que aproxime las distancias que nos separan.

—Me inundas de alegría el corazón con tus palabras. Pero ¿conoces tú á ese hombre?

—Es un mendigo que me habló en el atrio de la iglesia, poco antes de que tú salieras de misa.

—¿Un mendigo...!—exclamó Clotilde, viendo desaparecer la esperanza que habia concebido.—¿Y tú das crédito á las palabras de un mendigo, que tal vez te habrá halagado para alcanzar por ese medio una crecida limosna?

—No, Clotilde: el mendigo de quien yo te hablo no puede ser una persona vulgar: sus facciones finas, sus modales urbanos,

que se hacian mas notables bajo los sucios harapos que le envolvian, su oportunidad y claro talento para improvisar una cuarteta bastante bien construida, todo me hace creer que ese desgraciado es depositario de grandes secretos que me importa conocer.

—Dios lo quiera.

—Pero en medio de estas esperanzas y de la confianza que tengo en la invariable firmeza de tu voluntad, un pensamiento viene á acibarar mi ventura.

—¿Cuál?

—Anoche no asististe al baile.—El brazo de Clotilde tembló en el de Leopoldo; éste notó aquel estremecimiento que heló su corazón, y continuó:—¿Podré escuchar de tus labios la causa que existió para ello?

—Voy á decírtela; pero antes júrame que me crees invariable.

—Lo juro.

—Pues bien....

Clotilde se vió interrumpida por un nuevo personaje, que en aquel momento se reunia á ellos.

Habia ido al Cabrió despues de la salida

de la alegre concurrencia, y corrió al punto á encontrar á los que la formaban.

Clotilde enmudeció, y en el rostro de Leopoldo se dejó ver un signo de impaciencia.

El personaje que acababa de llegar era Duval.

Sospechó que su rival asistiese al lado de su amada antes de acudir á la cita de D. Emilio, y no quiso dejarle disponer de aquellos momentos favorables.

—Veo á vdes. muy retirados del resto de la concurrencia.—Dijo despues de saludar á Clotilde con afectada galanteria.—Ya se vé! irán vdes. contemplando la exuberante naturaleza: los artistas—añadió con sonrisa maligna—la saben revestir de tantos hechizos, que el señor D. Leopoldo le irá á vd. explicando tal vez las propiedades de cada lindo objeto que se presenta á la vista.

—Precisamente le iba haciendo una explicacion circunstanciada de lo que á la señorita mas le llamaba la atencion.

Contestó Leopoldo con acento significativo.

Duval se mordió los labios, y fingió no haber entendido la intencion de su rival.

—Y como la señorita Clotilde—respondió con malicia—es tan aficionada á las flores....

—Sí, es cierto: me gustan mucho las flores.

—¿Sí?—Repuso Leopoldo dirijiéndose á cojer una y presentándosela.—Pues aquí tengo el placer de presentarle á vd. este narciso, que espero será del agrado de vd.

—Muchísimo: lo acepto con sumo gusto.

Duval malició que aquella flor era un fiel intérprete de los sentimientos de los dos amantes; pero como no podia asegurarlo ni comprendia el idioma de las flores, tuvo que devorar en silencio la rabia que le consumia.

El se habia acercado para impedir una conversacion amorosa, y temió que, á pesar de su presencia, no consiguiera su objeto.

Y así era en efecto.

La naturaleza es el libro de la inteligencia: el libro inagotable de los amantes: y Clotilde y Leopoldo que habian estudiado

en él, y conocian las propiedades de todos los objetos de la creacion, acababan de hablarse sin ser comprendidos de aquel que de tan cerca les vigilaba.

En aquel narciso le acababa de decir Leopoldo á su amada estas dulces palabras que tan bien suenan en el oido del amante: "*soy tu esclavo.*"

La jóven oprimió el brazo contra su corazon, y contestó mostrándole un anillo que llevaba al dedo.

—Quisiera hacer un ramillete que contuviese los colores de esta sortija. ¿Encontraremos flores de estos matices?

—Aquí hay—dijo Leopoldo observando el anillo—rubí, diamante, *turquesa, esmeralda y coral.*

—Tal vez el señor D. Leopoldo sabrá....

Contestó Duval, como escusándose, para no verse obligado á separarse de Clotilde, que es lo que él creía que trataban de hacer, y ver si lograba que su rival tomase á su cargo hacer el ramillete.

—Precisamente á él me dirija.

Repuso Clotilde con celestial sonrisa.

Leopoldo vió pagados con usura los inauditos tormentos que le causaba la vista de Duval.

En aquella sortija habia leído este dulcísimo concepto: "*te adoro, y te prometo que me casaré contigo y que seré fiel esposa.*"

¿Qué mas podia desear....? ¿Qué le importaba que le disputasen la mano de su amada, si ella le juraba no pertenecer á otro sino á él?... Henchido de placer con estas consoladoras reflexiones, contestó:

—Me afanaré por alcanzar el placer de encontrar lo que vd. desea.

Y continuaron andando por entre flores y delicadas frutas.

Duval esperaba con impaciencia el momento en que Leopoldo se desprendiese de Clotilde para ir á formar el ramo que le habia ofrecido.

Pero los dos amantes eran tan felices, que en todo pensaban menos en satisfacer el deseo de Duval.

La indicacion de una flor, el nombre de un color, la presencia de un árbol frutal, la

mas imperceptible planta, todo tenia para ellos un idioma celestial.

El alma de ambos, confundida en una sola, contemplaba el bello panorama de la naturaleza, bebiendo en cada objeto una existencia de felicidad, un reguero de luz celestial en cada rayo de sol.

Cada suspiro que exhalaba la brisa bañando leda las pintadas flores, era un canto armonioso de misterioso amor; cada gota de rocío temblando en las delicadas hojas de una brillante rosa, un poema de rima angélico y de mirífica armonía.

Embebecidos en su felicidad marchaban sin cuidarse de Duval á quien devoraban la ira y los zelos, cuando vieron que las lindas parejas que iban por delante daban vuelta hácia donde ellos estaban.

—Señores; ya es hora de almorzar:—dijo el que habia hecho la proposición de permanecer en el Cabrío;—dirijámonos, pues, si á vdes. les parece, hácia la campestre casita.

Todo el mundo obedeció en el acto aquella órden que convidaba á satisfacer el exi-

gente apetito que se habia despertado con el largo paseo.

—¡Hola, señor Duval! ¿vd. por aquí?

Exclamaron varios al verle.

—Sí señores: ha sido una casualidad, que ahora bendigo, porque me proporciona la dicha de estar en la apreciable compañía de vdes.

—Pues almorzará vd. con nosotros.

—Con mucho gusto.

Pocos momentos despues las hermosas y hechiceras jóvenes, se sentaban al rededor de una mesa graciosamente adornada.

Los caballeros, colocados de pié y á su espalda, pidieron licencia para hacerlo.

Obtenida ésta por una inclinacion afirmativa de las señoras, se sentaron dando la derecha á la jóven á quien pidieron la licencia, indicándoles con aquello este concepto: "*Deseo servirla si me lo permite vd.*"

Cada amable señorita admitió con otra inclinacion de cabeza la galantería, y desde entonces se dió principio al deseado almuerzo.

Desde aquel momento los finos mexica-

nos tuvieron buen cuidado de dirigir todos sus obsequios á la señora que le admitió á su lado, pues sabian muy bien que distraerse en su servicio y obsequiar frecuentemente á las demas, descuidando á su compañera, es emblema de grosería y de abandonada educación.

Leopoldo que se habia colocado á la izquierda de la encantadora Clotilde, y que no podia dirigirle ninguna palabra de amor, porque á la derecha de ella, y con pretexto de servir á otra jóven, se habia sentado Duval, tomó con el tenedor dos ricas aceitunas, y se las dió con galante cortesania, indicándole con este obsequio el concepto siguiente: "*yo te amo.*"

Clotilde cogió el tenedor, tomó una aceituna, y devolvió el tenedor con la otra á su atento compañero, respondiéndole con aquella accion, que solo ellos comprendian, "*y yo tambien te amo.*"

Duval estaba muy lejos de pensar que en un obsequio tan sencillo pudiera encerrarse una protesta contra sus proyectos de felicidad.

Tenia un carácter demasiado imperioso y violento para haber podido tolerar de otra manera que se le disputase el amor de la mujer, sobre la cual creia que le asistian sobrados derechos con la palabra de D. Emilio, para no haberle exigido una seria satisfaccion.

El doctor se habia colocado enfrente de la hermosa Luz, para dirigirle á todas horas miradas de amor que jamas encontraban correspondencia.

Leopoldo estaba inquieto: el señor Landenta le esperaba, y el almuerzo se prolongaba demasiado.

Por fin se sirvieron las frutas. Ricos y elegantes fruteros de porcelana de China ostentaban las mas delicadas de los diversos climas de México.

Leopoldo, queriendo manifestar á su amada la determinacion que habia tomado de atropellarlo todo antes de permitir que otro le robase la felicidad de su vida, sirvió á Clotilde una manzana, una ciruela y un hermoso melocoton. En la primera le de-

claraba ser *la mas hermosa de las mujeres*, aludiendo al juicio de Páris que declaró por este medio ser Vénus la mas bella en la famosa competencia con Juno y con Minerva: en la segunda este concepto: "*me consume la desgracia;*" y en el tercero: "*mi amor es infinito y lo atropella todo.*"

Clotilde le dirigió una mirada tierna que envolvía los mismos sentimientos.

—No tiene vd. la bondad de darme una pieza de fruta, encantadora Clotilde?

Le dijo Duval que tenía algo distante de sí el frutero.

Leopoldo oyó la impertinente súplica, y fijó los ojos para ver qué fruta le servía.

La joven comprendió lo que pasaba en el corazón de su amante: conocía los temores que le asaltaban de perderla; la desconfianza natural de todo el que de veras ama, y cogió una manzana que dirigió á Duval.

En el semblante de Leopoldo se pintó la satisfacción de un completo triunfo.

Y en efecto, tenía razon para considerarse vencedor.

La manzana, servida por una joven á un

hombre, entrañaba este concepto: "*no os volvais á acordar de mí, olvidadme.*" Contrario en todo, como se ve, al que expresa dada por un hombre á una hermosa.

El joven pintor, era pues, feliz. Contaba con la firmeza de su amada para combatir por mucho tiempo, y con buen éxito contra su rival: abrigaba la consoladora esperanza de destruir dentro de pocos dias la calumnia levantada contra el hombre que le dió la vida, y que era el único obstáculo que se habia presentado desde un principio al logro de sus deseos. La promesa del mendigo le anunciaba que iba á desaparecer la negra tempestad ante el sol de la verdad, y á brillar el cielo limpio, sereno y sin nubes para él.

Leopoldo soñaba como sueñan todos los amantes, y su fecunda imaginacion volaba por los espacios imaginarios de la felicidad cuyos horizontes no tienen término.

Un joven se presentó en aquel momento en el comedor: iba en traje de caza y llevaba una excelente escopeta vizcaina ricamente cineelada.

Leopoldo no advirtió su llegada: tan extasiado le tenían sus risueños pensamientos.

—¿Se va de caza, querido Félix?

Le preguntó uno de los de la mesa.

—Voy á ver si encuentro algo que cazar: hoy es día de mi principal, D. Felipe Flau, y puesto que está cerrado el almacén, voy á ver si mato algo.

—Estoy seguro de que eso lo conseguirás, aunque no sea mas que el tiempo. ¿Y qué noticias corren por allá abajo?

—Ningunas, excepto la que sin duda sabrán vdes. ya, que tuvo lugar anoche en uno de los barrios mas retirados del pueblo.

—Nada sabemos.

—Pues hubo algunos balazos en una casa, disparados sobre uno que habia llegado á escalar la azotea.

—¿Cáspita!... ¿Y quién fué el asaltante?

—Un vagamundo: el mendigo improvisador.

Aquel nombre despertó de sus deliciosos sueños á Leopoldo que prestó oído atento á la conversacion.

—¿Y le cogieron?

—No; pero le dieron un balazo que servirá de escarmiento á otros malhechores.

Leopoldo hizo un movimiento involuntario, y palideció.

—Pues qué, ¿le mataron?

—Le llevaron herido, y no sé si habrá muerto ya.

—Picaro menos.

—Lo que hay que lamentar es, que uno de los tiros fué á dar á otra persona que casualmente pasaba por la calle en aquel momento.

—¿Y qué persona era esa?

—Don Diego Rondal.

—¿El esposo de Elisa, la hermosa española?

El doctor fijó la atención en lo que hablaban.

—Sí, mi vecino.

—¿Pero qué iba á hacer por allí á esas horas?

—Habia perdido al juego cuanto llevaba, y para distraerse sin duda fué á pasearse por allí.

—¡Pobre Elisa....!—dijo una de las señoras—¡cuán desgraciada es la infeliz....! Siempre sola y triste, cuidando de sus tier-
nas criaturas, rogando por su esposo, mien-
tras él no se ocupa de otra cosa que de per-
der en el juego cuanto adquiere.

—Es ciertamente digna de compasion:—
contestó Félix—porque es una mujer en ex-
tremo recomendable.

El almuerzo terminó y todos se levanta-
ron de la mesa.

Leopoldo tenía el corazón oprimido: la
estrella de su esperanza que se le había
presentado brillante en medio de las tinie-
blas, empezaba á eclipsarse otra vez.

Abatido con el peso del dolor, se despi-
dió de la concurrencia prestando ocupa-
cion, y luego, dirijiéndose á Clotilde, le dijo
en voz baja.

—Si ese hombre ha muerto, los obstácu-
los que creia vencidos se presentan de nue-
vo: él era mi esperanza: su secreto iba á de-
volverme la amistad de tu enojado padre;
pero sean cuales fueren los escollos que se

presenten, yo lucharé con la suerte, y ven-
ceré. Adios.

Y Leopoldo se alejó triste y pesaroso,
dejando á Clotilde entregada á la mas pro-
funda melancolía.

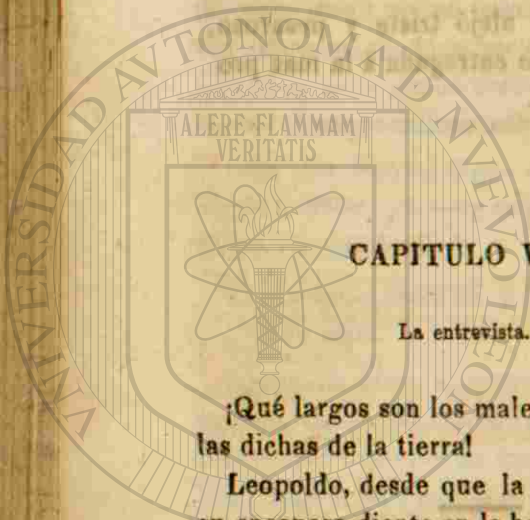
CAPITULO VII

JUANIL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





CAPITULO VII.

La entrevista.

¡Qué largos son los males, y qué breves las dichas de la tierra!

Leopoldo, desde que la calumnia hincó su enconoso diente en la honra del autor de sus días, se vió condenado á marchar por un camino sembrado de penas y de injusticias que se eslabonaban en otros mil y mil desengaños que le esperaban en cada paso que recorria.

En la espinosa senda de pesares y desdichas que atravesaba, alcanzó á conocer á la hermosa Clotilde, peregrina estrella de radiante luz que le hizo entrever otro mundo

mas consolador que el que hasta entonces se habia presentado á sus ojos.

El dia que alcanzó de sus hechiceros labios una palabra de amor, fué el único feliz de su vida.

Despues, los temores, los obstáculos, el desagradable efecto que habia causado en el ánimo de D. Emilio la acusacion que empañaba el honor de su desgraciado padre, vinieron á acibarar aquel placer todo espiritual, todo divino, que le habia trasportado á un cielo de eterna ventura, donde acaban los pesares y empiezan los deleites inefables, los placeres sin guarismo, la satisfaccion sin término.

El sol de su felicidad quedó velado por los espesos nubarrones del dolor; y cuando en medio de la tempestad que agitaba su corazon, se presentó el arco-iris que le hizo sonreir con una dulce esperanza, cuando un hombre, un triste mendigo le habia prometido descorrer los velos de la calumnia para que resplandeciera con toda su belleza la luz de la verdad y de la inocencia, sopló otra vez el horrible huracán de la des-

gracia, y los lúcidos colores del arco-iris se ocultaron detras de las densas tinieblas de un cielo nebuloso.

Leopoldo caminaba triste y abatido hácia la casa de D. Emilio.

Su varonil y apacible semblante estaba velado por una sombra de dulce melancolia.

Su expresiva boca se entreabria de vez en cuando dejando escapar entrecortadas palabras que formulaban sus labios por la fuerza imperiosa del prensado corazon.

Al subir la escalera palideció: el pecho se le oprimió con fuerza, y apenas podia respirar.

Poco despues, un criado que habia anunciado su llegada, salió diciéndole que se dignase pasar.

El jóven amante, penetró en la estancia en que le esperaba D. Emilio, como el sentenciado á muerte en la cúpilla.

Y no era porque en su corazon no se abrigase el valor, no.

Leopoldo estaba dotado de un alma tan valiente como generosa: su mano tan dis-

puesta á manejar una espada como los pinceles.

Pero no era de un combate de lo que se trataba, sino de su felicidad ó su desgracia.

Mil vidas hubiera sacrificado gustoso por alcanzar la mano de su amada; y el temor de perder el objeto de su amor, le hacia temblar y estremecer.

Don Emilio le esperaba paseándose por la alfombrada sala en que el dia anterior vimos á Inés y Clotilde.

Era un hombre como de cincuenta años de edad, pero su cuerpo, de buenas formas, conservaba todavia la flexibilidad de la juventud: su cabeza estaba enteramente cana: su tez era blanca y delicada; y sus ojos azules brillaban como dos estrellas en un cielo límpido y despejado: sus facciones, aunque mas pronunciadas que las de Inés, guardaban mucha semejanza: su frente era espaciosa, y revelaba franqueza y dignidad: iba completamente afeitado, y su blanco cabello lo llevaba graciosamente peinado. Vestia en aquél momento un frac negro de finísimo paño, cortado de rigurosa moda; chaleco de

seda blanco con pequeñas flores azules; pantalón negro de satiné, y bota bien hecha de exquisito charol. Sus modales eran finos, naturales y respirando elegancia: su fisonomía, benévola y expresiva, aunque velada en aquel instante por una leve sombra de tristeza.

Fijos los ojos en el suelo y con los brazos vueltos hácia atrás y agarrando con la mano izquierda la muñeca de la derecha, cruzaba lentamente la sala como entregado á serias reflexiones.

De vez en cuando se le veía detenerse, pronunciar algunas palabras con aire melancólico, replegar de repente su entrecejo como tomando una resolución enérgica, y volver á poco á pasearse lentamente, dejando ver en su fisonomía su natural apacibilidad.

Parecía que el corazón de aquel hombre combatían ideas diametralmente opuestas, y que le costaba un violento esfuerzo adoptar las de severidad y energía.

Leopoldo se presentó en la sala con aire modesto, pero digno: como el reo que teme

una sentencia injusta, pero que descansa en su limpia conciencia.

Don Emilio se dirigió hácia él, le tendió la mano amistosamente, y le suplicó que tomase asiento.

Leopoldo cobró valor con aquella acogida benévola, y á una indicación del protector de su amada, se sentó en el sitio que le señalaba del sofá.

Don Emilio se sentó junto á él en la butaca de la izquierda, guardó un instante de silencio como meditando por dónde había de empezar, y al fin le habló de esta manera.

—Nadie como yo, D. Leopoldo, conoce las bellas cualidades que adornan á vd. y que le hacen digno del aprecio general. El talento de vd. honra á este país, y yo soy muy mexicano, muy amante de las glorias de mi patria, para que no le distinga á vd. como se debe al mérito y al saber. Sin embargo, el aprecio del admirador no debe cegar jamás el cariño ni el deber de padre. Yo, pues, aprecio á vd. como á artista; pero no ignora vd. que existen motivos poderosos que me impiden recibirle como hijo.

—Sí; los sonozco por desgracia mía; pero esos motivos, le juro á vd. que basan en una infame calumnia levantada por algun enemigo que el cielo acaso se dignará descubrir muy pronto.

—Quiero creer que es una calumnia: pero esa calumnia pasa en el público por una realidad, D. Leopoldo, y vd. sabe muy bien que hay preocupaciones en la sociedad, que debemos respetar si no queremos renunciar á su aprecio.

—Yo respeto como vd. esas preocupaciones, por mas que conozca que muchas veces son injustas.

—Confío, pues, en que ninguna objecion pondrá vd. á mis escrúpulos, y que no insistirá vd., al escucharme, en hacerme variar en mis proyectos. Obrar de otra manera, no haria mas que perjudicar á vd. y causarme hondas amarguras, que suplico á vd. se digne evitármelas sin darle á vd. ningun resultado favorable. Mi pensamiento es inmutable, y no espere vd. que me retracte jamas de lo que he meditado detenidamente

y he resuelto, por convencimiento, despues de un maduro exámen.

—¡Inmutable!....

Exclamó Leopoldo agobiado con el peso de aquella terrible palabra.

—Esa es la voz propia que corresponde á mi resolucion. Consideraciones particulares de que no puedo prescindir; deberes sagrados que me impuse al recibir á Clotilde por hija; obligaciones imprescindibles que me he impuesto para labrar su felicidad, y otros mil motivos que pesan mucho en un corazon celoso del cumplimiento de sus deberes, me han inclinado á tomar esta determinacion que, como antes dije, es inmutable.

—¡Oh! ¡D. Emilio! ¡concededme siquiera una esperanza! la hora de la vindicacion de mi adorado padre se acerca, y entonces....

—Repito que otros mil motivos, ademas de los que llevo enumerados, y compromisos nuevos contraidos con persona á quien no puedo faltar con pretexto ninguno, me han dictado la medida que he manifestado á vd. Así es que, si realmente desea vd., co-

mo creo, la felicidad de Clotilde, si en algo aprecia vd. su tranquilidad y la mia, y si anhela vd. para ella un brillante porvenir, espero que sacrificará vd. gustoso su irrealizable pasion en aras de su ventura, renunciando á los quiméricos é ilusorios proyectos que acariciaban el corazon de vd.

—¡Ah!.... el sacrificio que exige vd. de mí es superior á las fuerzas de un hombre!....

—Cuento con la honradez de vd., D. Leopoldo, y con sus hidalgos sentimientos, que me son muy conocidos, para confiar en la realizacion de mi deseo. Tambien confio en que no abusará vd. del ascendiente que, sin yo saberlo, ha conseguido alcanzar sobre el tierno corazon de esa inocente niña: confio, ademas, en que no insistirá vd. renuncie á la resolucian que he tomado; y confio, por último, en que tendrá vd. el suficiente talento para conocer que aquí su presencia seria peligrosa, y por lo mismo inconveniente para un padre que busca la felicidad de su hija.

Leopoldo quedó al escuchar aquellas pa-

labras como herido de un rayo; sin saber qué razones oponer á las de su severo interlocutor; dudando de si era un sueño ó una realidad cuanto le sucedia; su vista se nubló; su corazon quedó oprimido dentro del pecho como bajo una plancha de hierro, y permaneció un instante mudo y asombrado, sin saber qué responder.

En aquel instante se detenia detras de la cortina que velaba la puerta vidriera de la sala, un hombre cuyo objeto era sin duda enterarse de la conversacion.

Pasado aquel momento de horrible mal-estar, de sorpresa y de opresion, en que las palabras cedieron todo su derecho al sentimiento interno y desgarrador, exclamó Leopoldo con acento conmovido.

—¡Y cree vd., D. Emilio, que mi ausencia, mi silencio y mi fingido olvido hacia su protegida, pudieran labrar su felicidad...? ¡Cree vd. que al corazon se le manda como á un autómeta, y que se le coloca en la actitud que pretende su dueño....? ¡Cree vd. que Clotilde será mucho mas feliz con un

hombre que no le inspira simpatía ninguna, cuyo carácter es tal vez opuesto al suyo, y cuyos antecedentes antes de pisar este país, desconoce, que con aquel que le ofrece, si no un brillante porvenir, sí al menos una fortuna cómoda, un alma siempre pronta á satisfacer sus mas ligeros deseos, y un corazón inundado siempre de profundo y eterno amor?

—El hombre que aspira á su mano, y al cual no le puedo rehusar una gracia que considero ventajosa para Clotilde, es uno cuya conducta y honradez me son muy conocidas; un hombre que reúne á una fortuna colosal, un alma noble, y un corazón que no cede en amor al del mas rendido amante; un hombre á quien soy deudor de singulares favores; y en fin, el señor Duval, á quien debe vd. conocer, y de cuya conducta no creo que tendrá vd. formada sino muy ventajosa opinion.

—Nunca mi lengua se ha ocupado en manchar la reputacion de nadie; sin embargo, vd. me permitirá que me tome la libertad de decirle, que temo que esa union no

le proporcione á su adorada Clotilde la felicidad que vd. se promete.

—¿Cómo!

El hombre que escuchaba detras de la cortina, aplicó el oido á la vidriera con marcadas señales de impaciencia.

—No debe vd. ignorar, y si lo ignora, es mi deber hacérselo saber, que el hombre á quien destina vd. la mano de su protegida, tiene abiertas constantemente las puertas de su casa á los que van á exponer su fortuna y el porvenir de sus familias al azar de una carta.

—¿Cree vd. que el ser dueño de una casa de juego, es incompatible con el cumplimiento de los deberes de esposo?

—Creo, señor, que el juego no es la ocupacion mas digna, honrosa ni productiva á que debe dedicarse un hombre honrado.

Don Emilio se estremeció.

—Creo—continuó Leopoldo—que el juego es uno de los vicios mas temibles en que puede caer quien tenga obligaciones sagradas que cumplir; creo que es la pasion que hace olvidar todas las pasiones nobles, ge-

nerosas, de amor y de hidalguía, y que encierra en sí todas las que manchan y envilecen á la criatura humana.

—Me parece que está vd. tocando un extremo exagerado.

—No participo yo de esa opinión. El jugador, señor, no tiene hora ni caudal seguro: ahora es dueño de inmensas riquezas, adquiridas con la desgracia del prójimo, que las ha perdido sumiendo á su familia en el hambre y la miseria, y dentro de un momento las pierde, dejando tras las ganadas, aquellas que debieran formar el patrimonio de sus tiernos y queridos hijos. El señor Duval es dueño en este instante de cuantiosas riquezas: ¿quién puede asegurar que cuando se enlace á la mujer que ama, no las verá desaparecer sobre la carpeta, condenando á la virtuosa Clotilde á una vida de privaciones y de lágrimas? No pretendo, señor, que olvide vd. el agravio que juzga vd. le fué inferido por el hombre á quien debo la existencia: no pretendo que se me crea digno del bien á que aspiro, mientras no consiga sincerar la conducta

inmaculada de mi padre; pero si me atrevo á manifestar á vd. que me asaltan mil temores para el porvenir de Clotilde, si por desgracia llega vd. á unirla con el señor Duval.

El hombre que escuchaba detras de la puerta cerró los puños involuntariamente y rechinó los dientes con cólera.

—¿Es decir que el señor Duval no es de la eleccion de vd?

—Es, en mi concepto, y perdone vd. si no oculto mi parecer, la peor eleccion que podia vd. haber hecho. No podrá, en mi concepto, hacerla feliz como vd. desea y como ella es digna de serlo. Cualquier otro enlace con un hombre entregado á las ciencias, á las artes ó al comercio, no me seria tan sensible, porque esas personas al menos no la expondrian á sumirla de un momento á otro en la mas espantosa miseria.

—Veo que exagera vd. los peligros mas remotos: porque al fin no es lo mismo ser dueño de una casa de juego, que ser simple jugador.

—Será tal vez como vd. dice; pero señor, ¡la amo tanto, con tanta verdad, con pasión tan inmensa, que miro el peligro como si realmente lo tuviese delante de los ojos....!

—Ya le he dicho á vd. que olvide ese amor: que sus pensamientos son quiméricos, y su esperanza irrealizable.

—¡Irrealizable!....

—De todo punto.

—La calumnia ha levantado un valladar que cierra el cariño de vd.: deshecho este valladar....

—Pero ese valladar existe, D. Leopoldo, y mi deber es evitar con tiempo el mal, antes de que eche profundas y amargas raíces.

—Hay una persona que puede destruir esa barrera que hasta ahora nos ha enagado el aprecio de vd.

—¿Quién?

—Un desgraciado sin bienes de fortuna, pero que ha quedado en revelarme interesantes misterios.

El hombre que escuchaba hizo un gesto de asombro, y procuró no perder ni una sola de las palabras.

—Pero ¿quién es esa persona?

—El mendigo improvisador.

—¡El mendigo!—Dijo para sí el que escuchaba.—Oigamos.

—¿Y dá vd. crédito—repuso D. Emilio sonriendo—á las palabras de un vagabundo?

—Pero....

—¿De un hombre sin concepto en la sociedad, y que anoche fué herido al asaltar una casa?

Leopoldo quedó abrumado con aquella observacion. ¿Quién, en efecto, daría crédito á las palabras de un miserable que vivía en la holganza y á expensas de la caridad?

—¡Ah!.... soy muy desgraciado.

Exclamó el infeliz amante con toda la fuerza de un dolor profundo.

—Ademas, ese hombre no podría, aunque lo supiese, revelar ya nada interesante para vd.

—¿Por qué?

—Porque ha muerto.

En el semblante del que escuchaba brilló la alegría mas marcada.

—¡Dios mio, Dios mio!... ¡conque es cierto!...

Exclamó el jóven cada vez mas afligido.

—No le quepa á vd. duda: me lo acaban de asegurar.

—¡Soy muy desgraciado!

—Sin embargo, la vindicacion de su padre de vd. no la solicitaria por mí; le aprecié como á un buen amigo, y la accion de que se le acusa la olvidé desde el momento que fué cometida; mejor dicho, estoy firmemente persuadido de que fué inocente.

—Pues entonces....

—Déjeme vd. concluir.

—Escucho.

—Lo quiero por la sociedad que nunca me perdonaria que entregase la mano de mi hija al hijo que lleva, sin merecerlo, la mancha de que á su padre acusa. Repito que le aprecio á vd. como su talento y virtudes lo exigen: que reconozco en vd. cualidades dignas del aprecio general; pero que la estimacion que en particular le consagro, no debe cegarme hasta el grado de hacerme olvidar los deberes que como

padre pesan sobre mí. Además, yo ignoraba la correspondencia amorosa que vd. mantenía con mi hija, y no extrañaré vd. por lo mismo que trate de cumplir la palabra que tengo empeñada con el señor Duval. Nada tengo que agregar á lo dicho: nuestra conferencia, pues, ha terminado aquí.

—¡No me da vd. ni una esperanza?

—Ni una.

—Vea vd. que la desgracia la espera al lado del señor Duval.

El que permanecía detras de la vidriera dejó ver en sus ojos la luz del odio mas profundo.

—Lo he pensado bien, y suplico á vd. respete mi resolucion.

Dijo Don Emilio levantándose de su asiento.

Leopoldo hizo lo mismo.

El hombre que habia estado escuchando, abandonó la puerta, atravesó velozmente el corredor y bajó á la calle.

—Adios, D. Emilio:—dijo Leopoldo dándole la mano y con acento conmovido:—veo

que mi situacion es muy difícil, y que mis razones no tendrian ahora la fuerza necesaria para convencer.

Leopoldo tomó el sombrero que habia dejado sobre una silla junto á la puerta del gabinete, por donde vimos entrar la noche anterior á su cuarto á la encantadora Clotilde.

El bulto de una mujer vestida de blanco, se dibujó al través de la cándida cortina que velaba la puerta vidriera de aquella estancia: los ojos del enamorado jóven se fijaron en aquella sombra aérea, que como una vision celeste se presentaba á su vista para reanimar con su angélica mirada su abatido espíritu: su corazon amante se sintió arrastrar hácia ella como el acero atraído por el imán.

—Adios, D. Leopoldo;—contestó D. Emilio, que no habia fijado la vista en la puerta vidriera:—haga vd. por avasallar á su razon sus quiméricos sueños, y por olvidar á la mujer que ama.

—¡Olvidarla....! ¡Nunca....!

Exclamó el jóven pintor con acento so-

lemne y enérgico, dirijiendo sus ojos hácia donde permanecia el bulto.

La cortina se movió como al estremecimiento de la mano que la tenia agarrada.

—Ved que dentro de pocos meses será la esposa de Duval.

Dijo D. Emilio con voz solemne.

Un grito resonó al pronunciar estas palabras en el cuarto.

La puerta se movió.

El bulto que estaba detras de la cortina cayó en tierra, llevándose consigo la cortina que tenia afianzada con su mano.

Leopoldo salió dejando escapar una exclamacion de dolor; y D. Emilio corrió hácia el sitio donde habia resonado el grito.

No bien se vió en la calle el desgraciado artista, cuando se encontró con Duval, que le esperaba á pocos pasos de la puerta.

—¡Es vd. el que estaba hace un instante hablando con D. Emilio Landeta?

Le preguntó con ronca voz y alterado semblante, procurando reprimir el enojo de que estaba dominado.

—Sí señor.

—¿Y es vd. capaz de sostener en otro terreno lo que allí ha dicho?

—Nunca acostumbro decir mas que la verdad; y la verdad estoy pronto á sostenerla en todos los terrenos.

Respondió Leopoldo con entereza, pero sin alterarse.

—De esa manera no tendrá vd. embarazo en decirme á quién presentaba vd. como indigno de aspirar á la mano de la encantadora Clotilde.

—Ninguno.

—¿Quién es, pues, esa persona que vd. no juzgaba merecedora del bien que anhela.

—Usted.

—Veo que tiene vd. el suficiente valor para hablar con franqueza.

—He dicho que siempre estoy dispuesto á sostener la verdad.

—¿Luego vd. me odia?

—Cordialmente, como creo que me odia vd. á mí.

—Ha acertado vd.

—No podia equivocarme.

—Y cuando dos se odian....

—Es preciso que uno muera.

—Veo que me comprende vd.

—Entonces puede vd. utilizarse de mi buena disposicion cuando vd. guste.

—No pasará mucho tiempo.

—Lo deseo ardientemente.

—Adios.

—Adios.

Y ambos se separaron lanzándose una mirada de odio y de venganza.



CAPITULO VIII.

El Herido.

Estamos en una humilde habitacion de casa de vecindad. No se ve en toda la pieza mas adorno que una mesita de pino blanco, unas cuantas sillas viejas, un cuadro de la Virgen de la Soledad y un miserable lecho en que descansa un hombre, jóven aún, en cuyo flaco y macilento rostro se ven pintados los estragos que imprimen la miseria y las enfermedades. Sus ojos, cercados por una espesa sombra que se dibuja en sus marchitos párpados, están sin brillo y hundidos hasta el cráneo: su mirada es vaga y melancólica, la palidez de su fisonomía,

aunque extrema, la hace resaltar mas todavía la falta de aseo y la abundancia de barba, que parece crecer con la enfermedad: pobres sábanas y una frazada raída, cubren el descarnado cuerpo de aquel infeliz.

Al lado del lecho, y sentada en una silla ordinaria y tosca, se ve una mujer pálida tambien, pero hermosa como el ángel de la caridad, velando el infortunio de la inocencia, con un libro en la mano que lee de vez en cuando. Un humilde traje de percal negro envuelve en sus pliegues las buenas formas de su cuerpo gentil, y un pañuelito de algodón listado, oculta parte de su blanca y hechicera garganta. Sus ojos negros y melancólicos, velados por suaves y prolongadas pestañas, prestan una sombra mágica, dulce, seductora, á sus divinos párpados, y un irresistible hechizo á su dulce fisonomía y celestial mirada: su preciosa y agradable cabeza, se hace notable por el largo y abundante pelo castaño-rubio, que en dos gruesas trenzas recoge en su flexible cintura. En la blanca frente de esta mujer están retratados la resignacion y el dó-

lor: en la dulce mirada de sus lánguidos ojos, la compasion y la fé; en su célica fisonomía la tribulacion, la necesidad, la tristeza, el cariño y la conformidad.

Su belleza no es la de una tierna jóven en la primavera de sus años, flor delicada de suavísimas hojas que nace con la aurora. brilla un momento con los primeros rayos del sol, y muere marchita y sin color al menor soplo del vendaval: es la del astro rey del dia que nace esplendente, se eleva magestuoso, deslumbra en el cénit y descende dulce, bello, y como nunca seductor entre nubes purpurinas, inundando de dicha el corazon, y llevando tras sí las miradas del hombre que se extasía contemplando su mirífica hermosura.

Dos niñas de tierna edad, hermosas como dos ángeles, de ojos azules y dilatados, de blondo y finísimo cabello la una, y vivo retrato la otra de la hermosa mujer que acabo de describir, se ven, la primera reclinando su graciosa cabeza en sus rodillas; y la segunda apoyada lánguidamente sobre uno de sus torneados hombros.

En estas dos angélicas criaturas no brilla la alegría peculiar de la infancia, ni en sus lindos ojos la vivacidad de los primeros años.

Obligadas á vivir en aquella atmósfera pesada y enfermiza, donde imperaba la tristeza y la necesidad que á todas horas les rodeaba, se habian inoculado con el aire melancólico que estaba impreso en los semblantes de los desgraciados séres que descansaban, uno en el lecho del dolor, y el otro velando á su cabecera.

Unos vestidos de indiana limpios, pero remendados en mil partes, envolvian los cuerpecitos de estas dos tiernas criaturas, cuyos angélicos rostros besaba con frecuencia el sér benévolo sobre cuyas rodillas y hombro estaban reclinadas.

Eran dos blancas perlas, dos preciosos brillantes junto á un encendido rubí, pero escondidos todos entre el sucio polvo y los andrajos de la miseria: dos resplandecientes estrellas al lado de la plateada y misteriosa luna, pero veladas por oscuros y negros nubarrones.

La hermosa mujer alzaba de vez en cuando la vista del libro y la dirigía con frecuencia hácia aquellos ángeles desgraciados, cuyos padecimientos le desgarraban el corazón, y dejaba escapar uno que otro ahogado suspiro, que revelaban hondos y prolongados sufrimientos, que en vano trataba de disimular.

—¿Por qué lloras, mamá?

Dijo la que se apoyaba en su hombro, viendo que se secaba con el delantal dos lágrimas que involuntariamente rodaron por sus párpados.

La que descansaba en sus rodillas levantó la cabeza al oír á su hermana, y fijó su vista en el rostro de la afligida mujer que contestó procurando sonreirse para tranquilizarlas.

—No lloro, hija mia; no lloro, Teresita:— y la estrechó contra su pecho:—es que me quitaba un estorbo que me habia caído en el ojo.

—Pero si todavia tienes la señal de las lágrimas.

Exclamó con inocencia infantil la otra niña.

—Puede ser: siempre lloran, Julita, los ojos, cuando cae alguna cosa en ellos.

Exclamó la tierna madre besando la angélica frente de la que estaba apoyada en sus rodillas.

—Dios quiera que esa sea la causa y no otra mas amarga, querida mamá.

—¿Pues cuál otra podríais pensar, hijas mias, que podria yo tener?

Contestó la infeliz madre acariciándolas.

—Una que nos alcanza tambien á nos otras, mamá.

Dijo poniéndose pálida como la muerte la bella Teresita, que se reclinaba en su hombro.

—¿Cuál?

—El hambre

—¡El hambre....!

Exclamó débilmente la desventurada mujer, dejando caer abatida su cabeza sobre el pecho.

—Sí, el hambre; porque desde ayer no

has comido por cedernos á nosotras tu parte, ni hoy te has desayunado por la misma razon. ¿Crees que no he puesto yo cuidado, madre mia....? ¡Ah....! pero nosotras hemos sido muy egoistas en admitirlo, sabiendo que te habia de hacer mal!....

—No, hijas mias; yo no tenia ganas de comer: ¡os quiero tanto....!

—Y toda tu ropa la has empeñado para que nada nos faltase, mientras que tú....

La desventurada madre las atrajo dulcemente contra sí para besarlas.

—Mientras que yo soy feliz viéndoos contentas.

—Pero si no comes, te morirás, madre mia; y nosotras queremos que vivas: ya nada tienes que empeñar; de todo te has deshecho durante la peligrosa enfermedad que siguió á la herida que recibió papá en San Angel, la noche en que de una casa dispararon algunos tiros.

—Sí, es cierto; pero por fortuna su vida no corre ya peligro.

—Pero la corrió, y muy eminente, la no-

che en que fué herido, pues hubiera muerto abandonado, en medio del campo, y sin ser visto de nadie, si Dios no hubiera hecho que corriera adonde estaba, á un hombre caritativo.

—Sí, es verdad;—dijo Elisa;—si vive es gracias al honrado y humano campesino que, hallándose por casualidad en San Angel, y hospedado cerca del sitio donde tuvo lugar la funesta escena, acudió al oír los tiros, le condujo á su habitacion, y al dia siguiente se dignó conducirlo en un coche, y muy despacio hasta aquí, despidiéndose con las mayores pruebas de afecto.

—¿Y cómo dijo que se llamaba?

Preguntó Teresita.

—Pablo.

—Parecia muy bueno.

—Y lo es sin duda.

—¿Le conoces tú, mamá?

—Le conocia de nombre, porque habia escuchado ensalzar sus buenas cualidades, pues merced á éstas, de simple criado ha llegado á tener una propiedad en Texcoco,

y habia marchado felizmente para nosotros, ese dia á San Angel, con el objeto de comprar otra.

—¡Cuánto me alegro!

—Pero ¿cómo pudo, mamá—dijo Julita— hacer su fortuna?

—Habia servido con lealtad á un D. Miguel, á quien salvó de la muerte en el rio de Tampico en 1829; continuó prestándole servicios muy notables; y cuando aquel se enlazó con una prima suya, llamada María, regaló al leal Pablo, que como os he dicho, era un indio de nobles ideas, una considerable cantidad de dinero para que comprase la pequeña hacienda en que hoy vive con todas las comodidades, y unido á una honrada mujer llamada Juana, que era tambien criada de una familia que recompensó generosamente sus leales servicios.

—¡Qué satisfactorio debe de ser eso!

—Mucho, hijas mias.

—Yo quiero mucho á ese Pablo—exclamó Teresita—porque merced á él, vive papá.

—Y yo.

Contestó Julita.

—Ya veis, pues, que la vida de vuestro padre no corre peligro, y esto debe consolaros.

—Pues por lo mismo debes tu cuidar de la tuya, mamá.

—Sí, hijas mias, cuidaré de ella.

—¡Eres tan buena....! Queremos que te cuides: no queremos que te mueras; no, no queremos, porque nos moririamos tambien.

—¡Morir vosotras....!

—¡Y para qué quisiéramos vivir si tú nos faltases....? ¡qué seria de nosotras....!

—¡De vosotras....!—La afligida madre volvió la cabeza hácia el lecho en que dormia el enfermo, y exclamó con el amargo acento de una triste conviccion.—¡Es verdad....! Pero no tengais cuidado: Dios es muy bueno, y me conservará la vida para que os eduque en su santo temor.

—¡Ah, sí! ¿no es él—segun tu dices— quien nos envia el alimento que recibimos de la señorita Soledad....?

—Sí, hijas mias: esa jóven es el instrumento de que la Providencia se sirve para

no dejarnos perecer de necesidad: Dios graba en el corazón de algunas de sus criaturas el sentimiento de la caridad, y obran impulsadas por él, llevando el consuelo á los desgraciados como nosotros.

—¡Ah....! bendigamos á Dios, madre mía....!

Exclamaron las dos inocentes criaturas elevando sus ojos y sus manitas al cielo.

—¡Bien, hijas mías, bien! la oración de los niños llega siempre hasta el trono del Señor: bendecidle y rogadle por todos los que padecen en la tierra.

Y las niñas se pusieron de rodillas delante de una imagen que estaba en un humilde cuadro junto al lecho del enfermo.

Este hizo un movimiento que obligó á la hermosa mujer á volver los ojos hácia donde él estaba.

Parecía entregado á un agitado ensueño: tenía entreabiertos los labios: respiraba con alguna agitación, y su rostro estaba animado.

—Cinco albuces á la dobla:—pronunció

con voz apagada, como es siempre la del que sueña:—se está haciendo la chica.

Aquellas palabras helaron el corazón de la que escuchaba, que exclamó para sí abatida.

—¡Siempre el juego....!

Y abundantes lágrimas corrieron por su pálido semblante.

—Voy todo.

Volvió á pronunciar el que soñaba.

Las inocentes niñas volvieron la cabeza al escuchar la sombría voz del enfermo: habían acabado de orar, y se acercaron á su adorada madre.

—¡Dirás que ahora no lloras, madre mía!....—Le dijo Teresita tomándole una mano y besándosela.—¡Tú padeces, y no nos quieres decir tu pesar!....

La cariñosa mujer trató de ocultar el verdadero motivo de aquellas lágrimas, y contestó abrazándolas con ternura.

—Pero no llores de pesar, hijas mías: lloro porque me ha conmovido la lectura de esta comedia.

—¿De veras?

—Sí.

—¿Y cómo se llama?

—¡Treinta años, ó la vida de un jugador!

—¿Y es muy triste?

—¡Muy triste!.... lo mas triste que puede haber sobre la tierra.

Exclamó con amargo acento la desventurada madre.

—Pues no leas cosas que te hagan llorar, ¿no ves que nos harás llorar tambien...?

—Teneis razon:—dijo dejando el libro— bastantes motivos os cercan de tristeza sin que busquemos los medios de aumentarla.

En aquel momento hizo un movimiento el enfermo y despertó.

—Hace rato que no veo bien, mamá, y que se me cierran los ojos como si no hubiese dormido.

Advirtió la inocente Julita reclinando su hermosa cabeza en el pecho de su amorosa madre.

Esta conocia demasiado el origen de aquella languidez, y se le desgarró el corazon.

—Pero, no te asustes;—añadió la misma criatura:—no debe ser mas que debilidad.

—Pues á mí me sucede lo contrario:—repuso la otra jóven.—Anoche despertaba á cada instante: ¡tenia tanta hambre....! ¡como no cenamos mas que un poeo de pan....!

—¡Hambre!.... ¡hambre!....—exclamó con voz lúgubre el enfermo.—Si yo pudiese moverme de esta miserable cama en que estoy postrado hace tanto tiempo, pronto cesarian todas las miserias....!

—Pero tú, mamá, tienes mas necesidad que nosotras, y sin embargo, no te quejas: no has comido nada, y tus ojos no se cierran como los míos.

—Porque á mí, hijas mías, me alimenta el cariño que os tengo; y el pan que reparto con vosotras es el maná que fortalece mi alma.

—Pero no permitiremos ya que vuelvas otra vez á quedarte sin nada: ¡quién, si te enfermas por privarte de la comida, nos consolará y acompañará en el mundo? ®

—Dios y vuestro querido padre.

—¡Nuestro padre!....

Respondieron las niñas dirijiendo una tímida mirada hácia el miserable lecho.

—Sí; vuestro padre.

—Esas criaturas no quieren á su padre.

Pronunció con amargura el enfermo.

—¡Ah!... sí, sí, queremos á vd., queremos á vd., padre mio.

Dijeron las dos corriendo á un mismo tiempo á donde él estaba.

—Sí, Diego, te quieren, ya lo ves; sino que como solo te han solido ver un solo instante, y de noche....

—Pronto no me separaré de ellas ni de tí, Elisa.

—¡Qué dichosa seré entonces!

—Y nosotras, papá.

Exclamaron Julia y Teresita, estrechando la mano que el enfermo les tendia con movido.

—¡Pobres hijas mias!

—Nosotras, no, papá; porque ya nos hemos desayunado mamá es la que no ha comido desde ayer: ¿no la vé vd. qué pálida está?....

—¡Sí, sí; ¡ah!... si yo pudiera levantar

me, todos nuestros males acabarían: yo os traeria mucho pan, mucho, mucho, para que saciárais esa hambre que os debilita y mata.

—No te agites, Diego, mira que esas emociones te hacen mal.

—No, Elisa: me siento aliviado con solo hablar de mis proyectos. He meditado bien todos estos dias en que me he visto prostrado en esta cama, y tengo un plan que no puede faltar: mi combinacion es infalible.

—¡El juego!.... ¡otra vez el pensamiento del juego!

Dijo Elisa dejando caer la cabeza sobre el pecho.

Las dos niñas se acercaron á ella para consolarla.

—Una sola vez. ¿No te digo que mi combinacion es infalible? ¡Ah!... si en vez de haberme empeñado la otra noche en jugar á la grande, hubiese puesto á la chica, á esta hora tendríamos una fortuna colosal.

—Yo no aspiro á mas fortuna que á una vida tranquila; á una vida consagrada á tu

cuidado y á la educacion de estos dos ángeles.

—¡Gracias, madre mia!....—dijeron las dos niñas besándole la mano:—¡qué buena eres....!

—¡Una vida oscura!—exclamó el enfermo.—No, Elisa: yo no quiero vegetar aquí como las plantas: yo anhelo volver á Buenos-Aires, mi patria: visitar otra vez Sevilla, donde te conocí cuando viajé por Europa: sí, quiero recorrer de nuevo la hermosa Andalucía, y dormir el sueño de la muerte donde reposan los huesos de mis padres. ¡No anhelas tú lo mismo?

—Yo no tengo mas placeres ni mas patria, ni otro mundo que mis hijos.—Dijo Elisa abrazando á las preciosas niñas.—Amo á España porque nací en ella, quiero Buenos-Aires porque es la patria de mi esposo; pero idolatro á México porque en él nacieron los dos seres que embalsaman los dias de mi existencia.

Las dos niñas la llenaron de caricias y de lágrimas, arrancadas por el cariño.

—Un momento de buena suerte, y hago

mi fortuna:—repitió Diego:—he meditado mucho, y el plan es infalible.

—¡Ay Diego! la economía y la honradez son la base de una fortuna sólida.

—¡Economía....! No; yo necesito labrar mi felicidad de un golpe; en un solo dia; en una hora: mi alma sufre, y es preciso aliviarla dándole oro.

—La medicina del alma es el trabajo, Diego: trabaja como en otro tiempo trabajaste, y seremos tan dichosos como lo fuimos entonces. ~~~

—¡Te complaces en contrariarme?—exclamó con enojo el enfermo, viéndose contrariado.—He dicho que quiero ir por la última vez y....

Las niñas se arrimaron á su desdichada madre, aterradas con el acento duro de Diego y con el terrible ceño que se marcó en su macilento rostro.

—Bien, Diego, vete:—contestó Elisa con resignacion cristiana.—No me opongo á tu voluntad: era una observacion, un consejo amistoso que creí lo apreciases.

—Pues creiste muy mal: no quiero ni ne-

cesito consejos, ya lo sabes:--repuso exaltándose por grados Diego.--No estoy en la edad de recibir consejos, sino de obrar como mas conveniente crea.

--Bien, no te incomodes por eso; me arrepiento de lo dicho.

--Siempre te arrepientes despues de matarme.

Contestó con bronco acento el enfermo.

La pobre Elisa no pudo contener las lágrimas al verse tan injustamente reprendida.

Las dos niñas, conmovidas al ver su llanto, empezaron á llorar.

La amorosa madre las estrechó contra su corazon.

Diego murmuró algunas palabras de disgusto: se volvió del otro lado, fatigado con la discusion que acababa de tener, y abrazando en su imaginacion el plan que le habia halagado pocos momentos antes, volvió á quedar dormido y entregado á uno de esos ensueños que asaltan al hombre preocupado con una idea.

--Estoy seguro del éxito:--exclamó otra vez soñando.--Diez albuces á la dobla.

Elisa exhaló un profundo suspiro al escucharle.

--¡No hay remedio!--exclamó inundados de lágrimas los ojos.--Ese vicio le acompañará hasta el sepulcro, y será nuestra desgracia.

--No llores, mamá:--le dijo Julia conmovida.--No llores, porque nos pones tristes y nos haces llorar tambien.

--¡Quieres vernos padecer!--añadió Teresita.

--¡Veros padecer....! ¡Ah!.... no; nunca. Pronto acabarán mis lágrimas y vuestra hambre.

--¡De veras?

--Sí, queridas.

--¡Como!

--He hablado para que os admitan en el colegio de las Vizcainas.

--¡Separarnos de tí!...

Exclamaron pálidas y tristes las dos criaturas.

Allí tendreis todo lo necesario: la comida de que aquí careceis.

--¡Nos quieres separarnos de tu dadol!...

—¡Ya no nos quieres, mamá!....

—¡Yo no quereros!....—dijo inundándolas de besos y de caricias.—¡No querer una madre á los hijos de su corazón!....

—Pues entonces, ¿por qué quieres que vayamos al colegio?

—Porque no puedo veros padecer, sufrir.... morir de hambre!....

—¿Y quieres que muramos de tristeza ausentes de tí?....

Exclamaron con la seductora candidez de la inocencia.

La tierna madre las estrechó en sus brazos, llorando de placer y de ternura.

Una jóven, fresca como una rosa, de fisonomía franca, alegre y expresiva, conduciendo en el brazo una canastita cubierta con una blanca servilleta, se presentó en el cuarto.

Quieta en el dintel de la puerta, respirando benevolencia y alegría, vestida de blanco y sonriendo de placer, parecía el ángel de la felicidad anunciando la paz y la ventura á la virtud oprimida.

Su simpático rostro no era uno de esos cuyas facciones resisten separadamente un análisis artístico. Sus ojos no tenían ni la forma ni el color que los pintores y los poetas buscan para sus cuadros y sus poemas: eran claros, pero no azules y de dulce mirar como el cielo, sino grandes, apasionados y vivos: su nariz, sin ser fina y delicada, sino imperceptiblemente corta y algo gruesa, convenia perfectamente á su ovalado y blanco rostro, que respiraba candor y alegría: sus labios, algo gruesos, pero encendidos y frescos como una rosa al despuntar la aurora, dejaban ver al sonreír, que era casi siempre, una hilera de blancos dientes, unidos y perfectamente iguales, que revelaban el escrupuloso aseo y la mas esmerada limpieza.

No eran, pues, sus facciones, examinadas aisladamente, lo que constituye la perfeccion del rostro de una mujer, y sin embargo, su conjunto era irresistible.

La suavidad y frescura de aquel delicado cutis, en que estaban desleídos suavemente, en misteriosa mezcla, la blancura del lirio y

el nacarado tinte de la rosa: el apacible carmin de sus mejillas, que se extendia dulcemente guardando perfecta consonancia con su purpurina boca: la angélica sonrisa que vagaba á todas horas por sus sonrosados labios: el aire de pureza y de tranquilidad que se pintaba en su semblante: el gracioso movimiento de su elegante cabeza, velada por una luenga cabellera negra como el ébano, que hacia resaltar notablemente la blancura de su cõitis y la forma delicada de su ebúrnea y torneada garganta: la sencillez y elegancia de su flotante ropaje, velando un cuerpo flexible, gracioso y bien formado, que parecia desprenderse de la tierra; el corte exquisito de sus nevados y redondos brazos; la suavidad y finura de su pequeña y preciosa mano, y la morvidez, en fin, de sus hechiceras formas, hacian de esta mujer uno de esos seres de atractivos indefinibles que se aman cuanto mas se examinan; que empiezan por simpatizarnos, si guen por interesarnos, y que acaban por cautivarnos insensiblemente.

Al verla presentarse en la puerta de la

miserable alcoba, las dos niñas corrieron ligeras como dos mariposas á su encuentro.

—Buenos dias, señorita Soledad.

La jóven les dió un beso en la frente y les dijo con una voz mas dulce que la brisa al mover las hojas de las flores.

—Buenos dias, encantadoras criaturas.

Elisa se levantó del asiento, y la recibió con un abrazo, diciéndola.

—Bien venida sea mi amable vecinita.

—¿Y cómo sigue su esposo de vd?

—Se encuentra algo mejor, gracias á Dios.

—Me alegro mucho, porque así podrá probar alguna cosita de las que traigo aquí, y que espero admitirá vd. como un presente sincero de amistad.

—¿Un pollo.... costillas.... huevos....!

Exclamó Elisa viendo lo que contenia la canasta.—¡Ah! siempre obsequiándonos, sin que nosotras podamos corresponder.

Los ojos de las dos niñas brillaron de alegría al oír lo que contenia el regalo.

¡Las pobrecitas comian tan de tarde en tarde!....

—Si eso no vale la pena:—contestó Soledad sin hacer mérito de su obsequio:—me regalaron ayer algunas gallinas y pollos, y he querido que participasen vdes. del presente.

—Mil gracias, Soledad: nunca olvidaré los señalados favores que se ha dignado vd. dispensarme.

—Así cumplo con una imperiosa exigencia de mi corazón, y con el deseo de mi primo Félix que me encargó le obsequiase & vd. en su nombre y en el mio.

—¡Cuánto les agradezco á vdes. ese recuerdo!

—¿No es vd. la única amiga que tengo en la vecindad?

—Tendrá vd. muchas, porque vd. es digna de la amistad de todos; pero yo me cuento en el número de las mas sinceras.

—Lo sé.—Dijo Soledad estrechándole la mano.

—¿Y sigue siendo el dependiente predilecto de su principal?

—Lo mismo que siempre.

—¡Cuánto me alegro de ello! Debe vd.

estar orgullosa de tener un primo tan recomendable.

—Sin duda que lo estoy: Félix me ama como si fuese una hermana suya; todo su sueldo es para mí: no tiene mas placer que el visitarme, ni mas diversiones que mi compañía. Pero suplico á vd. me permita que vaya.

—¿Tan pronto?

—Estoy concluyendo de bordar un chaleco para él, y quiero sorprenderle entre gándoselo esta noche cuando venga.

—Siendo así, no quiero ser impertinente deteniéndola.

—Adios, Elisa, ahí le dejo á vd. la canastita: adios angelitos:—añadió besando á las dos niñas:—no se olviden vdes. de llamarme su hermana mayor.

Y sin dar lugar á que le contestaran, salió de la pieza, ligera como una gacela, dejando á Elisa y sus dos inocentes criaturas inundadas de felicidad y de contento.

—Ahora siquiera—dijo una de las últimas—podrás saciar tu hambre, madre mia.

—Sí, mamá:—agregó la otra:—es preciso que comas para que no te enfermes.

—Y vosotras también comereis, ya que vuestros inocentes ruegos fueron escuchados por la Providencia.

—¡Es tan dulce rogar á Dios, y tan bonita la oracion que tú nos has enseñado á preferir á todas las demas!....

—Sí, hijas mías: el Padre Nuestro es una constante súplica al Eterno, llena de unión, de sentimientos tiernos y generosos, donde el débil hombre nada promete que sea difícil cumplir, y todo pide al que es dueño de cuanto existe y está constantemente dispuesto á conceder. El Padre Nuestro, como salido de los divinos lábios del Crucificado, y dictado por aquel admirable Sér, todo amor, todo caridad y todo sabiduría, se adapta á todos los corazones, desde el mas tierno del inocente niño, hasta el del mas endurecido guerrero. Nadie puede alegar que no puede cumplir con los preceptos dulces de esa sagrada oracion: á todos conviene: con todos habla: todos necesitan de ella. En la oracion dominical; en esas su-

blimes palabras en que nos enseñó el Hijo de Dios la dulce manera de dirijrnos á su amantísimo Padre; ¿qué se pide de la frágil criatura que sea difícil de practicarse...? nada. Que santifique el nombre de Dios que está en los cielos: ¿hay cosa mas justa ni mas grata á un corazon agradecido que santificar el nombre de aquel que le ha colmado de beneficios? Pedirle que nos conduzca á su reino despues de la muerte; ¿y no es este el supremo bien á que aspira todo mortal, al abandonar este mundo de miseria y de lágrimas, donde tanto ha padecido? Que se haga la voluntad del Señor: ¿y cómo no conformarnos con la voluntad del mas sábio, del mas tierno, del mas amante, del mas bueno de los padres; de aquel que conoce lo que nos conviene, y cuyo deseo no es otro que el de nuestra felicidad eterna? Que nos dé el pan de cada dia: esto es, el preciso sustento: ¿hay en suplicarle que nos envíe lo necesario á la vida, algo que se oponga á nuestros intereses particulares? Que nos perdone nuestras deudas así como nosotros perdonamos á nuestros deudores: ¿qué ras-

go mas noble y satisfactorio que perdonar? y si nosotros solicitamos que el impecable nos perdone las ofensas que á cada instante le inferimos, ¿cómo tendremos valor para no perdonar á nuestra vez las ofensas que nos ha hecho el prójimo, en las cuales acaso habrán tenido alguna parte nuestra vanidad, nuestro orgullo y nuestros multiplicados defectos? Que no nos deje caer en tentacion y que nos libre de todo mal: ¿no envuelven estas palabras la felicidad del mundo? pedir que nos tenga de su mano, que no nos deje cometer ningun delito, ningun crimen, ninguna accion bastarda, es pretender dar á la sociedad el bienestar, la paz y la ventura que cada individuo anhe-la para sí.

—¡Con qué gusto te hemos escuchado, mamá;—dijo la inocente Julia—nos explicas todo con una dulzura y una claridad que nos deleita.

—Deber es mio, como el de toda cariñosa madre, dar á conocer las excelencias de nuestra augusta Religion. Pero, vamos á comer, hijas mia, que ya tendreis necesidad

de alimento. ¡Qué buena es la señorita Soledad!

—Yo la quiero mucho:—dijo Teresita—porque siempre te viene á consolar, mamá.

Unos golpes dados á la puerta que daba al corredor, les hizo interrumpir el diálogo.

Elisa, que iba á disponer la comida, suspendió la operacion.

Los golpes se repitieron.

—¿Quién será á esta hora?

Dijo la jovencita rubia.

—Sin duda es el doctor;—contestó la mamá—ve á abrir, hija mia.

—¡Willey!....—Exclamó con disgusto la niña:—no sé por qué me causa miedo ese hombre.

—Y á mí:—añadió la otra:—tiene un modo de mirar que asusta.

—Es el médico que cura á vuestro padre.

—Sí, es verdad; pero....

—Un amigo suyo.

—Todo eso es cierto, pero.... yo no sé por qué le tengo miedo á ese hombre.

Nuevos golpes sonaron por tercera vez.

—¿Quién llama?—Dijo el enfermo despertando.—¿No habeis oido que llamaban?

—Sí;—contestó Elisa.—Corre, hija mia, no le hagas esperar.

La niña obedeció con cierta repugnancia, y á poco se presentó seguida del doctor Willey.

Era este, como ya hemos dicho en otro capítulo, un hombre como de cuarenta y cinco años; rubio, de blanco rostro, aunque de facciones toscas, picado de viruelas, alto, algo abultado de vientre; de ancha espalda y rudos modales: su bigote era recio, ancho y casi rojo; grandes sus manos, y extremadamente gruesos sus dedos; vestia corbata blanca alta, sosteniendo unos cuellos con largas puntas que se cruzaban en la boca: sombrero alto negro; paltó color de yesca que continuamente lo llevaba abrochado, y pantalon oscuro: un gran reloj de plata, afianzado por una cadena de acero, descansaba en el bolsillo izquierdo de su chaleco de cachemir amarillo, y un grueso

baston de caña de la India, con puño de oro y grandes borlas, le servia para apoyarse.

—¡Holal ¿es vd., querido doctor?

Dijo el enfermo al verle.

—Sí, señor D. Diego:—contestó Willey sentándose junto al lecho, despues de saludar á Elisa y de dirigirle una mirada profunda que hizo bajar los ojos á la esposa:—yo soy, que vengo á ver si logro sacarle pronto de ese lecho que no debe serle muy agradable.

—Ciertamente que me hace poca gracia; pero hoy me he sentido mucho mejor.

—Vamos á ver: tomaremos el pulso.

El enfermo alargó el brazo: el doctor se puso á contar las pulsaciones, mientras con la vista devoraba á Elisa.

Esta se habia colocado al otro lado de la cama, aunque tambien á la cabecera, y permanecia con los ojos fijos en el rostro de Diego, para evitar que se encontraran con los del doctor.

Willey tosió para llamar su atencion; pero la esposa, en vez de alzar la cabeza, la apoyó sobre la de una de las criaturas,

que se habia colocado de rodillas delante de ella.

—¿Cree vd. que tengo algun alivio?

Preguntó el enfermo, viendo que continuaba pulsándole.

—Sí, sí:—contestó el doctor que se habia olvidado del paciente, y sin apartar la vista de Elisa:—la calentura, originada por la herida, y que me habia alarmado, ha empezado á ceder.

—Yo al menos siento la cabeza mucho mas despejada.

—Repito que hay una notable mejoría:—repuso Willey; y luego, empeñado en atraer la atencion de la esposa, añadió:—¿no le parece á vd. lo mismo, señora?

—A la simple vista mia, sin duda que sí.

Contestó Elisa, al mismo tiempo que cubría con la frazada los brazos de Diego, para evitar de este modo el mirar al médico.

Este leyó en aquella estudiada accion una evasiva á su anhelo, y sintió en su pecho una opresion violenta.

El paciente, que ignoraba lo que pasaba á su alrededor, preguntó:

—¿Y cuándo cree vd., señor Willey, que estaré en disposicion de salir de este maldito encierro y respirar el aire libre de la calle?

—Dentro de pocos dias.

—¡Ah....! ¡lo deseo tanto....! la cama me consume, me desespera.

—Y eso que tiene vd. un ángel que le cuida á todas horas.

Contestó el doctor sin lograr que la mujer á quien dirigia aquella lisonja, hiciese otra cosa que una inclinacion de cabeza para darle las gracias.

—Sí, amigo Willey—dijo el paciente tomando una de las manos de su esposa:—Elisa es un ángel de consuelo; ella no se ha separado un instante de mi lado.

—Al obrar así—contestó la hermosa mujer mirando á su esposo—he cumplido con una exigencia del corazon y con un sagrado deber: tus alegrías y placeres me pertenecen, lo mismo que tus penas y tus padecimientos.

Diego, conmovido por aquellas palabras, acercó á sus lábios la mano de su esposa.

Esta se sonrojó.
El doctor replegó el entrecejo sobre su frente con un gesto de ira, que dió á su fisonomía un aspecto aterrador.

—¡Gracias, Elisa, gracias....!—exclamó el marido despues de besar la mano de su esposa.—Ya lo ve vd., doctor: ¿habrá alguno que no envidie mi felicidad?

—Sí, sí.... todo el mundo—contestó Willey con voz áspera y dejando ver en su rostro un gesto de impaciencia:—¡Es tan grato verse amado de una mujer hermosa, como terrible verla indiferente y fria.

Y al decir esto se levantó de su asiento sin poder disimular la impaciencia y malestar que le dominaban.

—¡Nos deja vd. tan pronto, señor doctor?—Dijo Diego, que no estaba en disposicion de observar lo que pasaba en el corazon del médico.

—Sí; tengo que hacer varias visitas todavía y no puedo detenerme mas.

—¡Y qué va vd. á recetarme?

—Una cosa sencilla y agradable al paladar.

—Trae papel y tintero, esposa mia.

Elisa se levantó de donde estaba y se dirigió á la mesita de pino blanco; sacó del cajon un tintero ordinario y un pedazo de papel, y los colocó encima.

El doctor se acercó á recetar.

La hermosa mujer esperó en pié que concluyera.

—Aquí está:—dijo Willey acabando de escribir; luego, acercándose al enfermo, y dándole la mano le dijo:—Adios: dentro de dos dias estará vd. en disposicion de salir.

—Dios lo quiera—contestó el enfermo:—¿Y puedo comer alguna cosa?

—Sí; un poco de pollo: Adios.

—Hasta mañana.

Willey se acercó entonces á Elisa que aun permanecía junto á la mesita, y le dijo en voz baja.

—Espéreme vd. esta noche en la otra pieza; tengo que hablar con vd. á solas.

—¡Nunca!—Contestó en la misma voz la hermosa mujer.

—Lo exijo.

—Y yo no obedezco.

—Ved que enseñó este papel á vuestro esposo. Repuso el doctor sacando del bolsillo una carta.

Elisa se puso pálida como la muerte y exclamó.

—¡Ah, por piedad, no se la enseñe vd!

—¿Me esperará vd?

—Esperaré.

—¿Sola?

—Sola.

Willey guardó el papel y salió con aire triunfante, dirigiendo una tierna mirada á Elisa, que apartó de él los ojos horrorizada.

La infeliz se quedó temblando y descolorida como la cera: sus piernas flaquearon, y se vió precisada á apoyarse en la mesa para no caer.

—¿Qué tienes mamá....?—Le dijeron las dos niñas que corrieron hácia ella al verle palidecer.—Te has puesto muy descolorida: ¿estás mala?

—No, hijas mías, no;—contestó Elisa tratando de serenarse, y acariciándolas:—un vahido.... la debilidad....

—¿Lo ves....? ¡Ah....! es preciso que

comas, madre mia; ¡es preciso que comas para que cuides de nosotras....!

—Sí, sí: tenéis razon: vamos á comer: por fortuna tambien vuestro padre podrá participar del regalo de la hermosa Soledad: disponedlo todo.

Las dos angélicas criaturas pusieron la mesa en un instante, y se sentaron á ella brillando en sus ojos la alegría.

Elisa partió una pierna del pollo y se la llevó á su esposo.

Las preciosas niñas comian con un apetito y un placer que hubiera envidiado el mas potentado de la tierra.

Tambien el enfermo devoraba su racion con singular contento.

Solo Elisa se encontraba triste y sin apetito: la amenaza del doctor le habia helado el corazon, y el temor de su llegada le llenaba de un sobresalto que le hacia olvidar el hambre que pocas horas antes amenazaba su vida.

—¡Dios mio, Dios mio!.... ¡sálvame de ese hombre....!—Dijo para sí, llena de amargura y de dolor.—¡Tú que lees en el

fondo de mi corazon, no me dejes entregada á su venganza.... ¡Ese papel!....

Y aquí se detuvo horrorizada: un fuerte estremecimiento sacudió violentamente su cuerpo: su semblante se puso mortalmente pálido, y sus ojos se llenaron de lágrimas.

¿Qué contenía aquel papel?

La sucesion de los acontecimientos nos lo demostrará en el curso de esta historia.

CAPITULO IX.

La casa de vecindad.

Cada casa de vecindad de México puede considerarse como un gran pueblo reunido bajo un mismo techo, que cobija á todas las clases de la sociedad, excepto á la alta.

Allí en el primero y segundo patio, se descubren desde la calle, á uno y otro lado de las altas paredes del edificio, y formando una larga galería, multitud de habitaciones con su respectivo número encima de la puerta, compuestas de una sola pieza húmeda y mal envidada, en que vive la clase menos acomodada de la sociedad.

Al terminar el primer patio, que suele

fondo de mi corazón, no me dejes entregada á su venganza.... ¡Ese papel!....

Y aquí se detuvo horrorizada: un fuerte estremecimiento sacudió violentamente su cuerpo: su semblante se puso mortalmente pálido, y sus ojos se llenaron de lágrimas.

¿Qué contenía aquel papel?

La sucesion de los acontecimientos nos lo demostrará en el curso de esta historia.

CAPITULO IX.

La casa de vecindad.

Cada casa de vecindad de México puede considerarse como un gran pueblo reunido bajo un mismo techo, que cobija á todas las clases de la sociedad, excepto á la alta.

Allí en el primero y segundo patio, se descubren desde la calle, á uno y otro lado de las altas paredes del edificio, y formando una larga galería, multitud de habitaciones con su respectivo número encima de la puerta, compuestas de una sola pieza húmeda y mal envidada, en que vive la clase menos acomodada de la sociedad.

Al terminar el primer patio, que suele

estar generalmente bien enlosado, se levanta una escalera sólida de piedra que, en su primer descanso, se divide en dos brazos á derecha é izquierda, para conducir á un espacioso corredor que sirve de techo á los cuartos bajos, y donde, en el mismo órden que en el patio, se encuentran nuevas habitaciones, tambien numeradas, pero con varias piezas, habitadas por la clase media. siempre deferente, instruida, fina y atenta,

Encima de estas cómodas viviendas, y formando completa armonia con ellas, se encuentran otras, provistas de corredor igual, donde viven los artistas, los empleados, los profesores de todos los ramos.

Estas casas vienen á ser otra torre de Babel, donde se escuchan á la vez los acordes del agradable piano, pulsado en aquella habitacion por los delicados dedos de una jóven encantadora: el desagradable ruido de la ronca trompa de un aspirante á la orquesta del teatro en la otra: mas allá el penetrante chirrido de un violin, manejado por un antípoda de Melpómene: enfrente las dulces melodías de una pieza, concertante,

producidas por la grata combinacion de la flauta, los bandolones y el bajo: á la izquierda los gritos de los muchachos de una escuela que leen predicando: á la derecha la academia de solfeo, donde cincuenta voces, á cual mas desapacibles destrozan su leccion: encima la dulce y argentina voz de una excelente cantante que interpreta con maestría una de las árias mas delicadas de Bellini, mientras que de uno de los cuartos del patio sale el destemplado y empulgado acento de varias personas del bajo pueblo que, al son de una mala bandurria ó *jarana*, como se llama en el país, cantan el *Aforrado*, *La Pasadita* ó el *Canelo*: aquí el quejido de un desgraciado enfermo que no puede conciliar el sueño, aturdida la cabeza con todo aquel conjunto de encontradas melodías: en otra parte la riña de dos vecinas que se dicen á grito en cuello todo lo que no se debe decir, pero que el vecindario entero se ve precisado á escuchar; y por donde quiera confusion, algarabía, música, llanto, baile, tristeza y alegría.

En el segundo piso de una casa parecida

á la que de describir acabo, cuyo corredor estaba adornado de tiestos cubiertos de aromáticas flores, viven varias familias de escogida educacion las mas, pero que, agobiadas por la contraria suerte y las evoluciones de la instable fortuna se encuentran en una posicion en extremo desfavorable.

En una de las alegres y ventiladas viviendas que cuenta, habita un retirado de la independencia, hombre honrado y cubierto de honrosas cicatrices, que ostenta en el pecho seis cruces, y en la mesa otros tantos hijos, amen de una cara costilla, cuya cara en los dias que no le paga el gobierno á su marido, que son los mas, es mas fea que la cara de la necesidad que les acosa.

Enfrente vive un anciano empleado que en nada se emplea: está jubilado, aunque sin júbilo; y aunque no tiene hijos, tiene una amable consorte, á quien llama Crucicita, que le pesaba mas que la cruz de un bergantin holandés.

Contiguo á la vivienda de ésta, se halla la de una infatigable anciana; viuda, segun ella, de un general de brigada; cuya ocupa-

cion no es otra que observar lo que hacen, lo que dicen y lo que comen los vecinos: especie de lechuza doméstica que se alimenta de chupar la honra del prójimo, observando continuamente, cuando se apaga en ellos la luz de la vigilancia, para morderlos á su sabor: espías secretos que se introducen en las casas sin mas objeto que el de observar lo que pasa para volver á sus cuarteles á poner en conocimiento de sus partidarios los secretos mas recónditos de sus confiadas víctimas: antiguallas con faldas, de quienes nadie se ocupa, pero que en cambio tienen ellas buen cuidado de ocuparse hasta de las acciones mas insignificantes de todo el mundo. Crónicas vivientes con pasta de arrugado pergamino, pero cuyo corazon es blanco papel satinado, donde escriben con tinta indeleble la historia de los vecinos que á todas horas, y en público, leen en alta voz, y con sarcástica manera, sus incansables lábios.

Nadie consagra mas respeto que yo á la ancianidad: aprecio y admiro á esas dignas mujeres que han llegado á una edad avan-

zada siendo modelos de deferencia, de urbanidad y de virtud; séres que conservan siempre la belleza del corazón; que se hacen apreciables por la constante indulgencia que Dios ha vinculado en esa bella mitad del género humano; que sirven de ejemplo y de guía á la juventud disimulando los defectos leves, corrigiendo los graves y aplaudiendo la mas ligera accion hidalga; pero compadezco y temo á las que olvidándose de la caridad cristiana, descuidan su mision de consuelo sobre la tierra, y afilan el venenoso diente de la envidia para herir de muerte la honra de sus semejantes.

La murmuracion es uno de los vicios que mas envilecen á la criatura, porque con ese vicio infame, nacido de la malignidad del corazón, denigra la honra ajena, destruye la reputacion del prójimo, malquista á las amilias, siembra la discordia entre los esposos, destruye la caridad, rompe los lazos de la amistad, y consigue sembrar la desconfianza con perjuicio de la persona murmurada, que generalmente suele ser inocente.

Yo considero al murmurador como á una plaga destructora, como a un veneno activo del que debemos huir si anhelamos vivir dichosos y felices en el mundo.

En el número de estas temibles mujeres se encontraba la anciana viuda del general de brigada.

Su habitacion, como todas, daba al corredor; y colocada detras de la puerta vidriera, y mirando por entre las cortinas, observaba cuanto pasaba en las viviendas de los vecinos, las personas que á ellas entraban, su edad, su aire y hasta el traje que vestian.

En el momento en que nos encuentra nuestra historia, estaba en su favorita atalaya, acompañada de la esposa del cesante, y ambas sentadas detras de la vidriera una frente á la otra, entretenidas en la inocente ocupacion de comer prójimo.

—Hay cosas que yo no comprendo, mi alma;—decia Doña Cruz, la mujer del ex-emplado á la ex-generala Doña Anita.—Me hago cruces, me asombra el ver el lujo que tiene nuestra vecinita Clara: yo creo

que los corretajes no dejan mucho para gastar en vestidos de gró y de tarlatana, es trenar cada ocho dias un pañolon de Malina, y tener todo ese boato.

—¡Corretajes!.... ¡Buena es esa!....

Si yo le contase, mi alma.... Pero soy una señora, y esto me obliga a guardar silencio.

—¿Pues qué, le sabe vd. algo, Doña Anita?

—Pues si su vida es un drama. Si yo me pusiera á contarle á vd. la vida de ella....

Pero soy una señora, como vd. lo sabe bien, mi alma: viuda del señor Torcuato, un general de brigada. Pero ya sabe vd. las cosas; el gobierno no nos dá ni un real, y estamos todas las viudas de militares obligadas á vivir como Dios nos da á entender.

¡Quién le habia de decir al difunto, que en paz descanse, que su Anita se veria reducida á coser ropa de munición! Pero volviendo á Clarita....

—Sí, sí, hablemos de ella.

—Pero antes me da vd. palabra de que el secreto se quedará entre las dos, mi alma.

—Por supuesto; puede vd. fiar de mí.

—Lo sé bien, Doña Crucecita. Porque á mí no me gusta quitar el crédito á nadie. Como soy una señora....

—¿Quién lo duda?

—Y muy honrada.

—Hable vd. sin temor.

—Pues ha de estar vd., vecinita, en que la madre de Clara estaba de cocinera en una casa de comercio.

—¿Qué me cuenta vd., Doña Anita....?

¿La mamá de esa señorita tan entonada, era cocinera?

—Como vd. lo oye, mi alma; y en compañía de ella, y en calidad de galopina, estaba Clarita.

—¡Jesus!.... qué cosas se ven.

—Cosas que parecen mentira. Pero volviendo á la historia.

—Sí, sepamos.

—El principal de la tienda se prendó de la muchacha, y tuvo.... ya vd. me entiendo, un *lapsus lingue* como decia mi brigadier, que en paz descanse.

—¿De veras?

—Como lo oye vd., mi alma.

—¿Y qué hizo la cocinera al saber....

—Puso en los cielos el grito: le amenazó con publicar en los periódicos todo lo que había pasado, y él, temiendo un escándalo se casó con ella, y ahí la tiene vd. hecha señora de la noche á la mañana.

—Sí, señora de esas de nuevo cuño; no como nosotras que hemos mamado el señorío desde la cuna.

—¡Ay mi alma.... ¡esa es mucha verdad: ¡Figúrese vd. que mi padre que quedó sordo en una batalla, fué oidor!

—¡Ya vd. verá!....

—Pero volviendo á nuestro cuento. Como no estaba acostumbrada á ser señora y queria darse á conocer, empezó á tener tertulias, bailes y grandes convites todos los dias en su casa, en que hacia gastar á su pobre marido mas de lo que producian los géneros.

—Me está vd. contando unas cosas que me sorprenden.

—Pero que no son mas que la pura verdad: ya vd. vé; soy una señora.....!

—¡Por supuesto....! ¡quién lo duda....?
¡La viuda de una brigada....!

—De una brigada no: viuda de un general de brigada.

—Es lo mismo.

—Así es que siendo pocas las entradas y considerables las salidas, el capital fué á menos, y de repente se presentó en quiebra; dejó la gran casa que tenia, se metió á corredor, y se ha mudado á esa habitacion donde vive sin querer tratar con nosotras, que somos verdaderamente señoras.

—¡Ya se vé que sí....! honrarse debia con hablarnos. Pero ¡qué, los corretajes, como antes le preguntaba á vd., dan para el lujo que ahora gasta?

—Esa es, vecina, otra historia.

—¡Cómo!

—El usurero Gil Lárraga parece que la protege.

—Es verdad: entrar le veo con mucha frecuencia.

—Cuando yo le digo á vd., creo.... Soy una señora y basta.

—¿Quién lo duda?... la viuda de una brigada....

—El quiso que yo fuese á verle una vez para prestarme cierta cantidad sobre varias piedras preciosas, para relacionarse conmigo....! ¡pues....! algun *lapsus linguae*, como decía mi esposo: mas llevó calabazas; porque soy toda una señora, como vd. sabe. Que aunque mal me esté decirlo, soy toda una generala: esto es, una persona que no tiene el mas ligero borron en los años que cuento de vida.

—¿Por supuesto....! ¡La viuda de una brigada....!

—De un general.

—Eso es: la esposa general de una brigada.

—¿Ya verá vd!....

—¿Oh....! por supuesto....

—¿Yo....! toda una....

—¿Pues.... vd....! Mas ¡la del número uno!

—¿Quién, Soledad? Otra maula.... ¿No sabe vd. quién la mantiene?

—¿Ese jóven que viene poco despues de la oracion y se retira á las diez?

—El mismo: Félix Huerta; dependiente de la casa de D. Felipe Flan. ¡Pobre cajon!...

—¿Pero no dicen que es primo de ella...?

—¿Primo....! Si todo lo que se dice fuera cierto.... Tan primo es de ella, segun yo creo, como de vd.

—¿De veras?

—Pero ahí sube; silencio.

—En nombrando al ruin de Roma luego asoma. Y trae un envoltorio en la mano.

—Algun corte de vestido para ella: á bien que el cajon no sabe quejarse.

Y ambas pegaron el rostro á la vidriera para observar al hombre de quien hablaban y que subia en aquel instante la escalera.

Era de noche, pero la luna alumbraba como una tibia y clara lámpara, bañando de lleno los objetos.

Félix llamó á la puerta de la habitacion que siempre estaba cerrada, y esperó á que la abriesen.

Era un jóven como de veintidos años; de

estatura mediana, pero bien formado, suelto, ágil y de faz agraciada: sus ojos, sin ser negros, eran en extremo oscuros y rasgados: su cabello castaño y ondulado se rizaba con gracia debajo de un sombrero fino de fieltro que le caía perfectamente: un saco ligero de color claro, abrochado únicamente en el boton del pecho, dejaba ver las formas varoniles de su flexible cuerpo, y un pantalon negro, ancho, de satiné, que caía con naturalidad sobre un pié de mujer, calzado con una bota de exquisito cuero inglés, formaban el conjunto del simpático dependiente que habia despertado la curiosidad de las dos contemporáneas de Matusalen, que le seguian observando detras de la vidriera.

—Es un arrogante mozo.

Exclamó la esposa del cesante.

—Sí, no es de mala figura. ¡Pues si conociera vd. á un jóven que ha formado decidido empeño en visitarme! ¡Ese sí que es lo que se llama todo un buen mozo! Pero yo... ya vd. ve; como soy toda una señora....

—¡Oh....! sin duda.

—No quiero que nadie diga.... porque ya sabe vd. que hay gentes muy murmuradoras....

—¡Vaya si lo sé, mi alma!

—Y sobre todo, como decia mi brigadier, que de Dios goce, siempre es bueno no exponerse á un *lapsus linguae*.

Al llegar á esta parte del diálogo, abrió una criada la puerta de la vivienda de Soledad, y penetró Félix en ella.

—¡Y qué me dice vd. de nuestro vecinito, el pintor Leopoldo, y de su mamá?

—¡Los de la vivienda principal de la izquierda, que da á la calle?

—Sí, mi alma.

—Vea vd., ¿a sí es una familia de buena educacion y que distingue á las señoras como yo, y que sabe tratar con ellas.

—¡Pues qué, la visita vd?

—De vez en cuando, mi alma; porque ya ve vd., como hay un jóven.... no quiero que la vecindad murmure....

—Hace vd. muy bien.

—Que aunque todos saben que soy toda una señora....

—Por supuesto.

—Sin embargo, como Leopoldo es tan atento conmigo.... y es un artista, y sabe vd. que los artistas tienen fama de tener un corazón muy sensible.... pues....

—Tiene vd. razón.

—El siempre está suplicándome que vaya a visitarles, y con el empeño de retratar me en un cuadro que quiere hacer de las euménides.

—¿Euménides....? ¿y qué es eso?

—Figúrese vd. lo que será: seguramente algunas ninfas, porque como los pintores son tan aficionados á la mitología.

—¿Y quién es esa señora?

—¿Creerá vd. que no me acuerdo? pero hoy mismo se lo voy á preguntar á un conocido que tengo y que es un buen gramático.

—Sí, porque ese debe saber....

—¿Figúrese vd!.... como que conjuga ya todos los verbos.

—¿Y nuestra vecina Elisa?

—¿Quién, la española?

—Sí, la esposa de D. Diego.

—¡Ay mi alma!

—De esa sí creo que no tendrá vd. nada que decir: todos aseguran que es un modelo de virtud.

—No pondría yo mis manos en el fuego por ella.

—¿De veras?

—No es oro todo lo que reluce.

—Dicen que siempre está rezando.

—Detras de la cruz está el diablo, mi alma.

—¡Oiga....! ¿Le sabe vd. algo?

—Yo no sé, sino que entra á todas horas en su casa ese médico extranjero Willey.

—Como está enfermo su marido, y convaleciente aún, de la herida que recibió una noche en San Angel.

—Es que cuando no estaba enfermo venia con mas frecuencia.

—No lo sabia yo.

—Pues, sí, mi alma. Ya sabe vd. que D. Diego, su marido, es muy aficionado al libro de cuarenta hojas, y que cuando está bueno no viene á su casa sino por la noche, y eso á una hora, muy avanzada.

—Como todo devoto de Birjan.

—Pues bien, mientras él está entregado en ver si sale la sota ó el caballo, el doctor se halla por aquí, no con miras muy inocentes, en mi concepto.

—Así lo creo.

—Y aunque ella sea una santa.... ya ve vd.... el trato continuo, la soledad, la li sonja, la ocasion.... el diablo que no se duerme.... todo esto pudiera ocasionar, como decia mi brigadier, que en paz descanse, un *lapsus linguae*... ¡Bueno es el doctor para....

—¡Cómo!.... ¡tan emprendedor es....

—Mas que el mismo D. Juan Tenorio: ama á cuantas ve, persigue á cuantas pue de, y no retrocede ante ningun obstáculo; ahora viene á ver á nuestra vecina, y dentro de media hora le tendrá vd. en casa de una jóven llamada Luz, por quien está perdido de amores.

—¡Jesus!.... ¡ese hombre es temible....!

—Vaya si lo es; por eso cuando le veo subir, me escondo, porque si me viese.... ya vd. ve.... ninguna está segura con él...

—Por supuesto. Pero si no me engaño, él sube en este instante.

—¿Y no ve vd. con qué silencio se acerca á la puerta, y con cuántas precauciones?

—Con efecto; y eso me llama la atencion.

—Vea vd. cómo observa si hay alguno por el agujero de la llave.

—Pues eso no se hace cuando no se teme el encuentro del marido.

—Cuando yo le digo á vd. que no es oro todo lo que reluce!...

—¿No ha oido vd?

—Sí; ha tosido: escuchemos.

—Ahora sale de adentro una persona, y con mucho sigilo.

—Es Elisa que viene á abrirle.

—Tiene vd. razon; ya se acerca á la puerta.... ya la abre.

Y era así: una mujer se aproximó de puntitas, corrió el pasador sin hacer ruido, abrió la puerta, y el doctor entró en la habitación. ®

—¿Lo ve vd., vecinita.

Dijo Doña Anita sonriéndose malignamente.

—Me parece mentira: yo que la veo siempre educando á sus niñas y en oracion con ellas.....

—Ya sabe vd., mi alma, que donde me nos se piensa.....

—Tiene vd. razon.

—Yo no quiero decir con esto que le haya recibido con mal fin; no. ¡Dios me libre! no me gusta pensar mal de nadie, pues soy todo una señora; pero ya vd. ve, mi alma, las precauciones de él, la hora, la reserva de ella, el cuidado para no ser vista.... y aunque Elisa sea una santa, como el doctor es tan temerario.... ¿quién responde, como decia mi brigadier que en paz descansa, de un *lapsus lingua*?

—Tiene vd. razon; para mí, hay algo de amores.

—Y para mí tambien, mi alma.

¿Y acertaban aquellas dos mujeres?

¿Era en efecto Elisa delincuente?

No aventuremos nuestra opinion; sigamos el hilo de los acontecimientos sin defender ni condenar.

CAPITULO X.

La Cita.

Elisa pasó un dia de inquietud, de temor y de zozobra difícil de describir.

No habia comido casi nada, y sin embargo, no tenia hambre: y es que cuando el espíritu está ocupado con una idea que opriime el alma, la materia pierde su sensibilidad y se espiritualiza por decirlo así.

Pocos momentos antes habia anhelado tomar algun alimento para fortalecer su debilitada naturaleza; pero desde el instante en que el doctor le exigió le esperase, amenazándole de lo contrario con poner en manos de su esposo el misterioso papel que le habia enseñado, su apetito desapareció

—Me parece mentira: yo que la veo siempre educando á sus niñas y en oracion con ellas.....

—Ya sabe vd., mi alma, que donde me nos se piensa.....

—Tiene vd. razon.

—Yo no quiero decir con esto que le haya recibido con mal fin; no. ¡Dios me libre! no me gusta pensar mal de nadie, pues soy todo una señora; pero ya vd. ve, mi alma, las precauciones de él, la hora, la reserva de ella, el cuidado para no ser vista.... y aunque Elisa sea una santa, como el doctor es tan temerario.... ¿quién responde, como decia mi brigadier que en paz descansa, de un *lapsus lingua*?

—Tiene vd. razon; para mí, hay algo de amores.

—Y para mí tambien, mi alma.

¿Y acertaban aquellas dos mujeres?

¿Era en efecto Elisa delincuente?

No aventuremos nuestra opinion; sigamos el hilo de los acontecimientos sin defender ni condenar.

CAPITULO X.

La Cita.

Elisa pasó un dia de inquietud, de temor y de zozobra difícil de describir.

No habia comido casi nada, y sin embargo, no tenia hambre: y es que cuando el espíritu está ocupado con una idea que opri-me el alma, la materia pierde su sensibilidad y se espiritualiza por decirlo así.

Pocos momentos antes habia anhelado tomar algun alimento para fortalecer su debilitada naturaleza; pero desde el instante en que el doctor le exigió le esperase, amenazándole de lo contrario con poner en manos de su esposo el misterioso papel que le habia enseñado, su apetito desapareció

como al encanto de una voz mágica, y el pensamiento dominó á la necesidad.

En vano sus tiernas criaturas le suplicaban que tomase algo; su paladar habia perdido el gusto; su garganta estaba cerrada por el nudo del dolor, oprimido su corazon con el sobresalto y la inquietud.

¡Cuántas veces, en la lucha interna que sostenia, habia resuelto no recibirle! Pero inmediatamente la memoria del papel con que se le habia amenazado, vencia su primer pensamiento y supeditaba su corazon haciéndole estremecer!

—¡Es preciso recibirle!—decia para sí en aquel combate de encontrados sentimientos que la ocupaban.—¡Sí! es preciso recibirle para no desgarrar el pecho de ese desdichado que descansa en el lecho del dolor.

¡Dios es justo....! apuremos hasta las heces el cáliz de la penitencia....!

Y quedaba sumergida en profundas meditaciones, acompañadas de abundantes lágrimas que se agolpaban á sus ojos.

En situacion tan penosa y sin poder alejar ni por un momento las tristes ideas que

cruzaban por su exaltada mente, volaron, martirizándola sin cesar, las horas del dia, y apareció en el cielo el astro misterioso de la noche velando la creacion y penetrando un rayo de su tibia luz por la ventana que daba al cuarto del enfermo.

Al ocultar su magestuoso disco el moribundo sol entre las flotantes nubes de occidente, el corazon de Elisa se oprimió dentro del pecho como bajo una enorme plancha de hierro: su pensamiento se avivó mas y mas como el del condenado á muerte, al ver que se aproxima la terrible hora señalada para conducirle al patíbulo.

Pero esta afliccion reconocia un origen noble ó criminal? ¿era para ella el doctor un verdugo ó un amante? ¿la inquietud de su corazon nacia de temor de que su esposo advirtiera la llegada del hombre que esperaba, ó de la presencia misma de éste? Ella estaba triste, sobresaltada, llorosa, es verdad, como cuando estamos amenazados de un mal que no podemos conjurar: pero en esa misma situacion penosa suelen tambien encontrarse los que esperan al objeto

amado en un punto donde pueden ser sorprendidos.

Entretanto el reloj de la Profesa y de Cathedral marcaban el tiempo, que corría velozmente.

Elisa llamó á sus hijas y se pusieron á rezar.

Aquella mujer oraba con un fervor edificante: enmedio de sus dos criaturas, bañados sus melancólicos semblantes por el nevado fulgor de la redonda luna, con los ojos elevados y fijos en una sagrada imagen de la Madre de Dios, en la sublime representación de la Soledad, parecia un sér espiritual sosteniendo á dos ángeles que suspiraban por volver á la patria de los justos.

La oracion fué corta, pero ferviente.

—Tengo sueño, mamá:—dijo una de las niñas, poco despues de haber concluido el rezo:—¿nos permites que nos acostemos?

—Sí, hijas mias, ya es hora.

Y Elisa sacó un colchon que estaba enrollado en un petate debajo de la cama del enfermo, y lo tendió en el suelo: colocó luego unas sábanas; pidieron ambas cria-

turas la mano para besársela; las bendijo, les dió las buenas noches imprimiendo en sus serenas frentes un ósculo maternal, y á poco se quedaron entregadas á un profundo sueño, dejando ver en sus angélicos rostros, animados por algun infantil ensueño, la inocencia y el candor de sus almas sin manchilla.

Elisa las miraba sentada en la orilla del colchon con el placer con que mira una amorosa madre descansar á los queridos hijos de su corazon.

De repente se estremeció.

—¡Las nueve y media....!—dijo asustada, mirando hácia todas partes.—¡Oh!.... esta es la hora.... ¡ya no debe tardar!.... Si por desgracia despertase mi esposo....

Y dirigió su vista hácia el lecho.

Pero el enfermo dormía profundamente.

En aquel momento oyó que le llamaban en voz baja por el agujero de la llave de la puerta que daba al corredor.

—¡Dios mio.... es él....!

Y se levantó asustada: volvió á mirar si

Diego dormia; salió del cuarto andando sobre las puntas de los piés para no hacer ruido: se dirigió á la puerta del corredor, la abrió con sigilo; llevó el dedo índice á los labios en señal de silencio al entrar el doctor, y le condujo temblando á la otra pieza de la casa, en donde ardía débilmente una moribunda lámpara.

—¿No ha visto á vd. entrar ninguno?

Le preguntó Elisa en voz baja y con acento trémulo al verse allí solos.

—Ninguno.

—¿Está vd. seguro de ello?

—Segurísimo.

—¿Ni la vecina Doña Anita?

—Ni esa.

—¿Temo tanto á su lengua!

—No tenga vd. cuidado: he subido con toda precaucion, y nadie me ha visto.

—¡Dios lo quiera!

—Amo á vd. demasiado para que comiera una indiscrecion.

—Y sin embargo, incurre vd. en ella cuando solicita verme bajo el mismo te-

cho en que descansan mis hijos y mi es-
poso.

—Resuélvase vd. á señalarme otro sitio donde pueda tener la dicha de verla, y obedeceré á vd.

—No espere vd. eso nunca de mí, señor Willey.

—Por eso me veo precisado á suplicarla á vd. que me reciba en su casa.

—A suplicarme, es falso; á exigirme, es cierto.

—El rigor de vd. y su indiferencia me obligaron esta mañana, bien á pesar mio, á tomar esta resolucion extrema que repugnaba á mi corazon, pero tenia necesidad de ver á vd., como tienen las plantas de sentir el fecundante calor del astro principal que les da vida.

—Tenga vd. piedad, yo se lo suplico, del desgraciado enfermo que yace esperando mis cuidados.

—¿Y de mí quién la tiene? Elisa; él recobra la salud y la tranquilidad, cuando yo la pierdo por vd. que me desprecia, cuando yo la adoro; él vuelve á sentir las cari-

cias de vd., cuando yo alcanzo sus desprecios y su indiferencia.... ¡Ah!.... es preciso que vd., así como yo he curado la herida de su cuerpo, cure vd. la profunda herida de mi corazón.

—Señor Willey—dijo Elisa con aire suplicante;—olvide vd. ese amor que hace á vd. desgraciado.

—Le olvidaré cuando la tierra deje de dar flores; cuando el sol desaparezca del sistema planetario, y deje mi corazón de latir. Pero en tanto que el sol exista, el campo se vista de fragantes rosas y mi corazón aliente, yo no sabré mas que amar á vd., Elisa; yo no sabré mas que pensar en vd.; seguirla á todas partes, como sigue al cuerpo la sombra, y adorarla como se adora á un sér celestial.

—¡Ah!....! ese amor solo me proporciona disgustos y sinsabores....!

—Usted no ha querido que produjese caricias y deleites.

—¡Caricias y deleites....!

Contestó Elisa con marcada amargura.

—Sí, caricias y deleites. El amor abre las puertas de la felicidad.

—O del infierno.

Dijo la esposa de Diego horrorizada.

—Yo le invito á vd. á pasar por las primeras.

—Y yo no quiero exponerme á tropezar con las segundas.

—¿Vuelve vd. á atrincherarse en sus preocupaciones?

—A estas preocupaciones, señor Willey, llamo yo virtud.

—¿Quiere vd. hacerme renunciar á la esperanza?

—Seria vd. para mí el mas bueno de los hombres si renunciase vd. á mi cariño.

—¿Tanto me aborrece vd?

—Yo no aborrezco á nadie; pero amo mis deberes.

—¿Y cumple su esposo de vd. con los suyos, cuando entregado al juego le deja á vd. abandonada, expuesta á morir de hambre con sus hijas!

—Señor doctor—contestó Elisa con re-

signacion—la mujer no tiene derecho á calificar la conducta de su esposo.

—Pero cuando hablan los hechos....

—Nunca las acciones vituperables de otro podrán justificar las de uno propio.

—¿Y si su abandono reconociese por origen, además del juego, una pasión criminal?

Dijo el doctor queriendo despertar los zelos como medio seguro para exaltarla y vencer sus escrúpulos.

—La infidelidad del hombre no echa mancha ninguna sobre la mujer, mientras el perjurio de la esposa mata la honra de sus hijos, de su esposo y de ella misma.

—¿Y siempre ha tenido vd. presente esa doctrina?

Contestó el doctor fijando sus ojos con cierto aire descarado de incredulidad en su interlocutora que palideció.

—¿Con qué derecho—dijo Elisa repeniéndose de su sorpresa—se atreve vd. á hacerme esa pregunta ofensiva?

—Preguntarle si siempre ha tenido vd. presente una máxima—repuso Willey volviendo á mirarla con igual desenfado—no

es asegurar que la haya vd. olvidado, y por lo mismo no existe ofensa ninguna en la pregunta.

—Señor Willey—dijo Elisa deseando dar fin á aquella entrevista que la inquietaba—me exigió vd. que le esperase esta noche porque deseaba verme y hablarme; pues bien, creo que no tendrá vd. motivo para quejarse de que no le he obedecido: le he dado á vd. una audiencia mas larga que lo que permite la prudencia, y espero que tendrá vd. la bondad de disimularme le suplique se retire antes de que despierte mi esposo ó alguna de mis hijas.

—Es que yo he venido á conseguir un objeto.

—¿Cuál?

—Su amor.

—No me pertenece á mí para que pueda disponer de él.

—¿Pues á quién?

—A mi esposo y á mis hijos.

—Es decir que trata vd. de quitarme toda esperanza?

—Toda.

—Pues no lo conseguirá vd., Elisa;—exclamó el doctor exaltado con las repulsas de la mujer que amaba:—No, no lo conseguirá vd.: he jurado que será vd. mía, y lo será.

—Pues yo hago el juramento contrario, y lo cumpliré.

Contestó Elisa con firmeza y aplomo.

—¿Ignora vd. que soy dueño de este papel?

Repuso Willey sacando del bolsillo una carta.

—¡Ah....!

Exclamó aterrada la esposa de Diego.

—¿Y que puedo enseñársela á su confiado esposo?

—Seria matarle.

—Pues la verá.

—¡Por piedad!

Dijo cayendo de rodillas Elisa, juntando sus manos como un pecador arrepentido, y poniéndose delante del médico que pretendia dirigirse al cuarto de Diego.

—Bien; contestó Willey deteniéndose;—

tendré piedad de vd., pero con una condicion.

—Cuál?

—Que corresponda vd. á mi amor; que no me arroje vd. de su lado: que alcance sus caricias.

—Exija vd. otra cosa que no repugne á mi honor.

—Esa solamente.

—¡Oh!.... no quiera vd. mi muerte!....

—Digo que esa, ó de lo contrario entro.

Elisa, que hasta entonces habia permanecido á los piés de aquel hombre inexorable manifestando en su rostro el espanto y el temor, se levantó de repente con dignidad, recobraron sus facciones su habitual serenidad; desapareció de sus ojos el llanto que los velaba, y tomando un ademán resuelto, y tendiendo con nobleza el brazo, y señalando la alcoba de su esposo, contestó:

—Entre vd., ya no le detengo.

El doctor quedó á su vez petrificado ante la inesperada resolucion de Elisa.

—Puede vd. entrar:—repitió ésta;—ese

papel tendrá fuerza para hacer que yo le escuche, pero no para que me envilezca.

Willey leyó lo que pasaba en el corazón de aquella mujer, y conoció que estaba resuelta á sufrir todas las consecuencias que le originase el papel que aun tenia en la mano.

Entregarlo, pues, hubiera sido despojar se de una arma poderosa con que podia herir en lo sucesivo, y aun alcanzar tal vez el fin que anhelaba con toda el alma.

Vió que no era aquella la ocasion oportuna para triunfar, pero no desesperó de que se presentaria otra mas favorable para dar cima á su deseo.

Conoció que habia estado demasiado exigente, y que el corazón de la mujer no se gana por la violencia ni las amenazas, sino por la dulzura y la generosidad, cuando esta se puede ejercer renunciando á cualquier prenda que pueda comprometerla y perjudicarla.

Halagado por este pensamiento lo abrazó en el acto.

Creyó que era mas prudente esperar, y se propuso esperar.

Una vez tomada esta resolucion como la mas prudente, dió á su fisonomía toda la dulzura que le fué posible, desarrugó el entrecejo, guardó en el bolsillo la carta, y dijo con acento blando.

—Quien ama como yo amo, nunca podrá resolverse á labrar la desgracia de la mujer que adora, por mas que ésta le desprecie y pisotee su corazón. Si en un arrebato de zelos y de exasperacion pude amenazarla á vd. con la presentacion de una carta que comprometiese su dicha, desde ahora renuncio á las ventajas que pudiera proporcionarme ese documento. Conozco que he obrado con imprudencia, pero merece disculpa mi incalificable proceder, porque reconoce por origen la exaltacion de los zelos, nacida del inmenso amor que profeso á vd. Espero, pues, me perdonará vd. mi ofensiva amenaza, y que no condenará vd. á sufrir su justo resentimiento á quien moriria de pena si no llevase su perdon.

—Si antes me juzgué ofendida, ahora me

considero deudora de una accion que le enaltece á vd. á mis ojos.

Willely concibió una esperanza para lo futuro.

—Es vd. un ángel de hermosura y de bondad.

El doctor iba á seguir expresando su reconocimiento, cuando se escuchó el ruido de pasos de alguno que se acercaba lentamente, como si temiese ser sentido.

—¿No oye vd?....

Dijo Willely aplicando el oido hácia el sitio por donde parecia que se acercaba alguno, y pintándose en su rostro el temor y la inquietud.

—¿Sí!.... estoy perdida!....!—exclamó

Elisa poniéndose pálida como un difunto.—

Son los pasos de mi esposo.... ha despertado, nos ha oido hablar sin duda, y se dirije hácia aquí.

—¿Y qué hacer?....

Dijo el doctor sobresaltado.

—¡Huya vd., huya vd. por Dios antes de que le vea!

Willely iba á obedecer, cuando se presentó en la puerta Diego envuelto en una de las sábanas de la cama, descalzo, armado de una pistola que siempre conservaba junto á su lecho, y fijando en ellos sus brillantes ojos.

Elisa, al verle, sintió helársele la sangre, y cayó al suelo sin sentido.

El esposo avanzó lentamente hácia ella, siempre con la pistola en la mano, que entonces preparó.

El doctor logró entonces quedar á su espalda, y aprovechando aquella coyuntura favorable, salió corriendo de la pieza, abrió con mano temblorosa la puerta del corredor, y logró ponerse en la calle, al mismo tiempo que se oyó la detonacion de una arma de fuego dentro de la casa que acababa de abandonar.



CAPITULO XI.

Sembrar para cosechar.

En una elegante pieza, pintada con exquisito gusto, se ve á una hermosa jóven sentada en un precioso sillón de primorosa hechura, envuelta en una airosa bata azul celeste de finísimo crespon, símbolo de la dulzura de su alma, con la cabeza inclinada tristemente, y fijos los hermosos ojos en unos pequeños, pero delicados cuadros de plantas y vistosas flores hechas al óleo, que en dorados marcos se ostentan colocados con gracioso órden, en la adornada pared.

En su fisonomía angélica, blanca como el lirio de los valles y apacible como la de la *Virgen de la Silla* del célebre Rafael, [es

deja percibir una ligera sombra de suave melancolía que da á su ovalado y hechicero rostro una dulzura celestial de irresistible atractivo, un encanto indefinible que conmueve tiernamente el corazón, bañándole de un deleite balsámico que le hace presentir los goces de una felicidad desconocida.

En su poética y magestuosa cabeza, velada por una abundante y ondulosa cabellera, que en caprichoso peinado cae sobre su alabastrina garganta, lleva prendida, con descuidada elegancia, una hermosa azucena blanca, símbolo de la pureza y del candor de una alma virgen y sin mancha.

En sus pequeñas y torneadas manos, blancas como la nieve que desciende en esponjados copos, y finas como las suaves plumas del cisne, sostiene un marchito narciso que acerca con frecuencia á sus labios, dejando caer en sus agostadas hojas una que otra lágrima que se desprende como brillante rocío de sus celestiales ojos.

Enfrente del hermoso sillón que ocupa, se descubre un magnífico tocador de caoba,

de exquisitas labores y delicados relieves, debidos al delicado cincel de inteligente artista, donde ostenta su limpia luna un precioso espejo de cuerpo entero, cuyo marco dorado es de un trabajo artístico incomparable.

En el frente y á los lados de este régio espejo, se ven abrigados pomos de cristal preciosamente adornados; exquisitas figuritas de fina loza de China, representando diversas figuras de animales, esmaltadas cajitas, y otra multitud de caprichosos jugetes, llenos de aromáticas esencias y exquisitas pomadas unos, y otros con cuanto la moda y el mas refinado buen gusto han inventado para realzar los hechizos naturales del sexo encantador.

Una mullida alfombra azul, con grandes flores blancas y amarillas, cubria el terso pavimento, guardando perfecta armonía con las ricas sillas que adornaban la pieza y con las flotantes cortinas que velaban una, la puerta vidriera que comunicaba con la sala, y la otra la del elegante dormitorio de la jóven que nos ocupa.

Delicados floreros, sobre preciosas rinconeras de una madera aromática, cubrian los ángulos de aquel régio retrete que parecia construido por las hadas.

Todo ostentaba riqueza y abundancia: por todas partes reinaba el lujo y el buen gusto: cuanto allí se veia respiraba esplendor y magnificencia.

¿Por qué, pues, en medio de aquel oasis maravilloso y deslumbrante, permanece melancólica y abatida aquella hermosa mujer á quien la tierra brindaba sus mas ricos tesoros? ¿Por qué de todo cuanto le rodea, solo llama su atencion y parece tener atractivo para su alma el marchito narciso que acerca á sus preciosos labios, y los cuadros de flores pintadas al óleo, que cuelgan de la pared? ¿Por qué cuando todo lo que la rodea le convida á la alegría y al placer, solo hay lágrimas en sus ojos?

¿Es posible que las riquezas y el fausto, por cuya adquisicion el hombre sacrifica los mas bellos dias de su existencia, creyendo encontrar en ellas la felicidad, no tengan

la virtud que en su constante delirio les atribuye?

¡Ah!.... sí; el oro y los tesoros pueden encubrir las miserias del cuerpo, saciar sus necesidades; pero nunca serán la medicina del alma que padece, ni sustituirán al amoroso sentimiento del corazón.

Y esto se veía patentemente en la bella criatura que ocasiona estas líneas.

Era hermosa como Dafne al inflamar el pecho del hijo de Latona: rica hasta donde puede aspirar un corazón noble y generoso; y sin embargo sus ojos estaban humedecidos por brillantes lágrimas que, rodando por sus delicados párpados, iban á mojar las secas hojas del narciso que absorvía todas sus potencias.

—¡Tú me dices que es mi esclavo, hermosa flor que me acompañas desde el último día que tuve la dicha de estar á su lado:—exclamó la joven besando con delirio el narciso:—tú me pides que ame á él solo como él me ama.... ¡Ah!....! sí, ¡flor querida! si algún día llega á verte, podrás decirle todo lo que padezco por su amor; las lágrimas que su recuerdo y mi desven-

tura me arrancan....! Podrás decirle que constantemente te he llevado en mi corazón.... que ni un solo instante me he olvidado de él.... de él que es mi vida, mi pensamiento, mi esperanza y el bello ideal de mis ensueños de felicidad....! que mis labios no saben pronunciar otro nombre que el de Leopoldo.... que mi pensamiento le mira en todas partes.... que su nombre se mezcla en todas mis palabras.... ¡qué le amo, en fin, que le amo....!

Y la hermosa joven estrechó contra su amoroso pecho la marchita flor que estaba humedecida por sus lágrimas.

Poco despues se levantó lánguidamente del rico sillón que ocupaba: llevó á sus ojos un blanco y finísimo pañuelo bordado, de Cambray, y se dirigió silenciosa, con modesto ademan y decoroso porte, hácia el sitio en que se veían las exquisitas plantas y flores pintadas al óleo.

Allí fijó la vista con emoción profunda en la planta perenne del *acanto*, con diestro pincel dibujada, y su fisonomía resplandeció con una mezcla de placer y de tristeza,

que solo es dado comprender á las almas dotadas de una exquisita sensibilidad.

Aquellos cuadros eran obra del objeto que imperaba en su corazón; eran cuadros admirables, debidos al diestro pincel de Lopoldo, del hombre que amaba como á su propia vida. ¡Qué extraño es, pues, que se extasiase contemplándolos....!

Y si tanto poder ejercen sobre nuestra alma los mudos objetos que en prueba de amor hemos recibido de la persona amada, ¿cuánto no lo ejercerán aquellos que están expresando con lenguaje expresivo y tierno los recónditos sentimientos del corazón....?

Clotilde contemplaba el *acanto* con la delicia sin límites con que contempla el sér que ama los tiernos caracteres del objeto amado: aquel apacible *acanto* representaba, "lazos indisolubles, el matrimonio, una firme y constante amistad." ¡Qué idioma mas dulce, qué expresiones mas tiernas, qué juramentos mas gratos para su corazón henchido de amor....!

—Sí; —exclamó con voz conmovida y sonora; —seré tuya ó de ninguno.

En seguida fijó sus divinos ojos en otro cuadro que contenia un ramito de alelies de color de mahon y de flores de guindo.

—¡Pobre Leopoldo! —continuó: —me dice que me acuerde de él, que no le olvide!.... ¡Cómo olvidar lo que constituye nuestra existencia y nuestra felicidad, lo que nos alienta y nos ilumina....! Para olvidarte seria preciso que antes me arrancasen el corazón donde vives....!

Y la jóven siguió contemplando con la misma ternura y con el mismo sentimiento amoroso los otros cuadros que completaban la coleccion que á todas horas le hablaba á su alma.

Allí estaba la *onobrica oscilante*, que indica la *agitacion del alma*; esa planta, cuyo movimiento es uno de los mas singulares fenómenos de la botánica, cuya opela-final es inmóvil, y las otras dos mas pequeñas están en continua agitacion. ®

Junto á esta pintura, perfectamente acabada, se veian, en otro lienzo, las vistosas *lilas*, que indican *la primera emocion de amor*,

y que fué el primer cuadro que Leopoldo se atrevió á enviarla.

Al lado de él se admiraba otro representando un ramito de flores de yedra entre verde musgo, que indicaban el *amor constante*: aquí la *flor del pensamiento*, diciendo, *os adoro como á un serafín*; mas allá esa planta medicinal, llamada *gamos*, expresando esta amorosa idea: *mi amor os seguirá hasta el sepulcro*; y por todas partes el tulipán que es *declaracion de amor*; la caléndula indicando las *penas del alma*, y el heliotropo pronunciando este concepto: *os amo mas que á mí mismo*.

Clotilde exhaló un suspiro con los recuerdos que despertaban en ella aquellos fieles intérpretes del corazón de su amante que le hablaban á todas horas del fiel objeto que idolatraba: sus ojos se llenaron de lágrimas, que brotaba el corazón gratamente oprimido, y volvió á sentarse llevando á sus labios el marchito narciso que recibió de Leopoldo en aquella memorable mañana que, apoyada en su brazo se paseó por las floríferas huertas del Cabrío.

Tiernamente sumergida con estos dulces pensamientos, apoyó su seductora cabeza en su blanca mano, cuyo codo descansaba sobre el brazo derecho del sillón, y quedó en éxtasis delicioso, fijos los ojos en aquella flor, que para ella envolvía una historia de inefables delicias y de amorosos juramentos.

En aquel momento giró suavemente, y sin ruido, la puerta que comunicaba con la sala; las flotantes cortinas que la velaban se separaron, y una hermosa mujer, apareció en medio de ellas como el nùmen de la beneficencia y de la piedad, velando el dolor de la virtud.

Clotilde no advirtió en la bella aparicion que la observaba con un cariño y un interés intensos.

La mujer, despues de un momento de silencio, dejó caer las ricas cortinas, y se acercó con magestuoso paso á la jóven.

—¿Estás mala, hija mia?

Dijo Inés con cariñoso acento, colocando su mano en el respaldo del sillón é inclinando la cabeza hácia Clotilde.

Al escuchar aquella voz, la jóven alzó el

rostro, dejó la actitud melancólica en que había permanecido, alargó la mano á su proctora, y contestó con acento suave.

—No, madre mia.

—Y sin embargo, estás triste y pálida.

—Ya sabe vd. que mi corazón padece.

—¿Y por qué te encierras siempre en esta pieza y pasas en ella todo el día entregada á ideas melancólicas que van destruyendo tu salud? ¿No sería mejor que trataras de buscar distracción á tus pesares?

—¿Es tan dulce la soledad para el que sufre....! tan grata la tristeza que nace de los gratos recuerdos....! Vd., que como yo ha amado, y que como yo, ha sufrido, debe conocer todo el valor que encierra ese grato dolor que oprime el corazón de una manera indefinible, haciéndole verter celestiales lágrimas, en cuyas brillantes gotas ven retratada los ojos la imagen del ser que se ama.

—Sí, hija mia, sí; lo sé, y no quiero privarte de ese placer.... por eso muchas veces te dejo sola para que llores, para que des-

ahogue en lágrimas el pecho la pena que le oprime y le atribula.

—¿Cuán buena es vd., madre mia....!

—¿No he amado yo también...? ¿No conservo todavía un recuerdo al hombre que amé....?

—Pero desde que terminó la temporada de San Angel y estamos en México, hace ya dos meses, no has salido más que á misa, y temo que la falta de aire puro te enferme.

—¿Sí, hace dos meses....! hace dos meses que mi padre le quitó toda esperanza... y desde entonces....

—Desde entonces no le ves, ¿no es esto?

—Sin duda.

—¿Hace mucho más que yo no veo al hombre que yo amé—dijo Inés profundamente conmovida:—y sin embargo, contengo mis quejas y mis lágrimas.

—Sí; las contiene vd. delante de esa sociedad que no comprende nuestros males, para ir á verterlas en el retiro de su cuarto y en el silencio de la noche.

—¿Cómo lo sabes?

—¿Cree vd. que mi tierno y agradecido corazón no lee á todas horas en el suyo....?
 ¿Cree vd. que al retirarme á mi alcoba, que está contigua á la suya, no escucha mi oído los ayes que exhala su afligido corazón....?

—¿Para qué lo he de negar...! sí, hija mía; en el retiro y en el silencio de la noche derramo el llanto que he contenido de día bajo un exterior alegre y risueño.... La criatura que se ve precisada á vivir en sociedad, tiene que tener dos caras, como el Jano de la fábula, una afable, dulce y tranquila para ocultar al mundo sus dolores, y otra que esté en relacion con su alma para deshahogar á solas los pesares que le matan.

—¿Cuán cierto es lo que dice vd., madre mía....!

—Pero no te aflijas por esta ausencia: ¿quién sabe si estará ocupado en buscar al hombre que le prometió vindicar la conducta de su desgraciado padre!....

—No: el hombre dueño de ese secreto, de quien ya he hablado á vd. otras veces,

era un mendigo que murió la noche en que dejamos de asistir al baile.

—¿Pero no habrá otro que sepa ese misterio?

—Creo que no, madre mía.

—Pues entonces....

—Conozco su delicadeza; temerá ofender al hombre que me sirve de padre, á quien debo todo, y esta será la causa que le obligue hasta á no pasar por la calle en que vivo.

—¿Y si fuese una enfermedad?
 Clotilde se estremeció en la silla.

—¿Una enfermedad...!—exclamó alarmada con aquellas palabras:—¿sabe vd. algo, madre mía....? ¿está enfermo....? No me oculte vd. la verdad.

—No, nada sé; era únicamente una suposición.

—¿No me engaña vd?

—Te digo la verdad.

—¡Ah....! y sin embargo, lo que hace un instante no pasaba ni por mi imaginación, ahora es lo que me parece mas probable....
 ¡Si estuviese enfermo....! ¡Si el tifo....!

Y la jóven quedó aterrada, pálida como la muerte, con aquel funesto pensamiento.

La terrible epidemia estaba haciendo estragos.

Hacia pocos días que una amiga suya, próxima á enlazarse con el hombre que amaba, había muerto, causando la muerte del sér que idolatraba, y esto la inquietó sobremanera. He aquí el pasaje que se fijó en su mente.

Los dos amantes se habían citado para verse á la hora de misa en el panteon de San Fernando el domingo siguiente. El jóven acudió al sitio convenido, á la hora citada: el panteon estaba solo y esperó á que llegase su amada. Inquieto al ver que trascurría el tiempo sin que ella se presentase, se puso á leer los epitafios de las tumbas para hacer menos pesada la espera. De repente fijó la vista en un sepulcro, cuya lápida contenía el mismo nombre de la mujer que amaba. El amante se puso pálido como un cadáver, y un sudor frio bañó su frente y su cuerpo: se creyó dominado de una horrible pesadilla; luego trató de serenarse admi-

tiendo la idea de que podía ser otra mujer que llevase el nombre de su idolatrado objeto; pero inquieto siempre, y tratando de averiguar la verdad para salir de la penosa incertidumbre que le agitaba, llamó al sepulturero para saber á punto fijo lo que deseaba, y temia á la vez.

—¿Cuándo enterraron á esta jóven?

—Hace tres días.

—¿Quién era?

El sepulturero pronunció el nombre que contenía la lápida, y que á pesar de haberlo leído hizo estremecer al que hacia la pregunta.

—¿De qué murió?

—Del tifo.

Las facciones del jóven tomaron un aspecto terrible.

—¿Dónde vivia?

Dijo temblando y sintiendo un frio horrible en el nacimiento del pelo como si éste se le erizara.

—En la calle de Mesones.

El jóven se puso blanco como un papel, dió un grito, y cayó al suelo sin sentido.

Pocos dias despues se colocaba su cuerpo en otra tumba junto á la de su amada.

La sorpresa le habia provocado una horrible calentura que se desarrolló en tifo, y este le habia causado la muerte.

Clotilde tembló con el recuerdo de este reciente suceso. ¿No podia Leopoldo ser víctima de aquella violenta enfermedad que diezma la poblacion?

Inés trató de calmar su espíritu.

Por fortuna el ruido de pasos producido por alguno que se paseaba en la sala vino á sacarlas de sus pensamientos.

—¿No oye vd. pasos, mamá?

—En efecto: ¿quién podrá ser?.... Nadie habia en casa.

De repente cesaron de pasearse: en seguida se oyó el golpe como de un cuerpo que se deja caer en una silla, y se escuchó un ahogado suspiro que indicaba la honda afliccion del que lo habia lanzado.

—Parece que es mi protector.

Dijo Clotilde alzándose asustada del sillón.

—¿Qué le habrá pasado?

Replicó Inés temiendo que le hubiese sobrenido alguna desgracia.

Y ambas, como impulsadas de un mismo pensamiento, y de idéntico temor, se dirigieron, sin meter ruido, á colocarse detras de la vidriera que daba á la sala.

—Sí; es D. Emilio:—dijo Clotilde en voz baja, mirando por entre la cortina y sin ser vista:—está pálido y pensativo.

—¡Dios mio...! ¡Si le habrá sucedido la desgracia que hace tiempo estoy temiendo!

Contestó Inés sobresaltada y mirando tambien hácia la sala.

—¿Cuál?

—Que se haya arruinado al juego.

—No, no; imposible.

—¿No has notado en su semblante, hace algunos dias, la tristeza y el dolor, á pesar de los esfuerzos que hace para aparecer alegre como en otro tiempo?

—Creí que fuese preocupacion mia.

—Yo le he sentido de noche, despues de las altas horas á que llega, pasearse agitado por su cuarto, pronunciar algunas palabras que me han helado la sangre, y dar fuertes

golpes sobre la mesa como quien se encuentra desesperado.

—¡Ah....! Duval... ¡Duval es el autor de sus males y de los míos....!

—No hables tan alto, hija mía, que puede oírnos.

—¿No le ve vd. que abatido está....?

—¡Demasiado....! Pero ya se levanta.... observemos.

Don Emilio se levantó de la silla sobre la que se había arrojado; se secó el sudor que bañaba su rostro, pálido y cadavérico; pasó la mano por el cabello, con la inquietud del que padece; miró con ojos desencajados hacia todas partes como temeroso de que alguien le observase; su semblante cobró un aspecto sombrío y terrible, pronunció algunas palabras siniestras, y se dirigió á la mesa redonda que estaba en medio de la sala: allí abrió un cajoncito secreto, sacó de él tintero y papel, volvió á dirigir la vista á ver si le observaban, y se sentó á escribir con mano convulsa y corazón inquieto.

—Tal vez es alguna mala noticia que ha recibido de la hacienda.

Exclamó Clotilde mas tranquila al verle escribir.

—Dios lo quiera—contestó Inés participando algo de aquella idea.—Pero puede ser muy bien, porque no comprendo que la carta pueda tener un objeto como el que presumí al principio.... y sin embargo....

—No abrigue vd. ningún temor: verá vd. como es lo que yo digo.

Y ambas volvieron á guardar silencio y á mirar atentamente ocultas detras de la vidriera y protegidas por la cortina.

Don Emilio acabó de escribir; cerró la carta agitadamente: la guardó en el bolsillo; colocó el tintero en el cajón de donde lo había sacado; tomó de él una pistola de seis tiros, y se puso á revisarla.

Al tocar el arma, sus facciones se demudaron, su semblante aumentó notablemente su palidez, sus facciones se contrajeron por algún funesto pensamiento que le dominaba, y sus ojos destellaban en su brillante mirada la luz del espanto y del terror.

Inés y Clotilde temblaron como la tímida gacela al presentir la tempestad.

—¡Se irá á matar....!

Dijo la jóven estremeciéndose todos sus miembros como al contacto de una máquina eléctrica.

—¡Matarse....!—exclamó aterrada Inés.

—Está en corriente.

Murmuró entre dientes D. Emilio, despues de revisar el instrumento de muerte: luego cogió el sombrero que estaba sobre una silla, paseó tristemente su mirada por todos los objetos que le rodeaban, como aquel que se despide para siempre de los séres que ama, y se dispuso á salir.

Inés y Clotilde, recelando una desgracia, iban á impedir su paso, pero se detuvieron al ver presentarse en la sala á Duval.

Don Emilio, al verle, guardó la pistola en el bolsillo prontamente; pero por ligero que anduvo para conseguirlo, no pudo evitar que el personaje que entraba advirtiese algo.

—¿A dónde iba vd., D. Emilio?

Le preguntó Duval tendiéndole la mano y obligándole á detenerse.

—A un asunto importante.

Contestó inquieto D. Emilio.

—¿Quiere vd. que le acompañe?

—No, mil gracias; es un negocio reservado....

—Ya. Pero ¿no pudiera vd. dejarlo para despues? Precisamente venia á hablarle á vd. de un negocio.

—Disimúleme vd., señor Duval; pero en este momento no puede ser.... me están esperando y ha llegado la hora.... Si vd. tiene la bondad de esperarme ó de volver...

—Pero ¿qué, tan preciso es el asunto?

—Y tanto, que de él depende mi tranquilidad.

—Me lo supuse desde que ví á vd. salir de mi casa, y por lo mismo le he venido á vd. siguiendo.

—¿Tiene vd. algo que reclamarme?

—Nada.

—¿No está la escritura de cesion en toda forma?

—Sin duda.

—¿Pues entonces....

—No me comprende vd.

—¿Qué es lo que quiere vd. de mí?

—¿Qué es lo que quiero de vd?

—Sí; pero le ruego que sea pronto porque me esperan, y la tardanza es la muerte.

—Al contrario; es, la vida.

Dijo Duval marcando mucho y con intención la última palabra.

—¿Cómo!.... ¿qué quiere vd. decir?

Contestó algo desconcertado D. Emilio.

—¿No lo adivina vd?

—No: y le pido por la última vez que me diga vd. á qué ha venido.

—A que no se mate vd.

—¿A que no me mate?

Dijo sorprendido D. Emilio.

—Sí;—contestó Duval con firmeza;—á eso he venido, á que no se mate vd.

—Pero ¿quién le ha dicho á vd. que yo meditaba un suicidio?

—Yo que lo sé.

Inés y Clotilde se estremecieron de horror, haciendo oscilar con su movimiento la cortina tras la cual se ocultaban.

Duval advirtió aquel movimiento; conoció por él que la jóven y su protectora le escuchaban, y brilló en sus ojos la alegría.

—¿Usted?

—Sí, señor, yo.

—Está vd. equivocado.

—¿Para qué es negarlo....? Aquí nadie nos oye: ¿no soy su amigo de vd?

—¡Mi amigo!....

Dijo con tristeza D. Emilio.

—Sí señor; su amigo, y su amigo verdadero; y vengo precisamente con el objeto de darle á vd. una prueba de ello.

—No comprendo.

Duval dirigió al soslayo una mirada hácia la puerta en que escuchaban las dos mujeres para cerciorarse de que le oían. Se había propuesto, antes de dar aquel paso, usar de un rasgo de generosidad estudiada para ganar el corazón de Clotilde, venciendo de aquella manera al afortunado rival que odiaba, y la fortuna parecía que secundaba su deseo, conduciendo á la jóven al sitio donde pudiera presenciar su noble desprendimiento.

—¿Es esta la escritura—dijo Duval sacando un papel que llevaba—por la cual

me hace vd. dueño de la hacienda que hasta hoy fué suya, de la casa de San Angel y de esta en que habita vd?

—¡Todo lo ha perdido....!—Exclamó Inés en voz baja dirigiéndose á Clotilde, perdiendo el color y apoyándose sobre ella para no caer.—¡Estamos en la miseria!....

Don Emilio fijó los ojos en el papel que le mostraba su interlocutor, y contestó.

—La misma: ¿por qué me lo pregunta vd?

—¿No lo adivina vd?

—No.

—¿No le he dicho á vd. que venia á darle una prueba de que soy su amigo verdadero?

—Sí señor.

—Pues para dársela, necesito primero que vd. me empeñe su palabra de aceptarla y no desairarme.

—¿Pues qué se exige de mí algo que pueda herir en lo mas mínimo mi delicadeza cuando teme vd. que no la admita?

—Repito que es una prueba de amistad, y la amistad jamas se asocia con un pensamiento innoble.

—Siendo así, doy mi palabra.

—Vd. ha perdido una tras otra todas sus riquezas.

—Es cierto.

—Esas riquezas las ha perdido vd. en mi casa.

—Es cierto.

—Nadie, mas que yo, sabe que nada posee vd.

—Es verdad.

—Ninguno tampoco está enterado de que existe una escritura que me hace dueño de sus bienes.

—Ninguno.

—Luego si esta escritura vuelve á poder de vd. por voluntad de su legítimo dueño, de un verdadero amigo, vd. vuelve á poseer cuanto la contraria suerte le ha quitado, sin que haya quien sepa jamas que vd. ha tenido la bondad de no rehusar el obsequio de un amigo.

—¿Qué quiere vd. decir?

—Quiero decir que le devuelvo á vd. esta escritura, que la recibí solo porque vd. se empeñó en ello: quiero decir, que un amigo no puede ver la desgracia de otro ami-

go ni la ruina de su apreciable familia: que la hacienda, la casa de San Angel y esta en que estamos, vuelven á ser de vd. desde este instante.

—¡Oh....! ese rasgo de generosidad me asombra:—exclamó D. Emilio estrechando la mano de su interlocutor:—Pero por mucho que yo le agradezca el favor que trata de dispensarme, no lo puedo admitir jamas.

—¡Faltará vd. á la promesa que me ha hecho?... ¡á su palabra empeñada?

—Pero....

—Veo que es preciso que yo venza esos escrúpulos, haciendo que desaparezca este documento:—dijo Duval rompiendo la escritura.—Ahora, nada me debe vd.

Inés y Clotilde se miraron asombradas.

—Aunque el papel haya desaparecido—dijo D. Emilio cada vez mas admirado del desinterés de aquel hombre—por una accion que le enaltece á vd. á mis ojos y le coloca en una esfera muy superior á la de todos los demas hombres, en mi conciencia queda grabada esa deuda que la reconozco, y que la pagaré religiosamente algun dia.

—Cuando vd. quiera, amigo mio; por mi parte, nunca se la cobraré.

—Confieso que estaba muy lejos de conocer el fondo de ese corazon generoso:—exclamó D. Emilio estrechando de nuevo y con mas fuerza la mano de Duval;—y que no sé cómo corresponder á una accion que jamas se borrará de mi memoria.

—Yo sé cómo me la puede vd. pagar.

—¿Cómo?... hable vd.

—No diciendo ni á Clotilde ni á Inés nada de lo que ha pasado.

Estas palabras acabaron de cautivar á D. Emilio y de llenar de asombro y de admiracion á las dos hermosas que escuchaban.

Ellas, lo mismo que D. Emilio, atribuyeron á un rasgo de exquisita delicadeza lo que no era mas que una accion premeditada; un golpe de hipocresía refinada con que habia contado cautivar el corazon de la mujer, cuya mano codiciaba.

Devolvía á D. Emilio los bienes, porque estaba en la creencia de que aquel paso le abriría el camino para llegar hasta la pose-

sion de la amada jóven que, siendo la heredera absoluta de su protector, le llevaria al casarse ó al morir éste, los mismos intereses de que él se desprendia.

—Respetaré el deseo de vd.;—dijo D. Emilio—aunque me cueste un sacrificio.

—Sí, no quiero que se atribuya al amor, lo que es única y exclusivamente efecto de una desinteresada amistad.

—¡Ah!.... ¡cuán digno es vd. de su mano! Quien tan generoso se muestra con un amigo, ¡qué no lo sería con una esposa idolatrada?

—¡Mi esposa ella!.... ¡Ah!.... eso seria tocar en el miserable mundo las inefables delicias de la gloria, y yo no puedo lisonjearme de tener el mérito suficiente para aspirar á la dicha suprema de poseer un ángel!....

—Sí, amigo mio; tiene vd. mérito, y muy relevante; y Clotilde, estoy seguro, llegará por fin á hacerle justicia, y se unirá á vd. como al único hombre que puede labrar su felicidad.

Clotilde estrechó afligida la mano de Inés que le correspondió con una dulce mirada de compasion y de ternura.

—Lo deseo como se desea la salvacion eterna;—exclamó con fervoroso acento Duval—pero sin que para alcanzar ese bien inestimable se eche mano del rigor ni de la violencia.

—Clotilde, señor Duval, es una jóven obediente, pura y virtuosa, y estoy cierto de que se complacerá en obsequiar mi deseo; y éste es, como ha sido y será siempre, el que se una á vd.

La jóven se estremeció como el débil pajarillo al disparo de la escopeta.

Duval acarició la lisonjera idea del triunfo, y contestó con aire agradecido.

—Mil gracias; pero temo que Leopoldo...

—Leopoldo sabe que existe una causa poderosa que le prohíbe acercarse á Clotilde, y no será tan insensato, que reanude sus relaciones con ella, despues de habérselo yo prohibido formalmente en la entrevista que tuve con él en San Angel.

—Bien, D. Emilio: vd., como padre amoroso, conoce de qué lado está la felicidad de su querida hija.

—Le repito á vd. que Clotilde será suya.

—¿Cuándo?

—Muy pronto.

Duval estrechó la mano de su interlocutor y salió de la sala confiando en el triunfo: D. Emilio recobró su alegría, se pintó en su rostro el placer mas intenso; sacó del bolsillo la carta que pocos momentos antes habia escrito; la rompió, arrojó por el balcón los pedazos de ella, y se empezó á pasear por la sala con aire satisfecho.

Clotilde miró afligida á su protectora: ésta le correspondió con otra mirada intensa de compasion.

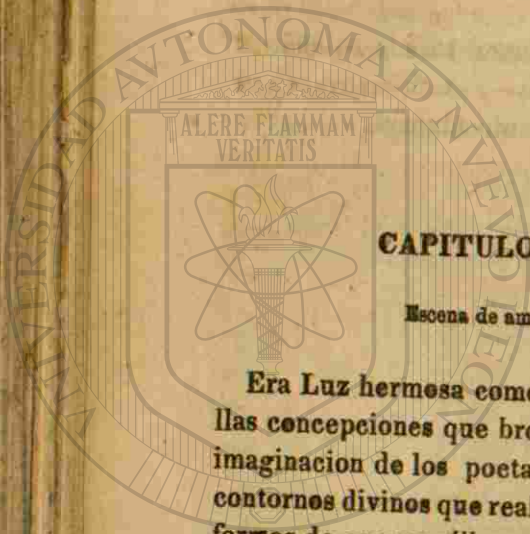
—¡Madre mia....! ¡madre mia....!—exclamó la jóven arrojándose llorosa en los brazos de Inés que la estrechó contra su pecho:—¡Todo acabó para mí... ya no hay esperanza....!

—Sí, sí; hay todavia: ten confianza, Clotilde.

Contestó Inés cubriéndola de besos y de caricias.

—¿En quién?

—En Dios;—exclamó Inés señalando al cielo con ardiente fe—y en tu madre, en tu amiga, que nunca te abandonará.



CAPITULO XII.

Escena de amores.

Era Luz hermosa como una de esas bellas concepciones que brotan de la fecunda imaginacion de los poetas: una mujer de contornos divinos que realizaba las miríficas formas de esos angélicos séres que nos presenta deslumbrantes y aéreos la rica imaginacion en nuestros mas dulces y deliciosos ensueños.

Las cándidas azucenas de los floridos valles del Anáhuac habian comunicado á su hechicero rostro la blancura de sus delicadas hojas; la flor del granado habia desleido sus purpúreas tintas en sus frescos y rientes la-

bios y en sus finísimas mejillas: el brillante oro de su patria vertió en su abundante y ondulado cabello, y en finísimas hebras, el precioso color que el rubicundo Apolo ostenta en su luciente cabellera; el limpio cielo de la esplendente América fué á colocar en sus serenos ojos el claro azul de su apacible bóveda, y las brisas primaverales de los verjeles del Nuevo-Mundo, llevaron á su boca virginal la celestial sonrisa de los ángeles. Su cuerpo esbelto y flexible como el de la ligera Diana en medio de los bosques, estaba envuelta en una flotante bata blanca de finísimo linon, oprimiendo su estrecha y delicada cintura un precioso cinturón azul de blanda seda, á quien las Gracias prestaron los hechizos y el irresistible poder que al misterioso cordon conque risueñas y apacibles engalanaron la sutil cintura de la hermosa Vénus: su pié breve y delicado como el de las graciosas Nereidas, estaba velado por un exquisito zapato blanco de raso, de primorosa hechura, y sus torneadas y pequeñas manos, blancas y suaves como las de la bella escanciadora de los dioses, la se-

ductora Hebe, númen de la juventud, sostenía un precioso libro, lujosamente empastado, que acababa de cerrar al ver asomarse en la puerta de la brillante sala en que se hallaba, á un joven de elegante porte y de interesante figura, alto, bien formado, de rostro varonil, suavemente moreno, de ojos negros, de mirar dulce y expresivo, frente espaciosa; ceja negra y arqueada, bigote bien cortado, larga perilla y lustroso cabello negro con elegancia peinado.

—Buenos días, encantadora Luz.

Dijo el que acababa de entrar, dirigiéndose á la joven y tendiéndole la mano con fina galantería.

—Te estaba esperando con impaciencia, querido Rafael:—contestó Luz con suave tono, mas blando que el canto de las sirenas:—¿Por qué has tardado tanto?

—Porque el deseo de salvar á tu padre me roba muchas veces la felicidad de verte.

—Gracias, Rafael, gracias por los generosos esfuerzos que haces para que vuelva á nuestro lado.

—¿Y cómo no hacerlos cuando de su vuel-

ta depende mi felicidad, mi dicha suprema, la posesion de tu mano, que es el único bien que ambiciono sobre la tierra.

Y Rafael estrechó entre las suyas la delicada mano de su amada que le envió una de esas dulcísimas miradas, en que la mujer exprime bondadosa todo su cariño, toda su ternura, todos sus afectos, entero su amor....!

—¿Qué dichosa soy al escucharte! Cada una de tus palabras es un raudal de celestial esencia que inunda mi corazón de angélica ventura.

—Y sin embargo, ellas no son sino un defectuoso intérprete de los íntimos sentimientos de mi alma.

—¿De veras?

—Sí, Luz mía: porque para que mis conceptos pudiesen expresar fielmente mis afectos, sería preciso que fuesen sobre humanos, como lo es mi amor.

—Te creo, te creo, Rafael:—dijo la joven tiernamente conmovida y dejando ver en su divina faz las señales del placer:—sí,

te creo, porque yo tambien veo que es muy pobre el idioma de los hombres para expresar con la fuerza, con la verdad, con la dulzura inefable que siento, esa mezcla agradable de amorosos afectos que embriaga el corazon con una superabundancia de felicidad que hace asomar á los ojos las balsámicas lágrimas que vierten los venturosos amantes, porque es estrecho el corazon para contener la ventura en que se inunda.

Y en los ojos de la hermosa Luz brillaron en aquel instante las mismas lágrimas que, temblando un momento en sus largas pestañas, como las gotas del limpio rocío en las hojas de la naciente flor, rodaron suavemente por sus sonrosadas mejillas.

Rafael vió en ellas la extrema bienaventuranza de los ángeles, y embriagado de delicias y de amor, la estrechó tiernamente la mano, que aproximó á sus ardientes lábios, la llevó luego á su palpitante corazon, y se quedó contemplando la bellissima faz de aquella encantadora mujer, sin poder pronunciar una palabra, sin que formularsen sus lábios un acento, pero con ese elocuen-

te silencio en que el alma expresa en la mirada dulcísima que envia, toda su felicidad y todo su amor.

¡Preciosos instantes de la vida! únicos de gloria y de placer que encuentra el hombre en medio de las miserias del mundo! ¡sublimes destellos de las eternas venturas de la gloria; pero que desaparecen á penas se vislumbran y nos halagan, porque solo descienden un instante á la tierra para hacernos comprender las inefables dichas de los cielos.

—¡Angel mio...!—exclamó Rafael conmovido aun por el placer que habian vertido en su pecho las mágicas palabras de su amada:—tú has hecho descender al mundo todos los deleites de la gloria para embriagarme con ellos: tú, sí, alma mia; porque tú eres el númen de todos los bienes, tú mi corazon, tú mi pensamiento, mi delicia, mi amor, mi existencia, el cielo en que se recrea el alma, la luz en que se deleita mi vista, el mundo en que se encierran mis aspiraciones y mis deseos, el benéfico génio que acoge cariñoso mis tiernísimos suspiros.

—¡Rafael....! ¡querido Rafael....!
 Exclamó la joven, y no pudo continuar: el exceso del placer habia debilitado sus fuerzas, y las palabras habian cedido su lugar á ese balsámico llanto que brota el corazón cuando se encuentra henchido de pasión.

Rafael, arrebatado de dicha por aquel rasgo de cariño que realizaba los hechizos de la mujer que amaba, la tomó una mano, y estrechándola apasionadamente entre las suyas, continuó.

—¡Oh....! ¡tus lágrimas son el lenguaje sublime de tu alma virginal y amorosa! Sí, Luz mia, créemelo: tú eres cuanto hay que ser para mí: tú eres el alma de mi alma; tu aliento el aire que me da vida; tú la tranquilidad de mi espíritu; el ser celestial que Dios formó para mí: con tu amor se engrandece mi alma, se eleva mi pensamiento, se ennoblecen mis ideas: tu acento me enaltece, tu cariño me eleva, tu preferencia me hace superior á mi mismo, porque amándome tú, mi corazón se identifica con el tuyo, que es el de un ángel.

—¡Oh....! ¡tu amor es mi felicidad!
 Dijo Luz profundamente conmovida.

—¡El amor es la felicidad del mundo!—
 exclamó Rafael con amoroso entusiasmo:—
 Es el soplo vivificador con que el Eterno animó la naturaleza entera: su trono ocupa los inmensos espacios y los ámbitos del mundo: todo lo invade, todo lo anima, todo lo embellece: á su celestial contacto todo se regocija y se complace: los límpidos arroyos descienden murmurando por entre las pintadas flores, que amorosas abren su virginal corola, ostentando el esmaltado brillo de las temblantes gotas en sus flexibles y esmaltados pétalos: cruzan la region etérea las canoras avecillas cantando en armoniosos trinos su inocente amor: las inquietas mariposas vagan en tortuoso vuelo en los floridos valles en pos de su delicada pareja; y al mágico ardor de ese afecto sublime, germinan las plantas, cintilan las estrellas, el sol resplandece, y todo respira encanto y alegría.

—Sí, sí; es verdad:—exclamó Luz sintiéndose inspirada por el entusiasmo de su

ojos de ambos se encontraron: claváronse las miradas, exprimiendo el corazón en ellas toda la esencia de una pasión sin límites; y subyugados ambos por el dulce magnetismo del amor, permanecieron en profundo silencio, unidas sus manos, mirándose de hito en hito, y dejando ver en sus dormidos ojos las transparentes lágrimas, próximas á escaparse.

En esos deliciosos momentos, el alma bebe todas las dichas imaginables, el corazón se hincha con el exceso del placer, y no cabiendo en el pecho los deleites que le inundan, los hace salir en abundante y misterioso llanto.

—¿Y mi padre?—dijo Luz pasado aquel instante de amorosa embriaguez:—¿has conseguido algo con respecto á su libertad?

Willey iba á entrar, y se detuvo detras de la puerta al ver á los dos amantes, para escuchar, sin ser visto, lo que hablaban.

—Me habian prometido alzarle su destierro para ésta fecha; pero parece que un enemigo oculto, que no he podido averiguar

quién sea, ha presentado nuevas acusaciones, nulificando mis pasos.

La jóven quedó triste y abatida.

—Ese empeño en que mi padre permanezca en su destierro—contestó con doloroso acento—me hace temer nuevos obstáculos que retarden nuestra deseada union.

—No; yo trabajaré por descubrir quién es ese enemigo que se opone á nuestra felicidad, y entonces....

El doctor aplicó el oido para no perder ni una de las palabras de Luz, resuelto á vengarse en caso de que revelase la mas mínima cosa á su amante.

—No;—contestó la jóven afligida—yo te ruego que no indagues su nombre.

—¿Tú?

—Sí, Rafael: y te agradeceré mucho que me concedas esa gracia.

—No comprendo....

—Prométeme que no darás paso alguno para descubrir el nombre de la persona que se opone á la libertad de mi querido padre.

—Pero ¿por qué es ese empeño?

—Porque....—Willey aplicó el oido pa-

ra recoger todas las sílabas;—porque yo creo que ese enemigo no existe.... que los obstáculos nacen, sin duda, del mismo gobierno.

—No, Luz mía; estoy seguro de ello; no me cabe duda; no pueden engañarme mis amigos; existe ese malvado.

—Pues bien: ¿qué nos importa su nombre?....—exclamó sobresaltada con el recuerdo de las amenazas de Willey:—Mas vale ignorarlo para no tener á quien aborrecer individualmente. ¿No es mejor que pulsemos todos los medios para alcanzar un resultado favorable, que ocuparnos en averiguar el nombre del enemigo que nos ataca?

—Es que temo que esos obstáculos reconozcan, no el origen de una enemistad directa á tu buen padre, sino....

—¿Cuál?

—El amor.

—¿El amor!

Dijo Luz palideciendo, y temerosa de que Rafael sospechase lo que habia en realidad.

El doctor prestó mayor atencion.

—Sí, el amor.

—No sé lo que quieres decir.

—Hermosa mía, ¿me prometes responderme con ingenuidad, sin ofenderte por la pregunta que voy á hacerte?

—¿Puedes dudar de mi sinceridad, ni yo de la buena intencion de tu pregunta?

—Pues bien, ángel mio: yo sé que tu alma virginal y pura ha permanecido, hasta escuchar mi voz, cerrada á las tiernas emociones del amor, como permanece la rosa dentro del boton á los halagos de la embalsamada brisa: yo creo en la sinceridad de tus amorosos juramentos, como creo en la invariabilidad de mi cariño, de mis ardientes sentimientos, de mi amor: yo creo que me amas y me amarás como yo te amo, y te amaré mientras el Hacedor del mundo mantenga la actividad de todos los seres que forman y mueven la esplendente máquina del universo: yo creo que ningun mortal sobre la tierra ha tenido la inefable dicha de escuchar de tus divinos labios palabras de esperanza y de consuelo, de preferencia y de amor, sino yo, á quien has

querido hacer sentir en este miserable planeta todas las delicias de la gloria: yo creo en todo esto, porque conozco á fondo tu angélico corazón; sí, yo creo en todo esto; pero ¿no habrá habido otro hombre que, subyugado por los encantos y atractivos que reunió en tí la naturaleza, haya aspirado á la posesion del bello sér engalanado con ellos? ¿Nadie, sino yo, habrá tenido la dicha de hacer llegar á tu casto oído las dulces palabras dictadas por el amor?

—Tú fuiste el primero de cuya boca escuché los acentos de esa pasión en que hoy cifro mi felicidad.

—¿Será posible?

Dijo Rafael arrebatado de gozo.

—Sí; te lo aseguro.

—¿Y despues?....

—¿Despues?

Exclamó Luz sorprendida con aquella inesperada pregunta.

—Sí; no me ocultes la verdad. ¿No ha habido despues quien te haya expresado idénticos afectos á los míos?

—Pero ¿por qué me haces esa pregunta?

Contestó la jóven buscando el medio de eludir una respuesta categórica, con la cual pudiese comprometer la vida de su padre, como le habia amenazado Willey.

—Ya te he dicho que empiezo á sospechar que el empeño de prolongar el destierro de tu padre, reconoce por origen retardar nuestra union por alguno que te ama y envidia mi felicidad.

—Y aun cuando así fuese; ¿podrán los obstáculos que pongan todos los hombres del mundo cambiar la pasión íntima de mi corazón? ¿No serán mi alma y mi voluntad siempre tuyas?

—Sí; dudar ni un solo instante, seria ofender la sinceridad de un ángel; pero no se trata de tu amor para conmigo, sino de la pasión de otro hombre hácia tí.

—¿Quién quieres que me hable de pasión y de cariño, cuando nadie entra en casa sino tú y el doctor Willey?

—De ese nada tengo que decir, pues es el que me ha acompañado á todas partes, secundando mis deseos de salvar á tu padre:

es un buen amigo que se interesa por mi felicidad.

La jóven se tranquilizó al verse de aquella manera libre del compromiso de acusar al hombre cuyas amenazantes palabras le tenían en continuo sobresalto.

Nadie mas que ella hubiera deseado arrancarle la máscara de amistad con que se encubria, y presentarle á los ojos de su confiado amante con toda la deformidad de su alma negra; pero la contenia el temor de provocar su enojo, y de que realizase sus terribles amenazas.

—Es decir—añadió Rafael—que nadie de los que cruzan la calle á todas horas, ninguno de los que veo que esperan tu salida, se ha declarado tu amante?

—Ninguno.

—Entonces es preciso convenir en que es un enemigo implacable y tenaz que debe conservar un inveterado encono á tu querido padre. Pero mas vale que reconozca esta causa, que no la que empezaba á sospechar: sí; porque con mas tranquilidad y em-

peño que nunca continuaré trabajando hasta conseguir salvarle.

—¿Y crees que lo conseguirás pronto?

—Tal vez en la semana próxima.

El doctor escuchó atentamente.

—¡Oh. . . ! ¿de veras?

—Al decirme el oficial mayor del ministerio los nuevos cargos que se le hacian, y por lo cual no habia sido alzado su destierro, me prometió que el retardo seria de muy pocos dias.

—¡Dios lo quiera!

—Me lo ha prometido solemnemente, y yo no dudo que lo conseguirá, cuando mantiene estrecha amistad con el ministro.

—Bien, bien; yo tambien participo de tu confianza: yo tambien creo que pronto van á concluir todos nuestros padecimientos para vivir juntos y felices toda la vida.

—Sí, dentro de pocos dias tendremos el gusto de saber que está en libertad tu inocente y perseguido padre, y en cuanto llegue á México, se relizará nuestro deseado enlace.

—Pero en tanto que llega ese venturoso

dia, tú vendrás á todas horas á verme, ¿no es verdad? tú vendrás á desvanecer los temores que á cada instante me asaltan, no te separarás nunca de mi lado.

—Sí, Luz mia: yo estaré contigo todo el tiempo que me lo permitan mis ocupaciones, para hablarte de nuestro risueño porvenir, del resultado de mis pasos, de mis proyectos, de mi amor.

—Ese es mi mas ardiente anhelo; porque cuando no te veo, cuando no escucho tu voz, mi corazon pierde la esperanza que tú solo sabes inspirarle; me parece que me cercan mil peligros, y que nuestros sueños de ventura se convertirán en amarga realidad.

—Desecha esas lúgubres ideas; ¿qué motivo existe para que des acogida á esos temores?

—No lo sé; pero por mas que llamo á la razon en mi auxilio para vencer la continua alarma de mi alma, jamas lo consigo sino cuando alcanzo la dicha de mirarte á mi lado.

—Pues bien; pronto acabarán tus recelos;

y para empezar á poner término á ellos, voy ahora mismo á saber el resultado de la entrevista de mi amigo el oficial mayor del ministerio con el señor ministro.

Y Rafael se puso en pié y tomó el sombrero para marchar.

—¿Te vas tan pronto?

—Es indispensable, porque dí mi palabra de ir á saber lo que se ha dispuesto; ademas, deseo pasar por la casa de Willey para saber lo que él ha conseguido, y comunicarle lo que yo espero alcanzar.

—¿A ver á Willey?

Dijo Luz sobresaltada.

—Sí.

—¡Ah! no vayas.... nada le digas....

—¿Por qué? ¿No ves el interes que toma por salvar á tu padre?

—Sí.... es cierto;—dijo titubeando la afligida jóven—pero.... no le veas.... yo te lo ruego.

—Pero al menos dame el motivo.

—Porque....—continuó Luz con la misma turbacion—por la misma razon de que se interesa por nuestra felicidad, pudiera

contárselo á otro amigo, éste á varias personas, y así, sin intentarlo, llegar á oídos de ese pertinaz enemigo que pondría en juego todos los medios para perjudicarnos.

—Pero ocultar al doctor lo que le inundaría de placer....

—Así será despues mayor y mas grata su sorpresa.

—¿Tú lo exiges?

—No; yo te lo suplico.

—Pues será como pides; nada te puedo negar; adios: Willey ignorará, por ahora, esto.

Y Rafael salió de la estancia sin ver al doctor que se escondió detras de la puerta, y que al verle pasar, entró á la sala en que quedaba sola Luz, exclamando:

—Willey lo sabe todo.

La jóven quedó aterrada con aquella aparición.

—¿Ha escuchado vd?

—Sin perder una palabra.

—Entonces habrá vd. visto que no he dicho nada que le haga sospechar de vd.

—Sí, estoy satisfecho de esa reserva; pe-

ro yo necesito algo mas de la benevolencia de su sensible corazon, Lucecita; yo necesito escuchar de sus labios una palabra que anhelo, como anhela el justo la salvacion de su alma.

—¿Qué quiere vd. decir?

—Necesito escuchar de su divina boca una palabra que me inunde de felicidad; una palabra que vuelva á mi corazon la calma que su hermosura de vd. le ha robado; una palabra de amor que transforme mi naturaleza, haciéndome de un hombre violento, celoso y vengativo, el mas dócil, el mas tierno y el mas humano de los mortales.

—Señor Willey—dijo Luz con dignidad—vd. me encontrará dócil cuando solo se trate de no comprometer la vida de mi padre; pero nunca me encontrará vd. dispuesta á ser perjura al hombre á quien he entregado mi corazon: las mujeres como yo, harán un sacrificio para disimular el dolor que les ahoga y para no comprometer al hombre que las persigue, pero jamas mentirán un amor que están muy lejos de sentir.

—¡Oh!.... no me robe vd. hasta la espe-

ranza de creer que seré amado; aborrezcame vd.; pero finja vd. siquiera que se compadece de mí: conozeo que es imposible alcanzar la dicha de ser amado por vd.; pero déjeme vd. soñar una ventura tan necesaria como le es al pez el agua en que se mueve y al ave el viento en que se agita.

—Señor Willey; las mujeres amamos una vez, y amamos para siempre: no tengo mas que un corazon, y ese es del hombre que, antes que vd. llegase á conocerme, rindió á mis piés su albedrío: para halagar á vd. con un engaño que no le podria satisfacer, seria preciso desgarrar el pecho de Rafael y faltar á mi conciencia, cosas ambas opuestas á mi educacion y á mis principios, y que nunca podré atropellar.

Willey hizo un gesto de indignacion.

—Señorita—dijo el doctor reprimiendo cuanto le fué posible la ira próxima á estallar—yo no trato ni de que vd. falte á su conciencia, ni de robar á mi venturoso rival la dicha de enlazarse á vd. para siempre; yo no me opongo á que él sea dueño de esa mano que yo codicio; no; consiento en que

él sea el mortal favorecido á quien vd. se enlace; confieso que hasta hoy he sido el obstáculo que se ha presentado á la realizacion de sus amorosos proyectos; pero hago solemne juramento de hacer desaparecer yo mismo ese valladar insuperable, sin que para ello me atreva á exigir mas que una condicion.

—¿Una condicion?

—Una condicion sencilla y salvadora que concilia todos los intereses.

—¿En armonía con los rectos principios de la moral?

—Completamente en armonía con ellos.

—¿Que salvará á mi padre y me unirá al hombre que amo?

—Sin duda alguna.

—¿Y cuál es esa condicion?

—Que se una vd. primero á mí.

—¿Cómo,....!

Exclamó sorprendida la hermosa jóven y retirando una mano que habia tratado de estrechar entre las suyas el doctor.

—Sí; concédame vd. la dicha de que yo sea el primero que la conduzca á los altares

para tener la felicidad de llamarla mia una sola hora, un solo segundo, un solo instante: despues de ese momento, que codicio como el único bien de la tierra, como el avaro las riquezas que le deslumbran, vd. volverá á ser libre.... el obstáculo á su felicidad habrá desaparecido para siempre... me quitaré la vida.

Luz retiró su silla horrorizada.

—Sí—continuó el doctor exaltado por su vehemente pasion y dejando ver en su encendido rostro el fuego de un amor infero, ardiente:—por un instante de felicidad, por un momento de amor, estoy pronto á sacrificar mi existencia.

—¡Oh....! ¡me da vd. miedo....!—exclamó la jóven levantándose de su asiento:—yo no puedo aceptar ese amor que le abrirá á vd. las puertas del infierno.

—¡Oh....! no se vaya vd:—dijo el doctor levantándose tambien y viendo que Luz se disponia á entrar en uno de los cuartos contiguos á la sala:—no se vaya vd.

—Me es imposible escuchar á vd.

—Pues yo le conjuro á vd. á que me oiga si no anhela la muerte de su padre.

—¡De mi padre....!

Dijo la jóven deteniéndose.

—Ya sabia yo que me escucharia vd.

—¿Seria vd. capaz de atentar contra su vida?

—Yo no; pero sí la ley.

—¡Cómo....!

—Su padre de vd. conspira en el sitio en que está desterrado, contra el gobierno, y puedo delatarle.

—¡El!

—Ya ve vd. que tengo en mi mano su vida, y que una palabra mia bastaria para echar por tierra los pasos dados por Rafael, y aun para perderle.

—¿Y vd. es capaz de pronunciar esa palabra?

—Yo soy capaz de todo por alcanzar la dicha de poseer á vd. un solo instante.

—¡Ah!.... si es cierto que vd. me ama, si es cierto que vd. anhela mi felicidad, no me condene vd. á perpetuo llanto.

—En su mano de vd. está cambiar en un

instante su suerte: condescienda vd. en ser mia antes que de ningun otro hombre: vier ta vd. por un momento en mi alma las delicias de esa felicidad que anhelo, y mi muerte le dejará á vd. en libertad despues para obrar á su albedrío.

—¡Oh!.... acceder á esa proposicion seria un crimen.

—Y sin embargo, no le queda á vd. otro medio: ó su amor de vd., el amor legítimo de esposa de un dia, de una hora, de un momento, ó la desgracia del hombre que le dió á vd. la vida: elija vd.

La jóven quedó aterrada con aquella terrible proposicion; juntó las manos con expresion dolorosa, alzó al cielo sus azules ojos cubiertos de lágrimas, y permaneció en religioso silencio.

—Pronuncie vd. su sentencia.

Exclamó el doctor viendo que permanecia callada.

—Mi amor no me pertenece ya.

Dijo Luz con afligido y doloroso acento.

—¿Ni por un instante?

—Ni por un instante; es de un hombre....

—Que nunca gozará sus delicias—dijo el doctor con voz aterradora arrebatándole la palabra—lo juro.

Y Willey se dispuso á salir.

Luz iba á detenerle, al mismo tiempo que Rafael se presentó en la puerta de la sala.

El doctor, creyendo que habia sido escuchado, metió con disimulo la mano al bolsillo del paltó, y acarició una daga de que siempre iba armado.

¿Qué sucedió despues?

En la continuacion de los sucesos que nos esperan encontrará el lector la respuesta á esta pregunta.



CAPITULO XIII.

Un artista.

Estamos en el estudio de un pintor; en una espaciosa pieza que recibe de un lado la buena y abundante luz que es indispensable para que un artista pueda dar á sus cuadros el colorido y la vida que los inmortalicen.

Grandes lienzos de un mérito sobresaliente, entre ellos una copia de *La Virgen del Niño*, llamado, la Perla de Rafael, célebre cuadro que posee el rico Museo de Madrid, y otro del *interior del senado de Venecia*, obra admirable, capital, la mas sobresaliente del famoso Tintoretto, que existe en el mismo sitio, se ven colocados, á una

luz conveniente, en la pared que mira al balcon; de otro lado se descubren otras copias de sobresaliente mérito, como *Jesus disputando con los doctores*, *La adoracion de los Magos* y *Moisés salvado de las aguas*, exquisitas pinturas de Pablo Verones; y repartidos por la pieza se ven retratos de varios personajes, bocetos y lienzos preparados para empezar nuevas obras.

A distancia conveniente de la luz, y dándole ésta de costado, está un elegante cabellete con un lienzo en que se ve la cabeza de una mujer casi al concluir: enfrente del lienzo se ve un jóven de arrogante figura, con la paleta y los pinceles, fijando tristemente los ojos en el cuadro que está haciendo: un poco mas lejos, y sentado en una silla, se encuentra un hombre de bella presencia que le observa con interes.

—¡Imposible....! no le puedo dar á mi obra la expresion divina que se advierte en las hechiceras facciones del original;—dijo el pintor dejando con disgusto los pinceles:—intentarlo es profanar la belleza, parodiar el candor, la dulzura, el espiritualis-

mo que se observa en aquellos contornos celestiales: los artistas podemos imitar, aun que de lejos, la naturaleza, pero nos es imposible comunicar al lienzo la expresion de los bienaventurados.

—Pues, Leopoldo, á mi me parece que habla ese retrato: en mi concepto no es un cuadro, es la misma Clotilde la que veo delante de mis ojos.

—Porque tus ojos, Rafael, no la ven como la ven los míos; como yo, por hermosa que me parezca tu adorada Luz, no puedo rodearla de los hechizos celestiales de que tu imaginacion la rodeará.

—En eso creo que no te engañas; la imaginacion de los amantes es poética, y revisite al objeto amado con el colorido mas expresivo y encantador. ¡Ah....! si yo fuese pintor....

—Empezarias, como yo, veinte veces retratos de ella, los trasladarias de tu imaginacion al lienzo, y no acabarias ninguno, porque todos te parecerian frios, imperfectos, sin expresion.

—¿Y hace mucho que no la ves?

—Dos meses: desde que D. Emilio exigió de mí este sacrificio.

—¡Pobre Leopoldo!

—Sí, muy desgraciado, amigo mio.

—¡Y yo que he deseado siempre que tu boda y la mia se celebrasen en un mismo dia!

—¡Mi boda!

—Pero tengo el sentimiento de ver que ya es imposible.

—¿Pues qué, te vas á unir muy pronto con la hermosa Luz?

—En cuanto llegue su deseado padre, á quien esperamos de un dia á otro de Veraeruz.

—¿Pues qué, le han levantado su destierro?

—A pesar del empeño de sus enemigos.

—¿Enemigos particulares?

—Sí; pero por fortuna, tengo algunos amigos que ejercen bastante influjo con el gobierno, y he conseguido, por este medio, que le hayan puesto en libertad.

—Me alegro mucho.

—Gracias: entre los que mas han trabaja-

do porque le alzasen su destierro, debo contar, en primer lugar, al doctor Willey, que estuvo ayer en casa de Luz á comunicarle tan grata nueva, segun me aseguraron cuando yo entraba con la misma fausta noticia.

—Le conozco mucho.

—Es muy buen amigo, ¿no es verdad?

—Me parece que sí, aunque mi conocimiento viene solamente de que le veo entrar á la vivienda de una hermosa vecina, de quien dicen que está enamorado.

—¡Hola!... ¿y quién es? Dímelo para que me divierta un rato con él cuando nos veamos en casa de mi novia.

—De Elisa; la vecina que vive en una de las habitaciones que están al entrar al corredor.

—¿De esa hermosa española, mujer de D. Diego Rondal?

—De la misma.

—¿Y ella?

—Es tan virtuosa como linda, y creo que no hace caso de él por mas que la vecina Doña Anita sospeche lo contrario.

—¿Y quién es esa Doña Anita?

—Es *todita una señora*, como ella suele decir, que no se ocupa de otra cosa que en hablar del prójimo, y que esta mañana muy temprano quiso entrar á verme, sin duda con el objeto de enterarme de lo que motivó un tiro que se escuchó anoche en una de las viviendas de la vecindad.

—¿Hubo alguna desgracia?

—No lo sé, porque yo le respondí que estaba ocupado, sin abrirle la puerta. Qué me importa á mí la vida de los demas, ni cómo me voy á ocupar de ella cuando no tengo tiempo suficiente para ocuparme de la mia?

—Tienes razon; los que amamos, no tenemos tiempo sino para pensar en el objeto que llevamos constantemente en nuestra mente.

—Los que amais y esperais; pero los que amamos y tememos, llevamos dos pensamientos mezclados; uno que nos halaga, otro que nos atormenta; aquel lleno de su amor, de sus dulces palabras, de sus tiernos juramentos; el otro henchido de amargura, de inquietud, de punzantes zelos, de

desesperacion, de lágrimas y de tormentos, inspirado por un enemigo que trata de robarnos nuestro angelical tesoro.

—Pero tú vencerás, Leopoldo; sí, tú vencerás.

—Mi rival es poderoso, intrigante, que tal vez ha deslumbrado con sus riquezas á D. Emilio, y yo no soy mas que un artista

—Sí; pero un artista de génio, de inspiracion, que lleva en sus pinceles su riqueza, sus títulos de nobleza y la admiracion del mundo. ¡Hay alguien mas digno del amor de las mujeres que los artistas y los poetas dotados de ardiente corazon, que saben apreciar todo lo bello de la naturaleza, que se apartan de las miserias del resto de los hombres, del necio orgullo, de la vanidad, del dolo y de la mentira, para vivir en un mundo de amor, de inspiracion, de nobles concepciones, donde se diviniza á la mujer, se enaltece la virtud, se aborrece el vicio, y se ama á Dios con toda el alma!... Los artistas y los poetas, querido Leopoldo, son las criaturas privilegiadas del Eterno, y todas las personas que alientan senti-

mientos elevados y generosos, procuran atraerse su amistad, como la mas digna, la mas desinteresada, la mas instructiva y la mas honrosa.

Y tenia razon Rafael al expresarse de esta manera.

El talento es el título, la carta de recomendacion, la condecoracion honorífica que Dios colocó en la cabeza de sus privilegiadas criaturas para que todo el mundo las admirase. Leonardo de Vinci, Guide, Tintoretto, Pablo Verones, el Ticiano, Rubens, Rafael, Teniers, Van-dyk, Poussin, José Rivera, Zurbarán y otros excelentes pintores, no se presentaron al mundo con otros pergaminos de nobleza que con los de su fecunda imaginacion y su talento, conquistando con ellos un renombre esclarecido, el aprecio de la sociedad humana, el respeto de todas las generaciones, y una posicion brillante.

¿Quién abrió á Diego Velazquez las puertas de los palacios, lo elevó hasta los círculos de los grandes, de los príncipes y de los reyes, le condujo al templo de la Fama,

inmortalizó su nombre y le atrajo la estimación y el respeto de sus contemporáneos? Su talento; sus bellísimos cuadros; *El sitio de Breda*, conocido comunmente en España por *el de las Lanzas*, *Los Borrachos* y *Las fraguas de Vulcano*, lienzo magnífico, obra maestra y acabada, donde se asombra el ojo inteligente de la verdad que existe en ese combate de la claridad de la brasa en donde rojea el yerro, y de la del sol que se introduce por la puerta entreabierta de la ferretería. ¡Qué cuerpos tan hermosos los de aquellos robustos Cíclopes! ¡qué facciones tan expresivas! ¡qué miembros tan ágiles, nervudos y unidos....! ¡qué naturalidad en la de esos que descargan sus golpes en el yunque, cuyos brazos se detienen suspendiendo de repente la acompasada armonía de sus martillos, á la vista del denunciante Apolo, que entra á contar al esposo de Vénus que Marte viola su lecho conyugal! ¡qué bien expresada se ve en el rostro de Vulcano, al escuchar la infidelidad de su conyuge, el espanto, la sorpresa y la cólera!

¡Quién elevó á Murillo, hijo de una fami-

lia pobre, desde la humilde condicion en que habia nacido, hasta los círculos mas distinguidos....? ¡Quién hizo que su nombre, que hubiera muerto en la oscuridad en que nació, brillara como el brillante sol en el cenit, y pasase hasta nosotros rodeado de una aureola celestial? Su talento; su fecunda imaginación; sus cuadros sublimes; ese *Cristo en la Cruz*; *la sacra familia del perrito*; *Jesus y San Juan*; *el martirio de San Andrés*, y otro considerable número de composiciones que le hacen ser entre los pintores lo que fué Lope de Vega entre los poetas.

La verdadera grandeza está en el talento. Los hombres que carecen de génio, desaparecen del mundo sin dejar la mas ligera huella de su existencia, como desaparece el ave sin dejar en el aire rastro alguno de su vuelo.

La inspiración y el saber son leves átomos de los atributos del Señor, y solo ellos, como de origen eterno, dejan la señal por donde ha pasado el hombre favorecido.

Siete ciudades se disputan la gloria de ser la cuna de Homero, cuya inmortal obra,

la Iliada, monumento que sobrenada á la ruina de los imperios, guardaba Alejandro el grande, en señal de veneracion, bajo la cabecera de su cama, encerrada en una caja guarnecida de piedras preciosas. Las distinguidas hazañas de Ereilla yacen en el olvido; su poema *La Araucana*, atraviesa los siglos ensalzando su nombre. ¿Por qué han muerto las primeras y existe j6ven y lozano su libro? Porque las primeras pertenecen al hombre material, el segundo á la inteligencia, al bien con que ha dotado al hombre la Divinidad para hacerle á su imágen y semejanza.

El viejo soldado de Lepanto, el autor del inmortal Quijote, el inimitable Cervantes, escribiendo desde una oscura prision su obra maravillosa, apareció mas grande al mundo, que los que habitaban regios alcázares de doradas techumbres. Los reyes, los príncipes, los sábios, los ignorantes, el rústico pastor y el afeminado cortesano, todos le respetan, todos le leen con avidez, todos le quieren, todos le elogian.

El hombre de inteligencia, no solo hace

que sobreviva su nombre á la materia cruzando los siglos, sino que, con su palabra y su voluntad hace salir de sus tumbas á los héroes de todos los tiempos, á los emperadores y á los guerreros de todas las edades, les infunde nuevo aliento y nueva vida, y los retiene sobre la tierra hasta la conclusion de los tiempos, constituyéndose en severo juez de sus acciones.

Las riquezas y los títulos de grandeza son el patrimonio que heredan los hijos de los poderosos de la tierra: el talento es el tesoro creador con que Dios dota á sus privilegiadas criaturas: las primeras, como pertenecientes al mundo, desaparecen con facilidad; el segundo, sobrevive á la existencia del individuo, sin que nadie se lo haya podido arrebatár durante su vida ni despues de su muerte.

No pretendo, sin embargo, al asentar que el mas digno título de nobleza es el talento acompañado del saber, atacar los timbres y honrosas distinciones de las condecoradas clases de la sociedad, cuyos antepasados prestaron distinguidos servicios á la patria.

Nada de eso: estoy muy lejos de asociarme á la larga lista de escritores que, para halagar al pueblo, se han propuesto desconceptuar á las clases elevadas, mojado en hiel sus plumas, para ridiculizarlas y zaherirlas de la manera mas cobarde é injusta.

Precisamente los reyes, los príncipes, la nobleza y los grandes han sido en todos tiempos los protectores de los hombres de génio y de saber, los Mecenas de los poetas y de los artistas, y los que distinguiéndoles con su aprecio, han contribuido de una manera eficaz al renombre que justamente han conquistado. Velazquez, Quevedo, Calderon, Lope de Vega y otros mil ingenios, no hubieran dado al mundo, ni el primero, un número tan considerable de preciosos cuadros, ni los otros sus admirables obras, si no hubieran existido los Felipes, los Osunas y los Medinacelis, que se apresuraban á premiar sus artísticos y literarios trabajos. Aun existe en el Museo de Madrid el magnífico cuadro en que Velazquez, retratando á la infanta Margarita, ideó trasladar

al lienzo toda la escena que presenciaba, y de la que él mismo era actor. Al presentar esta obra á Felipe IV, como lo hacia con todas, preguntándole si creia que le faltaba algo, respondió el rey: sí, le falta todavía una cosa; y tomando la paleta de las manos de Velazquez, pintó en el pecho del artista, representado en el cuadro, la cruz de la órden de Santiago. ¿Puede darse un rasgo mayor de deferencia y aprecio de los reyes hácia los hombres de talento?

Pero volvamos á los personajes de nuestra historia.

Leopoldo que, como la mayor parte de los bombres de verdadero mérito, reunia á un talento privilegiado una modestia suma, y por lo mismo una desconfianza extrema de sí mismo, contestó:

—Sí; un verdadero artista, un hombre de una imaginacion rica, brillante, inagotable en concepciones maravillosas, fácilmente podrá alcanzar la mano de la mas distinguida dama; pero yo, yo no soy mas que un aficionado sin génio, indigno de tocar el divino arte de Apeles.

—No es esa la opinion que tiene formada el público de tí.

—Y sin embargo, es la mía.

—No eres tú, por fortuna, el juez que ha de calificar tus obras.

—¿Y de qué me sirve su calificación favorable, si no basta á vencer la resistencia del padre de la mujer que amo?

—Ten esperanza, Leopoldo.

—¡Esperanza!—dijo el artista con profunda amargura:—hace tanto que espero!..

El ruido de un coche que se acercaba, y que poco despues se detuvo en la puerta de la calle, se escuchó en aquel instante.

Leopoldo se estremeció en la silla.

—¿Qué tienes?

Le preguntó Rafael.

—Nada; que yo conozco el ruido de ese carruaje.

Contestó el artista dejando ver en su semblante, retratados á la vez, el asombro y la alegría.

—¿Sí?

—Sin duda.

—¿De quién es?

—De Clotilde.

—¿Será posible?

—¡Ah!..... me lo dice el corazon; y sin embargo, no me atrevo á creerlo. Hazme favor de asomarte al balcon y ver el color del coche, porque á mí me falta valor para hacerlo.

—Es azul con ruedas encarnadas.

Dijo Rafael haciendo lo que su amigo le habia encargado.

—No hay duda.

—Ahora baja una señorita.

—¿La distingues?

Exclamó Leopoldo fuera de sí, y pálido de inquietud y de placer.

—Sí.

—¿Quién es?

—Es ella.

—¡Ella!.....—dijo el artista levantándose:—¡Ah!..... cierra el balcon, amigo mio.

—Ya está cerrado, y ahora me voy para que puedas hablarla libremente: adios, Leopoldo: Dios quiera que su visita te traiga la felicidad.

—Gracias, Rafael, gracias.... Adios.

Leopoldo quedó solo, temblando de placer y de temor; mezcla extraña que acompaña al hombre que espera el resultado de su eterna dicha ó de su desgracia.

Una jóven hermosa, vestida lujosamente, acababa de bajar del coche. Era Clotilde.

Un hombre que habia venido siguiendo el carruaje, se detuvo enfrente de la puerta, pero en la acera contraria, y recatándose de ella, observando sus mas ligeros movimientos.

Al penetrar en el zaguan, Clotilde, se dirigió á una mujer que iba á salir.

—¿Tiene vd. la bondad de decirme si vive aquí D. Leopoldo Cabrera?

La mujer á quien se dirigia la pregunta alzó la cabeza, y al fijar la vista en la jóven que le hablaba, se cubrió de una palidez mortal, se le llenaron los ojos de lágrimas, se le anudó la garganta, y no pudo contestar.

Maravillada Clotilde de aquella sorpresa que su presencia causaba, la miró á su vez detenidamente, y creyó haber visto aquellas facciones en alguna otra parte.

—Me parece—añadió con voz dulce— que no es esta la primera vez que yo tengo el gusto de ver á vd.

—No señorita.

Contestó conmovida y mirándola con un interes particular la interrogada.

—¿En dónde, si tiene vd. la bondad de decirme?

—En San Angel.

—Es verdad, ya recuerdo. ¿No es vd. Elisa, la esposa de D. Diego Rondal?

—Sí señorita.

—Como la veo á vd. tan pálida y en ese traje tan humilde.... me fué imposible conocerla.

—Es que la desgracia nos ha perseguido desde entonces.

—¿La desgracia!.... ¿Y por qué no ha ocurrido vd. en ella á mí?.... Aunque no he tenido la honra de alcanzar su amistad de vd., la he querido siempre tanto....

Elisa sintió oprimirsele el pecho con un exceso de felicidad.

—¡Ah!.... ¡no sabe vd. cuán dichosa me hace con esas palabras!—exclamó vertien-

do abundantes lágrimas:—Pero yo la estoy deteniendo á vd: ¿decia vd. si vive aquí D. Leopoldo Cabrera?

—Sí, hermosa Elisa.

—Vive, y voy á tener el gusto de acompañarla hasta la puerta de su habitacion.

—Mil gracias.

Y la jóven empezó á subir la escalera.

Elisa iba á su lado mostrando en su semblante el placer mas intenso, y sin apartar los ojos de su angélica fisonomía.

Parecia que aquel rostro era el centro de atraccion de todas sus potencias.

El hombre que habia permanecido observando en la acera de enfrente, cruzó de un lado á otro, penetró en el zaguan de la casa de Leopoldo, procurando no ser visto del cochero; miró hácia el corredor del segundo piso; vió detenerse á Clotilde en la puerta de la vivienda principal, á la cual llamó con tres golpes; poco despues notó que la abrian, viendo desaparecer por ella, despues de haberse despedido de Elisa, á la jóven que habia ido siguiendo.

—¡Lo habia sospechado!....—exclamó

entre dientes y con ira reconcentrada el hombre:—¡Oh!.... ¡es preciso acabar de una vez!.... ¡Su muerte es la única que me puede volver la tranquilidad!....

Diciendo esto, sacó del bolsillo una lujosa cartera; tomó de ella una tarjeta, escribió por el revés, y con lápiz, algunas palabras, volvió á guardar la cartera, dobló tres puntas de la tarjeta, pasó á la acera en que habia permanecido primero, y esperó.

—¡Morirá, morirá!....

Murmuró para sí, despues de un rato de silencio, y se puso á pasear por enfrente de la casa en que vivia Leopoldo, pero sin apartar la vista del zaguan.

—¡Cuánto tarda en bajar!....—pensó sacando un excelente reloj de oro, que pendia de una esquisita cadena:—¡Oh!.... yo he tenido la culpa por no haber tomado, como voy á tomar ahora, una resolucion definitiva.

Y se detuvo impaciente.

Poco despues vió que bajaba por la escalera un jóven dando la mano á una señora.

En el semblante del hombre que esperaba se operó un cambio violento.

Eran Clotilde y Leopoldo.

El cochero abrió la portezuela al verles llegar al zaguán.

La jóven se despidió de Leopoldo, y entró en el carruaje.

El auriga volvió á montar en el pescante; entonces Clotilde hizo una señal á Leopoldo para que se acercase á la portezuela; sacó del dedo la sortija con piedras rubí, diamante, turquesa, esmeralda y coral, que hemos visto le mostró otra vez en el Cabrió, se la entregó, enviándole una sonrisa de amor, y desapareció en el coche.

Mientras esto pasaba, el hombre que observaba llamó á un muchacho, le dió una moneda y la tarjeta, le señaló con el dedo á Leopoldo, y aguardó á que cumpliese su mision.

Aun no acababa el feliz artista de creer que tenia en sus manos la expresiva sortija en que le decia su amada, *te adoro y te prometo que me casaré contigo y que seré fiel espo-*

sa, cuando se acercó el muchacho con la tarjeta.

Leopoldo quedó sorprendido al verla doblada por las tres puntas; miró el nombre, y exclamó para sí con aire de placer.

—¡Duval....! Quiere un duelo á muerte: bien.

En seguida sacó una tarjeta de las suyas, la dobló por las cuatro puntas en señal de admitir el desafio: se la entregó al que habia puesto en sus manos la de su rival, y subió á su habitacion pensando en el objeto de su amor y en el duelo á que le provocaba su odioso rival.

414

CAPITULO XIV.

Las dos vecinas.

—¿Ha visto vd., Doña Anita, qué favorecido está hoy de las bellas nuestro vecinito el pintor?

Decía una contemporánea de Matuselen, entrando en la habitacion de la mujer á quien hacia la pregunta, y tomando asiento detras de la vidriera de una puerta que daba al corredor.

—Sí, mi alma; ya ve vd. que, aunque uno no quiera, como está situada esta pieza junto á la escalera, se ve cuanto pasa.

—¡Y qué hermosa es la jóven!

—¡Ps!....—dijo Doña Anita con ese ai-

re de desprecio que revela una mal disimulada envidia—¡hermosa....! no sé qué le ha visto vd. de hermosa, mi alma.

—Una cara muy graciosa.

—¡Pues....! carita, y nada mas.

—Un color muy bueno.

—Para cascarilla y colorete.

—¡Pues qué, estaba pintada?

—¡Vaya, mi alma....! ¡pues si eso se conocia á la lengua....! Colores, los de mis tiempos.... Si vd. me hubiera visto cuando me casé con mi brigadier.... parecia mi cara una rosa de Castilla.

—Y aun ahora....

—Y no usaba otra cosa que agua fria. Pero en el dia, mi alma, todo se vuelve polvos, toalla de Vénus, blanquete, colorete, y otra porcion de menjures..... ¡Ya se vé....! así tienen el cutis tan manchado y perendi-

do....

—Tiene vd. mucha razon.

—¡Pues no la he de tener, mi alma? Fí-gúrese vd. que, como soy una señora, visito á lo mejorcito.

—Ya lo creo: ¡la esposa de una brigada!

—De un brigadier, Crucecita.

—Eso quise decir. Pero lo que sí me pareció que tenía muy bueno, fué el cuerpo: ¡qué esbelto, qué bien formado....!

—Para ballena, mi alma, puro armazon, enaguas almidonadas y ahuecadores: son como el pavo real, mucha y brillante pluma, y dentro huesos, y nada mas. En mis tiempos no habia nada de esos embustes ni engaños: un vestido estrecho, que llamábamos de medio paso, puesto sobre la camisa, y nada mas; corto, para que se viera la media de seda y lucir el pié, que sabe vd., mi alma, que es lo que tienen muy bonito las mexicanas; abajo llevaba algunos plomitos para precavernos contra las descortesias del aire, y en la cabeza una gran peineta llena de calados y de labores, que daba un aire magestuoso á la persona. Todavía tengo guardada la peineta que estrené el dia en que hizo su entrada triunfal D. Agustin Iturbide, y que me regaló, cuando me casé, mi difunto, que en paz descanse.

—Será muy buena.

—Figúrese vd. si lo será, cuando me la pidió el año pasado la condesa H. para sacarla la noche de carnaval.

—Debe ser de mucho lujo.

—Primorosa, Crucecita. El otro dia me la puse para que la viera nuestro vecino D. Leopoldo, y empeñado, mi alma, en que me habia de retratar con ella, porque dijo que mi cabeza se parecia á la de Medusa.

—¿Y quién era esa señora?

—Alguna de las musas, mi alma: el nombre mismo le está diciendo: Medusa, Musa...

—¡Caball!

—Si es muy galante conmigo. Por supuesto que todo esto pasa delante de su mamá, porque como soy una señora....

—Hace vd. perfectamente.

—¡Por supuesto! ya vd. ve que la gente es muy murmuradora.

—Como que siempre está la vecindad pendiente de una.

—Y como él es tan obsequioso conmigo, y siempre está ponderando mi cutis, y mi color y mi cuerpo....

—Yo lo creo: como que ya quisieran muchas elegantes el cuerpo de vd.

—Y eso que no me pongo ballenas, ni haros, ni ninguno de esos palitroques que hoy llevan con perjuicio de las piernas de los jóvenes. Yo, nada, mi alma: voy enteramente igual á aquellos tiempos en que solo lucía su buen cuerpo la que lo tenía.

—¿Y quién habrá inventado todos esos ahuecadores y postizos?

—¿Quién? Cierta cortesana francesa que, según decía mi difunto, que en paz descanse, tuvo cierto *lapsus linguae* con un oficialito del rey. ¡Ya vd. ve, mi alma, qué origen tan nobilísimo!

—Pero ¿no ha visto vd., Doña Anita, qué coche y qué lujo traía esa joven?

—¡Vaya, mi alma! ¿Y quién dirá vd. que es, para darse el tono que subió dándose, y para venir en coche?

—¿Quién, Doña Anita?

—Una pobre huérfana... una recogida.

—¿Es posible?

—Sí, mi alma. La protegida de Doña Inés, hermana de D. Emilio Landeta.

—Sí; ya he oído hablar de esa señora: me han dicho que es muy buena, muy virtuosa..

—¡Virtuosa...!— dijo Doña Anita, que no podía tolerar que se hablase bien de nadie, con sonrisa y acento malignos.—¡Vaya con la virtuosa...!

—¿Qué, no lo cree vd. así?

—Yo no creo mas que lo que veo, mi alma; y si yo le dijese á vd. mi parecer... Pero soy todita una señora, y....

—Cuénteme vd., cuénteme vd., Doña Anita.

—Pues yo creo, aquí para entre las dos, que es algo mas que protectora de esa joven.

—¿De veras?

—¿Cree vd. que á una huérfana se le nombre heredera de todos los bienes que uno posee?

—¿Heredera?

—Heredera, mi alma. Además, Doña Inés tuvo amores con un oficial que de repente desapareció, y.... ¿quién sabe? porque como decía mi difunto, ninguna está exenta de un *lapsus linguae*.

—¡Vea vd! y yo la tenía por una santa.
¡Y qué orgullosa iba la tal huérfana porque
le bajaba la escalera nuestro vecino Leo-
poldo.

—¿Pues qué sería si la hubiese querido
retratar como á mí?

—¿Y qué, la quiere?

—¿Qué la ha de querer!... sino que ella
se le anda siempre metiendo por los ojos;
pero para mí, su amor está en la vecindad.

—¿De veras?... ¿Y quién es ella?

—No me atrevo á decirlo, porque no se
me atribuya á vanidad; pero, ya vd. ve que
ese empeño en retratarme... las atencio-
nes que usa conmigo, sus expresivas mira-
das, y eso de compararme con las Euméni-
des y con Medusa... algo significa.

—Es verdad.

—Lo que tiene que yo no me doy por
entendida hasta que no se declare sin ro-
deos, porque como soy una señora...

—Hace vd. muy bien. Y dígame vd., ¿qué
sucedió anoche en casa de nuestra vecina
Elisa?

—¿De la española?

—Sí; ¿contra quién se disparó el tiro que
oímos?... ¿lo ha indagado vd?

—¡Vaya, mi alma!... Figúrese vd. que
entré yo misma, no por curiosar, no, pues
ya sabe vd. que soy todita una señora, sino
por ver si había sucedido alguna desgracia
y podía ser útil en algo.

—Por supuesto. ¿Y qué sucedió?

—Nada, mi alma: que D. Diego Rondal,
dominado por algun terrible ensueño, se
levantó dormido de la cama, armado de una
pistola, anduvo así algunos pasos, y dispa-
ró al aire el arma fatal.

—¿Es decir que no vió al doctor?

—¿No le digo á vd., mi alma, que todo
fué soñando?

—¿Qué rareza!

—Así es que el médico salió sin ser visto.

—¿Y fué en la misma pieza del enfermo?

—No, sino en una de las próximas.

—Luego él algo debió oír para dirigirse
á allí.

—Eso creo yo.

—¿Y Elisa?

—Me la encontré desmayada, á causa,

sin duda, del susto que recibió con la explosión de la pistola.

—¿Y D. Diego qué hizo?

—Despertó, como era natural, al salir el tiro, y al ver exánime á Elisa, me suplicó que le ayudase á volverla en sí, lo que hice con mucho gusto, como vd. debe suponerse.

—¿Es decir que nada llegó á saber de la visita del doctor?

—Nada, mi alma.

—No fué poca fortuna para ella.

—Ya lo creo.

—Pues yo oí el tiro; pero como estaba ocupada en dar la cena á mi esposo, no pude salir á preguntar á vd. lo que habia ocurrido.

—¿Entonces tampoco sabrá vd. lo que pasa con nuestra vecinita?

—¿Cuál?

—Soledad.

—¿La primita de D. Félix, el dependiente que viene todas las noches?

—La misma.

—¿Pues qué le ha sucedido?

—Que se ha ido.

—¿Cómo!

—Como lo oye vd.

—¿Fuera de México?

—No, á otra casa de mas lujo.

—¿Es posible?

—Y poderoso.

—¿Con Félix?

—Y con otro.

—¿Cómo está eso?

—Ya sabe vd. que D. Félix, el primo, y yo creo que algo mas de Soledad, es el dependiente de todas las confianzas de D. Felipe Flan.

—Sí, ya lo sé.

—Pues bien: anoche, poco despues de la escena del pistoletazo, y cuando mas entenido estaba al lado de su adorado tormento, tuvo una visita inesperada.

—¿De quién?

—De D. Felipe Flan.

—¿De su principal?

—Del mismo, en cuerpo y alma.

—Es extraño, porque nunca le he visto entrar en la casa.

—Como que no conocia á la susodicha primita de su privilegiado dependiente; así es que los dos se quedaron, al verle presentarse, como quien ve visiones.

—Toma....! no era la cosa para menos.

—Figúrese vd.

—¿Y no sabe vd. qué motivo le obligó á esa visita sin anuncio?

—Un negocio de sumo interes y urgente para la casa del señor Flan, que solo D. Félix podia desempeñar.

—¿Y qué sucedió?

—Que el principal, prendado, sin duda, de la hermosura de nuestra vecinita Soledad, á quien no conocia, empezó á hacerle preguntas, mientras el dependiente despachaba su comision, y que al oir que habia quedado sola en el mundo, que sus padres habian muerto, y que no tenia mas parientes que su primo, á quien habia sido encomendada por su amorosa madre al espirar, le prometió tomarla bajo su amparo.

—Vea vd. qué fortuna! Bien dicen, Doña Anita, que unos nacen con estrella y otros nacen estrellados. ¿Y á dónde la ha llevado?

—A su misma casa, en donde le ha destinado piezas independientes y retiradas, donde esté asistida con todo esmero.

—Pues esa ha sido una lotería para el primito.

—Tal vez no sea tanto como nos parece.

—Por qué?

—Porque si, como le he dicho á vd., mi alma, D. Félix es algo mas que primo, y el principal está enamorado de ella, el asunto va á ser cómico, y el chasco divertido.

—Tiene vd. razon. ¿Y él consintió?

—¡Toma! volando; ¿no ve vd., mi alma, que así la tiene mas cerca de su lado? quien creo que puso algunos inconvenientes cuando se despidió de ellos el Sr. Flan, fué Soledad, segun he podido indagar por algunas preguntas que le hice á la muchachita que les hacia los recados.

—¡Hola!.... ¿y qué le dijo á vd?

—Palabras sueltas nada mas que pudo oir; pero de las cuales deduzco que Soledad se resistia á admitir el favor con que se les brindaba, temiendo que la franca generosi-

dad reconociese un origen menos noble, esto es, el amor.

—¿Y qué mas puede desear esa jóven, que un marido honrado y rico? ¡Vaya un inconveniente!

—Por eso le digo á vd. que para mi hay entre esos jóvenes algo mas que primazgo.

—Esa resistencia, al menos, algo de eso indica.

—Cuando yo le digo á vd.

—Pero al fin admitió.

—Sí, convencida por las razones que le expuso D. Félix.

—Quien va á sentir su ausencia es Elisa.

—¿Por qué, mi alma?

—Porque era la que le hacia algunos regalitos durante la enfermedad de D. Diego.

—Es que ya ha encontrado quien le sustituya, y con ventaja.

—¿De veras?

—A no dudar.

—¿Y quién es?

—La señorita Clotilde, la jóven á quien condojo hasta la puerta de la habitacion de nuestro vecino el pintor.

—¿Qué me cuenta vd?

—Lo que vd. oye, mi alma. Al marcharse llamó á la puerta de Elisa, salió ésta con sus niñas, les dió muchos besos á las criaturas, les hizo mil caricias, y se marchó prometiendo favorecerles desde aquel momento.

—Tienen algunas personas una fortuna decidida, Doña Anita: yo no sé á qué santo se encomiendan que les hace esos milagros.

—Lo mismo digo yo, mi alma. Yo rezo á toda la corte celestial, y ninguno hace el prodigio de que el ministro de hacienda oiga el clamor de las viudas y ablande su razon, para que mande que les den algo en comisaría. Figúrese vd. que en este mes me han dado dos reales, y el anterior nada.

—¿Es posible?

—Y eso que me han recomendado personas muy principales, á quienes visito, pues como soy una señora....

—Le digo á vd., Doña Anita, que están los tiempos perdidos. Con decirle á vd. que mi esposo no ha recibido un solo real des-

de que quedó cesante.... así es que si no fuera porque se ha metido á cobrador de cuentas incobrables, no sé qué sería de nosotros.

—¿Y qué sería de mí si no me hubiera metido á *mercadela* (1), y vendiese, ya aquí un anillito de tumbaga, ya allí un alfiler de piedras falsas, en esta casa un vestido usado de una conocida que me lo da á vender, ya en la otra algunas varitas de encaje que me han fiado en una tienda? Al principio, es verdad que me daba alguna vergüenza, porque como no estaba acostumbra, y era una señora....

—Yo lo creo: ¡nada menos que la viuda de una brigada....!

—Pero ¿no ve vd., Doña Crucecita, á esa jóven que se ha detenido en la entrada del corredor mirando á todas partes?

—Sí; y trae dos vestidos de niña.

—¿A que los envía la señorita Clotilde para las criaturas de Elisa?

—Puede ser.

(1) Así llaman en México á las mercachifles que andan de casa en casa vendiendo efectos y alhajas de poco valor.

—Vamos á llamarla.

Y Doña Anita abrió un poco la puerta vidriera, y le hizo con la mano una señal para que se acercara.

—¿A quién buscaba vd?

Le preguntó al aproximarse la jóven.

—A la esposa de D. Diego Rondal.

—¿Qué le queria vd?

—Entregarle estos vestiditos que acaba de comprar la señorita Clotilde en una tienda de modas, para sus niñas.

—¿Pues qué, se conocian?

—Lo ignoro.

—Pues llame vd. á la puerta de esa vivienda que está enfrente, que hay vive.

—Mil gracias.

—No hay de qué.

Y la jóven se dirigió á la habitacion de Elisa, tocó á la puerta, poco despues se abrió ésta, y penetró en la casa.

—¿Qué le decia yo á vd., mi alma?

Dijo Doña Anita á su interlocutora al penetrar en la habitacion de Elisa la que habia llevado los vestidos.

—Con efecto. Hay gentes á quienes si se

les cierra una puerta, Dios les abre ciento. ¡Qué se ha de hacer....! mas vale caer en gracia, que ser gracioso.

Pero mientras nuestras dos vecinas se entretienen en la caritativa ocupacion de comer prójimo, acerquémonos á escuchar lo que pasa en el cuarto contiguo al que ocupa D. Diego Rondal, que es adonde Elisa, acompañada de sus hijas, conduce á la portadora del regalo para no despertar á su esposo, que en aquel instante descansaba.

—¿Dice vd. que la señorita Clotilde me envia estos vestidos para mis niñas?

Exclamó la amorosa madre dejando ver pintado en su rostro el placer que le causaba aquel recuerdo.

—¿Para nosotras?

Dijeron á su vez las dos tiernas criaturas saltando de alegría.

—Sí señora, ella misma; y me encargó le suplicase á vd. de su parte los admitiera como una prueba de cariño, y que el rehusarlos lo tomara como un desaire á la amistad que profesa á vd.

—¡Yo desairarla....! ¡yo!—dijo Elisa llenándosele de lágrimas los ojos.—¡Ah!.... ¡jamés....! Puede vd. asegurarla que de otra persona no hubiera admitido este regalo; pero que lo recibo de su mano, para darle la prueba mas inequívoca de las profundas veras con que correspondo á la amistad con que me honra.

—Tendré el placer de decírselo así.

—Y dígale vd. tambien—añadió una de las criaturas—que mi hermanita y yo la queremos mucho; que nunca nos olvidaremos de ella, y que le pediremos á Dios en nuestras oraciones que sea muy dichosa.

Elisa estrechó á sus hijas contra su corazón, exclamando:

—Sí, hermosas mias, sí.... rogad que el Eterno le haga tan feliz como merece ser el ángel benévolo que consuela á los desgraciados.

La que habia llevado el presente salió enternecida de la habitacion, prometiendo transmitir fielmente las palabras de gratitud de aquellas tres personas.

—¡Ay, mamá!—dijo Teresita, que empe-

zó á ver su trage en cuanto se fué la portadora:—aquí en el bolsillo hay una carta.

—¡Una carta!.... dámela, hija mia, dámela.

Exclamó Elisa con una ansiedad indescriptible, cogiendo el papel que la tierna criatura le presentaba; miró el sobrescrito; leyó en él su nombre, rompió el nema con mano convulsa, abrió el pliego, y sus ojos tropezaron con una moneda de oro.

Para una persona de corazón egoísta y metalizado, y colocada en la posición miserable en que se encontraba aquella mujer, la vista de aquella moneda hubiera sido el objeto preferente que hubiera absorbido entera su atención; pero para el alma tierna de Elisa, desinteresada, como es en general el alma de la mujer, el dinero ejerció en su ánimo menos influjo que los caracteres trazados en el papel. Dotada de una sensibilidad exquisita, y dominada por la fuerza del agradecimiento hacia la jóven que le daba el dulce título de amiga, cuando mas abatida estaba por la suerte, guardó con indiferencia la pieza de oro sin cuidarse ni

aun de fijar la atención en su valor, y clavó con avidez la vista en las recientes letras que tenia delante.

A las primeras palabras que leyó, el llanto humedeció sus divinos ojos, y se vió precisada á hacer una pausa para poder continuar. A medida que avanzaba en la lectura, las lágrimas se fueron condensando, y al mover sus hermosos párpados, rodaron en abundancia por sus delicadas mejillas hasta humedecer sus marchitos labios; según se iba acercando al fin de la carta, era fácil notar en su semblante la mezela extraña, pero expresiva, de placer y de tristeza, que experimentaba su alma: en todas sus facciones se veían pintados los afectos mas íntimos y tiernos que, no pudiendo contenerlos en el fondo de su cariñoso pecho, salían, de vez en cuando, en ahogados y mal reprimidos sollozos.

—¿Por qué lloras, mamá?—dijeron ambas niñas dejando los vestiditos con que habian estado entretenidas y corriendo hacia ella.—
—¿Trae algo malo esa carta?

—No, hijas mías: mi llanto es de placer,

pues las dichas, así como el dolor, tienen sus lágrimas, pero lágrimas dulces, lágrimas de consuelo, con que Dios embalsama nuestra existencia; quien no las vierte por un exceso de gratitud hacia la persona que le tiene una mano amiga en la desgracia, carece de los nobles sentimientos que enaltecen al hombre. Cuando sintais agolparse á vuestros ojos, tras una muestra de aprecio, las lágrimas del reconocimiento, bendecid á Dios, hijas mías, porque os ha dotado de una de las mas preclaras virtudes: la gratitud.

—Entonces le tenemos que bendecir á todas horas:—respondió Julita con infantil candor:—porque siempre que la vemos á vd. triste y nos acaricia, sentimos un placer muy dulce, y lloramos mi hermanita y yo sin saber por qué.

—¡Bien, hijas mías, bien!

Exclamó la amorosa madre, conmovida por los nobles sentimientos de aquellas dos angélicas criaturas.

—Y aun ahora mismo—añadió la tierna

niña—se nos saltan las lágrimas al hablarle y escuchar que estáis contenta.

—¡Teneis un corazón muy bueno!—pronunció Elisa estrechándolas contra su pecho y besándolas en la frente:—Procurad robustecer sus nobles afectos, mirando en las personas que os favorecen la mano de la Providencia, y en las mas desgraciadas, un afligido hermano, á quien debeis consolar. La gratitud es un don celestial, la delicia del ánimo, el tesoro divino con que paga el desdichado los favores recibidos, sintiendo en el alma esa inefable satisfacción que acompaña al hombre cuando ha llenado los deberes de su conciencia. La gratitud hacia el que nos ha favorecido, nos enaltece á los ojos de Dios, de la sociedad, y aun de nosotros mismos: la del infeliz á quien hemos consolado, nos llena de un placer purísimo que desciende del trono del Eterno.

—Haces muy bien en explicarnos todas esas cosas, mamá.

—Es mi deber: hijas mías.

—Si vieras que gusto sentí—dijo Teresi-

ta que era mayor—cuando esa señorita Clotilde me abrazó y me dijo una porción de palabras cariñosas. . . . Como que por mas esfuerzos que hice, no pude contener las lágrimas.

—Ni yo tampoco—añadió Julita:—¿Qué buena es! ¡no es verdad, mamá?

—¡Sí! . . . muy buena.

—Yo la quiero mucho; y eso que es la primera vez que la veo. ¿Y tú la quieres, mamá?

—¿Que si la quiero! . . . —exclamó Elisa altamente conmovida:—¿Puede uno dejar de querer á los seres que se interesan por nuestra felicidad, que van revelando en su apacible rostro la piedad, el amor, la modestia y la benevolencia? . . . ¿Puedo dejar de querer á la que me envía en las tiernas expresiones de esta carta la mas dulce medicina para suavizar las profundas heridas del alma? . . . ¿á la que se constituye en protectora vuestra y en verdadera amiga de esta afligida mujer? . . .

—Debe ser muy agradable lo que dice.

—¡Mucho!

—¿No quieres leérmola?

—Sí; porque quiero, hijas mías, que conozcais los bellos sentimientos que abriga el corazón de ese ángel, cuyas virtudes deben servirnos de modelo en la difícil senda de la vida en que empezais á dar los primeros pasos. No está escrita con escogidas frases ni pretensiones oratorias; pero sí con esa seductora naturalidad que vale mas que el arte de la mas estudiada retórica; con esa verdad y modestia del corazón que persuaden y conmueven.

Y Elisa volvió á fijar los ojos en la carta que aun tenia abierta en la mano, y leyó con voz conmovida los siguientes renglones, que fueron escuchados con religioso silencio y profunda atención por las dos inocentes criaturas.

“Querida amiga: Permítame vd. que le dé este dulce título para establecer la franca confianza que anhelo reine desde este instante entre nosotras. Hoy ha sido la vez primera que he tenido la dicha de dirigirle la palabra, y de escuchar las suyas, llenas, para mí, de unción y de atractivo. Sin em-

bargo: aunque es cierto que son nuevas nuestras relaciones, mi simpatía hácia vd. data de fecha mas lejana: tiempo hace que tuve el gusto de verla á vd. en S. Angel; nuestros ojos se han encontrado muchas veces, y estoy segura de que vd. habrá notado en la mirada de los míos el profundo interés y el distinguido aprecio que me inspira. Como una exigencia imperiosa del corazón, he anhelado desde entonces la dicha de gozar de su ameno trato, y ya que la Providencia me ha presentado esta oportunidad para realizar mi suspirado objeto, coabynve vd. á su realizacion, dignándose honrarme desde este instante con él.

“Como una ligera prueba de la mia, me tomo la libertad de enviarle ese escaso presente, para que obsequie á esos dos ángeles que han interesado de una manera íntima mi corazón: como una muestra de la suya, dignese vd. aceptarle con la franqueza misma con que yo se lo ofrezco. Rehusarlo, equivaldría á no admitir mi cariño y á retraerme de darle en lo sucesivo el dulce título de amiga.

“Amor, bondad, dulzura y caridad, son los atributos con que Dios adornó su bello corazón: de alguno de estos sentimientos, ya que no de todos, me siento también, por fortuna, animada. ¿Y no es la identidad ó semejanza de afectos la que constituye la verdadera amistad, y establece la grata reciprocidad? ¿No es el resultado de la igualdad de ideas, quien forma ese sagrado vínculo que une dos almas hasta identificarlas? ¿Por qué, pues, he de temer que extrañe vd. mi obsequio y no lo acepte, cuando vd. en mi lugar obraría de la misma manera conmigo, y traduciría por desaire la no admision de su obsequio? No; yo espero de su benevolencia y del aprecio que se ha dignado dispensarme, que no rehusará mi presente, como no lo rehusaría yo de su mano, en igualdad de circunstancias, y que cada mes se dignará darme una nueva prueba de distinguida y particular deferencia, admitiendo igual obsequio.

“Adios, bondadosa Elisa: dé vd. mil y mil besos de mi parte á Julita y Teresita: á esas bellas criaturas que amo con todas las veras

de mi alma, y vd. reciba las protestas mas firmes de aprecio de su leal y verdadera amiga.—*Clotilde.*”

Las pobres criaturas, al escuchar las cariñosas palabras referentes á ellas, y al ver que habia una persona que se interesaba por su suerte, sintieron una emocion tierna y profunda, que hizo asomar á sus ojos el llanto del agradecimiento.

Elisa vió en aquellas lágrimas la pureza y sensibilidad de sus almas, y las estrechó contra su corazon, uniendo á su llanto el que ella vertia de placer.

Aquella era una escena muda, pero interesante, en que el sentimiento del corazon embargaba á la lengua el uso de la palabra.

—¡Bendigamos á Dios, hijas mias, porque ha conducido bajo nuestro pobre techo al ángel de la amistad y de la benevolencia!

Dijo Elisa inundada de una superabundancia de felicidad, que excede á lo imaginable.

—Sí; bendigámosle.

Contestaron las niñas, poniéndose de rodillas.

En aquel momento se oyó el ruido de la puerta que daba al corredor, que se abria.

Poco despues se escucharon los pasos de un hombre.

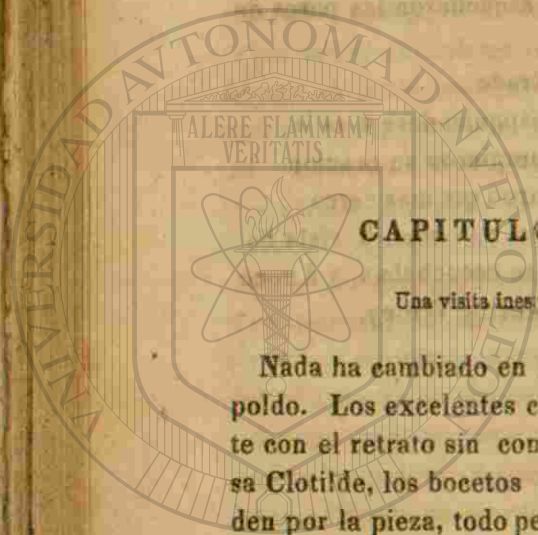
—Alguien ha entrado.

Exclamó Elisa disponiéndose á salir.

Las niñas interrumpieron su oracion.

Los pasos se dejaron oir mas cerca.

Las tres dirijieron entonces la vista hacia donde aquellos se escuchaban, y á poco vieron aparecer al doctor Willey.



CAPITULO XV.

Una visita inesperada.

Nada ha cambiado en el estudio de Leopoldo. Los excelentes cuadros, el caballete con el retrato sin concluir de la hermosa Clotilde, los bocetos repartidos sin orden por la pieza, todo permanece en el mismo estado en que lo dejamos el día en que fué á visitarle la encantadora jóven que le amaba; es decir, hace veinticuatro horas.

Los objetos permanecían en el mismo orden, pero no el pintor. El jóven artista, el émulo de Rafael, en vez de estar enfrente del caballete con la paleta y los pinceles en la mano izquierda y apoyando la derecha en la tintera, permanece retirado del

lienzo, sentado junto á una mesa, puesto el codo sobre ésta, y descansando la cabeza en la mano, en ademan melancólico y reflexivo; sus ojos los tiene fijos en un hermoso anillo que ostenta en uno de los dedos de la otra mano, y sus lábios se miran entreabiertos, como permitiendo pasar algunas palabras dictadas en silencio por el corazón.

Encima de una caja de pinturas, colocada en uno de los ángulos de la mesa, se ve una tarjeta doblada por las tres puntas, conteniendo el nombre de Duval, y esparcidos en confuso desorden, lapiceros, pinceles, dibujos, papeles, lienzos y colores.

En aquel momento se movieron ligeramente las cortinas que velaban una puerta que comunicaba con las piezas interiores: una mano arrugada, pero blanca, apareció separándolas suavemente, y á poco se dejó ver una anciana de venerable aspecto, que se detuvo contemplando con cariñoso interés al pensativo artista.

Así trascurrieron algunos instantes, hasta que la anciana, viendo que el jóven pin-

tor continuaba absorto en sus meditaciones, se acercó diciéndole con cariñoso acento:

—¿No vienes á almorzar, hijo mio?

Leopoldo dejó la actitud melancólica, y alzando la cabeza con abatimiento, contestó:

—No tengo aún apetito, madre mia.

—¿Estás malo?

—No, no tengo nada:—dijo el jóven haciendo un esfuerzo para sonreirse:—¿por qué me hace vd. esa pregunta?

—Porque toda la noche te escuché desde mi cuarto, suspirar y pasearte en el tuyo: porque al darme el beso filial esta mañana, estabas pálido y triste, y porque ahora te encuentro meditabundo y abatido, dejando abandonados tus pinceles y tu paleta, que han formado siempre el encanto de tu vida.

—Sí; es verdad, fueron mi encanto, madre mia, mientras me alentó la esperanza; mientras creí en el porvenir, mientras creí que el talento, al par que las puertas de la gloria, me abriese las de la estimacion del hombre que tiene bajo su custodia al sér

que ha cautivado mi existencia. Sí, madre mia; mientras creí en todo eso, mi imaginacion sorprendia los secretos mas bellos de la naturaleza; mi corazon latia con entusiasmo; y mis pinceles animaban el lienzo; pero desde que ha caido de mis ojos la venda que los cubria, cuando deshecha la ilusion que me inspiraba, he visto en toda su horrible realidad las miserias y preocupaciones de los hombres; cuando he conocido que los mejores cuadros del mundo no serian recomendacion bastante para alcanzar lo único que anhelo en la tierra, la mano de la mujer que adoro, mi imaginacion ha perdido todo el vigor y la fuerza creadora de que se sentia animada, mi corazon ha desfallecido bajo el frio del desencanto, y mis manos heladas y sin fuerza, no han podido sostener los pinceles. Al artista le son precisos la esperanza y el amor, como á las plantas los rayos vivificantes del sol, como al corazon la fé, como al cuerpo el aliento de la vida. El amor y la esperanza despiertan la inspiracion, inflaman el espíritu, subliman el entendimiento y dan

á las obras de los artistas y de los poetas esa fuerza de colorido que sorprende, esas tintas delicadas que cautivan, esos toques precisos que revelan el génio, ese dulce sentimiento que conmueve. Un artista sin esperanza y sin amor, es una flor sin brillo y sin aroma; una fuente á quien han privado del agua fecundante y bullidora; un ave á quien han cortado las alas!....

Y Leopoldo quedó abatido como si aquellas palabras hubieran renovado su sentimiento.

—Pero á tí te aman, hijo mio; Clotilde, lejos de faltar á las dulces promesas de su amor, te ha dado irrecusables y nuevas pruebas de su acendrado cariño. En tu dedo estoy viendo brillar el reciente juramento de ser tuya hasta la muerte. ¿No me dijiste ayer, al recibir de su mano ese regalo, que en esa sortija en que están graciosamente mezclados el rubí, el diamante, la turquesa, la esmeralda y el coral, te dice que te adora, que se unirá á tí y que será fiel esposa?

—Sí, madre mia, sí.

Exclamó el jóven llevando el anillo al corazón.

—¿No vino á verte cuidadosa de tu salud, temiendo que en los dos meses que has estado sin verla por obsequiar el deseo de su protector, te hubieses visto atacado del terrible tifo que diezma la poblacion?

—¿Es verdad!

—Entonces ¿á qué ese dolor que te mata y me entristece?... ¿á qué esa profunda melancolía que anubla tu semblante y que desgarrá mi amante corazón?... ¿No eres dueño tú solo de su amor?

—Sí, es cierto, soy dueño de su amor.

—¿Qué falta, pues, á tu tranquilidad?...

—¿La esperanza!

Exclamó Leopoldo con profunda amargura.

—¿La esperanza?

—Sí, madre mia... ¡la esperanza...! ¿Qué es el amor sin esperanza...? El tormento del desgraciado náufrago que lucha en la orilla contra las escarpadas rocas que le impiden llegar al puerto que tiene á la vista, y que le brinda una felicidad sin térmi-

no; la horrible pena de Tántalo, condenado á los tormentos de la sed con el agua tocando á los lábios....!

—Tal vez no sea el mal tan irremediable como te lo figuras.

—¿No le he dicho á vd., madre mia, que está dispuesto su casamiento con Duval para dentro de pocos meses?

—Si, me dijiste que ella misma vino á comunicarte esa noticia, pero al mismo tiempo te aseguró que no se verificaria ese matrimonio.

—No, no se verificará:—exclamó el jóven con solemne acento, dejando su actitud melancólica, y levantándose de la silla con ademán resuelto:—yo me opondré con toda la energía de mi alma á esa union que destruiria los mas bellos ensueños de mi vida...! ¡Daval!—añadió dirijiendo la vista sobre la tarjeta de desafio que estaba sobre la mesa—tú pretendes quitarme el único tesoro que Dios me destinaba sobre la tierra; pero yo te quitaré antes la....

Y se detuvo por no alarmar con sus pa-

labras el sensible pecho de la amorosa anciana que le escuchaba.

—Cálmate, hijo mio: el abatimiento de antes, lo mismo que el furor de ahora, es un defecto: el hombre debe revestirse de la energía necesaria para no dejarse vencer por el dolor, ni dejarse dominar por la ira. ¿Por qué desconfias? ¿No cuentas con su amor....? El corazon de la mujer no cambia como los vientos de los mares, ni tuerce como los ligeros arroyos su curso al menor obstáculo que encuentra á su paso; es, sí, como la aguja náutica que, á pesar de las borrascas que combaten al bajel, jamás cambia de rumbo, y constantemente está mirando al norte.

—No, no seré yo, madre mia, quien cometa la injusticia de acusar de mudable al sexo encantador en donde están vinculadas todas las virtudes: no pertenezco al número de esos hombres superficiales, henchidos de necia vanidad, que sin mas fundamento que el de su lijereza para juzgar, se complacen en denigrar á la mujer, sin advertir que en la horrible calificacion que de ella

hacen, va envuelta la honra de sus hijas, el buen nombre de sus hermanas, y el honor del sér á quien deben la vida.

—¡Bien, Leopoldo, muy bien!

—Yo creo que la mujer que le dice una vez á un hombre, *te amo*, le ama con todas las veras del alma; que desde aquel instante reconcentra sus ideas, para solo pensar en el agradable objeto de su amor.

—Entonces no debes temer ningun cambio de parte de Clotilde.

—No temo ninguno. Creo en su fidelidad como creo en el sol que nos alumbra; pero no ignora vd., madre mia, que existe un obstáculo que se opone á la realizacion de mi deseo.

—Pero ese obstáculo se vencerá al fin, hijo mio.

—Si; si existiese el mendigo que prometió revelarme el horrible misterio que se encierra en la injusta acusacion con que se atrevieron á vulnerar la honra de mi buen padre.

—¡Y quién te ha asegurado que ha muer-

to y no vendrá á devolver su lustre á una calumniada familia!

—¡Quién? la voz general esparcida al siguiente dia de haber sido herido en San Angel, y el no haberse presentado aquí despues de haberme ofrecido visitarme al tercer dia.

—No habrá podido verificarlo.... tal vez está enfermo....

—En ese caso me hubiera enviado algun recado.... No, no; estoy seguro de que ha muerto, llevándose consigo este secreto al sepulcro.

—Y aun cuando así sea; ¿por qué no esperar que Dios se valga de otros medios para destruir esa infamante calumnia?

—Hace mucho tiempo que vd. y yo esperamos, madre mia.

—La virtud ¡dece, pero al cabo triunfa de sus enemigo.

—Triunfa, es cierto; pero muchas veces demasiado tarde. Si Clotilde se une al hombre que me disputa su mano antes que haga ver la inocencia de mi padre, nuestro

nombre quedará limpio cuando resplandezca la verdad, pero mi corazón estará ya herido de muerte.

—No hables de morir, Leopoldo: ¡no hables de morir....!—exclamó la anciana con afligido acento:—¿Quién, si tú mueres, cuidará de esta pobre mujer, que no tiene en el mundo otro amparo que el tuyo....? ¿Qué sería de mí, si tú me faltases....? ¡La miseria, el dolor, la tristeza, acabarían conmigo....! ¡No, no hables de muerte, cuando me es tan necesaria tu vida....!

—¡Mi vida!....

Y el joven artista llevó maquinalmente los ojos á la tarjeta que estaba sobre la mesa, y se estremeció.

—Sí: ¿crees tú que podría sobrevivirte...? Mi voz te llamaría por todas partes, mis ojos te buscarían á todas horas, y al no verte, al no escuchar que respondías á mi maternal acento, no podría resistir á tu abandono, y me moriría de pesar....

—¡Madre mía... madre mía....!

Pronunció Leopoldo acordándose del duelo á que tenía que asistir dentro de pocas

horas, y temiendo dejar abandonada á aquella infeliz mujer, que estaba muy lejos de sospechar el peligro que le amenazaba.

—¿Qué tienes, Leopoldo....?—Dijo la anciana al verle demudado:—Te has puesto pálido como la muerte.... ¿Me ocultas algún pesar....?

—No, madre mía:—contestó el artista tratando de serenarse:—ningún pesar me aflige, sino el temor de perder á Clotilde.

—Y sin embargo, tu acento tiene algo que me hiela la sangre.... ¡Ah....! ¡tú me callas algo que no te atreves á confiarme...! Sí, Leopoldo; tu mirada vaga.... esa palidez mortal que baña tu semblante.... la conmoción que te agita.... tus lágrimas, que en vano tratas de contener.... todo, todo me anuncia que reservas grandes padecimientos, que no te atreves á comunicar á tu desgraciada madre....! ¡Y por qué esa crueldad conmigo, que te amo más que á mi vida....? ¿No me crees ya digna de ser la depositaria de tus penas....? ¿Qué te he hecho yo, hijo mío, para que me retires tu confianza....! ¿Te he ofendido en algo....?

¡Ah....! dímelo, dímelo, Leopoldo, para que te pida perdón de rodillas, de mi falta...!

Leopoldo estaba profundamente conmovido. La aflicción de su cariñosa madre excitó vivamente su sensibilidad, y respondió con voz ahogada por la emoción de que estaba poseído.

—¡Vd. perdón....! ¡Vd., la más buena de las madres, la más cariñosa....!

Y le estrechó la mano con una expresión de ternura indescriptible.

—Sí; lo soy.—exclamó la anciana enternecida por aquella manifestación de amor filial, tan grata al corazón de una madre;— y por lo mismo temo disgustarte: muchas veces el exceso de cariño suele volvernos impertinentes.

—Nunca es impertinente el amor de una madre para un hijo bueno y amoroso: los hijos somos los impertinentes y los ingratos; nosotros que, en premio á los cuidados que nos han prodigado desde la cuna, les hacemos verter lágrimas á todas horas, y hablamos de muerte y de desgracias, sin ver que desgarramos su corazón.

—No; tú no eres ni has sido nunca ingrato conmigo, Leopoldo. ¡No has sido tú quien desde la muerte de tu calumniado padre, has trabajado con una asiduidad sin ejemplo, porque nada faltase á esta pobre anciana? ¡No has sido tú quien me ha proporcionado todas las comodidades que hacen agradable la vida....?

—Y sin embargo, no correspondo dignamente al acendrado cariño que vd. me consagra. Vd. no ama en el mundo más que á mí, ni piensa más que en mí, madre mía, mientras yo le robo á vd. parte de mi amor para dárselo á otra mujer hermosa, en quien está fijo á todas horas mi pensamiento.

—¿Y crees que yo te culpo por eso....? No, hijo mío: el amor filial no es incompatible con el amor de amante: los dos pueden existir en el corazón con armónico enlace, en agradable consorcio. Una madre ama todo lo que juzga que puede hacer la felicidad de su hijo; y yo que veo en Clotilde el conjunto de todas las perfecciones; yo que la amo, porque es el objeto de tus ardientes aspiraciones; yo que estoy per-

suadida de que sus virtudes labrarán la ventura de toda tu vida, lejos de sentir que la dediques el mas vehemente y puro de los cariños, lo aplaudo con todas las veras de mi alma.

—¡Cuán buena es vd., madre mia!

Dijo Leopoldo estrechando agradecido la mano de la anciana.

—Por eso me aflijo, me comprime el corazon, me tiene inquieta la profunda tristeza que noto desde ayer en tu semblante.

—¡Cómo han de animar mi fisonomía las agradables tintas de la alegría, cuando está desgarrado mi corazon por el temor de perderla!

—Comprendo ese temor; comprendo los sufrimientos de un alma que teme ver destruidas las bellas ilusiones que formaban el encanto de su existencia; pero ese temor ha existido siempre para tí; ese temor no te ha abandonado un solo instante desde que alcanzaste la grata correspondencia de ese ángel de virtud y de hermosura, y sin embargo, nunca te has dejado abatir has-

ta el extremo en que hoy, por desgracia, te miro.

—¡Es que nunca miré tan próximo el término de mi esperanza, madre mia.

—¡Y no harás un esfuerzo para sobreponerte á la desgracia?... Sí; tú lo harás, hijo mio; tú lo harás, porque yo te lo ruego, porque yo lo necesito para no morir de pena, y tú no puedes querer la muerte de tu madre.

—¡No, no!.... la vida de vd. sobre todo.

Exclamó arrebatado de amor filial el jóven artista.

—¡Si vieras cuántas veces desde que sé que tienes un rival poderoso, me he sentido asaltada por una idea espantosa que ha venido á robarme la tranquilidad!

—¡Una idea espantosa! — dijo inquieto Leopoldo: — ¡y cuál?

—Pero siempre la he rechazado de mí como imposible y absurda.

—¡Y qué idea ha sido esa, madre mia?

—¡Quieres que te la diga?

—Lo deseo.

—Pues bien: la de un desafío entre Duval y tú.

Leopoldo se inmuyó y quedó perplejo.

—Sí; la de un desafío:—continuó la anciana con voz trémula, como si el sonido de sus mismas palabras la estremeciese:—un duelo á muerte.

—Pero....

—Un sangriento duelo, donde yo te veia caer sin vida bajo el furibundo golpe de la espada de Duval.

Leopoldo se estremeció.

—Pero tú no te batirás nunca:—siguió diciendo la afligida madre:—¿ú no te batirás, aunque te veas provocado por él, que es verdad?

—Yo....

—Júramelo; júrame, hijo mio, que nunca expondrás tu vida á un lance que reprueban la humanidad y la religion.

—Deseche vd., madre mia, esas alarmantes ideas—dijo Leopoldo tratando de esquivar una promesa que no estaba dispuesto á cumplir:—¿A qué dar importancia á un pensamiento, solo porque es contrario á

nuestra tranquilidad?... Vamos; deje vd. esos temores que jamás debieran asaltarla, y tenga vd. la bondad de mandar que me dispongan el almuerzo, porque me siento ya con apetito.

—¿De veras?

Preguntó la anciana muy contenta de ver á Leopoldo tomar un aire jovial.

—Sí:—contestó el artista, fingiendo, para disimular, una alegría que estaba muy lejos de sentir:—he pensado que es mejor dar alimento al estómago, que penas al corazón.

—¡Ah!.... esa resolucion me vuelve la vida.

—Sí; vaya vd., madre mia, vaya vd.; y entretanto, voy á dar algunos toques á este retrato.

Y Leopoldo cogió la paleta y los pinceles, y se puso delante del caballete en ademán de pintar.

—Hasta luego, hijo mio.

—Hasta luego, querida madre.

La anciana dirigió una mirada tierna á su hijo, y se fué llena de placer, por el cambio

que creia operado en el corazon de Leopoldo.

Este, al verse solo, arrojó de sí la paleta y los pinceles; quedó un momento con los brazos cruzados y la cabeza inclinada sobre el pecho en actitud meditabunda; exhaló un suspiro, y se dejó caer sobre la silla que poco antes habia ocupado al lado de la mesa.

—¡Soy un mal hijo!—exclamó luego con acento severo:—un mal hijo que no teme exponer la vida que debiera conservar para cuidar la de la amorosa mujer que no tiene en el mundo mas apoyo que el mio!.... ¡Mi muerte causará la suya!.... ¡si triunfo, me verá precisado á abandonarla para huir con el remordimiento de haber matado á un hombre y salvarme de la justicia!.... ¡Oh! ¡qué terrible situacion!.... Y sin embargo, yo no puedo prescindir de acudir á ese funesto duelo, donde vencedor ó vencido, causaré la desdicha de mi pobre madre!.... Conozco que el desafio es un crimen, una costumbre bárbara, indigna de nuestro siglo, heredada de los tiempos de

la edad media; un asesinato muchas veces premeditado, en que el hombre, confiando en la destreza de las armas, adquirida acaso con intencion criminal, provoca á su rival para matarle impunemente: un acto contrario á las máximas de nuestra augusta religion.... sí; todo esto lo conozco; pero todo lo arrostro antes que ninguno pueda atribuir á cobardía mi falta de asistencia.... ¡Perdóname, madre mia, este tributo que pago á las preocupaciones de la sociedad!

Y Leopoldo, abrumado con el peso de sus reflexiones, colocó el codo sobre la mesa, y apoyó su sien sobre el dorso de la mano, permaneciendo largo rato en esta actitud meditabunda.

De repente oyó que llamaban á la puerta que daba al corredor, y levantó la cabeza, pero sin despegar los labios.

Los golpes volvieron á sonar.

El artista sin moverse de su asiento, respondió:

—Adelante aquel que sea.

Entonces se abrió un poco la puerta, y

asomando apenas algo de su rostro un hombre por ella, exclamó.

—De vestir tuvo la idea

A un Adán un bien vestido;

Si no se halla arrepentido,

Adelante aquel que sea.

Al oír estas palabras el jóven pintor, se levantó de su asiento como tocado por un resorte mágico, y corrió á abrir la puerta.

—¡El mendigo!

Exclamó trasportado de gozo abrazando al hombre que se presentó á sus ojos.

—¡Don Leopoldo!

Dijo á su vez el que habia llamado, dejando ver en su macilento rostro pintados el contento y el placer.

Un hombre bien vestido que habia venido siguiendo al pordiosero, á quien por casualidad encontró en la calle, exclamó al verle entrar en el estudio del pintor.

—No me cabe duda; es el limosnero que se fingió borracho en San Angel, la noche en que tropecé con él: el mismo que des-

pues escaló la azotea, á quien luego herí, y lo creía ya muerto. El se sorprendió la noche aquella al verme.... ¡Ah! es preciso que yo averigüe la verdad.... tal vez le conduce á este sitio algún misterio.

Y se detuvo detras de la puerta para ver si podia enterarse de lo que dentro hablaban.



CAPITULO XVI.

Una prueba de esgrima.

No habrá extrañado el lector que Leopoldo recibiese con un abrazo al triste pordiosero, cuando esperaba ver deshecha por él la niebla de la calumnia que por tanto tiempo habia empañado la honra de su desgraciado padre, y destruido el único inconveniente que habia opuesto hasta entonces el protector de Clotilde á su anhelado enlace.

Cuando en medio de la horrorosa tormenta el bajel se estrella, el náufrago, por elevada que sea su cuna y grandes sus riquezas, se abraza á la sucia tabla á que va asido el último de los marineros, al cual mira como á su salvador.

En los grandes peligros y trabajos se unen los hombres fraternalmente, sin cuidarse del nacimiento del otro ni de la posición que ocupa en la sociedad. El peligro comun es el mejor nivelador de la humanidad. En esos críticos momentos, el que domina, al que todos obedecen espontánea y ciegamente, el que se constituye en rey, no es el que ostenta mas bienes de fortuna y mas títulos de nobleza, sino el dotado de mas talento, de mas valor y de mas capacidad.

Esto, con respeto á los hombres vanos y orgullosos; pues los de recto juicio, de instrucción y virtud, en cuyo número debemos contar á nuestro artista, nunca juzgan de los demas por el traje mas ó menos deslumbrante, sino por la capacidad y las virtudes, sin que desdeñen jamás la compañía de los menos acomodados.

Leopoldo ofreció una silla al recién llegado, y ambos se sentaron junto á la mesa. El hombre que habia ido siguiendo al pordiosero y que tenia entreabierto un poco la puerta, se sorprendió de aquella deferencia.

El mendigo reveló en la manera de tomar la silla, en la graciosa inclinacion de cabeza y en el movimiento de la mano, suplicando á Leopoldo á que se dignase tomar asiento antes que él, y en el modo de sentarse en aquella, principios no vulgares, que no se escaparon á la vista perspicaz del amante de Clotilde.

—Había perdido la esperanza de tener la dicha de verle á vd. otra vez.

Dijo Leopoldo, dejando ver en su semblante la alegría que acompaña al que mira desvanecer de repente los temores de una irreparable desgracia.

—¿Tan poca fé tenia vd. en mi palabra?

—La tuve hasta que ví espirar el plazo de los tres dias puesto por vd. para nuestra entrevista.

—Y porque me creyó vd. muerto.

—Tiene vd. razon. Habia corrido la noticia de que habian matado á vd. la noche última que nos vimos en San Angel.

—Me encontré, en efecto, á los umbrales del sepulcro. ¿No se lo están diciendo á

vd. mi amarillento rostro y mis desfallecidos miembros?

—¡Ah! ¿por qué no se dignó vd. avisarme, para que yo hubiese volado al instante á verle?

—Porque nunca creí que aquella seria mi última hora.

—¿Es posible?

—Sí, Don Leopoldo: tenia el convencimiento de que Dios, que nunca deja impunes los delitos, me habia escogido de instrumento para hacer triunfar la virtud y castigar el crimen.

El hombre que escuchaba se estremeció.

—¡Oh...! sus palabras de vd. me vuelven la vida...—dijo Leopoldo—hacen renacer la esperanza que casi habia huido de mi afligido corazon.

—Nunca la debe perder un buen cristiano, por grandes que sean los contratiempos que le sobrevengan.

—Sí; tiene vd. razon.

—Yo le prometí á vd., hace dos meses, descubrir el secreto que atañe á su buen

nombre, y no podia permitir, quien por tan extraños caminos me condujo hasta vd., abandonarme en el instante preciso.

—¿Y viene vd. dispuesto ahora á cumplir su promesa?

—Es el principal objeto que hoy me guía á esta casa.

—¡Ah.....! gracias. Hable vd., que ya escucho.

—Antes será preciso que moleste la atencion de vd. hablando de mí mismo, por estar enlazada mi humilde persona con el acontecimiento que voy á poner en conocimiento de vd.

—Tendré sumo placer en conocer al hombre que, bajo el miserable traje de mendigo, descubre ser una persona de esmerada educacion y de nobles sentimientos.

—Gracias por la buena opinion que se ha formado vd. de mí: vd., despues de que se haya dignado oirme, tendrá los datos suficientes para juzgar con acierto de si es ó no justa su bondadosa calificacion.

—Bien: le suplico á vd. que no retarde

el principio de su, para mí, interesante historia.

—Mi nombre es Francisco Nuñez. Nací en esta capital de padres ricos y bien relacionados: hice mis primeros estudios en el colegio de San Juan de Letran, y despues de haber cursado tercer año de filosofia, di una vuelta por Europa, instruyéndome en las ciencias exactas, en la literatura, en la esgrima, en la música y la pintura. De regreso á mi patria, seguí cultivando todo lo que habia aprendido, viviendo tranquilo y feliz, sin temor á los vaivenes de la instable fortuna. Pero tal vez cuando menos creia en las evoluciones de ésta, fué cuando empezó á dar principio á la cadena de desgracias que se fueron eslabonando hasta operar un cambio completo en nuestra posicion. Mi padre, aunque nunca habia tomado parte en las revoluciones que han agitado al país, se vió acusado de conspirador, y sin permitirle que se defendiera del injusto cargo que se le hacia, salió desterrado á Veracruz. Mi pobre madre quedó inconsolable, y mucho mas cuando al

mes de haber llegado su esposo á aquel puerto, recibimos la fatal noticia de haber muerto atacado del vómito.

Al año de esta desgracia, tuvimos otra, tambien lamentable. Una casa extranjera, en que mi padre tenia colocada la mayor parte de su capital, se presentó en quiebra, y lo poco que pudimos recoger lo fuimos gastando poco á poco, hasta quedarnos reducidos casi á la miseria.

Yo veia á mi pobre madre consumirse de tristeza: habia dejado de visitar á sus antiguas amigas por no poderse presentar con el lujo á que estaba acostumbrada. Entonces la propuse que pasásemos á Guadalajara, donde yo me destinaria ventajosamente en alguna casa de comercio por poseer el inglés y el frances, y estar instruido en la teneduría de libros. Aceptó mi proposicion y pasamos á aquella ciudad, donde, en efecto, conseguí una excelente colocacion en uno de los principales almacenes, en casa de D. Manuel Turon.

Apreciado de mi principal, con un sueldo que bastaba á una vida tranquila y mo-

derada, sin mas aspiraciones que la de hacer feliz á mi buena madre, que era todo mi amor y el blanco de todos mis afanes, yo era muy venturoso al verla contenta y satisfecha de mí, cuando una mañana se presentó en el almacén un hombre bien presentado, de larga barba, con unas libranzas giradas por D. Emilio Landeta.

El que escuchaba aplicó el oído, y contruvo la respiracion para no perder ni una palabra.

—¿Del padre de Clotilde?
Preguntó Leopoldo.

—Sí señor.

—¡Ah!.... continúe vd.

—Le pregunté cómo se llamaba, y me dijo: "Ignacio Cabrera, como ya sabrá vd. por una carta-aviso que debió recibir la casa de parte del Sr. Landeta." ¡Ah!.... sí, es verdad; le contesté, y le presenté las libranzas al principal, que las pagó al tiempo señalado en ellas.

—¡Treinta mil pesos!

—Precisamente la cantidad que tenia á su favor en la casa el Sr. Landeta.

—¡Pobre padre mio!

—Inmediatamente escribimos á D. Emilio, dándole aviso de haber satisfecho la cantidad que desde aquel momento quedaba cargada en cuenta.

—Y entonces fué cuando sorprendido el Sr. Landeta, escribió á mi padre, con quien llevaba relaciones de comercio, pidiéndole explicaciones sobre el particular. Mi padre le contestó que estaba ignorante de aquel acontecimiento, y pasó á Guadalajara para verse con el dueño del almacén y adquirir noticias sobre el hombre que se habia presentado bajo su nombre.

—Yo fui el primero que hable con él á su llegada, que le enseñé la carta-aviso del Sr. Landeta y la firma del fingido Cabrera, que habia imitado perfectamente la letra de ambos, la del primero en la carta, y la de su padre de vd. al firmar las libranzas.

—Y sin embargo de haberse probado que ambas letras eran falsificadas, condenaron á mi padre, juzgándole cómplice y director de aquella infernal trama que le llevó al sepulcro: todos le creyeron culpable.

—Menos yo, que desde que le ví presentarse en nuestro almacén, haciendo un viaje por la posta pagar la cantidad que habia sido sustraida por un falsificador, informarse minuciosamente de sus señas y dar todos los pasos para encontrar al criminal, me persuadí de su honradez y sinceridad.

—Sí; un hombre que satisface la cantidad que otro ha robado en su nombre para no perjudicar á que ha sido sorprendido, sabiendo que no por esto dejará de padecer su reputación: un hombre que vende hasta los bienes de su mujer para pagar lo que nunca quitó á nadie, y muere en la miseria, agobiado por la vergüenza de que le señalen como falsificador, no puede ser sino dechado de honradez y de virtud.

—Sin duda alguna.

—Pero á pesar de todos sus sacrificios, la sociedad, pocas veces justa con el desgraciado, dijo que su miseria era fingida; proyecto para persuadir de su inocencia al Sr. Landeta, y que éste, conmovido de su

aparente desgracia, le devolviese la suma mencionada.

—Sí; esa fué la interpretacion dada á su rasgo de delicadeza.

En los labios del que escuchaba, se dejó ver una sonrisa de satisfaccion.

—Su desgracia fué no haber encontrado jamás á ese hombre, cuyas señas tenia apuntadas en su cartera. Pero tenga vd. la bondad de continuar.

—Despues de ese funesto contratiempo, seguí en la casa por algun tiempo, hasta que enfermándose mi madre y diciendo los médicos que solamente en México podria aliviarse, la traje á esta ciudad, donde tuve el sentimiento de perderla, despues de haber hecho gastos considerables para mi escasa fortuna. Entonces, viéndome solo, y no encontrándome con carácter á propósito para servir á nadie, eché mano de lo que habia aprendido en mi próspera suerte, y me dediqué á dar lecciones de piano.

Entre mis discipulas encontré una que interesó vivamente mi corazon. Era huérfana, y estaba encomendada á una familia

bastante bien acomodada; le expresé los tiernos sentimientos que me habia inspirado, y pronto tuve el gusto de ver que era correspondido; pero la fortuna se habia declarado contra mí, y un dia, la noche anterior dispuesta para nuestro casamiento, estando de visita en casa de una amiga íntima, desapareció, sin que nadie haya vuelto á saber de ella, y dejándome entregado á la desesperacion.

—¿Cómo....! ¿Y no se informaron vdes?

—Sí; pero nada pudimos aclarar. Solo supimos que una mujer habia ido por ella; que llamó á la puerta, y que diciendo al portero que avisase á mi novia que bajase al instante, porque habia ocurrido en su casa un contratiempo, bajó la jóven, subió sin reflexionar en un coche que esperaba en la calle, dentro del cual estaba la fingida criada, y que partiendo el carruaje, desapareció.

—Ese fué sin duda algun plan trazado por alguno que le amaba, y que no halló otro medio de conseguir sus favores, que robándola.

—Desesperado, agobiado por el dolor, dominado de una tristeza que me consumía, sin gusto y sin placer, perdidas todas las bellas ilusiones que hasta entonces habían hecho mi felicidad, empecé á ver con indiferencia cuanto me rodeaba; abandoné mis lecciones, arrojé lejos de mí los libros, y me entregué al detestable vicio de la embriaguez, procurando entorpecer mis potencias con el licor, embotaras del todo para matar el pensamiento; y empezando por hacer un sacrificio para entrar en el vicio, acabé por entregarme completamente á él.

—¡Qué desgracia!

—Así viví mientras me duró el poco dinero que había podido ahorrar con mis lecciones. Despues, habiéndose formado del vicio una necesidad imperiosa, despótica, imprescindible, empecé á molestar á mis antiguos amigos pidiéndoles prestado, hasta que viendo que todos me huían, perdido el pundonor y la delicadeza, me dirijí á los extraños sin sonrojarme al pedirles, dominado por el vicio fatal que se había arraigado en mí profundamente. Una noche,

marchando en el estado mas deplorable de embriaguez hácia mi habitacion, que no era mas que un miserable cuarto bajo en una casa de vecindad, situada en uno de los barrios mas retirados, pasó junto á mí un hombre; alcé los ojos para pedirle limosua, y me quedé sorprendido al ver que aquel hombre era....

—¡Quién?

—El falsificador de las libranzas.

A la sonrisa de satisfaccion sucedió en el rostro del hombre que había seguido al mendigo, las señales del temor.

—¡El supuesto Cabrera....!

—El mismo, en cuerpo y alma.

—¡Es posible!

—Sin duda alguna.

—¿Y qué hizo vd?

—Quise seguirle para saber dónde vivía; pero no pudiendo sostenerme, y tropezando con una piedra, caí al suelo sin poderme parar por mí mismo.

—¡Qué fatalidad!

El que escuchaba respiró con libertad.

—Entonces maldije la fatal pasion de que me habia dejado dominar, y juré no volverme á embriagar en mi vida, puesto que por aquella causa me encontraba imposibilitado de arrancar la careta á un malvado que habia sumido en la miseria á una familia honrada.

—¿Y cumplió vd. esa promesa?

—Hasta hoy.

—Habrá vd. tenido que hacer grandes esfuerzos para dominarse.

—Inauditos. Pero no por esto logré conquistar el aprecio de la sociedad. Busqué lecciones, pero nadie creyó prudente confiar la educacion de sus hijos á un hombre que habia vivido entregado á los excesos de la bebida, y tenian razon: no les culpo por esto. Igual cosa me sucedió en el comercio; y viéndome sin ropa y sin calzado, hambriento y necesitado, continué pidiendo limosna; pero no para emplearla en la embriaguez, como hasta entonces, sino para procurarme alimento solamente, valiéndome para conseguirlo, de improvisar versos satíricos y punzantes epigramas.

—¿Y no ha vuelto vd. despues á encontrar á ese hombre?

—Sí.

—¿Hace mucho?

Preguntó con ansiedad Leopoldo.

—No.

—¿Cuándo?

—El mismo dia que conocí á vd. en San Angel.

—¿Es posible?

—Cierto.

—¿Despues que salí del baile?

—Pocos momentos despues.

—¿Cómo fué?

—Yo me habia quedado durmiendo en la calle, cuando tropezó conmigo un transeunte, cayendo sobre mí: despierto sobresaltado, me mira con enojo, yo clavo en él la vista para reprenderle, y me encuentro con el falsificador.

—Continué vd.

—Yo arrojé un grito de sorpresa: él, sobresaltado, me preguntó si le conocia; y fingiendo yo entonces una embriaguez que estaba muy lejos de tener, le contesté que sí.

—¡Qué imprudencia!

—Al contrario: esa era la manera de desorientarle en caso de que mi exclamacion hubiera despertado alguna sospecha.

—¡No me he engañado.!—dijo para sí el que observaba:—¡Oh.! es preciso ser mas cauto en lo sucesivo.

—¡Cómol

Exclamó Leopoldo, dirigiéndose á su amigo.

—Le dije que le conocia porque le habia visto pintado en la pulquería de los Beodos, en Guadalajara.

—Comprendo.

—Tranquilo con esta contestacion, y considerándome dominado por el licor, se alejó tranquilamente sin hacerme caso: yo me levanté en el acto, y le fui siguiendo á regular distancia para no ser visto. Despues de haber atravesado algunas calles, llegó á una casa retirada, llamó, y le abrieron la puerta con mil precauciones. Entonces traté de averiguar la verdad, y resuelto á conseguir mi objeto, traté de subir, agarrado á las re-

jas de las ventanas, á la azotea, para descender por ella á las piezas interiores.

—Atrevido pensamiento.

—Pero no bien habia conseguido llegar á arriba, cuando me veo acometido por un enorme perro de presa: á sus ladridos se pusieron en movimiento los que dentro de la casa estaban, y temiendo caer en sus manos, arrojé al perro el capote que llevaba, y descendiendo á la calle en el momento en que disparan dos tiros, uno de los cuales, vino á herirme en el pecho. Caí al suelo, y permanecí tendido un gran rato. Despues oí abrir la puerta de la casa, salir de ella una litera que se detuvo enfrente, y sacar algunos caballos. Esto despertó mi ansiedad por descubrir algo, y animado por este deseo, me arrastré sobre la tierra hasta acercarme, por detras de unos árboles, á la espalda del edificio. Estando observando desde allí, ví que sacaban á un hombre, al cual, al ordenarle que entrase en la litera y subir en ella, se le cayó al suelo un cuaderno, en quien nadie reparó. Cuando se dispusieron á echar á andar, el falsificador,

á quien yo habia ido siguiendo, se despidió de cinco hombres y una mujer, que iban custodiando al de la litera, y se encaminó solo, hácia el pueblo. Yo, al verme sin quien me observara, hice esfuerzos poderosos para llegar, arrastrándome, hasta donde estaba el cuaderno: apoderado de él, despues de mil ansias y mortíferas fatigas, y sintiendo que me abandonaban las fuerzas, lo guardé en el bolsillo, y poco despues quedé sin sentido. Al volver en mí, me encontré en el hospital, donde he permanecido hasta hace dos dias.

—¿Y el cuaderno?

—Lo traigo siempre conmigo, por ser un documento irrecusable de la criminalidad del hombre que se valió del nombre de su padre de vd. y de la inocencia de éste.

La inquietud, el espanto y el terror se pintaron en el semblante del que permanecía detras de la puerta.

—¿Es posible?

—Nada hay mas cierto. Yo tenia antes de eso otra prueba; pero veo que la mas

eficaz es la que se desprende de lo escrito en ese cuaderno.

—¡Ah!.... ¿no tiene vd. la bondad de enseñármelo?

—Con mucho gusto: aquí está.

Dijo el mendigo, sacando del mugriento bolsillo un cuaderno manuscrito, salpicado con algunas manchas de sangre.

Leopoldo leyó con avidez algunas hojas, dejando ver en su fisonomía retratados la sorpresa y el placer.

—¡Oh!.... sí, aquí está todo.—Exclamó luego con acento conmovido.—Aquí se ve patentemente la inocencia de mi padre y la crueldad de ese infame.

—¿Y vd. conoce—preguntó el mendigo con curiosidad—á esa señora Doña Inés de que se habla ahí?

—Sí.

—¿Quién es?

—La protectora de Clotilde.

—¿La hermana del Sr. Landeta?

—La misma.

—¿Cómo lo sabe vd?

—Por que conozco parte de su historia.

—¡Oh!.... ahora doy gracias á la Providencia de haber recibido este balazo que fué causa de que cayera en mis manos tan precioso documento.

—Documento que suplico á vd. se digne entregar lo mas pronto posible á esa excelente señora, á quien llenará de júbilo su lectura, contándole, al mismo tiempo, la manera providencial con que ha llegado á poder de vd.

—Lo haré hoy mismo. Pero ¿con qué ropa me presento? Los criados no me permitirán pasar en este traje.

—¿No ha cumplido vd. religiosamente la promesa que me hizo de descubrirme el misterio que encubria la verdad con respecto á la honra de mi padre?

—Estoy en esa creencia.

—Pues ahora me falta á mí cumplir con la mia.

—¿Qué quiere vd. decir?

—¿Se acuerda vd. que le prometí en San Angel un vestido?

—Lo recuerdo bien.

—Pues hace algunos dias que lo mandé

hacer expresamente para vd., y que le espera ahí dentro. Voy por él: tenga vd. la bondad de esperarme un instante, y de dispensarme el que le deje solo.

Leopoldo entró en el cuarto contiguo, lleno de contento; animado con la esperanza de hacer brillar la inocencia de su padre.

El hombre que escuchaba pareció inspirado por una idea satánica, y dijo interiormente.

—Es preciso que ese cuaderno no llegue á manos de Landeta.—Y desapareció.

El mendigo, entretanto, se puso á mirar los cuadros: despues empezó á examinar los objetos que estaban en desordenada confusion sobre la mesa, y ya se disponia á dirigir la vista el caballete, cuando se fijaron por casualidad sus ojos en la tarjeta que estaba al lado de la caja de pinturas.

—¿Qué ve!....—exclamó asombrado:—
¡Una tarjeta doblada por las tres puntas y con el nombre de Duval!.... ¡Un desafío!....
¡Ah!.... ¡véamos en qué punto y á qué hora!....

Dió vuelta á la tarjeta al decir esto, y vió

escrito por detras, con lápiz, y con fecha del día anterior, las siguientes palabras: *mañana, á la oracion, en la calzada de la Piedad.*

En aquel momento oyó ruido: volvió á dejar la tarjeta en el mismo sitio, y se puso á mirar los cuadros para no dar á entender que sabia lo que pasaba.

—Aquí está el traje:—dijo Leopoldo presentándole una excelente levita, ricos pantalones de casimir, finas botas de charol, sombrero flamante negro, finísima camisa, medias, calzoncillos, y pañuelo para el bolsillo, todo enteramente nuevo:—lo mandé hacer teniendo presente su estatura: tenga vd. la bondad de entrar en este gabinetito, que es mi sala de armas, y de ponérselo para ver si ha quedado bien. Se me olvidaba decirle á vd. que en los bolsillos del chaleco he puesto el dinero que es indispensable lleve una persona bien presentada,

—Pero este es un obsequio demasiado costoso para vd., que yo no me atrevo á admitir.

—Entonces me obligará vd. á que renuncie á la dicha de hacer patente la inocen-

cia de mi padre: á que no admita yo el beneficio conque vd. me brinda.

—¡Cómo!

—A no dudar. Si vd. se niega á recibir el corto obsequio que le ofrece un verdadero amigo, me condenará vd. al tormento de continuar viviendo con un apellido difamado.

—Siendo así, no titubeo en aceptar.

—Muy bien: entre vd. en esta pieccecita, que, como le he dicho á vd. antes, es mi sala de armas.

Y Leopoldo abrió una puerta que estaba como embutida en la pared, tapada con un gran cuadro.

—Ahí encontrará vd. —añadió—peines, agua, pomada, y todo lo necesario para acicalarse.

Y mientras el mendigo se vestia y componia, el jóven pintor devoraba el cuaderno que aun tenia en su poder.

No pasaron muchos minutos sin que el primero saliera completamente trasformado.

Leopoldo mismo le miró con sorpresa.

Se habia vestido con tanta gracia, llevaba con tal soltura la ropa, que sintió hácia él cierto respeto, que coartó en algo la franqueza con que le trató cuando vestia el traje de mendigo.

Y lo que le sucedia á Leopoldo les sucede á todos los hombres del mundo.

El vestido imprime carácter, por decirlo asi; rodea á la persona de cierta dignidad, le comunica no sé qué de nobleza y dignidad, que nos obliga á guardarle consideraciones, que en vano trataria de alcanzar envuelto en miserables andrajos.

El vestido es la carta de recomendacion que predispone en favor del que algo solicita.

Y lo que nos sucede á nosotros con respecto al cambio de opinion que formamos del individuo al verle presentarse bien, le acontece al individuo para con nosotros al mudar de traje.

Parece que al despojarse de su mal ropaje, y envolverse en otro nuevo, bien cortado y elegante, desaparece el motivo de vergüenza y cortedad que le alejaba de la

sociedad, y que de tímido y retraido, le convierte en comunicativo, afable y atento.

Esto les sucedia á nuestros dos personajes. El mendigo, al mirarse al espejo y verse con aquel elegante traje, se creyó transportado á otros tiempos; sintió despertar en su alma los sentimientos de honor y dignidad que habian estado adormecidos por el vicio; se sintió rehabilitado de los nobles afectos que le habian inculcado en la niñez, y en que se habia educado; pensó que su amorosa madre le contemplaba desde el cielo henchida de placer al verle volver al sendero de la virtud, y reanimado con esta grata y dulce memoria, se presentó, satisfecho de sí mismo al jóven artista que, como he dicho, le miró con respeto y admiracion.

Entonces pudo Leopoldo contemplar detenidamente la gracia de su simpática fisonomía, pálida por los padecimientos y la miseria, pero llena de expresion y de dulzura; observar la angélica mirada de sus bellos ojos azules y tranquilos; la brillantez de su blondo y largo cabello, peinado con

un gusto exquisito, y los movimientos finos y naturales de su cuerpo suelto y bien formado.

—Aquí me tiene vd., gracias á su generosidad, trasformado en otro hombre.

Dijo el mendigo con una naturalidad y franqueza encantadoras, al salir del gabinete.

—El brillante de alto precio es el mismo—contestó el pintor—solo que ahora lleva un adorno mas digno de su mérito.

El favorecido iba á contestar á aquella galantería; pero la vista de la tarjeta con que volvieron á encontrarse sus ojos, le obligó á dar nuevo giro á la conversacion.

Amaba á Leopoldo como á un amigo: veia en él la víctima de una calumnia contra su padre; un jóven de cualidades recomendables, que se habia portado noble y generosamente con él, y tembló por su vida.

Quiso persuadirse del peligro mas ó menos evidente que corria en aquel desafio á que le habia provocado Duval, y al que sin duda acudiria, y le preguntó manifestando una simple curiosidad.

—Veo que tiene vd. todos los aperos necesarios para la esgrima. ¿Es vd. buen tirador?

—No me considero de los de primera fuerza, pero tampoco me creo de los últimos.

—Eso me hace creer que tira vd. muy bien.

—¿En qué se funda vd. para creerlo?

—En la modestia peculiar en los artistas.

—Pues ahora me parece no haber pecado de modesto.

—Fácil me seria probarle á vd. lo contrario.

—¿Cómo!

—Ya dije á vd. antes que aprendí á tirar la espada.

—Sí, es verdad.

—Pues bien: yo, menos modesto que vd., me he tenido siempre por los mas diestros, y quisiera tener el placer de probar si es vd. mas fuerte que yo.

Leopoldo vió, en aquella invitacion, que creyó casual, una oportunidad favorable para ejercitarse un momento y estar mas dis-

puesto para el duelo á que estaba provocado, y contestó:

—No tengo inconveniente en complacer á vd.

—En ese caso, entremos, si le parece á vd., á la sala de armas.

—Corriente.

Leopoldo dió un florete á su amigo, y él tomó otro; cubriéronse los rostros con las caretas de alambre; se pusieron en guardia el uno enfrente del otro, y á poco empezaron á dirigirse diferentes estocadas.

El jóven artista tiraba bastante bien, y acometía y paraba los golpes con acierto y maestría; pero desde los primeros golpes conoció que su contrario le llevaba una ventaja inmensa.

—Una.

Dijo el mendigo dándole en el pecho una estocada á su competidor.

—¿Ve vd.—le contestó éste siguiendo combatiendo—cómo no le engañé á vd?

—No; vd. tira bien, pero ya le dije á vd. que me precio de figurar en primera línea.

—Y con justicia.

Exclamó Leopoldo, parando con mil trabajos los continuados golpes de su contrario, cuyo florete era un molinete que amenazaba á un tiempo á todas partes.

—Dos.—volvió á decir el mendigo, acertándole otra:—Ahora cuídese vd. porque le voy á desarmar.

El artista se previno; pero cuando mas seguro se creia, vió escapársele el florete de la mano y volar á gran distancia.

—Es preciso evitar que se bata—dijo el mendigo interiormente.—Si le hubiese visto mas fuerte que yo, le hubiera dejado ir, pero ahora....

La presencia de la madre del artista que se presentó diciendo que ya estaba el almuerzo, interrumpió al mendigo en sus reflexiones.

Leopoldo obligó á su nuevo amigo á que almorzase con él, y despues de haber concluido, le dijo, viendo que se preparaba á marchar:

—No se olvide vd. de poner en manos de Inés el precioso manuscrito.

El mendigo se fué prometiendo satisfa-

cer su deseo, y repitió, para sí, al verse en la calle:

—Es preciso evitar que se bata.

A los pocos instantes salió el artista y se dirigió á la casa de Rafael para invitarle á que le sirviese de padrino. No le encontró, y le dejó una tarjeta con las puntas dobladas en los dos lados opuestos que, equivalía á decirle: "necesito veros pronto: buscadme en mi casa."

Hecho esto, volvió á su habitacion, entró á su estudio, y se puso á contemplar tristemente el retrato de su adorada Clotilde.

—¡Tal vez lo veo por la última vez!—exclamó conmovido.—¡Oh! el aspecto de la muerte no me intimida: mi corazon está sereno y mi mano no tiembla; pero mi alma está triste con el recuerdo de la mujer que amo, y á quien no puedo decirle ni siquiera adios!...

Y quedó abatido con este pensamiento.

Amar, ir á perder la vida por el objeto amado y no poder antes estrecharle contra su pecho, ni escuchar su dulcísima voz, es la mayor de las penas que pueden oprimir

el corazon del hombre que ama con todas las veras de su alma.

Leopoldo amaba, y amaba de esta manera. Para él, Clotilde era la suprema dicha, la celestial mujer que el Eterno habia formado para realizar el bello ideal que se habia presentado á su imaginacion en sus ensueños de amor y de ventura. Por una sonrisa, por una palabra de amor, por una sola mirada tierna y compasiva, enviada por ella en aquellos solemnes momentos en que temia no volverla á ver jamás, hubiera perdido con placer, no una, sino mil vidas.

Tenia, es verdad, allí, el excelente retrato del ángel que adoraba; pero aquella era una imágen fria, muda, insensible, que no comprendia su dolor; indiferente á sus lágrimas, cuyos lábios permanecian cerrados á sus sentidas palabras; que escuchaba con desgarradora indiferencia los suspiros que exhalaba el corazon al reventar de pena; cuyos ojos permanecian quietos, tranquilos y serenos, cuando él exigia de ellos esa mirada intensa, de profunda pasion, en que esprime el alma la celestial ternura, los

afectos tiernos, el cariño inconmensurable en que bebe el amado las inefables delicias de la eterna gloria.

Querer hallar el consuelo á la aflicción, la dulce correspondencia á sus afectos, la compasión y la ternura en el callado retrato del sér que idolatramos, es buscar el viajero de los helados polos calor para sus ataridos miembros en los rayos del sol ejecutado sobre un lienzo.

Leopoldo conoció entonces la impotencia de los hombres que adquieren inmortal renombre en la tierra. Vió la infinita distancia que habia de la obra de la naturaleza á la suya, meditada y detenida, y se avergonzó de la vanidad y miseria de los mortales, de los aplausos que prodigan al hombre cuando miran con indiferencia las inimitables obras del Eterno.

Nunca se convenció mas de su pequeñez que en aquellos momentos en que no podía comunicar á su obra celebrada, á su obra maestra, á la obra concebida y ejecutada bajo la creadora influencia del amor, la vida, la voz, el sentimiento del alma.

Las horas, entretanto, habian pasado con indecible rapidez.

Leopoldo miró el reloj, y palideció.

—Falta media hora—dijo para sí—y Rafael no parece! Duval ya estará allí... ¡Ah...! no quiero que atribuya mi tardanza á cobardía; no, jamás: iré aunque sea sin padrino.

Y Leopoldo entró á su sala de armas: tomó dos espadas; se puso la capa; se embozó en ella para tapar las armas; besó con delirio el retrato de Clotilde; envió una tierna y melancólica mirada hácia el cuarto en que dejaba á su anciana madre y se disponia á salir, cuando ésta salió al estudio.

—¿Vas á salir, hijo mio?

—Sí, querida madre; tengo precision de despachar un asunto.

—Pero volverás pronto, ¿no es verdad?

—Sí.... lo mas pronto posible.

—Ya sabes que cuando sales de noche estoy inquieta, y no descanso hasta que no vuelves, pues no hay seguridad en tiempo de revueltas. ¡Temo tanto que te suceda

alguna desgracia! ¡Qué sería de mí si me privasen de tu apoyo!

—¡Madre mia! ¡madre mia!—exclamó Leopoldo enternecido, no pudiendo resistir á la emocion que causaron en él aquellas palabras:—¡por qué abriga vd. siempre esas tristes ideas?

—Porque te amo, Leopoldo, porque te amo. Pero tú eres un buen hijo que nunca te haces esperar. Vete, pues, y vuelve pronto para hacer compañía á tu inconsolable madre.

—¡Adios, madre mia!—dijo Leopoldo abrazando con profunda emocion á aquella amorosa anciana, que no tenia en el mundo mas apoyo que el suyo:—¡Adios!

—¿Qué tienes, Leopoldo?—exclamó la anciana, viendo en el rostro de su adorado hijo impreso el sentimiento del dolor:—¿Por qué me abrazas de esa manera, como si emprendieses un largo viaje?

—No lo sé, madre mia, no lo sé; pero ¡le amo á vd. tanto en este momento!....

Y á los ojos del jóven se agolparon las lágrimas.

La anciana le estrechó contra su pecho henchida de ternura.

Leopoldo conoció que le hacia mal el prolongar aquella escena, y se desprendió de los brazos de su bondadosa madre imprimiendo un beso en su frente.

—¡Adios, adios....!

Dijo con voz ahogada por los sollozos que se agolpaban á su garganta, y salió de la habitacion con el corazon desgarrado de dolor. Al bajar la escalera se encontró con Rafael, que acudia al llamamiento de la tarjeta.

—¿Para qué me has llamado?
Le preguntó el que llegaba.

—Te lo contaré en el camino.

Contestó Leopoldo apoyándose en su brazo y saliendo con él á la calle: en seguida se dirijieron al sitio en que están los coches de alquiler; subieron en uno, y se dirijieron hácia el lugar en que debia verificarse el desafío.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
ALERE FLAMMAM
VERITATIS
CAPITULO XVII.

Los historiadores.

—¿Dice vd., señor Flan, que dentro de tres días podrá vd. entregarme los efectos que deseo?

—Dentro de tres días, sin falta, señor Duval: tengo carta de Veracruz anunciándome la salida de ellos, y sé, á no dudar, que estarán aquí en el plazo dicho.

—Muy bien: lo deseo para surtir abundantemente mis tiendas de Guanajuato y Leon.

—Debe vd. vender mucho en ellas, á juzgar por las considerables compras que hace vd. en mi almacén, pues no bajan al mes de cinco mil duros.

—Sí; los encargados que están al frente de mis negociaciones, tienen relaciones con las principales poblaciones del interior, y hacen por lo mismo, un gran comercio con ellas.

—Me alegro mucho, y le agradezco á vd. la preferencia que da vd. á mi almacén sobre todos los demás de la ciudad para sus compras.

—Veo que hasta ahora me han salido excelentes las mercancías, y no hago mas que corresponder á la buena fé de vd.

—Mil gracias.

—Pero hablando de otra cosa: me han dicho que ha tomado vd. bajo su protección á una prima de D. Félix, llamada Soledad.

—Es cierto.

—¡Hola! ¿conque no me han engañado?

—Han dicho la verdad. ¿Pero quién le ha contado á vd. eso?

—Una señora que suele venir de vez en cuando á casa á vender chucherías á mis criadas; una mercachifle ó *mercadela*, como aquí dicen, llamada Doña Anita, viuda, se-

gun ella, de un brigadier de brigada, y que fué vecina de esa jóven.

—Pues no le ha engañado á vd.: vivía sola, atendida á lo poco que ganaba su primo D. Félix, á quien quedó encomendada á la muerte de su pobre madre, y quise recomendar los servicios de mi fiel dependiente, tendiéndola una mano protectora.

—¿Y no se le ha paseado á vd. por la mente—dijo sonriendo á Duval—que la mano del protector se convierta en mano de esposo?

—Hombre, al principio confieso que mi idea fué desinteresada y franca; pero cuando la he tratado, cuando he tenido proporcion de poder admirar su talento, su virtud y su hermosura, no he dejado de pensar algo en ello.

—Si se parece en cualidades á su primo, la eleccion no podia ser mas acertada.

—Creo que está dotada de las mismas.

—Habla vd. con tanto entusiasmo de esa jóven, querido Flan, que me parece que pronto pertenecerá vd. al gremio de los casados.

—No será difícil: estoy cansado ya de

amas de gobierno y de vivir solo: soy jóven aún; mi posicion social es bastante buena para hacer la felicidad de una mujer virtuosa. Soy de aquellos hombres que creen que la mejor dote que puede llevar una jóven á su esposo es sus buenas cualidades: Soledad reúne las mas bellas, y si logro alcanzar su amor, seré el mas feliz de los nacidos.

—¿El amor....! eso es lo que á mí me falta conseguir de la que adoro.

—¿Por qué no busca vd. una mujer, cuyo corazon esté libre? Clotilde amaba á otro antes de que vd. la conociese, y es difícil, por no decir imposible, desarraigar de un corazon vírgen la semilla del primer amor. ¿Cree vd. que le seria difícil encontrar otra jóven del mérito de Clotilde?

—No: sé que existen, y muchas, en este hermoso suelo; pero yo no puedo amar sino á ella en el mundo.

—¿Y le hace vd. padecer oponiéndose á su felicidad?

—Es que yo no puedo permitir que sea de otro hombre.

—Entonces el empeño por unirse á ella

no reconoce por origen el amor á Clotilde, sino el amor que se tiene vd. á sí mismo.

—Es el amor sin límites que le consagro, fomentado por la resistencia y la oposicion.

—Confieso que no comprendo ese amor.

Los que hemos nacido bajo el sereno cielo de México, en este clima perfumado y benigno, radicamos nuestra felicidad en la felicidad del sér que amamos: preferimos su ventura á la nuestra; respetamos los sentimientos de su corazon; y si no tenemos la dicha de alcanzar su amor, sentimos nuestra desgracia, pero no aborrecemos la ventura ajena. En una palabra, comprendemos por amor una virtud tierna, deferente, ajena de egoismo; no la pasion exigente, vengativa, violenta, que reclama despótica la correspondencia de un afecto que no hemos conseguido inspirar.

—Ese debe ser el amor, señor Flan; pero no es el mio; yo quiero que la mujer que amo, sea mia á todo trance, aunque me odie; y detesto de muerte al afortunado rival que me disputa su posesion.

—Respeto los sentimientos de vd., señor

Duval, y deseo que alcance vd. con los suyos la felicidad á que yo aspiro con los míos.

—Mil gracias.

—Pero es ya tarde, y tengo el sentimiento de verme obligado á dejar la amable compañía de vd.

—Suplico á vd. que tenga la bondad de avisarme tan pronto como llegue el cargamento.

—Pierda vd. cuidado, señor Duval: Adios.

—Adios, señor Flan.

No bien habia salido éste, Duval se puso á leer varias cartas que estaban sobre una mesa.

—Mis negocios marchan viento en popa:—dijo con satisfaccion despues de pasar la vista por el contenido de ellas:—Para que sea completa mi ventura, solo me falta deshacerme de mi rival, á quien le quedan ya pocos instantes de vida. Clotilde llorará algunos dias su muerte, despues irá calmado su dolor; á éste sucederá el olvido, y por último, se resolverá á ser mia.

Cuando así discurría, entró un criado

anunciando que un caballero solicitaba hablarle.

—¿Quién es?

—Lo ignoro, señor.

—¿Es persona decente?

—Es un caballero.

—Dile que entre.

El criado se fué, y á poco se presentó en la sala el doctor Willey.

En el rostro de Duval se pintó un ligero rasgo de sorpresa; pero fué momentáneo, y ofreció con galantería un asiento en el sofá al médico escocés.

Este se sentó: Duval hizo lo mismo, y esperó que expusiese el motivo de su visita.

—El objeto que me conduce á su casa de vd. es muy sencillo:—dijo el doctor con una franqueza insolente, que chocó sobremana á Duval.—Hace tiempo que lucho á brazo partido con la contraria suerte, sin alcanzar mas que reveses. Creo tener vastos conocimientos en mi profesion de médico, y sin embargo, son pocas las personas que me ocupan, sin duda porque no tengo coche; es necesario, pues, que lo tenga, ya

que esta es una de las preocupaciones del público para que juzgue sábio y acertado á un facultativo. No siento la escasez de fortuna porque sea apasionado al dinero y al lujo, no: se me hace sensible, porque careciendo de riquezas, me es imposible realizar un proyecto, ó mejor dicho, dos, de los cuales depende mi felicidad.

—¿Y cree vd. que yo soy conducto seguro para realizarlos?

—Sin duda.

—¿Yo?

—A no dudar.

—Deseo saber de qué manera.

—A vd. le sobra todo lo que á mí me falta.

—¿Qué?

—Dinero.

—¿Y viene vd. . . . ?

—A pedirselo.

—¿Y cree vd. que yo se lo daré?

—Estoy seguro de ello.

—¿Cómo!

—Vengo resuelto á ello.

Duval temió que aquel hombre fuese un

ladron, y fué á coger el cordon de la campanilla que tenia junto á él; pero el doctor, agarrándole en el acto de la mano, le impidió que tocase, diciéndole al mismo tiempo.

—No llame vd. á nadie, porque seria pregonar lo que le conviene á vd. que permanezca oculto.

Duval palideció, y fijó los ojos en aquel hombre con una sorpresa que le acusaba.

—Pero ¿quién es vd?

—No soy mas que uno que necesita de algun dinero para poner en juego todos los medios que puedan conducirme al triunfo de dos mujeres que me odian cordialmente.

—Pero ¿con qué derecho se atreve vd. á solicitar ese préstamo?

—Es que no solicito préstamo.

—¿Pues qué?

—Regalo.

—¿Regalo!

—Ni mas ni menos.

—Veo que está vd. loco.

—Jamás he estado tan cuerdo.

—Caballero—contestó Duval recobrando su serenidad ante la idea de que aquel hom-

bre no podia ser mas que un petardista que trataba de especular con los tímidos:—si he tenido la paciencia de escuchar al principio con calma la ridicula pretension de vd., porque estaba de humor para ello, le advierto á vd. que ahora he perdido la paciencia para escuchar sus extravagantes palabras.

—¡Hola! ¿las califica vd. de extravagantes?

Contestó el doctor sonriendo irónicamente y con una imperturbabilidad que contrastaba con la impaciencia que se retrataba en el encendido semblante de su interlocutor.

—Sí, las califico de extravagantes, y á vd., ¿de un infame....!

Dijo Duval dejando estallar su cólera.

—Nunca he tenido empeño en que me beatifiquen.

Replicó Willey con la misma sangre fria y sin moverse de su sitio.

—¿No ha entendido vd. que le arrojé de mi casa?

Dijo levantándose y rechinando los dientes: el doctor quiso detenerle, pero Duval se desprendió de él, sacó una pistola y le

apuntó con ella, diciendo con la exaltacion de la ira.

—Salga vd., ó disparo.

Willey sin alterarse ni mudar de postura, contestó con la mayor tranquilidad.

—Si vd. me asesina hoy, mañana le ahorcarán á vd.

Duval bajó la pistola, reflexionando sin duda en la verdad que encerraban aquellas palabras.

—Llamaré, pues, á mis criados y á las personas que están jugando en la pieza inmediata, y haré que le presenten á vd. á la policía, diciendo que se ha introducido en mi casa para robarme.

—Está vd. en su derecho, señor Duval; pero yo tambien estaré en el mio al contar á esos señores que juegan á la banca en la inmediata pieza, á los criados, á la señorita Clotilde y á la justicia, una historia que le interesa á vd. sobremanera.

—¿A mí?

—A vd.

—No recuerdo ningun pasaje en mi vida

ni en la de las personas que he tratado, que preste asunto para ello.

—Eso consiste, acaso, en que su memoria de vd. sea algo frágil.

—O en que el asunto no tenga para mí la importancia que vd. trata de darle.

—Suplico á vd. que la oiga para que dé su opinion sobre lo que debo hacer con ella.

—La oiré—dijo Duval sentándose frente del doctor;—pero le suplico á vd. que sea muy lacónico, porque tengo precision de salir dentro de un instante.

—No es larga mi relacion. México se vió el año de 1828 invadido, por decirlo así, de multitud de extrangeros de todos los países, que se habian propuesto medrar de las revueltas políticas que ellos tenian interes y empeño en agitar. Entre estos aventureros vino uno, que mas canto que los demas, en vez de presentarse en las lógias y en público, estableció en su casa una reunion á donde solo asistian unos cuantos compañeros suyos que se habian constituido en agentes de sus órdenes.

—Muy bien.

—El individuo que me ocupa, aun no contaba entonces veinte años de edad; pero suplían ésta, su capacidad y su osadía, que eran extraordinarias.

—Adelante.

—Retirado en su habitacion, y sin tener trato con nadie, nuestro jóven solia salir de vez en cuando de México, pero siempre de noche, y acompañado de alguno de sus agentes, y volvía al cabo de algunas semanas, y de la misma manera, sin que nadie supiese dónde habia estado.

—Continúe vd.

—Así vivió algun tiempo sin que nadie llegase á saber su nombre, ni en qué se ocupaba, y sin que le conociese realmente, hasta que acaecido el saqueo del Parian, desapareció por algunos meses, y volvió para desaparecer otra vez en la caída del presidente Guerrero, sin que nadie haya vuelto á saber de él.

—¿Y es esa la interesante historia que me tenia vd. que contar?

Dijo con acento de disgusto y de marcada impaciencia Duval.

—No; aun queda algo mas. El principio de todas las historias suele ser algo frio; pero á medida que se avanza en ellas suele entrar el interes.

—No creo que á esta le suceda lo mismo.

—Vamos á ver.—Repuso Willey con la mayor calma.—Como ya he dicho que el individuo que me ocupa de nadie era conocido, nadie tampoco se acordó de él ni notó su falta. Pero cuando Guerrero, que se habia refugiado en Acapulco, porque Bustamante habia subido á la presidencia, trataba de volver al poder, se presentó nuestro jóven en aquel puerto, en el bergantin *Colombo*, del que era capitán un hermano suyo.

—Nada encuentro en eso de particular.

—¿Nada?

—Nada.

—Tal vez mas adelante encontrará vd. cosas importantes.

—Véamos; pero le suplico á vd. que no alargue mucho la relacion, porque mis ocupaciones me prohiben perder el tiempo con

historias que no tienen relacion ninguna con mis asuntos.

Dijo Duval sin ser dueño de contener su impaciencia.

—Haré todo lo posible por obsequiar su deseo; pero hay detalles que no se pueden pasar por alto, por mas que uno trate de compendiar.

—Está bien.

—¿Con qué objeto volvía aquel jóven, cuya vida en México habia sido un misterio, con qué objeto, repito, volvía á bordo del bergantín Colombo, de que era capitán su hermano, en los instantes en que Guerrero se hallaba reducido al corto recinto del puerto de Acapulco? Lo va vd. á saber. Aquel aventurero, á quien verdaderamente nadie conocia, merced á las precauciones que siempre habia tomado para no ser visto en público, habia estado estudiando los pasos que debia llevar la revolucion, y persuadido, sin duda, de que el general Guerrero se veria muy pronto reducido únicamente á la plaza de Acapulco, partió á Nueva-York, donde se hallaba su hermano á

bordo del Colombo, le indicó un infame proyecto que podia producirles algun oro, y ambos, ciegos por el interes, se presentaron en Acapulco.

—¿Falta mucho aún?

Preguntó con impaciencia Duval.

—Algo, y en mi concepto, lo mas interesante.

—Siga vd., pues, y no olvide vd. que tengo ocupaciones que reclaman mi presencia imperiosamente.

—Seré lo mas breve posible.

—Lo deseo.

—Al llegar á Acapulco, el capitán del buque, y hermano de nuestro jóven, se encontró con un antiguo conocido y pariente suyo, llamado Rossi. Los pícaros y los tramposos pronto se entienden, y el capitán del buque, que no debia desconocer los bastardos sentimientos que abrigaba el corazón de su digno pariente Rossi, y que habia convenido con su hermano en aparecer él solo como autor de la idea, se asoció al expresado Rossi para vender al gobierno de Bustamante, en cincuenta mil pesos, la

cabeza de un personaje mexicano que le habia colmado de beneficios.

—Me ha dicho vd. que aquel jóven tenia talento, y ese paso indica suma torpeza.

—No lo comprendo yo así.

—¿Qué bien le resultaba á él del convenio hecho por su hermano con Rossi?

—Primeramente el de no aparecer como cómplice, y segundo, el percibir la mitad de los veinticinco mil pesos que le tocaban al marino, como habian arreglado en secreto los dos hermanos.

—Tiene vd. razon.

—El trato, pues, se celebró entre el capitán del bergantin *Colombo* y su pariente Rossi, y el primero de estos dos malvados, habiendo convidado á comer á su engañada víctima á bordo de su bergantin, cerró la escotilla, cuando mas confiado se hallaba en la mesa, levó anclas, y se hizo á la vela, en compañía de su hermano, para el puerto de Huatuleo, donde la tropa del gobierno estaba esperando al ilustre personaje, que fué poco despues pasado por las armas.

—Esa historia es ya muy vieja.

Dijo Duval cada vez mas impaciente.

—Y sin embargo, lo que sigue es enteramente desconocido de todos.

—Véamos.

—El capitán del buque recibió entonces el precio de su infamia, mientras Rossi que habia bajado á México para arreglar aquel horrible asunto, pereció en la Plazuela de San Sebastian. Entonces los dos hermanos se repartieron entre sí los cincuenta mil pesos, y nuestro jóven marchó á Paris, separándose del marino, que se quedó en los Estados-Unidos.

—Nada encuentro en eso de particular; pues aunque la accion de esos hermanos no la pueda aplaudir, tampoco la puedo calificar de criminal, pues no es el primer caso en que en las revoluciones se vende la cabeza de un enemigo del gobierno establecido.

—Es que á esa accion infame unia el jóven, de quien me ocupo, un crimen espantoso.

—¿Cuál?

—He dicho á vd. que despues del saqueo del Parian, en 1828, desapareció.

—Ciertamente.

—¿Y sabe vd. á dónde habia ido?

—No ciertamente.

—Pues se marchó á la Habana, y de allí pasó á Sto. Domingo, donde se enamoró de la hija del baron N. . . . coronel frances que estaba al servicio de la República Dominicana. La jóven le amaba; pero el baron, por motivos que jamás comunicó á nadie, ni yo he tratado de averiguar, se opuso á un enlace, que no juzgaba conveniente, y suplicó á su hija le jurase no unirse con aquel hombre en tanto que él viviera. La jóven prometió obedecer; pero el baron recibió á los pocos dias órden de marchar á la raya de Haití con su regimiento, y no queriendo exponer á su hija á los azares de una campaña peligrosa, contra un enemigo audaz y mañero, partió dejándola encomendada á una anciana criada que le cuidó desde la niñez.

La guerra contra los haitianos empezó atroz y sangrienta; el baron se habia cubierto de gloria en varios encuentros; pero una tarde, á la caída del sol, volviendo há-

cia su campamento de hacer un reconocimiento, el enemigo que en número considerable le esperaba emboscado, cayó sobre él con gritería espantosa, y el coronel fué muerto en la primer descarga, mientras los soldados, vueltos de su sorpresa, lograban poner en precipitada fuga á sus contrarios.

—¿Y qué bay en eso de particular?

Preguntó Duval aparentando la mayor indiferencia.

—Al menos todos creyeron tal cosa; pero agregado á aquel regimiento iba un fisico de otro cuerpo que estaba en una enramada curando á un herido, y vió que el baron no habia sido muerto.

—¿Cómo!

—Había sido asesinado.

Duval se estremeció á su pesar.

—¿Por algun negro haitiano?

Preguntó con voz convulsa.

—No; por un paisano que al verle herido, y creyéndose solo, le clavó un cuchillo en el corazon.

Duval se puso pálido como la muerte.

—Aquel hombre—continuó el doctor—

volvió inmediatamente á la ciudad: se presentó á la desolada jóven fingiendo un dolor profundo: la invitó á pasar á los Estados- Unidos de América, donde se casarian; ella, deseando dejar un país donde solo tenia tristes recuerdos, accedió gustosa, y pasaron á Nueva-Orleans, donde se verificó el enlace al instante de haber llegado; pero aquella union era nula, porque el que los casó era un supuesto sacerdote; un hombre de ancha conciencia que habia hecho una fechoria, y de quien se valió para engañar á la jóven el pérfido asesino del baron.

El rostro de Duval estaba desencajado, secos y blancos su lábios, y sus ojos indicando en su mirada el terror y el espanto.

—A los seis meses de aquel falso matrimonio, se dirigió con la engañada jóven á México, donde estaba seguro de que nadie le conocia. En el mismo vapor que los traia, venia tambien el supuesto sacerdote; pero sin traje eclesiástico, de que solo se habia servido una vez, y eso disfrazándose tambien el rostro el dia del casamiento, que se celebró en una capilla particular, para no

ser reconocido por la desposada. Pero este hombre estaba enamorado de ella: sabia el asesinato que habia cometido en la frontera de Haití el fingido esposo; y viendo que no podia vencer la virtud de la engañada hija del baron, le hizo saber los crímenes que pesaban sobre el hombre á quien estaba unida, su falso casamiento, y el amor en que por ella ardia. La infeliz se resistió á creer al principio aquella horrible verdad; pero el que le habia revelado el secreto le enseñó una prueba palpable, y horrorizada de haber vivido con un mónstruo, cuyas manos estaban manchadas con la sangre de su desgraciado padre, huyó de su lado sin que jamás se haya vuelto á saber de ella. Su falso esposo, creyéndola encontrar en México, volvió á esta ciudad, de donde desapareció de nuevo á la caida de Guerrero, presentándose, como ántes he dicho, en Acapulco en el bergantin Colombo que mandaba su hermano, donde villanamente se apoderaron del valiente general, cuya cabeza la vendieron en 50.000 pesos.

—¿Y qué tengo yo que ver con esa his-

toria, con ese asesino, con el físico que presenció el asesinato, con esa jóven, con el falso sacerdote, y con el jóven hermano del capitán del Colombo?

Dijo Duval tratando de ocultar la conmoción que había causado la relación de aquel suceso en su alma, y dando á su voz un acento severo.

—¿Lo ignora vd?

—Completamente.

—¿No conoció vd. á ninguno de los personajes que figuran en ella?

—A ninguno.

—Pues yo tengo mejor memoria, y los conozco á todos.

—¿Usted!

—Yo.

Duval se inmutó.

—Pero....

—¿Quiere vd. saber cuál era el nombre del que asesinó al barón?

—¿Cuál?

—Picaluga: el hermano del capitán del bergantín *Colombo*.

Duval se alteró.

—¿Y quiere vd. saber quién era ese Picaluga?

—¿Quién?

—Usted.

—¿Yo....!

Exclamó Duval palideciendo.

—Sí, vd.: el que concibió la idea de vender la cabeza del general Guerrero en cincuenta mil pesos, marchó á Nueva-York á comunicársela á su hermano; dividió con éste el precio de la sangre vendida, y el que bajo el nombre de Duval pasa ante la sociedad por un hombre honrado.

—Le han engañado á vd. miserablemente.

Dijo Duval haciendo esfuerzos supremos para ocultar su turbación.

—¿Engañarme! — Contestó sonriendo el doctor. — No, no me han engañado. ¿Desea vd. que le diga quién fué el físico que presenció el asesinato?

—Sí.

—Yo.

—¿Usted!

—Sin duda. ¿Anhela vd., por último, sa-

ber quién fué el hombre que se prestó á servirle de sacerdote para perder á la inocente hija del baron?

—¿Quién?

—Yo.

Duval fijó con atencion los ojos en su interlocutor y se tranquilizó.

—Es falso: es una impostura: ni yo conozco á vd., ni le he hablado en mi vida.

—No extraño que vd. me desconozca, porque esos acontecimientos tuvieron lugar cuando yo no tenia esta cara: quiero decir, cuando tenia menos años, y las viruelas no habian desfigurado completamente mi rostro. Pero si mis palabras no le merecen á vd. entero crédito, aquí tengo un papelito firmado con sangre por el baron, pocos momentos antes de espirar, que me lo dió, y en donde declara quién fué su asesino.

Y sacó de la cartera un papel que mostró á su interlocutor. Duval, al verlo, se estremeció en la silla.

—Esto,—continuó el doctor guardando en la cartera su papel—con respecto al primer crimen, pues por lo que hace al casa-

miento falso, el señor Duval se acordará sin duda de que hubo un pacto sagrado entre los dos que á ninguno le convenia descubrir.

—Bien: conozco que seria inútil negar lo que para vd. es una verdad palpable;—contestó Duval operándose en su fisonomía un cambio repentino del temor á la calma, que sorprendió á su vez al doctor.—¿Y cuánto quiere vd. por ese documento?

—Diez mil duros.

—¿No le parece á vd. mejor que le pague con otra historia?

—No: yo estoy por el dinero.

—Pues yo estoy por las historias. He quedado sumamente agradecido y satisfecho del buen rato que me ha proporcionado vd. con la que me ha referido, y yo no puedo prescindir de la galantería de contarle á vd. otra que despierte en extremo su curiosidad, correspondiendo lealmente á su benevolencia.

—Pero....

—Suplico á vd. se digne escucharme con la atencion que yo tuve la honra de escu-

charle, para que oído mi relato, entremos en la liquidacion de cuentas.

—Puede vd. empezar cuando guste.

—Hubo un escocés en los Estados- Unidos de América, tan fogoso y tenaz en sus amores hasta conseguir su objeto, como variable desde el instante de estar en posesion de la mujer amada: á los dos meses de haber llegado á Nueva-York, se enlazó con una jóven bella y virtuosa, que murió de repente á los veinte dias de su enlace, sin que los médicos que le hicieron la autopsia lograran descubrir la causa de su muerte. Pasado un corto tiempo, volvió á enlazarse con otra señorita de interesante figura, que tuvo un fin igual á la primera, y dando resultado idéntico el reconocimiento que del cadáver hicieron los facultativos. Entonces pasó á Nueva-Orleans, contrajo nupcias por tercera vez, y cuando muy ageno de que le sorprendieran, pues habia despachado á la criada á desempeñar un recado, se creia solo con su esposa, penetró un hombre en su casa, que escuchó desde la escalera estrepitosas risas de mujer: al prin-

cipio creyó que eran originadas por el placer y contento; pero luego, al oir algunas palabras de súplica, mezcladas entre la estrepitosa risa, subió precipitadamente los escalones que le faltaban; abrió cautelosamente la puerta, y se dirigió hácia el cuarto en que se reian. Allí se detuvo detras de las cortinas, y vió á una jóven, vendada desde los piés al pescuezo, tendida en la cama y con los piés descubiertos, y junto á ella un hombre que se entretenia en hacerla cosquillas en las plantas de sus delicados piés. El hombre, que habia sido amigo de la familia de aquella mujer, y que al volver de un viaje se dirigia á visitarla, penetró ciego de ira en la alcoba cuando la esposa acababa de exhalar su último aliento en medio de una risa desgarradora. Aquel malvado habia matado de igual manera á las otras dos. Fingiendo amarlas entrañablemente, pretestaba querer jugar ciñéndolas como á una criatura con una gran faja, y cuando las veia que no se podian mover, las daba esa muerte cruel y espantosa.

—Antes de venir, estaba persuadido de que me contaría vd. esa historia.

—¿Y sabe vd. quién era aquel malvado?

—Yo:—contestó el doctor sin dar la menor muestra de inquietud:—yo que tengo el defecto de amar á todas las mujeres hermosas, y de aborrecerlas en el instante de conseguir sus favores; yo que no veía otro medio mas fácil de alcanzar el amor de ellas que casándome, ni mejor medio para contraer nuevos lazos, que haciéndolas desaparecer del catálogo de los vivientes. Sí; aquel malvado era yo, y el hombre que me sorprendió, por una imprudencia mia, fué vd.

—Es cierto.

—¿Y qué tenemos con eso? Vd. abrigaba miras siniestras sobre la hija del baron; me prometió callar aquel acontecimiento si yo me prestaba á servirle de sacerdote; accedió: fué un pacto reservado y sagrado: vd. alcanzó lo que deseaba, y sobre este asunto nada nos debemos: estamos reciprocamente pagados.

—Pues si nada nos debemos, ¿qué es lo que vd. pretende?

—He dicho que sobre el asunto del casamiento nada, porque así lo prometí, y yo cumplo lo que ofrezco. Pero sobre el asesinato del baron, y sobre todo, sobre la venta de la cabeza del general Guerrero, no media ningun compromiso ni palabra alguna, y precisamente es el negocio del cual me he propuesto sacar lo que hoy necesito.

—Es que los propósitos no siempre se suelen realizar.

Dijo Duval sonriéndose burlescamente.

—¡Oh....! estoy persuadido de que este dará el resultado que deseo.

Contestó con seguridad el doctor.

—¿De veras?

—De veras. Necesito dinero, y me lo dará vd.: de lo contrario, estoy resuelto á publicar sus crímenes; y el gobierno mexicano, que hoy dignamente rige, no podrá perdonar al que fué origen de la muerte de Guerrero.

—Por delitos políticos nada hay que temer en el país.

—¿Cree vd. que los gobernantes mexicanos muestren meno horror que el que mos-

tró el Consejo de Génova contra vuestro hermano, que fué inducido por vd. para cometer el mas infamen crimen?

—¿El consejo de Génova?

—Sí; demasiado conoce vd. la sentencia que dió contra el que hizo cabeza en el asesinato de Guerrero; pero por si se le han olvidado á vd. algunas palabras, quiero tener el gusto de leerle ese curioso documento, que me lo eché en el bolsillo al venir á visitar á vd.

Y Willey sacó un papel, lo abrió y se dispuso á leerlo.

—Puede vd. ahorrarse la molestia de leerlo.

—No; deseo que se le refresquen á vd. las ideas.

Contestó el doctor, y leyó el papel que estaba concebido en estos términos:

“SENTENCIA.

El real Consejo Superior de Almirantazgo, residente en Génova, en la causa del real fisco contra

FRANCISCO PICALUGA, hijo del finado Guillermo, de edad de 44 años, natural de Bocca-dasse y domiciliado allí, comunidad de San Francisco en el Distrito de S. Martin de Albaro (Génova), capitán de segunda clase de Marina mercantil, contumaz, procesado: *Por haberse encargado, hácia el fin del año de 1830, en la ciudad de Mexico, mediante una recompensa convenida, de entregar al poder de los agentes del partido que dominaba entonces allí, la persona del Presidente que fué, general Guerrero, que se hallaba á la cabeza de los suyos en Acapulco, puerto del Mar Pacífico; por haberse ido con tan culpable designio á aquella ciudad, y allí fingiendo obediencia y particular amistad para con el referido general Guerrero, granjeándose de este modo su confianza, de haberle el 14 de Enero de 1831, con engaño, y bajo el pretexto de un banquete amistoso, atraído á bordo del bergantin, el Colombo,*

mandado por él, y en seguida, despues del banquete, de haberse hecho improvisamente á la vela, y apoderado de su persona, y de haber llegado el día 20 del mismo mes al puerto de Santa Cruz [ó Huatulco] de haberlo entregado prisionero en poder de sus enemigos, que allí le esperaban, y le hicieron en breve pasar por las armas.

“Oida la relacion de los autos, y los pedimentos fiscales, ha fallado deberse condenar en rebeldia, como condena al dicho FRANCISCO PICALUGA a la pena capital, á la indemnizacion, que de derecho corresponde á los herederos del general Guerrero, y á las costas del proceso, declarándolo ex puesto á la argolla, como enemigo de la patria y del Estado, y de haber incurrido en todas las penas y castigos impuestos por las leyes Reales contra los bandidos de primer orden, entre los cuales manda se le inscriba.

“Manda que se imprima, publique y fije en los lugares y modos acostumbrados y prescritos por la ley.

“Génova, 28 de Julio de 1836.—Por el di-

cho Excmo. Consejo Superior de Almirantazgo.—BREA, secretario.”

“Génova.—En la librería de los hermanos Pagano, impresores del gobierno general y de la real marina, Canneto il lungo, real palacio, núm. 800.” (*)

(*) La sentencia original en italiano, de donde está traducida la que hemos publicado en español, dice así:

“SENTENZA.

Il R. Consiglio Superiore di Ammiragliato sedente in Genova nella causa del regio fisco contro

PICALUGA FRANCESCO del fu Girolamo d, anni 44, nato e domiciliato á Boccadasse, Comune di S. Francesco nel mandamento di S. Martino d' Albaro [Genova], Capitano dia 2.^a classe della Marina Mercantile, contumace. inquisito:

Di essersi verso la fine del 1830 nella città del Messico assunto, mediante una convenuta mercede, il mandato di consegnare nelle mani degli agenti del partito colà allora dominante, la persona del già Presidente Generale Guerrero, il quale si trovava alla testa de' suoi in

—¿Y qué tengo yo que ver con esa sentencia dictada contra mi hermano Francisco?

Preguntó con acento severo Duval, que durante la lectura se habia demudado varias veces.

—Mas de lo que á primera vista parece.

—No lo creo yo así.

—Vd., como no me ha podido negar antes, fué el autor del pensamiento de apoderarse de Guerrero.

—Hubiera sido inútil negárselo á vd. que todo lo sabe, aunque no sé cómo; pero na-

Acapulco nel mar Pacifico; di essersi recato a si reo disegno in quella citte, ed ivi simulando obbedienza a particolare amicizia verso il predetto Generale Guerrero, e guadagnata in tal modo la di lui confidenza, di averlo il di 14 gennajo 1831, con inganno, e sotto il pretesto di banchettare assieme, attirato al bordo del brigantino il Colombo da lui comandato, e quindi, dopo il pranzo, fatto dare improvvisamente alle vele, di essersi impadronito della sua persona, e giunto il di 20 del mese medesimo nel porto di S. Croce [ó Huatulco] d'

die me lo podria probar, y por lo mismo lo negaria en caso de que ante el gobierno actual se atreviese vd. á acusarme de ello, pues con solo la acusacion de vd. no habria

averlo rimesso prigione nelle mani de' suoi nemici che cola lo aspettavano, e lo fecero in breve tempo passare per le armi.

Udita la relazione degli atti, e le conclusioni fiscali, ha pronunciato doversi condannare in contumacia, siccome condanna il suddetto FRANCESCO PICCALUGA alla pena di morte, all' indennità che di diritto verso gli eredi del *Generale Guerrero*, ed alle spese del procedimento, dichiarandolo esposto alla pubblica vendetta, come nemico della patria, e dello Stato, ed incorso in tutte le pene e pregiudizj imposti dalle Regie Leggi contro i banditi di primo catalogo, in cui manda lo stesso descriversi.

Manda la presente stamparsi, ed affiggersi nei luoghi, e modi soliti prescritti dalla legge.

Genova il 28 luglio 1836.— Per detto
Eccmo. Consiglio Superiore d' Ammiragliato.

—BREA, Segr.

Genova.—Dai fratelli Pagano, Stampatori del Governo generale e del Ral. Marina, Canneto il lungo, pallazzo Raggio, n. 800."

lugar á castigarme, y mucho menos cuando á mí me sobrarian medios de hacer creer que su denuncia no reconocia otro origen que el de quererse vengar de mi negativa en prestarle una cantidad de dinero que habia tenido la osadía de pedirme.

—Eso podria vd. hacerlo fácilmente, si para probar mi verdad no tuviese un documento que patentizase su criminalidad, y la parte que tomó en la prision de Guerrero, de la que, hasta hoy, solo se le tiene por autor á su hermano de vd.

—¡Un documento!

Exclamó sobresaltado Duval.

—Un documento irrefragable.

—Inventado por vd. sin duda.

—No: escrito y firmado por Francisco Picaluga, su hermano de vd.

—¿Firmado por él....? Pero ¿cómo puede ser eso, cuando....

—Pronto lo sabrá vd.

—Tengo curiosidad en ello.

—Vd. acaba de oír que el Consejo de Génova condenó á su hermano de vd. Francis-

co Picaluga, á la indemnizacion que de derecho corresponde á los herederos del general Guerrero, y á que se le quitase la vida, y se le confiscasen los bienes, si por fortuna caia en poder de la justicia.

—Todo eso lo comprendo perfectamente.

—Pues bien: su hermano de vd. para poner á salvo su vida y su fortuna, se estableció en Inglaterra, con el supuesto nombre de Blossom, y su caudal fué en aumento. Por desgracia visitaba á un comerciante que estaba unido á una mujer muy hermosa, y las gracias de la jóven encendieron una pasion criminal en Picaluga que, por desdicha suya, vió correspondido su amor. Sin embargo, la mujer, fiel á los deberes de esposa, jamás consintió en infamar el lecho nupcial; y Picaluga, ciego de pasion, y conociendo que el único medio de poseer el bien que idolatraba era hacer desaparecer de la escena al esposo, concibió la terrible idea de deshacerse de éste, y convidándole un dia para ir á cazar, le mató en un bosque retirado, atribuyendo á una desgracia casual lo que era resultado de un premedi-

tado y frío asesinato. La justicia, no dándose por satisfecha con el simple dicho del malvado, indagó, pidió informes, llamó á la esposa del asesinado, y ésta, que habia visto convertirse su amor en horror hácia el que de amante se convirtió en asesino, manifestó la causa que le hacia sospechar que su esposo habia sido asesinado por Picaluga, conocido allí por Blossom. Esta declaración desconcertó al criminal, quien al fin confesó su crimen. Sentenciado á muerte, y esperando en la capilla la luz del nuevo día para marchar al patíbulo, escribió á vd. á México una carta en que le encargaba, que puesto que era imposible volver la vida á Guerrero, al menos se entregase á sus parientes cuantas riquezas dejaba, y la cantidad que á vd. le habia tocado por su infamia.

—¿Cómo.....!

Dijo asombrado Duval.

—Sí: la carta venia duplicada y con el sobre para Duval; y yo que conocia á vd. por este nombre desde que le ví asesinar al baron, saqué por curiosidad la primera,

donde revelaba su hermano de vd. todo el misterio.

—¿Y esa carta?

—La tengo aquí, en compañía de la escrita con sangre por el baron: su fecha es de 15 de Marzo de 1840, como sin duda será la que vd. recibió por distinto conducto.

Duval se consideró perdido; pero no queriendo manifestar su terror, y tratando de imponer silencio al que conocia su vida, por medio de la amenaza, exclamó.

—Bien; vd. puede publicar mis crímenes; pero ignora vd. que yo puedo dar publicidad á los suyos?

—Lo sé; pero tambien sé que los míos no pueden ser castigados, porque no los cometí aquí.

—Es que aun no ha escuchado vd. la conclusion de la historia que empecé á contar.

—¿Falta alguna cosa?

Preguntó sonriendo y con la mayor calma Willey.

—Falta agregar á los asesinatos cometidos en los Estados-Unidos, otros dos cometidos de la misma manera y en jóvenes re-

comendables: uno en Leon, y otro al año siguiente, en Puebla.

—Esas jóvenes murieron repentinamente, y los médicos que hicieron la autopsia de los cadáveres lo reconocieron así.

—Pero la justicia asegurará al que fué esposo de ellas, en cuanto yo haga saber que de igual manera fueron asesinadas otras por el mismo Willey.

—Y bien: eso quiere decir que nos ahorcarán á los dos.

—¡A los dos!

Exclamó Duval sin poder ocultar un sentimiento de terror que le hizo estremecer.

—Y por Dios que haremos un par de ahorcados muy feos; pero con la notable diferencia de que yo me saco la lotería por que me quitan de pasar penas, pues nada tengo, mientras á vd. le sacan del paraíso terrenal en donde le sobran los placeres, el dinero, y por consecuencia, las satisfacciones.

—¡Es decir que está vd. resuelto á denunciarme y denunciarse, si no le doy la cantidad que solicita?

—Será el primer paso que dé al salir de esta casa.

—Accedo, pues, á su proposición: quiero tener el gusto de servir á vd.

—Eso se llama comprender las cosas.

—¿Y me entregará vd. también la carta de mi hermano?

—También.

—Venga ese ensangrentado papel y el otro documento.

—Venga antes el dinero.

—¿Desconfía vd. de mi palabra?

—Lo mismo que vd. de la mía.

—Bien: ¿cuándo quiere vd. esa cantidad?

—Mañana vendré por ella.

—Corriente; tendrá vd. los diez mil duros.

—Pero le advierto á vd. que los quiero en oro.

—¿En oro?

—Sí; porque la plata que sale de la casa de vd. está muy lejos de tener el valor que representa.

—¿Cómo!

—Hablemos sin rodeos, como conocidos y antiguos camaradas.

—Es lo mejor.

—Yo no he tenido mas que una pasion en la vida; el amor á cuantas me han gustado. Para alcanzar mis fines he buscado con indecible afan una cosa; el dinero. Con este fin me he dedicado á varias cosas, y por último, á recortar toda moneda que caia en mis manos. Hace pocos dias entré á jugar á la banca en la pieza que tiene vd. contigua á esta sala, y gané mil duros: en mi casa, como de costumbre, empecé á recortarlos; pero con sorpresa ví que, á poco de meter la lima, descubrian el alma de cobre, y dejé mi honrosa ocupacion, llevándolos á cambiar por oro. Esto, por supuesto, no se lo he querido descubrir á nadie; no por amistad ni virtud, sino porque conocí que á su tiempo podia sacar con vd. gran partido de ello.

—¡Silencio, por Dios!

—Entonces conocí que las grandes compras que hace vd. al señor Flan, no tienen por motivo mas que salir de la moneda falsa que, á expensas de vd., debe acuñar alguna sociedad oculta, para venderlos por

excelentes pesos de Guanajuato y Zacatecas.

—Bien: no quiero negárselo á vd.; pero Flan ignora todo esto; es un mexicano honrado que no desconfia de nadie, y es preciso que no llegue á sospechar nada.

—Lo comprendo demasiado: es una inocente y nueva víctima de vd.

—Y que desde hoy lo será de los dos si vd. quiere hacer fortuna.

—No es otro mi deseo: véamos qué condicion se me impone para conseguirlo.

—Callar y coabyuvar á mis planes tomando una parte activa en ellos.

—Callaré y ejecutaré cuanto se me diga.

—Entonces le nombro á vd. socio industrial en la fabricacion de mi moneda, interesándole en una tercera parte de las utilidades.

—Eso se llama comprender la cuestion: admitido.

—Desde este instante somos compañeros. Dijo Duval tendiéndole la mano.

—Y amigos.

Contestó el doctor estrechándola en la suya.

—Valiéndome de ese título, voy á invitarle para que me acompañe ahora mismo á ventilar un asunto.

—Estoy á su disposición: ¿es asunto de amores?

—Para esos no se busca compañía: es asunto de honra.

—¿De honra?

—Sí; tengo un desafío con mi rival Leopoldo, y deseo que me sirva vd. padrino.

—¿Cáspita! No contaba yo con este inconveniente al diferir mi cobranza hasta mañana.

—¿Pues qué, teme vd. que él me mate y no haya quien le satisfaga los diez mil duros que le he ofrecido por su papel?

—Confieso mi temor, y quisiera....

—Voy á tranquilizar á vd. firmando una obligación para que le entreguen á vd. esa cantidad en caso de que yo muera.

Dijo Duval poniéndose á escribir.

—Ese es un modo excelente de allanar todas las dificultades.

—Aquí está la obligación.

—Aquí están el papelito ensangrentado y la carta de su hermano de vd.

Dijo el doctor entregando dos papeles que llevaba en la cartera, y guardando el que le entregó Duval. Este encendió una cerilla, quemó en ella los escritos que le acusaban, y dijo al verlos reducidos á cenizas.

—¿Vamos?

—Estoy á las órdenes de vd.

—Mil gracias.

—¿Tiene vd. confianza en el éxito?

—He visto tirar á Leopoldo varias veces, y es muy inferior á mí en la esgrima; su muerte es, pues, segura.

—Y por consiguiente, la de su anciana madre, que no podrá sobrevivir á ella.

—Probablemente....

Duval cogió dos espadas: las ocultó debajo de la capa, que se puso mientras hablaba con Willey, se dirigió á la plazuela de Santo Domingo, subió en un coche de alquiler con el doctor, y partió para el sitio de la cita.

FIN DEL TOMO PRIMERO.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

INDICE

DE LAS MATERIAS QUE CONTIENE EL PRIMER TOMO.

<i>Dedicatoria</i>	8
CAP. I.— <i>La confidencia</i>	7
CAP. II.— <i>El lenguaje simbólico</i>	48
CAP. III.— <i>Un rompimiento</i>	92
CAP. IV.— <i>El baile</i>	120
CAP. V.— <i>El encuentro</i>	160
CAP. VI.— <i>El Cabrío</i>	199
CAP. VII.— <i>La entrevista</i>	240
CAP. VIII.— <i>El herido</i>	262
CAP. IX.— <i>La casa de vecindad</i>	301
CAP. X.— <i>La cita</i>	321
CAP. XI.— <i>Sembrar para cosechar</i>	338
CAP. XII.— <i>Escena de amores</i>	370
CAP. XIII.— <i>Un artista</i>	398
CAP. XIV.— <i>Las dos vecinas</i>	420
CAP. XV.— <i>Una visita inesperada</i>	448
CAP. XVI.— <i>Una prueba de esgrima</i> ..	470
CAP. XVII.— <i>Dos historias</i>	506

